

Virgenes DESTROZADAS



COLECCIÓN DE TRES NOVELAS ERÓTICAS CON BDSM



ALBA DURO



VÍRGENES DESTROZADAS

Colección de Tres Novelas Eróticas con BDSM



Por **Alba Duro**

© Alba Duro, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Alba Duro.

Primera Edición.

Dedicado a Mar y a Sara

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

Índice

Macho Dominante — *Virgen F*llada y Sometida por el Macho Alfa*

Suplicame, Esclava — *Romance, Erótica y BDSM con la Virgen y el Tío Duro Dominante*

Bella hecha Bestia — *Fantasía Oscura y Romance con el Príncipe Dominante*

Animal Salvaje — *Jefe Indomable, Dominante y Adicto a Ella*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Macho Dominante

*Virgen F*llada y Sometida por el Macho Alfa*

I

Alberto estaba de pie frente a un enorme lienzo blanco. Sin decir nada. Sin hacer nada.

De hecho, estaba bastante preocupado porque sentía que la creatividad, la musa y todas sus dotes artísticas abandonaron su cuerpo, dejándolo solo.

Giró su cabeza y vio el cuerpo desnudo que aún dormía en su cama. Volvió a concentrar la vista a ese espacio repleto de nada y dio un largo suspiro. Faltaba poco para la presentación de sus nuevas obras y no sabía cómo abordar la responsabilidad.

Cuando recibió la noticia la noche anterior, estaba manchado de pintura pero tenía una amplia sonrisa en la cara. Su publicista estaba trabajando bien.

Fue al baño a tomar una ducha para luego salir a celebrar. Eso sí, Alberto tiene una fibra especial para las fiestas y también para las mujeres.

Gracias a su altura, su atractivo y porte, era imposible que no llamara la atención, así que no era necesario tener una excusa para encontrar un poco de diversión a donde fuera.

Entró al local de siempre y al poco tiempo estaba rodeado de la crema y nata de la ciudad. Modelos, artistas, músicos, actores y uno que otro blogger. El grupo era grande y ruidoso, la discoteca repleta.

A pesar del encanto con el que Alberto se rodeaba, había algo que lo hacía diferente entre todos. Él era Dominante.

Pero, por supuesto, eso era un detalle no apto para todo público. Por esa razón, trataba de no dejar que aquello saliera a la luz. Era importante para preservar su propia seguridad y la de quien estuviera con él.

Desarrolló este gusto particular de adolescente al enredarse con una mujer mayor. Ella le enseñó a obedecer pero también a ejercer control. Y fue allí, en la primera oportunidad que tuvo de dominar cuando entendió el propósito de su vida: el de establecer los designios de sus amantes según sus deseos.

Continuó perfeccionando sus dotes como Dominante con el paso de los años. Desarrolló un gusto particular por los juegos con electricidad, los orgasmos forzados y el sexo oral, tanto darlo como recibirlo. Sobre todo el primero porque le resultaba fascinante cómo la piel se volvía sensible, los labios se humedecían e incidían en gritos y gemidos. Además, su lengua no tenía rival.

Aunque adoraba la compañía de las mujeres, no era un hombre que le gustara en particular las relaciones serias. En realidad pensaba que todo eso era más bien producto de una esclavitud innecesaria. Para mayor comodidad, nada mejor que tener un buen revolcón y adiós. Nada de lágrimas ni de compromisos forzados. Prefería las transacciones rápidas y fáciles de hacer.

Esa noche había conocido a una rubia despampanante. Ella era modelo y ansiaba conocerlo porque, según, le gustaba mucho esa aura de tío peligroso. Alberto le resultaba gracioso así que aprovechó esas palabras para tener la excusa y así acercarse a ella. Al final de la noche, los dos estaban besándose en una esquina bastante oscura y no tan ruidosa.

El lugar más cercano para ambos era el loft de Alberto. La chica no podía esconder el entusiasmo que sentía por conocer el ambiente de un artista. Para su sorpresa, todo lucía minimalista, blanco y con un decorado casi industrial. Lo único de color eran los botes de pinturas marcados con muestras sobre las tapas y un cuadro enorme que colgaba en la sala.

Ella seguía caminando y estaba impresionada con cada rincón que veía. Escaleras de madera y metal, un televisor enorme de color negro que podía pasar por un obra arquitectónica moderna, un tocadiscos junto a una pila de discos de vinilo y una tabla de surf sobre la pared. Era un espacio grande y bien administrado. Cualquiera se hubiera enamorado de ese lugar, sin duda.

-Esta fue mi primera obra. La conservo porque es obvio que se me notan los trazos inocentes.

Le gustaba hablar con cierta actitud de tío sobrado ante la vida. Le parecía divertido hacerse pasar por alguien tan culto como poco accesible.

-Vaya, la encuentro sublime. El uso de los colores es... Es impresionante.

Alberto se había aburrido del juego de la pretensión así que la tomó por la cintura y la besó. Ella se encontró sorprendida pero enseguida le correspondió el gesto. Dentro de sí, pensaba que por fin su sueño se había hecho realidad.

Comenzaron a acariciarse con fuerza, con desesperación. Alberto dejó la delicadeza e hizo que la mujer se apoyara sobre la mesa. Parecía un felino hermoso y delicado.

Alzó su falda y encontró su vulva palpitante. Tanteó con los dedos y ella gimió casi enseguida. Siguió masturbándola hasta que llevó su lengua dentro de ella. Los ojos de la rubia fueron directo al cielo.

El trance duró tanto como quiso Alberto. La tocó, lamió y mordió como quiso. Luego se la echó sobre los hombros y subió las escaleras con cuidado. Ella, enrojecida por la excitación, encontró excitante que aquel hombre fuera tan viril. Lo que no sabía era que se encontraría con una sorpresa.

Los dos comenzaron a quitarse la ropa, la mujer, quien estaba esperándolo sobre la cama, miró ansiosa y luego sorprendida el miembro de él. Grande, bastante grande y grueso. Se llevó ambas manos a la boca aunque al final se relamió un poco.

Él se abrió paso dentro de ella con un poco de dolor, sin embargo, sintió luego un enorme placer porque Alberto sabía muy bien cómo tocar y satisfacer a cualquier mujer. No había duda de ello.

Unas cuantas horas después, él estaba frente al lienzo que había dispuesto temprano en la mañana para trabajar pero, ahora, no podía encontrar la concentración y se estaba sintiendo frustrado.

En ese tipo de casos, escuchaba un poco de Trentemøller a todo volumen con un poco de cerveza. Digamos que ese era su plan B en casos de emergencia como este.

La mujer aún dormía pero eso debía terminar ya. Él se acercó con notable mal humor y la agitó un poco.

-Disculpa, tienes que irte.

Quiso suavizar la situación pero no recordó el nombre, así que, ¿para qué molestarse? Insistió unas veces más hasta que ella abrió los ojos aterrada.

-Sí, tienes que irte.

-Pe... Pero...

-Por favor. Tengo que trabajar.

No había rastro del encanto ni la caballerosidad. Nada. Sólo había esa mirada fría detrás de esos ojos verdes.

Ella se levantó con tropiezos y comenzó a recolectar sus cosas con la mano. Estaba impresionada. Él volvió a la postura inicial y sintió algunas cosquillas en las puntas de las manos.

-¿Nos volveremos a ver?

-La puerta está hacia allá. Gracias.

Unas cuantas blasfemias inaudibles antes de irse, lanzadas al aire como maldiciones. La rubia, la mujer espectacular que había llamado la atención de sus carnes y deseos, se iba por la puerta con más pena con que gloria.

Aunque Alberto tenía el don de tener a cualquier mujer que él quisiera, no se hallaba satisfecho con alguna. Incluso pensaba que después de cierta hora, algunas se volvían particularmente fastidiosas por lo que limitaba el trato con ellas.

Volvió a quedarse solo y sintió que todo lo que daba por perdido había sido producto de una ilusión y que más bien era sólo falta de concentración.

Tomó una brocha gruesa y un poco de acrílico rojo, su color favorito. Hizo una larga línea y se quedó un rato mirándola. Hacía este ritual todas las veces que se dedicaba a trabajar. Para Alberto era más bien un acto de superstición para que todo le salieran bien, así que era un hábito difícil de romper.

Suspiró y siguió pintando hasta el final del día. Tenía las energías renovadas gracias al sexo y al café.

II

Se echó para atrás y sonrió muy ligeramente. Tuvo la sensación que lo acaba de terminar muy bien podría ser la obra que abriría la exhibición dentro de los próximos meses. Aún tenía bastante que hacer pero decidió que iría a la playa a surfear.

Cualquier pensaría que sería una locura y de cierta manera así era, sin embargo, aún quedaba algunos minutos de luz.

El traje de neopreno amortiguaba un poco el frío por lo que se preocuparía de ello cuando le tocara regresar. En la mochila había una muda de ropa, algunas barras energéticas y agua. Lo esencial para recuperarse luego de pelear con las olas.

Surfear también era otro momento vital para Alberto quien había crecido entre el calor del Caribe. La playa, entonces, era como otra extensión de su cuerpo.

Al llegar, se encontró a unos pocos que como él, querían aventurarse pese a la hora y al frío. Los saludó con la mano, se quitó los zapatos, dejó la mochila y fue hacia el mar. El mismo que le ayudaba a tener inspiración cuando más lo necesitaba.

III

-Sí. Así...Excelente... Muy bien. Ahora, ajá. Así. Estupendo.

-Te traje un poco de café, tienes bastante rato así.

-Ah, gracias. Déjamelo por allá, por favor.

-¿Qué te parece si probamos esta pose? La vi en Marie Claire, creo

-Esto no es Marie Claire, Ana. Olvídate de eso.

-Vale, vale. Sólo quería hacerte reír, has estado muy seria.

-Odio los días fríos, es todo. Ahora, venga... Un salto. ¡Excelente!

Tres horas después, Luna dejaba la cámara sobre el sofá mientras ansiaba una gran hamburguesa. Aquellas con mucha grasa y salsas. Sin embargo, no quería salir, el frío se volvía agudo y ya sentía cómo este se calaba en sus huesos. Pero el hambre... Ay, el hambre.

Luna estaba aún sentada cuando las modelos se despedían de ella luego de una jornada que pareció eterna. Aunque sabía que así eran los gajes del oficio, ese día fue particularmente duro.

Quedó sola en el pequeño estudio aunque sabía que en cuestión de minutos debía dejarlo. No porque su presencia fuera una molestia sino porque el deber llamaba y porque la distancia del lugar a su casa era considerable.

Encendió un cigarro velozmente, cruzó las piernas y se quedó un rato allí. El sol ya había desaparecido en el horizonte así que le tocó reunir fuerzas para levantarse. Tomó el abrigo, la bufanda y la mochila. La cámara la dejaría porque le daba temor andar con un equipo tan costoso entre las manos. Echó una última mirada y apagó la luz.

Luna, a pesar de tener sólo 22 años, era una de las fotógrafas más prometedoras de la ciudad. Tenía un ojo exquisito para imágenes atractivas y coloridas, a pesar de su aspecto siempre oscuro. Aprendió todo lo que sabe por observación y porque su padre, un fotógrafo amateur, le enseñó trucos valiosos.

Al salir de la calle, tuvo que enfrentarse a esas miradas lascivas que siempre odiaba. Siempre fue así desde su adolescencia, cuando desarrolló esos senos

perfectos y redondos y su cintura se volvió pequeñísima. No era muy alta pero llamaba la atención por sus atributos, por su cabello casi rapado y por su rostro.

Vestía siempre de negro como un último esfuerzo por pasar desapercibida y porque la dejaran en paz. A veces no era suficiente.

No era femenina y tampoco le importaba mucho. Prefería los jeans y jerséis grandes que una falda o tacones. Ugh, los odiosos tacones.

Fue al subterráneo a esperar el tren y pensaba que, a pesar del cansancio, había hecho un buen día y que había logrado al menos la mitad de lo que se había propuesto. Mientras miraba al vacío sin mayor interés, hubo algo que le llamó la atención. Era el anuncio de una muestra de arte cerca del centro. Sería en unos dos días.

Estaba tan entregada al trabajo que se alegró en saber que se distraería un poco con un poco de arte, una de sus tantas actividades favoritas. Sonrió para sí y anotó rápidamente la fecha y la dirección para no perderse el evento. ¿Qué era lo mejor? Era completamente gratis. Su bolsillo lo agradecería.

El chirrido de las vías se volvía más cercano, señal inequívoca que pronto estaría en casa. El saber que haría algo diferente, hizo que Luna olvidara un momento de las preocupaciones.

No supo ni en qué momento había llegado a casa pero estaba aliviada por ello. El piso de Luna era mínimo pero al menos era suyo. Había trabajado y ahorrado hasta el último centavo con una disciplina militar. Al final, caminando luego de terminar una sesión, se encontró con el anuncio de venta del apartamento. El dueño estaba desesperado por salir de él y Luna ansiaba un lugar propio, así que el acuerdo que tuvieron no tardó demasiado tiempo.

La despedida de su casa fue amarga y conflictiva, tal y como ella esperaba. Su madre era una experta en manipular así que vivir más tiempo en esa casa le iba a restar más y más año de vida.

Unas pocas cajas fueron suficientes para estrenar el piso el cual la recibió sin muebles salvo por la cocina y la nevera.

-Al menos es algo. –Se dijo.

Poco a poco, invirtió en un mejor sistema de calefacción y ventilación. Así que los inviernos y los veranos estarían controlados. Luego de comprar todos

los accesorios restantes, ella decoró según su gusto: paredes blancas, un estilo industrial, afiches de películas y música, algunas fotos impresas y ropa en el suelo. Esto último representaba más bien una necesidad de romper las reglas y de decirse a sí misma que viviría como le diera la gana. Al final, su hogar se convirtió en su santuario.

Luna pasó gran cantidad de tiempo trabajando para ganar sus cosas pero también se perdió del fascinante mundo de las citas y el sexo. Mientras estuvo en la escuela, tratando de mantener sus notas y de ganar alguna beca para irse de casa, sus compañeras de clase se besaban en los rincones con los chicos más guapos.

Ella no era indiferente ante la vista de los muchachos, sin embargo, se mostraba siempre aburrída por ser objeto de palabras vacías y, de paso, repetitivas. Así que prefirió hundir la nariz en libros y en cualquier cosa que significara que mejorara su índice académico.

Había días en lo que quería renunciar a todo aquello, ponerse la falda más corta que tuviera y soltarse el cabello para hacer lo que los demás hacían sin problemas. Pero no podía, en el fondo sabía que eso no era su mundo y que quizás era mejor dejar eso para después.

Entonces se agudizó su sarcasmo, la incomodidad social y el gusto por vestirse de negro. El acto más radical fue raparse la cabeza y todo su cabello espeso y negro había quedado para el olvido. El último rasgo que le hacía particularmente parecida a su madre.

A diferencia de lo que la gente pensara, fue la decisión que más le gustó. Se libró de una renta esclavizante y era práctico para el verano y, bueno, para cualquier ocasión.

De alguna manera, ella había alcanzado todo aquello que se había propuesto, así que era obvio que se sentía aliviada pero necesitaba experimentar las mieles del amor y el sexo. El primer paso lo hizo al masturbarse la primera vez.

Todo aquello pareció una especie de ritual. Llegó a casa, apagó todas las luces y tomó una larga ducha. Se miró al espejo y aplicó la crema de fresas que se compró especialmente para la ocasión. Su piel cobró olor a tarta fresca.

Siguió desnuda y se echó sobre la cama. Estaba asustada y cerró los ojos como ademán para recordar exactamente lo que había leído en Wikipedia y en

webs con artículos eróticos para mujeres.

Luego de sentirse lista, encendió el portátil y buscó una página porno para un poco de inspiración. Ya ese sentido, estaba un poco estresada porque no encontraba lo que quería ver. Finalmente dio con un video de un tío con una polla grande y una chica de una contextura más o menos similar a la de ella. Play y ver.

Al poco tiempo, sintió su entrepierna caliente y que algo salía de ella, se tranquiló pues sabía que era algo normal. A medida que transcurría el video, se emocionaba más y su cuerpo parecía saber exactamente qué hacer. Sus dedos fueron hacia su vulva y comenzó a tocarse. Lento y suave, como si temiera romperse.

El video había terminado cuando Luna continuaba tocándose. Mantenía los ojos cerrados, aferrándose a la concentración y las sensaciones. Seguía hasta que se le apareció una constelación en su mente. Sus piernas comenzaron a temblar y el fuego que nacía dentro su coño iba expandiéndose por todo el cuerpo en descontrol.

Al final, un largo grito ahogado le hizo entender que había tenido su primer orgasmo. Recuperó el aliento y se dio cuenta que había expulsado un poco de líquido. No obstante, volvió a echarse sobre la cama, esta vez más relajada, y se sintió tranquila, feliz.

Luna entendería que el orgasmo femenino, en la mayoría de las veces resultaba un mito. Se lamentaba por esas mujeres que podían pasar años sin saber qué era eso, incluso ella misma se privaba de ciertas cosas sobre todo por miedo y a veces por vergüenza.

Los pensamientos al respecto la preocupaban más de la cuenta y decidió que su primera vez sería con un tío con experiencia y que no involucraría el amor para hacer las cosas más llevaderas. Sin embargo, los designios del destino son tan caprichosos como impredecibles.

IV

El móvil no paraba de sonar. La música tampoco. Alberto estaba en la “zona”, así que era probable que cualquier ser humano en la Tierra que quisiera comunicarse con él, perdería el tiempo ya que estaba en el punto más interesante de su creatividad.

Los brochazos iban y venían, los colores salpicaba la pared y los jeans de marca. La mirada estaba sobre el lienzo y en una caja en donde reposaban otros materiales que estaba dispuesto a experimentar. Había leído sobre Pollock y Jesús Soto, así que estaba decidido en hacer algo diferente para la exhibición.

Días antes, su representante le suplicó que llevara una obra para una exposición.

-Venga, Alberto. Quiero meterte allí y así aprovechar un poco la publicidad. Irán varios artistas. Es sólo un cuadro, ni siquiera tienes que ir.

-¿Cómo no voy a ir?

-No es una fiesta glamorosa. No habrá modelos ni champaña, es un evento de la ciudad para incentivar la cultura.

-Suenas ridículo haciéndome pasar como un tío superficial.

-Lo eres. Eso es obvio.

Se sintió herido con el comentario y, como buen orgulloso que es, prometió que donaría tres obras y que de paso iría con un discurso. Luego de que pasara el calor del momento, se dio cuenta que apestaba para los discursos. Pero se había comprometido y debía seguir.

El día había llegado y por un momento se sintió aliviado porque no tendría que ponerse la máscara de hombre culto. El evento prometía que se encontraría con personas inteligentes y con gente que aprecia el arte, además, había una barbacoa pública. Nada mal.

Se puso unos jeans oscuros, una franela de cuadros y un jersey gris. Quería verse informal pero cuidado porque eso ya formaba parte de su personalidad.

Salió de casa con el peor tráfico de la historia. Se consoló al saber que al menos sus pinturas ya estaban allá y que no se retrasarían con él.

Luna pensó que sería un evento cualquiera hasta que pensó que quizás sería una buena oportunidad de proyectar su trabajo a clientes potenciales. A lo mejor tendría suerte.

Sabía que se trataba de algo informal pero quería ir arreglada... O al menos según sus términos. Así que tomó un enterito negro, una chupa vaquera y unas zapatillas deportivas. Se miró al espejo y pensó que estaba bien variar los jeans rotos. Miró el reloj sobre la mesa de noche y pensó que era mejor salir si no quería quedar atrapada en algún vagón.

El museo de Historia Natural era el epicentro de la exhibición y, aunque era temprano, se estaba congregando una cantidad importante de personas.

Alberto terminó de aparcar tras unas blasfemias. Su publicista le hacía señas desde el otro lado de la acera y con una gran sonrisa en la cara.

-¡Eh, Alberto! ¡Por aquí!

La gente casi no lo dejó pasar.

-Vaya, esto está particularmente lleno, ¿no te parece?

-Sí, sí. Lo estás. ¿No es estupendo? Ha venido gente de todas partes. Está buenísimo porque todos estamos mezclados y puedes verle la cara de asco de los más snobs. Es sumamente divertido.

Leonardo era el publicista de Alberto desde que empezó su carrera como pintor. De hecho, tenía estudios superiores en Arte y Música, experiencia como curador y fotógrafo experimental. Dedicó años en campañas municipales para que los niños sin hogar pudieran realizar actividades vinculadas al arte. Era uno de los hombres más encantadores del círculo y también uno con un sentido de humor bastante negro.

-Ya veo, aunque se pondrá mejor cuando hagan la barbacoa. Más de uno querrá ponerse un traje de protección química.

Los dos caminaron hacia las escaleras y se adentraron al museo. Había niños, jóvenes y adultos en un ambiente de sincera celebración. Alberto sonrió con aquel panorama ya que le recordó su infancia. Se sintió como en casa.

Caminaron y vieron las obras expuestas. Había una variedad excitante: esculturas, pinturas y hasta montajes en vivo. El mundo del arte para él era su mundo. Estaba en lo suyo.

Luna salió de la estación un poco mareada. Ya podía percibir el olor a carne asada y los globos de los chicos en los aires.

-Que comience el espectáculo. –Se dijo para sí misma, armada con tarjetas de presentación y con decisión de hacer más clientes.

Leonardo y Alberto esperaron su turno tras unas cortinas de lino blanco.

-¿Tienes el discurso?

-Sí. Venga, creo que me estoy arrepintiendo de eso.

-Nada de eso. Lo prometiste. Si lo haces, me tragaré mis palabras, si no, creo que no estarás preparado para que te lo eche en cara por un buen rato.

El rostro de fastidio de Alberto pareció acentuarse a medida que faltaba poco para hablar. Su amigo lo veía de reojo con una sonrisa burlona. El podio era todo aquello que odiaba en el mundo y por esa razón había hecho un esfuerzo por alejarse de cualquier situación que ameritaba un discurso.

Le llegó el turno y un mar importante de gente lo esperaba como con una sonrisa comunitaria. Estaba nervioso y trató de tomar aire para que no se le notara. Las manos le temblaban y sentía que todo iba a ser un fracaso hasta que vio algo que le robó de inmediato la atención. Era una chica con la mirada seria que parecía observarlo hasta atravesarle el espíritu.

Le pareció particularmente interesante que tuviera la cabeza casi rapada y ese gesto desafiante en la cara. Sí, parecía muy joven pero en definitiva no se veía cómo las demás. Tuvo que mirar al papel para comenzar aunque no quería perderla de vista.

El suplicio había terminado y se bajó dejando una oleada de aplausos detrás. La frente estaba brillante gracias al sudor de los nervios. Arrugó el papel y ahí sintió una fuerte palmada de Leonardo que lo miraba con asombro y humor.

-Amigo mío, has superado tus miedos. Mis respetos.

-He visto una chica pero creo que se me ha perdido.

-Ay no, otra vez pensando con otra cosa en vez del cerebro.

-Me lo merezco luego de pasar este infierno.

-Vale, vale. A lo mejor si nos la pasamos un rato por aquí, seamos capaces de verla. ¿Qué dices?

-Vale.

Cuando Alberto pronunciaba esas palabras sacadas de un discurso pre-elaborado en Google, se escabulló hacia el museo para tomar algunas fotos. Necesitaba incluir nuevo material a su portafolio.

Luna se acercó hacia una pintura que le llamó poderosamente la atención. Estaba cargada de pinceladas gruesas y de colores muy vivos. Estuvo ahí, de pie, admirándola como si el resto del mundo no existiera. En ese momento, no se percató que Alberto la veía intrigado.

Leonardo lo había dejado debido a una llamada que debía atender. En ese momento, encontró el perfil de la chica que le llamó la atención. Parecía estar maravillada por una de sus pinturas. Vio cómo se echó para atrás y tomó unas cuantas fotos.

Caminó hacia su dirección y lo mejor es que ella estaba absorta y no reparó en su presencia.

-Lindo cuadro, eh.

Ella giró hacia él un poco sobresaltada y se sonrojó al darse cuenta que era más guapo de lo que esperaba.

-¿Ah? Sí, sí. Es así. Es increíble. Los brochazos parecen violentos pero al mismo tiempo no. Quizás suene un poco pretencioso de mi parte.

-Para nada. A lo mejor esa era la intención del artista.

Ella sonrió y trató de relajarse. Alberto estaba halagado de cierta manera en la pena que tenía.

-¿Qué haces? Vi que estabas tomando fotos.

-Soy fotógrafa. Estoy buscando nuevas imágenes para incluirlas a mi portafolio.

-Estupendo.

Luna no sabía qué decir, sobre todo, porque un tío sumamente atractivo parecía no quitarle la vista de encima. En ese momento, sonó el móvil de él e inmediatamente se manifestó su cara de pocos amigos.

-Vale, vale. Sí. Entiendo.

-Debes irte, ¿cierto?

-Sí, pero sería genial que me dieras tu número. A lo mejor tenga la suerte de trabajar contigo.

Ella sacó una de sus tantas tarjetas de presentación y se la dio con las manos temblorosas.

-“Luna”, lindo nombre.

-Gracias... ¿Me dirás el tuyo?

-Claro, si te fijas bien en el cuadro, te darás cuenta.

Se fue dejándola con la palabra en la boca. Lo vio irse y después de que su vista se perdiera con él, trató de entender el mensaje, así que no paró de ver el cuadro hasta que observó el nombre de este.

-“Alberto Troconis”. Dios mío, qué estúpida soy.

Salió corriendo como un intento de alcanzarlo pero fue en vano. Sólo se encontró con un mar de gente que le impedía el paso.

-Joder.

V

-¿Lo conseguiste?

-¿De qué hablas? –Dijo sonriendo.

-Vamos, hombre, sabes de qué hablo.

Enseñó la pequeña tarjeta de presentación.

-Vaya, vaya. Sí que sabes cómo tener éxito. Veamos hasta dónde dura esto.

-Pues, déjame decirte que me ha dejado una agradable impresión.

-Eso no es anormal en ti.

Leonardo sabía muy bien las tácticas de Alberto. Aquel número que sostenía entre los dedos era más bien otro número más para la lista de conquistas de su amigo y cliente.

Aunque se sentía como un ganador, aquel pedacito de cartulina fue a parar al fondo del cajón. La exhibición estaba cerca por lo que precisaba trabajar tanto como pudiera, aunque su mente parecía recordarle las curvas de esa chica.

Ella tomaba fotos continuamente pero también pensaba en el artista que la había fascinado con aquel talento. En cada flash, recordaba las cejas pobladas, los ojos verdes y la sonrisa pícaro de ese hombre. Constantemente se preguntaba cómo sería estar con alguien como él.

Constantemente se preguntaba por qué no había hablado con él o por qué no había tenido el valor de acercársele con la usual seguridad que le gustaba pretender tener. De nuevo, esa sensación de fracaso y miedo que tantas veces le había quitado posibilidades increíbles para vivir.

Alberto se echó sobre el sofá. Frotaba su muñeca porque el túnel carpiano se sentía particularmente agudo en ese punto. Sin embargo, estaba sentado y orgulloso de haber logrado un gran avance para los proyectos que tenía en el futuro cercano.

La sensación de triunfo le hizo desear la compañía de una mujer. Repentinamente se le cruzó la imagen de Luna y su enterito holgado y la chupa vaquera que disimulaba un poco sus pechos redondos. Recordó las caderas, la cabeza rapada y la sonrisa nerviosa que hizo cuando lo vio. Pensó en lo

hermosa que era y en lo joven también. Se levantó entonces y fue hacia su habitación.

-¿En dónde estará esta cosilla? A ver...

Trató de echar para atrás todo lo que hizo para encontrar la tarjeta de presentación. Justo en ese momento, sonó el móvil y lo tomó entre sus manos. Era el mensaje de una chica que quiso contactarlo para tomar unos tragos.

Él sonrió y se sintió más tentado por el plan que se le ofrecía frente a los ojos. Comenzó a desnudarse y fue hacia el baño para tomar una ducha.

Salió en cueros y se acercó al gran clóset de parqué que tenía en la habitación. Si había algo que lo hacía sentir completamente cómodo, era el estar desnudo. Cualquiera pensaría que era por tener un físico envidiable pero esa no era la razón, más bien tenía que ver con el hecho de que adoraba la libertad de la piel desnuda. Pero claro, salir a la calle de esa manera sólo le traería problemas así que compensaba el sentimiento comprando ropa fina y de la mejor calidad.

Un par de jeans, una camisa blanca y un suéter cuello en “V”, más una zapatillas New Balance para sentirse cómodo y un poco más moderno. Se miró al espejo y se terminó de arreglar. De nuevo, la imagen de esa chica en sus pensamientos como si quisieran detenerlo antes de salir. Por supuesto, era una tontería.

Decidió pasar buscando a la chica en su Camaro del 69 ya que quería dejar bastante en claro que tenía más que buen gusto. Arrancó los motores y el ronroneo de la máquina lo hizo sentir un poco excitado. Pensó que esa noche se divertiría enormemente ya que la amante de turno sabía de las inclinaciones de Alberto.

Quedaron en verse en un bar no muy lejos del centro. La verdad era que Alberto estaba más que entusiasmado porque ese era el punto de encuentro para gente que buscaba un buen trago y unos cuantos azotes de ser posible. Todo el que entraba allí, además, estaba seguro de que su identidad estaría protegida sin importar qué.

Estaba cerca y la emoción lo hacía sentir como un niño a punto de recibir un regalo. Simplemente le encantaba ir a ese lugar. Poder ser como quisiera de una manera más o menos pública, era lo más cercano al concepto que tenía de libertad.

Finalmente llegó y aparcó cerca de coches lujosos de todo tipo. Se bajó y acomodó el jersey para verse tan bien como pudiera, aunque él sabía que no necesitaba eso.

Se acercó a la puerta, le pidieron un santo y seña, el cual aceptaron como el correcto, y le abrieron al mundo de fantasía que cualquier aficionado del BDSM hubiera deseado ver al menos por unos segundos. El sitio era oscuro salvo por unas cuantas luces rojas. Alberto trató de explicarse que aquello se debía por cuestiones de ambientación aunque a veces lo hiciera sentir un poco sofocado.

Había un olor a almizcle y cigarro que hacía todo se sintiera pesado y denso. Se abrió paso por el medio de las mesas con personajes pintorescos. No tardó mucho, de hecho, en toparse con la primera sumisa semidesnuda arrodillada con la mirada fija en el suelo. Sonrió para sí. Estaba en casa.

Una mujer de cabello corto, negro y de piernas largas lo miraba desde el fondo del bar. Tenía un vestido oscuro ajustado y la sonrisa blanca que Alberto podía divisar desde la entrada. Ya ansiaba ahorcarla con ambas manos.

Se acercó y ella exhaló justamente un poco de humo del cigarro que estaba fumando.

-Vaya, pensé que me dejarías plantada.

-Sería incapaz de hacerlo.

Aunque Alberto no era recurrente con las relaciones carnales, esta, de algún modo, era especial. Brigitta era escultora y ambos frecuentaban los mismos círculos sociales, así que conocerse era cuestión de tiempo.

La primera vez que se vieron se manifestó una química intensa entre los dos. Fue tan fuerte, que los dos sentían una especie de imán que incitaban a que sus cuerpos se unieran lo más pronto posible.

Hablaron por horas y horas. Alberto estaba convencido de que quería llevársela a la cama y ella también. Por suerte, no faltó mucho tiempo para eso sucediera.

Al estar juntos en una habitación, Brigitta se quitó la ropa con movimientos lentos y muy sensuales, él no podía creer que estuviera a punto de hacerse paso por aquel cuerpo lujurioso. Entonces, los labios de ella pronunciaron las palabras mágicas.

-Me gusta lo poco convencional.

-¿A qué te refieres?

-Pues, a aquello que tenga que ver con azotes y piel rota, a amarres de todo tipo, a sometimiento. Me gusta que me sometan.

Ella tenía una gran confianza, como si estuviera segura que no lo asustaría con tales declaraciones.

Alberto permaneció pensativo, como si no creyera completamente en lo que sus oídos estaban captando.

-Es lo que me gusta pero digamos que llevo ese estilo de vida al máximo. Sólo me gustan algunas cosas. ¿Estás entendiendo lo que te digo?

-Ah, sí, sí. Es que sólo me parece una gran casualidad que estemos en la misma sintonía puesto que también tengo esas inclinaciones.

-Entonces esto es más que perfecto, ¿no crees?

Él la tomó en brazos y la trajo para sí. Con sus manos, sintió su cuerpo desnudo y dispuesto para sus placeres. Brigitta se paró de puntillas y le susurró despacio.

-Haz conmigo lo que quieras.

Era un sueño hecho realidad.

Esa noche, entonces, Alberto la acostó en la cama, le dio el mejor sexo oral que ella hubiera recibido jamás y luego la ahorcó como había fantaseado horas antes. Admiraba cómo su piel se estremecía por sus caricias y por la cercanía de su gran miembro en sus caderas.

De repente, la soltó y le abrió más las piernas para ver la vulva de par en par. Estaba más que excitado porque veía cómo los labios de esta estaban palpitantes y húmedos. Tomó su pulgar y acarició el clítoris con suavidad. Brigitta se retorció en el placer que él le ofrecía.

Sin embargo, Alberto no pudo más y tomó el miembro en sus manos. Ella pareció asustarse un poco debido al tamaño de su pene. Un tamaño que no había visto antes.

-Tranquila que sé que te va a gustar.

Una última lamida para después penetrarla suave al inicio pero más tarde con

fuerza. Ella se aferraba a él con las uñas y el dolor que esa sensación le producía, excitaba aún más a Alberto que encontraba ese estímulo como una razón más para follarla duro.

La tomó por el cuello, hizo que lo lamiera, cambió de posición y sus nalgas quedaron expuestas para sus manos y nalgadas. Las dejó enrojecidas y con ese ardor delicioso. La montó sobre su regazo y volvió a ahorcarla. Esa vista de ella perdiendo el conocimiento cada vez que sentía el calor de su pene en su carne, le hacía sonreír como nada en el mundo.

Al final de devorarse mutuamente, rieron uno junto al otro sobre la cama. Se miraban como cómplices y luego cada quien emprendió el retorno a sus casas. Sin remordimientos, sin pleitos ni reclamos. Era una transacción terminada y por ende ya no había más qué hacer.

A pesar de ello, los dos siguieron en contacto por si alguno deseaba un poco de compañía y sexo. Era quizás lo más estable que había tenido él en años y lo prefería de esa manera.

-Ven, siéntate. Te he pedido una cerveza. Supuse que estarías de humor para algo así. ¿Me equivoqué?

Él sonrió.

-Para nada. Este día ha sido largo así que una cerveza me va más que estupendamente.

Se sentó en el banco y la miró con deseo. Los recuerdos no tardaron en manifestarse así que tomó un largo trago para permitirse desinhibido.

-¿Cómo ha estado tu semana?

-Pues bien, he tenido un montón de trabajo y, como supondrás, necesito algo para relajarme. Por cierto, vi que hiciste unos valiosos aportes a una exhibición días atrás. Creo que ahora ya quedará más que confirmado que eres una celebridad.

-Por favor. Eso más bien fue iniciativa de Leonardo. Yo sólo quedé en medio de todo el proceso.

-Ah, Leonardo. Buen chico y buen publicista. Había olvidado que seguías con él.

El tono de sarcasmo le hizo sentir un poco juguetón.

-¿Sí?, ¿y tú?, ¿sigues por tu cuenta?

-Sabes que soy un espíritu libre. ¿Lo olvidaste?

-No, no.

Se miraron en silencio. Él tomó lo último que quedaba de cerveza y ella dio un pequeño sorbo de vino tinto. Luego, tonteo con el borde la copa, como si estuviera ansiosa por lo que vendría.

-Esto está un poco lleno, ¿vamos a mi casa?

-Perfecto.

Ella sonrió aliviada por escuchar esas palabras. Ya había tenido suficiente conversación y algo más allá de eso será aburrido. Tomó el brazo de él y salieron juntos del bar con destino al loft de Alberto. Era revivir los viejos tiempos.

En el coche, no tardaron en darse muestras de afecto. Había pasado tiempo, mucho tiempo y sus cuerpos necesitaban ese contacto que no tenían con frecuencia. El camino se hizo corto... Por suerte para los dos.

Brigitta se colgó de la espalda de él y Alberto sonreía mientras trataba de abrir la puerta. El haber bebido tan rápido lo dejó un poco atontado. Pero bien, eso no era impedimento para hacerlo sentir excitado y deseoso de ella.

-Hueles tan bien. Extrañaba eso.

Él sólo sonreía.

Entraron y subieron las escaleras rápidamente. Él la tomó por la cintura y la besó con fuerza, casi con agresividad. Ella se aferraba de sus anchos hombros. El calor aumentaba a cada minuto. De inmediato, los dedos de Alberto tantearon el cierre del vestido, bajándolo lentamente. Era como encontrarse con un regalo ansiado.

Allí visualizó las curvas perfectas de Brigitta. Su memoria no lo había engañado, ella permanecía tan sensual como había recordado. La dejó sobre la cama y comenzó a desvestirse como si estuviera desesperado. Cuando estuvo a punto de terminar, la miró y le dio la siguiente orden.

-Abre las piernas y mastúrbate.

Eso era algo que ansiaba desde que se encontraron en el bar.

Ella lo hizo con una gran sonrisa en los labios y le dejó ver su vagina rosácea y palpitante. Sus delgados y finos dedos comenzaron a tocar su clítoris y todo lo demás. Lo hacía con una gracia y con ese gusto, como si él lo hiciera.

Se excitaba más y más. Alberto, aún de pie y finalmente desnudo, tomó su pene entre sus manos y comenzó a masturbarse al mismo tiempo que ella lo hacía. Intercambiaban miradas y gemidos.

Antes de llegar, él pensó que estrenaría la cruz de San Andrés que había construido semanas atrás. Sin embargo, el verla así, sólo para él, hizo que se sintiera más que tentado en lamerla hasta que ella no pudiera más... Y así lo hizo.

Apartó las manos y se arrodilló. Le dirigió unas pocas palabras.

-Quédate así. Tranquilita.

Ella asintió y en ese mismo momento cerró los ojos. Sabía lo que vendría.

Sintió el calor de la lengua de Alberto. Suave, sensual. Ese primera acción vino con un gemido tan delicioso que provocó la urgencia de él en devorarla sin parar.

-Podría estar aquí todo el tiempo.

-S... Sí.

Las palabras salían arrastradas de su boca. Eso quería decir que lo estaba haciendo más que bien.

Sostenía entonces sus muslos con fuerza, como si no hubiera un mañana. Lo hacía con tal fuerza que marcaba los dedos en ellos. Además, era la intención, Alberto tenía aquella fijación de dejar huellas de su lujuria en las mujeres que compartían la cama con él.

Los pies de Brigitta estaban encogidos y las piernas tensas, los ojos cerrados y las manos sosteniendo las sábanas con una fuerza casi hercúlea. Sentía que cada lamida y cada mordida la llevaban a un abismo de inmenso placer.

A ese punto quería tener un orgasmo pero él le advirtió con la mirada que no lo hiciera. Ya tendría tiempo para ello así que ella tendría que soportar un poco más.

No había manera de explicar lo mucho que le gustaba tener el coño de una mujer tan cerca de la cara. No sabía exactamente qué era lo que más le

excitaba, si era el sabor, la textura o los gemidos que escuchaba. Podía ser una combinación de todas las anteriores y aun así sentía que faltaba algo más. Pero claro, esas cosas no necesitaban razones o motivos. Simplemente lo encontraba como una adicción la cual no estaba dispuesto abandonar.

Seguía en lo suyo hasta que vio una silla en una esquina. Se distrajo y por fin se decidió a usarla. Había pasado tiempo que no veía a Brigitta así que quiso celebrar el reencuentro de una manera especial.

-Ven. Párate.

Ella, reunió un poco las fuerzas y se incorporó. No hizo falta que él le diera más información porque entendió lo que iba a pasar. Se dirigió a la silla y se sentó lentamente, aún tenía la vulva enrojecida por él.

Alberto trató de hacer memoria.

-¿En dónde estará?

Se decía a sí mismo mientras daba vueltas en la habitación como un animal enjaulado. De repente, recordó en donde se encontraba el fuate. Sí, allí estaba. Estaba cerca de una de las esquinas de la cama. Ahora todo tomaría un giro interesante.

El roce del cuero sobre el rostro de Brigitta le advirtió que había llegado el momento de los azotes. Ella celebró por dentro. Esa sensación de ser sometida a ese tipo de dolor la excitaba enormemente.

Primero el rostro, luego los hombros, el cuello. También lo hizo con los pezones, los cuales se encontraban duros. En ese momento, él se sintió tentado en morderlos pero pensó que lo mejor de ser Dominante era esperar y hacer esperar. Ese juego le resultaba excitante por lo que sabía que la desesperación no lo llevaría a ninguna parte.

Respiró profundo y en menos de lo esperado, propinó el primer impacto del fuate sobre uno de los muslos de Brigitta. Ella se mordió la boca. Él colocó la mano sobre la mejilla. Lo hizo un par de veces más en el mismo sitio. Estaba en el éxtasis.

Luego de concentrarse en un lugar, también lo hizo en el otro lado así como en los brazos y parte de los pechos. Como buen observador, estaba al tanto de las reacciones de Brigitta con el fin de no pasarse de la línea. No obstante, eso algo difícil de lograr ya que ella era una veterana en esos asuntos.

Seguía en silencio, ya que esa era la orden de él.

-No hagas demasiados ruidos. ¿Vale?

Asintió.

Aunque Alberto era más que fanático de los ruidos, esa petición sólo era producto de un juego de poder. Así que fue llevándola al límite con los azotes.

-Párate y apóyate en la pared.

Así hizo y mantuvo los ojos cerrados. Le gustaba lo que estaba por venir.

Más dolor en las piernas, espalda y hasta en los glúteos. Los azotes eran alternados con nalgadas. Los niveles de intensidad, por otro lado, variaban también.

De esta manera, Alberto pudo soportar un poco más el impulso de follarla como un desesperado y ella también disfrutaría lo que estaban haciendo. Luego de tenerla con los ojos llorosos, la cargó con una destreza propia de un superhéroe y la dejó en la cama, jadeante y pidiendo su polla.

-Por favor, por favor.

Él llegó un punto en el que sólo escuchaba su propio deseo así que volvió a masturbarse un poco y su gran pene estuvo a punto. Poco a poco lo introdujo en el coño de ella hasta que este entró sin dificultad. En ese punto, lo empujó aún más, como queriendo adentrarse más.

Empezó a moverse lento, como tenía costumbre, pero Brigitta era una mujer que ya había experimentado aquella piel así que con los ojos rogaba un poco más. Alberto, por su parte, quería desesperarla un poco, pero sólo un poco. Lo necesario para llevarle al borde de un placentero éxtasis.

De vez en cuando la tomaba por el cuello, apretaba lo justo e intercambiaba el estímulo con humillaciones verbales.

-Putá.

-Ramera.

-Zorra.

-Esclava.

Cada palabra y las posibles combinaciones de las mismas, formaban las oraciones para intensificar el ambiente ya cargado.

-Hazlo.

Así, de repente, Brigitta gritó del placer y dejó salir el flujo producto del orgasmo. Él, mientras, se quedó dentro de ella por un rato, viéndola y fue allí cuando se percató de las cosas ya no eran las mismas.

Era una situación un poco incómoda para analizar así que continuó hasta que, pocos segundos después, extrajo su pene y se corrió sobre el abdomen de ella.

Con un gesto delicado, Brigitta le acarició el rostro y lo miró como siempre lo hacía.

-¿Estás bien?

-Sí, sí. Sólo que este fue un poco intenso.

-Lo sé. También me pasó.

Le dio un beso en la boca y él se bajó de la cama. Fue al baño, se miró en el espejo y sintió una especie de sensación amarga en los labios. No supo cómo interpretarlo así que lo ignoró. Tomó unas toallas para limpiarse él y a ella. Al salir, encontró a Brigitta dormitando en su cama, como había pasado algunas veces.

Antes aquello no le molestaba, más bien lo hacía sentir como todo un triunfador. Pedazo de mujer que tenía en su cama. Pero, para su sorpresa, o no, ya no era así. La limpió entonces, tomó unos jeans y se alejó de allí. Huyendo de esa escena que se sentía tan cercana y lejana a la vez.

Se sentó en la barra de la cocina, se sirvió un poco de bourbon con unos cuantos pocos hielos y permaneció en silencio en medio de la oscuridad. La sensación de incomodidad parecía carcomerlo por lo que esperaba que el alcohol pudiera hacerlo olvidar lo que estaba sintiendo por un momento.

Le desesperaba la idea de saber los cambios que estaba experimentando. No sabía la razón y estaba buscando una razón para que su mente se enfocara en otra cosa. Así pues pensó en el rostro dulce y amable de Luna. De nuevo ese nombre: Luna.

Sonrió. Con ese gesto, la nombró como la próxima conquista. A lo mejor así olvidaría que estaba siendo objeto de un gran aburrimiento de que era objeto ahora. Terminó el trago y pensó en tomarse otro pero no quiso hacerlo. Estaba cansado y necesitaba dormir.

Subió las escaleras y vio el pecho de Brigitta inflarse lentamente producto del aire que entraba en sus pulmones. La luz de la luna iluminaba su rostro y parte de sus pechos. Tenía la expresión calma y Alberto pensó que esa imagen era hermosa e igual de lapidaria. Sacudió la cabeza y se acostó en la cama. Sabía que, al despertar, no la encontraría allí.

El sonido de las bocinas interrumpió el sueño. La alarma, además, comenzó a sonar con alguna canción de Interpol que él no pudo identificar de inmediato. Con pereza, se levantó y efectivamente, su compañera de cama se había ido ya. Giró la cabeza y se encontró con una nota.

“La pasé divino. Por favor, llámame”.

Ella no era de dejar notas pero él pensó que se trataba más bien de pura formalidad. Volvió a acostarse para regalarse unos minutos más de sueño así que lo hizo. Sin embargo, pensó que sería mejor idea dejarlo para después y entregarse al trabajo.

... Pero antes iría por un poco de café.

VI

Luna estaba mirando su reflejo en la ventana del tren. Veía las ojeras y la boca apretada. No había desayunado así que se sentía un poco débil también. De repente se sintió tranquila al pensar que había adelantado suficiente trabajo así que se tomaría el tiempo de desayunar algo y, claro, tomar un café. Uno de los pocos vicios que tenía.

Sonó el anuncio de la estación y se bajó con paso ligero. La sola idea de una taza humeante de café, le había dibujado una sonrisa. Así que no quería perder el tiempo.

Al salir, encontró el anuncio de un Dunkin Donuts a pocos metros. Para mejor, no estaba repleto así que tendría oportunidad de sentarse en la barra que daba a la calle. Así se distraería un poco también.

Sólo un par de personas adelante. El día de suerte.

-Por favor, una dona de manjar y una café negro.

Pagó y al poco tiempo, estaba sentándose en una butaca como había planeado en el asfixiante subterráneo. Se sentía inmensamente agradecida de tener la oportunidad de vivir un momento como ese.

Fue entonces, cuando terminaba la canción que estaba escuchando, cuando sintió la campanilla de la tienda sonar. Al girar por pura curiosidad, se percató que se trataba del mismo hombre al que le había dado su tarjeta de presentación.

Sintió como un frío recorría su espalda. No supo qué hacer. Rápidamente, sacó un pequeño espejo de mano y revisó si tenía algún rastro de comida en la cara. No sabía por qué lo hacía, ni sabía por qué se sentía tan nerviosa. Hacía alboroto por alguien que probablemente ni se acordaba de ella.

Sin embargo, ahí estaba él. Con ese andar viril y masculino, con la expresión tranquila. Vestía unos pantalones de kaki, una polo verde militar y unas zapatillas deportivas. El sol parecía acariciarlo en cada parte de su cuerpo, como para no molestarlo. Ella sonreía, embobada. Parecía que estuviera hechizada.

-Quizás se le perdió mi tarjeta.

-Quizás no le prestó atención.

-Quizá no le importa.

Daba igual, agradecía tener la oportunidad de verlo y desearlo así fuera desde la distancia. Giró su cabeza y decidió que era mejor plan terminar con el desayuno improvisado.

Alberto no se decidía y faltaba poco para su turno. Quería apresurarse pues porque no le gustaba hacer esperar a quienes estaba detrás de él... Aunque el lugar no estaba particularmente lleno. Así que se tranquilizó y pensó bien qué tomaría.

Luego de ordenar, pensó que iría al parque a sentarse un rato como una forma de relajarse antes de trabajar. A ese punto, ya se sentía mejor consigo mismo y concluyó que esa sensación se debía a que estaba ya cansado de estar con ella. Así que era probable que pasara más tiempo antes de verse... Si es que encontraba el ánimo para hacerlo.

Apoyado en el mesón, miró hacia afuera y se encontró con una silueta que le pareció parecida. De hecho así fue, era Luna. Se puso derecho y trató de verla mejor desde su posición. No quería equivocarse.

Tomó el café e hizo el impulso de acercarse a ella pero recordó que no la había llamado y quizás eso sería mal visto. Pero no había que preocuparse. Unas cuantas palabras galantes serían suficientes para curar el malentendido.

La vio terminando de tomar el café y se quedó mirándola un rato, sólo lo suficiente como para grabarse mejor su figura. Ella se levantó y se lo encontró de frente. Alberto se sintió de nuevo halagado porque vio de nuevos esas mejillas encendidas.

-Vaya, qué casualidad. ¿Cómo estás? –Dijo él con una amplia sonrisa.

Luna pareció no poder reaccionar hasta que se dio cuenta de que si no lo hacía iba a quedar como tonta o sorda... O las dos.

-Ho-hola. Sí. De verdad, ¿no te parece genial?

-Pues sí. Bastante. Pero me dio cuenta que quizás no esté tan de buena suerte. Veo que has terminado.

-Sí pero podría quedarme un rato más... Creo que el café debe compartirse.

-Estoy de acuerdo. Sólo espero no quitarte tiempo.

-Para nada.

Ella pudo articular las oraciones con más seguridad por lo que indicaba que estaba sintiéndose más cómoda y segura de sí.

-El día está precioso. Creo que cuando sale el sol, todo es posible.

-Sí, a veces el cielo tan gris todo el tiempo afecta el ánimo. Es impresionante.

-Me pasa lo mismo. Creo que el remedio que he aplicado para situaciones como estas es el salir así sea un rato. ¿Cómo has estado?

-Pues, bien. Trabajando duro, ya sabes. Imagino que se me ven las bolsas debajo de los ojos.

-Te entiendo, pero no subestimes el descanso. Los dos, ya que trabajamos en áreas relacionadas a la creatividad, es importante que darle espacio al cerebro a que descansa y se distraiga con otras cosas. Eso sí, no te tomes esto como un sermón de viejo cascarrabias.

-Ja ja, ja. Nunca pensaría eso. Más bien pienso que no está mal escuchar eso de vez en cuando.

-...Además, no veo las ojeras. Sólo veo un bello par de ojos negros.

Ella volvió a sentir que se sonrojaba. Él estaba sintiendo un deseo que crecía cada vez que pasaba más tiempo con ella.

-Debo decir lo obvio, además, quiero que pienses que soy un hombre encantador.

Luna trató de reunir fuerzas para responderle con seguridad. Estaba muy atraída a él y no quería dejar escapar esa oportunidad.

-No tienes que hacer mucho esfuerzo para que piense eso. Creo que vas bastante bien.

Sonrió. Él también.

-Vaya, me siento como un millón de dólares.

Se miraron fijamente, como si dijeran todo en esos segundos. Luna sintió que el mundo se detenía y que los dos eran dos átomos a punto de hacer contacto.

En vista de que era obvio que los dos sentían una gran química, Alberto se aventuró un poco más. Presentía que sus planes se cumplirían.

-¿Qué tal si nos tomamos un trago después de que salgas del trabajo?

La vida aburrida y la rutina de todos los días parecieron congelarse ante esa propuesta. Luna sintió miedo por un momento ya que ese hombre la intimidaba pero también le gustaba cómo él la miraba. Sentía que la desnudaba en un segundo y ese nivel de vulnerabilidad era delicioso.

-Vale, perfecto. Quizás salga un poco tarde porque tengo una sesión. ¿Está bien para ti?

-Más que bien. Me gusta salir de noche. Creo que eso no sonó muy bien, ¿verdad?

-Ja, ja, ja. Claro que sí.

-Me gusta cuando ríes. –Interrumpió. –Es lindo cuando lo haces.

-Gracias.

Esta vez Luna sí pudo controlar la reacción de sus mejillas.

-¿Tienes mi número?

-Sí, sí. Lo tengo, pero te daré el mío porque creo que no esté demás. Ajá. Sí. Exactamente. Bien. Entonces nos veremos más tarde.

-Estupendo.

Él se bajó de la silla, le hizo un guiño y salió con ese andar que a ella le mataba. Al dejar la puerta atrás, Alberto sabía que la tenía en sus manos pero decidió que disfrutaría un poco del juego antes de hacerla suya.

Luna miró el último pedazo de dona que tenía sobre el mesón y los pocos mililitros de café que no bebió. Estaba feliz y también tenía dudas de lo que estaba pasando. ¿Y si fuera una ilusión?

Sin embargo no tendría que serlo. Llevó la mano a su rostro y se sintió caliente.

-Eres una tonta.

Botó los restos cerca y salió con una sonrisa en la cara.

Pasó la tarde acomodando encuadres y editando fotos. Quizás la parte más difícil del trabajo así que trató de concentrarse tanto como podía. Sin embargo, llegó un punto en el que se le hizo imposible porque sólo pensaba en él, en la manera en cómo la veía, en cómo hablaba. Cada detalle estaba

volviéndose relevante y se grababa dentro de su mente. En ese instante, una compañera de trabajo insistió en que la ayudaba con algunas revisiones.

Alberto, luego de ese encuentro que le cayó como anillo al dedo, buscó un asiento para sentarse en el parque que había encontrado de regreso a casa.

Mientras veía a la gente caminar, no podía creer en la suerte que tenía: encontrarse a la chica justamente después de pensar en ella como un loco. ¿Acaso no era increíble? Dio un último sorbo al líquido que tenía en el vaso de cartón. Todo estaba saliendo como quería.

Dio un último vistazo hasta que se levantó con los ánimos listos para trabajar. Al final de todo, había sido buena idea el ir a buscar un poco de café.

El día pasó lento y frío, más que de costumbre. Por un lado, Luna seguía trabajando en las correcciones y en los fotomontajes que había dejado para último minuto. Miraba el reloj compulsivamente, como deseando que se parara o que, al menos, tuviera la oportunidad de salir temprano y verlo.

En ese punto, la ansiedad parecía que la iba a matar. Alberto, sin embargo, estaba frente a otro gran lienzo con la mirada perdida. No encontraba la concentración ni el estado de ánimo adecuado para dar el primer brochazo. Tomó una silla, la arrimó hasta el mismo punto en donde estaba de pie y se sentó con cara de concentración.

En ese momento, ya cuando la tarde estaba a punto de caer, recordó a Luna en el café, recordó cómo el sol incidía en sus ojos negros y en los jeans. La sonrisa tímida, las mejillas sonrojadas. Entonces, como tocado por la magia de la musa, comenzó a pintar, deseando que aquel impulso no se le escapara de los dedos. Lo hizo con tal velocidad que sintió un dolor agudo en las muñecas.

La noche se manifestó y con esta, la satisfacción de haber hecho un buen trabajo. El lienzo estaba listo y cada vez estaba más cerca de alcanzar la meta de tener todo listo antes de la exposición. Lo suficiente como para recompensarse con una buena cerveza.

En ese estadio de felicidad, recordó a Luna.

-¡Mierda!

Soltó el pincel y la pintura salpicó un poco en el prístino suelo. Corrió como alma llevada por el Diablo para revisar cada cajón o escondite posible en

donde pudiera encontrarse la fulana tarjeta.

-Dios mío, pero soy el maestro del desastre.

Sí, sí lo era. Y cada minuto gastado en lo que parecía una búsqueda sin sentido, más se enojaba consigo mismo. A punto de perder la fe, se encontró con un trozo de cartulina debajo de una pila de papeles, facturas y bocetos viejos.

Lo sostuvo con ambas manos, con la mirada iluminada ya que lo consideraba como una gran victoria. Lo dejó sobre la cama y fue a tomar una ducha. Esta vez estaba listo para atacar.

-¿Tienes hambre? Vamos a salir a comprar una pizza.

-Sí pero que saldré dentro de poco.

-¿Estás segura? No nos tardaremos, es una promesa.

-Sí, está bien. Terminó algo aquí y después me voy. Dejaré todo encendido y abierto, salvo la reja.

-Vale, entonces nos vemos mañana.

Luna se quedó sola cosa que agradeció hasta que vio el reloj. Faltaba poco para las nueve.

-Si sigo así no tendré vida social.

Se rió para sí misma. Guardó el último documento en el disco duro cuando escuchó el móvil, a lo mejor era su madre tratando de comunicarse con ella para preguntarle los pormenores de su vida amorosa inexistente.

Uno. Dos. Tres repiques. Suficientes para darse cuenta que era urgente y que debía atender. No miró la pantalla y contestó de manera automática ya que aún estaba concentrada.

-Buenas noches.

-¡Hola! Este es un mensaje para recordarte que tienes una cita conmigo.

Por un segundo ella no reconoció el tono de voz pero luego cayó en cuenta que se trataba de Alberto. El corazón comenzó a latirle con fuerza y sintió que le faltaba el aire.

-Ah... Ja, ja, ja. Sería incapaz de olvidar algo así. Lo siento si tardé en responder, estaba en medio de algo.

-Espero no interrumpirte...

-Para nada. Más bien te agradezco que lo hayas hecho porque he estado frente a esta pantalla durante tanto tiempo que hasta olvidé que ya era de noche. Vaya...

-Bien, entonces digamos que soy como una especie de ángel de la guarda que hará lo posible por hacer que te relajes y aceptes tomar una cerveza conmigo. ¿Qué dices?

-Estaría más que encantada.

-Vale, dime en dónde te recojo.

Ella iba a darle la dirección pero pensó que era mejor resguardarse un poco así que le propuso otra idea.

-Mejor dime en dónde vernos porque aún tengo un par de asuntos. No requiere mucho tiempo ¿Te parece?

-Perfecto. Es sencillo de llegar así que dudo que te pierdas. De todas maneras, estaré escribiéndote por si necesitas algo.

-Muchas gracias.

-Saldré en cinco minutos. Estaré esperándote con muchas ganas, eh.

Colgó la llamada y sintió cómo el sudor bajaba por la nuca. Luego de guardar los archivos como solía, se aseguró que todo estaba en orden. Fue al baño para revisar su aspecto y no podía creer las bolsas que tenía debajo de los ojos ni la palidez de la piel a pesar de ser morena. Por supuesto, eso se debía a que no almorzó apropiadamente.

Abrió la llave de agua y trató de refrescarse un poco.

-Un poco de maquillaje podría solucionar algo.

Buscó en su bolso un pequeño compartimiento con un par de labiales rojos, un polvo compacto viejo y una máscara de pestañas. Ese era el peor momento para ser poco arreglada. La presión aumentó pero era demasiado tarde para entrar en crisis. Así estaba y así se iba a quedar.

Se miró los jeans, la blusa negra con rayas blancas y la chupa vaquera. Para su gusto se veía más que bien.

Apagó casi todas las luces y dejó todo en orden para que sus demás

compañeros tuvieran todo listo. Dio un largo respiro, buscó la dirección en Google Maps y así comenzó el viaje hacia una aventura que no sabría cómo iba a resultar.

VII

El subterráneo estaba repleto y Luna, como buena ansiosa, pensó que no tendría el tiempo suficiente para verlo. ¿Y si llegaba tarde? ¿Y si todo saldría mal? No había nada que hacer. En vista de la situación, encontró un asiento libre y se sentó allí hasta la estación más próxima a su destino final.

Alberto entró al bar con ese aire de tío resuelto tan característico en él. De inmediato sintió las miradas de las mujeres. Le gustaba mucho la atención así que iba a disfrutarla hasta el último minuto.

La barra estaba vacía así que era buen plan esperarla allí, sobre todo, porque la puerta estaba cerca y así podría verla en cuanto entrara.

-Una cerveza, por favor.

Tomó un sorbo y le agradó esa sensación de las burbujas en su garganta. No le importaba mucho el frío así que dio otro sorbo más. Miró alrededor y efectivamente había mujeres guapísimas en todas partes pero, de alguna manera, a él no le importó. Estaba concentrado en la manija de la puerta, esperando ansiosamente ver el rostro de Luna.

El tren se había detenido lentamente antes de abrir las puertas. Ella salió un poco desconcertada porque no conocía esa estación en particular. Trató de no poner cara de perdida y buscó la salida que le había indicado la aplicación.

Al salir, el viento frío la recibió aunque fue una sensación que pasó con rapidez. Se encontró con una de las zonas más pijas de la ciudad. No recordaba haber visitado ese lugar aunque quizás lo hizo para alguna sesión de fotos.

Miró los alrededores y pensó que así vivía la otra mitad. Todo era glamour entremezclado con un espíritu bohemio. Dejó la reflexión para más tarde y se concentró en encontrar el punto de encuentro que le había indicado Alberto.

Su instinto la llevó a una puerta de madera con un aspecto más bien normal en comparación a lo que había alrededor. Empujó suavemente y se encontró con un lugar brillante y muy bonito.

De repente, lo vio. Le sonreía desde donde se encontraba. Nadie la había mirado de esa manera. Ella le respondió con el mismo gesto y camino hacia él.

Alberto la esperó de pie y le dos suaves y lentos besos. Uno en cada mejilla.

-Disculpa si tardé un poco. Es la primera vez que uso Google Maps y estuve a punto de perderme de lo lindo.

-Ja, ja, ja. No te preocupes. Lo importante es que estás aquí. ¿Qué tal si nos vamos a una mesa un poco más alejada de todo este ruido?

Él la tomó por la espalda con su mano segura y firme. Luna se sintió como una persona importante al estar con alguien como él. La gente lo miraba con asombro y hasta admiración, por lo visto, era bastante conocido en esos círculos.

Encontraron una mesa agradable a las afueras del local. A pesar de encontrarse en medio de la ciudad y en una de las zonas en donde era común escuchar música a todo volumen, en donde estaban más bien era tranquilo, como si estuvieran en otro lugar.

-Vaya, este lugar el precioso.

-Lo es, ¿cierto? Es uno de mis lugares favoritos. Cambias de ambiente estando en el mismo bar. Como verás, soy algo sensible a las dualidades.

-Entiendo la razón por la que te sientes así. Gracias por invitarme.

-No agradezcas, al menos no todavía.

Antes de hablar cómodamente, una chica se acercó a ellos con una botella de vino.

-Sé que te prometí una cerveza pero la noche está demasiado hermosa como para dejar pasar la oportunidad de disfrutar un buen pinot noir.

Ella no sabía de lo que le estaba hablando, sus conocimientos sobre vino eran bastante limitados así que le siguió la corriente.

Brindaron y quedaron envueltos con la luz de las velas.

-Está delicioso.

-Sí, creo que nunca he tomado algo así.

-Pues disfrútalo.

-Sin duda. De hecho, si te soy sincera, tenía mucho tiempo sin hacer esto. Estoy tan entregada al trabajo que a veces se me olvida que también tengo una vida.

-Eso suele pasar y aún más cuando vivimos en una ciudad como esta. Sientes que debes ir tan o más rápido que los demás. Eso puede funcionar al principio pero, al final, quedas agotado. Así que no está demás tomar un poco de tiempo libre y aprovecharlo. La vida está hecha de instantes.

Ella lo escuchaba como si su voz fuera una especie de melodía agradable. Le gustaba el tono y le gustaba aún más que él la mirara a los ojos sin prestarle atención a lo que pasaba alrededor.

-No hablemos de trabajo, de eso estamos huyendo, ¿no?

Los ojos de Alberto parecían brillar aún más. Su media sonrisa dejaba ver un poco sus dientes blancos. Estaba inclinado hacia ella, atento a cualquier respuesta.

-S-sí, tienes razón. Creo que es un tema que se vuelve imprescindible en cualquier conversación.

-Antes era la escuela ahora es el trabajo. Es una como una necesidad que tenemos de quejarnos en conjunto y encontrar algo de consuelo. Aunque, siendo franco, quienes amamos lo que hacemos tenemos una gran ventaja. Habrá días duros pero al menos no lo serán tanto.

-¿Cómo descubriste que la pintura era lo que amabas?

-Para resumir la historia, de niño siempre estaba dibujando a haciendo garabatos. Mi madre pensó que sería interesante que probara con un curso de pintura así que me inscribió en uno. Allí, cada cierto tiempo probaban el sentido que tenía sobre la perspectiva, el volumen y el espacio.

>>Al parecer estaba un poco más adelantado que el resto así que se volvió obvio que lo mío era un lienzo o cualquier superficie. El arte siempre ha formado parte de mi vida y siempre lo será. Es una de las pocas cosas que realmente me hace feliz.

Los ojos de Alberto se volvieron brillantes. La manera en cómo hablaba al respecto era conmovedor. Luna trató de disimular la admiración al escuchar esas palabras.

-¿Te pasó lo mismo con la fotografía?

Volvió a fijar la mirada en ella. Se sintió desnuda otra vez.

-Un poco. Mi padre era fotógrafo amateur así que supe desde muy pequeña

sobre eso. Era muy mala en la escuela y mi único refugio era tomar fotos. Lo hacía sobre cualquier cosa y por suerte, recibí una especie de entrenamiento por parte de mi padre. Él me enseñó mucho así que le debo esto a él, en parte.

-Es una linda historia.

-Sí, lo es.

Quedaron en silencio pero no era de esos que te hacían sentir incómodo. Más bien los dos estaban complacidos de estar allí, de tener ese instante para los dos.

-Estoy contento de que hayas venido. Es genial verte... Lo que me hace sentir como un idiota el no haberte llamado antes.

Esa iba a ser la prueba de fuego. Alberto sabría qué tan interesada estaría Luna dependiendo de la respuesta.

-No te preocupes. Todos tenemos asuntos y hay cosas que se nos pueden escapar. Es todo.

-Tienes razón, aunque esta vez no voy a dejarte escapar. Tenlo por seguro.

Tomó un sorbo de vino y Luna sintió que sus rodillas comenzaron a flaquear. Ella lo imitó como una forma de hacer tiempo y que para él no le descubriera los nervios.

A medida que avanzaba la noche, ya Alberto estaba más cerca de Luna y los dos parecían estar desafiando la distancia. Aquello representaba una gran diferencia desde el momento en el que quedaron para verse.

La noche avanzaba y él tenía el deseo de besarla a flor de piel. Estaba ansioso y podría decirse que hasta nervioso. La miraba sin parar, especialmente, sus labios. Esos labios gruesos y provocativos que parecían llamar su boca. Ella hablaba y la atención que le había puesto a sus palabras parecía diluirse porque la carne es débil.

Respiró profundo y tomó el mentón de ella con delicadeza. Luna no parecía entender muy bien lo que estaba pasando hasta que sintió cómo los ojos de Alberto se cerraban para besarla. Ella, a pesar del miedo, hizo lo mismo y se entregó a él plenamente.

El beso fue suave, lento, delicado. Dentro de sí, Alberto pensó que se trataban de los labios más deliciosos que había probado. Había algo en ellos que lo

hacía percibir como dulces, muy dulces.

Tomó la cintura y la mantuvo así, muy junto a ella. Ese intercambio se volvió más intenso por lo que no tardó mucho tiempo en escuchar los gemidos de Luna. Ya no había frío, sólo desesperación por comerse con agresividad.

La luz de la vela parecía extinguirse rápidamente y esa fue la señal que tuvo Alberto para que los dos fueran a otro lugar un poco más apropiado. Entonces se separó lentamente de ella y la miró casi con ternura.

-¿Quieres que vayamos a otro lado?

-Sí...

No había terminado de decir esas palabras cuando estaba ya ayudándola con la silla. Luna estaba un poco atontada, quizás un poco más que cuando se encontraron en la mañana. Alberto la había llevado hacia un punto en donde sentía un placer inmenso... Y sólo fue un beso.

Caminaron en dirección a la puerta y Alberto le tomó la mano. Giró hacia ella y le hizo un guiño. Luna se sentía como si no existiera nada más alrededor.

Él, por otro lado, pensaba que sería buen plan llevarla al hotel de lujo que recién había abierto sus puertas esa misma semana. Había leído que las habitaciones eran amplias, lujosas y que la atención era de primera. Además, pensó que ese era mejor plan que llevarla al loft. Necesitaba tener ese espacio para él y depurarlo de toda distracción cuando se dedicara a trabajar.

Salieron y el frío de hacía unas horas atrás había aunado un poco más. Luna, sin embargo, tenía el cuerpo de Alberto cerca de ella. Parecía que estuviera envuelta con él lo que le hacía sentir segura, protegida.

Vio el Camaro del 69 y se sintió como si estuviera en una película.

-Es uno de mis bebés. Ojalá tuviera más espacio para correrlo como se debe.

-Guao, es hermoso.

-Lo es. Déjame abrirte.

Dejó que entrara primero no sin antes darle un beso largo y profundo. La lengua de Alberto acariciaba la de Luna y se entrelazaba con la de ella con ansias de exploración. Ella cayó en el asiento y esperó que él entrara. Quería refugiarse en ese mismo calor una vez más.

Al estar los dos adentro, Alberto arrancó los motores en dirección a lo que

tenía planificado. El camino parecía despejarse a medida que avanzaban a su destino. Luna, por su parte, estaba en silencio, pensando en cómo le diría que era virgen sin arruinar el momento. Trataba de encontrar las palabras, trataba de echar para atrás el tiempo para confesarle ese secreto pero no pudo. Simplemente no pudo, por lo tanto estaba en ese asiento cavilando en búsqueda de respuestas.

Alberto estaba serio. La piel de esa chica tenía algo que parecía volverlo loco. Pero ahí estaba, disimulando lo que sentía como el experto que era.

-Hay un hotel nuevo que creo que te encantará. Es un lugar de encanto.

Luna no sabía qué decir. Tenía que confesarle la verdad pero insistía en mantener el momento tanto como pudiera.

Cuando tomó impulso finalmente, se encontró con el reflejo de un par de columnas de metal dorado. La entrada del hotel parecía un palacio del Art Decó. El suelo negro, los detalles brillantes. Todo se veía tan sobrio y elegante que Luna se sintió un poco intimidada. ¿La razón? No estaba acostumbrada a ese tipo de lugares.

Un valet se acercó para abrirle la puerta a Luna y ella se bajó, este hizo lo mismo pero con Alberto quien ya lo esperaba con las llaves en la mano.

-Buenas noches y bienvenido, señor.

-Buenas noches. Gracias.

Fue hacia a Luna y ambos entraron.

-Vaya que esto sí que es impresionante, ¿cierto?

-Bastante. Todo se ve espectacular.

-Me alegra que te guste.

Él se sentía particularmente cariñoso así que la cubrió de besos hasta que llegaron a la recepción.

-Suite presidencial, por favor.

-A la orden, señor.

El sentimiento de urgencia que estaba manifestándose en Luna comenzaba a abrumarla. No sabía qué hacer.

Fueron al elevador y él no tardó en tomarla para sí y volverla a besar.

-Me estoy haciendo adicto a esto.

-Yo también.

Sólo alcanzó a decir. Justo en ese momento, sonó un ligero pitido anunciando que habían llegado al último piso. Era amplio e iluminado. Con alfombras que lucían costosas como el resto del lugar.

La tarjeta pasó por un moderno lector y Alberto hizo una mueca de asombro. Entraron e inmediatamente se encendieron las luces de la habitación. Luna se impresionó por la decoración. Una de las paredes estaba cubierta por un papel tapiz de color azul oscuro con patrones en forma de zigzag dorado. Los muebles tenían líneas limpias y modernas, por lo que no había un ambiente caricaturesco sino más bien elegante.

Ella dio unos pasos más hacia adelante, fijándose en la cama. Era bastante amplia quizás más que su propio piso. En ese momento, escuchó que Alberto descolgaba el teléfono.

-Sí, buenas noches. Me gustaría una botella de champaña y fresas, por favor. Sí. Es correcto. Gracias.

Luna fue hacia el gran ventanal. La ciudad se veía brillante, con un resplandor como nunca había visto. Sintió las manos de Alberto sobre su cintura y los labios en el cuello. Se sentían suaves y delicados. Ella cerró los ojos deseando que ese momento nunca se acabara.

Sonó la puerta y él se quedó allí un tiempo más hasta que fue a atender. El servicio a la habitación resultó ser más que eficiente porque hasta le ofrecieron una variedad de chocolates, cortesía del hotel.

Él agradeció el gesto y despidió el mozo.

-Mira esto. Se ve delicioso. ¿Te apetece?

-Sí... Por supuesto.

Tomó un bombón de la caja y le ofreció la pieza a Luna, dándose en la boca. Ella mordió un trozo y sintió cómo él se le vino encima con decisión. Se aferró a sus anchos hombros y se sostuvo de puntillas tratando de llegar tan alto como fuera posible.

-Sabe mejor cuando lo saboreo de ti.

La champaña estaba descorchada y sirvió dos copas. Brindaron y se miraron,

en silencio. Alberto pensaba qué haría primero y Luna estaba desesperada porque no sabía cómo él iba a reaccionar ante la noticia que tenía entre los labios.

Sin perder más tiempo, ella dejó la copa sobre una mesa que tenían cerca. Respiró profundo y miró con seriedad a Alberto.

-Tengo que decirte algo.

-Venga.

-Soy virgen.

Soltó aquellas palabras sin mayores rodeos. Ya había hecho demasiado así que no le quedó de otra que confesar la verdad siendo directa.

Hubo más silencio.

-Vaya, pensé que me dirías algo peor.

-¿Lo dices en serio?

-Completamente.

Alberto terminó de beber y se acercó a ella con la misma intensidad de antes. No había cambiado nada y Luna se relajó un poco.

-Lamento no haberlo dicho antes. Es que sé que estas cosas pueden, pues, generar ciertas reacciones que...

-Shhh. Basta de explicaciones.

Volvió a besarla con fuerza y ella se sintió desfallecer. Aquella intensidad hizo que los dos fueran a la cama. Alberto, a sabiendas de la situación, quiso ir un poco más allá. La alzó sin problemas y la sostuvo en brazos.

Hizo que se acostara y se colocó sobre ella. La tranquilizó acariciándole el rostro y con besos. Luna estaba ya más que excitada, el cuerpo le insistía que se entregara, que olvidara todo y que simplemente lo hiciera.

Sintió que el cierre de su pantalón bajaba lentamente y que cada prenda era despojada de su cuerpo lentamente. Sólo se escuchaba la respiración agitada de cada uno. Como una sinfonía con los acordes más sublimes que ambos podían dar.

Ella gemía, se mordía los labios, adoraba sentir el calor de ese hombre sobre ella. Acariciándola, tocándola como lo hace un hombre de verdad.

Abrió sus piernas mientras veía cómo Alberto se acomodaba en el suelo y se sostenía de sus muslos con firmeza. Él la miró y luego todo lo demás se volvió una oscuridad deliciosa.

La lengua de Alberto que la había seducido en cada beso, ahora lamía su vulva palpitante y húmeda. Cada roce la hacía sentir al borde de un abismo. Lo hizo suave al principio pero luego se volvió más intenso, más agresivo. Ella nunca conoció algo así. Era mágico e indescriptible.

No paraba de gemir y tampoco paraba de rogarle que siguiera. Él sonreía por dentro porque quería verla así pero también porque sus suposiciones eran ciertas: Su sabor era exquisito y las formas de sus labios vaginales le hacían querer con desesperación el penetrarla como un salvaje... Pero no podía.

Mordía, lamía, chupaba. Cada acción estaba unida por el deseo que no parecía detenerse. Luna trataba de sostenerse de algo y apenas podía hacerlo con las sábanas que estaban entre sus dedos. A veces cerraba sus ojos y otras los abría para observar el cabello, las facciones y parte de la hermosa silueta de Alberto.

Dejó de gemir para emitir ciertos alaridos. Estaba experimentando esas mismas sensaciones cuando se masturbó sola pero de manera exponencial. Alberto, al escuchar esto, fue más agresivo al sexo oral, incluso masturbaba su clítoris para saber qué ruidos haría. Continuó hasta que finalmente sintió un chorro de flujo vaginal que salía de ella, mojándole los labios y parte del rostro.

Luna, al experimentar el orgasmo, sintió que todas las emociones y sensaciones se unieran en una sola para llevarla a un nivel que desconocía. Mantuvo los ojos cerrados, concentrada ante ese estímulo que parecía no tener fin. Su cuerpo y su alma se separaron, volviéndose a unir al final. El dolor, el placer, el deseo, las ganas, todo, todo y mucho más parecía conjugarse con sus nervios, venas y cada fibra de su ser. Al terminar, todo se apagó para regresar a la luz poco a poco.

Sus piernas temblaban con fuerza y su respiración era violenta. Sin embargo, volvía en sí para más tarde recuperar la normalidad. Con un poco de dificultad abrió los ojos y no encontró a Alberto... Hasta que lo vio aparecerse con una sonrisa. Todo se veía borroso.

Se acomodó en la cama y él se acostó con ella. Los dos aún tenían vestigios de la excitación que pasó minutos atrás.

Luna hizo un intento de levantarse pero no pudo.

-Tranquila. Tómalo con calma, ¿vale?

-Sí... Lo que pasa es que todo esto es tan nuevo para mí.

-Lo sé. Más razón hay para que me hagas caso, ¿no crees?

Ella sonrió un poco y continuó sobre la cama. Él, por otro lado, no sabía si estaba impacientándose o si quería quedarse allí más tiempo con ella. Luego, se decidiría por lo primero.

Luna quería pedirle que la hiciera suya pero la expresión de seriedad de Alberto anunciaba todo lo contrario. Más bien él pensaba que no podía hacerle eso, aquellos 22 centímetros serían difíciles para ella, por más que le rogara.

Se levantaron y terminaron de vestirse. Ella todavía estaba excitada, él también. Esperaron el coche en la entrada y el ronroneo de los motores anunciaron la marcha. Luna estaba preocupada pero también más deseosa de estar con él.

No decían palabra, salvo por él que tenía la mano sobre el muslo de ella al mismo tiempo que tarareaba una canción que sonaba en la radio. Luna sentía ganas de decirle algo más pero las palabras no salieron de su boca, por lo que apoyó su cabeza sobre la ventana, entre pensativa y cansada.

-¿Te dejo en tu casa? –Dijo él, rompiendo el silencio.

-No, no te preocupes. Más bien llévame a la estación más cercana. Mi piso queda un poco lejos.

-Insisto. No tengo problemas en llevarte.

-De verdad, no te preocupes. Puedo ir sola.

Alberto se sintió culpable y más porque se había perdido ese aura de sensualidad y romance que los dos habían establecido.

-Vale.

Ella pensó que así era mejor. Él quería retenerla un rato más así que tomó la vía más compleja antes de dejarle en el sitio que Luna le había indicado. En medio del frío y el silencio, apareció el resplandor del anuncio de la entrada al subterráneo.

Aparcó el coche a uno de los lados de la acera y buscó mirarla fijamente.

-¿Estás bien?

-Sí...Sí.

-¿Segura?

-Sí. Lo estoy.

Le tomó el rostro con ambas manos y se acercó a ella. Aunque no quería hacerle daño, no podía evitar sentirse tan atraído hacia sus labios, hacia su cuerpo. La besó como queriéndole decir que no sería la última vez que se verían.

-Vale. Entonces te creo.

Luna, por un lado, se sintió aliviada. Algo le decía que no sería la última vez que se verían.

-Debo irme. Esta noche fue increíble.

-También lo fue para mí.

Se bajó del coche y corrió hacia las escaleras sin mirar atrás. En ese momento, Alberto pensó si verdaderamente había tomado una buena decisión.

VIII

El sonido de las llaves en el bol de cerámica que tenía en la entrada, fue lo que le distrajo un poco de los pensamientos que tenía sobre Luna. Por un lado, se sintió bien por encontrarse solo pero también quería estar con ella. No sabía si había sido una movida inteligente aquello de no follarla. Al fin y al cabo, lo hecho, hecho está.

Todo estaba oscuro a excepción de la sala que estaba iluminada por la luz de la luna que entraba por el gran ventanal de la sala. Suspiró y se sirvió un trago para aclarar la mente.

Dio un largo trago y se sentó en la cocina para admirar la vista que tenía. Estando un poco más calmado, recordó las curvas de Luna en sus manos y la dulzura de sus labios (de todos los que tenía) y supo que esa chica sería la perdición para él.

Ahora, pensando en ella, le agradaba aún más esa actitud rebelde que parecía ir bien con la timidez que hacía esfuerzo por esconder. Adoraba el cabello corto y las mejillas sonrojadas. Los detalles de ella lo tentaban a tomar el teléfono, llamarla y hacerla suya.

-Cálmate, tío. A bajarle.

La excitación, sin embargo, no se había ido. Todo lo contrario, estaba más vigente que nunca así. Sintió la entrepierna endurecerse violentamente y le vino el recuerdo del sabor del coño de Luna en la punta de la lengua. Se hizo agua y comenzó a resurgir ese animal que había reprimido en el hotel. Tuvo que contenerse porque si no, la hubiese partido en dos y esa no era la idea. Al menos no todavía.

Tomó todo el contenido del vaso y subió las escaleras despacio. Seguía pensando en ella, así que era inevitable forzarse a pensar en otra cosa. Mandó todo al diablo y llegó a la habitación tan rápido como pudo. Las sensaciones que ella le producía, era algo nuevo en su vida, sobre todo, porque se sentía incapaz de controlarse.

Se quitó la ropa. Quedó desnudo en medio de la habitación y del silencio aunque el único ruido presente era el de su respiración agitada gracias a la aceleración de su pecho.

Dudó un momento pero se acostó en la cama para hacerlo más cómodo. Estiró las largas y torneadas piernas, relajó la espalda y con la mano derecha tomó su gran miembro para masturbarse. Primero recordó los labios de Luna, el sabor dulce que se hacía más adictivo con la lengua que se entrelazaba con la de él. Esa primera imagen lo hizo volar.

En la punta del glande, estaba comenzando a aparecer los primeros signos de flujo, los recuerdos, por ende, iban intensificándose a medida que la imagen de Luna cobraba más nitidez en sus sentidos.

Lo mejor lo dejó para el final: la vulva de Luna, húmeda, rosada y virginal. El sabor tan exquisito, los gemidos y sus dedos jugando con ella. La forma en cómo se retorció gracias a cada caricia y cada estímulo, la manera en cómo se mordía los labios al sentir la lengua de él lamiéndola y chupándola con desesperación. Su memoria estaba llena de ella.

Siguió tocándose y, por momentos, parecía perder el control. Temblaba, gruñía y respiraba con violencia. Estaba al borde. En ese punto, ejerció más presión sobre su pene imaginando como sería las carnes de Luna.

Se volvió más salvaje hasta que finalmente se corrió. El semen caliente salió disparado por los aires. Dio un largo suspiro y trató de calmarse un poco. Abrió los ojos y le resultó cómico que todo le diera vueltas. Sonrió y trató de levantarse para limpiarse.

Fue al baño y se miró un momento al espejo. Estaba más tranquilo pero también más desesperado por estar con ella.

-No está bien. Es virgen... No, no puedo.

Volvió a mirar su reflejo y no podía obviar el deseo que tenía por Luna. ¿Qué debía hacer?, ¿qué podría hacer?

Un poco de agua fría lo ayudó a aclarar la mente. Se secó y fue de nuevo a su cama. No quiso pensar más y se quedó dormido en cuestión de segundos.

Luna sacó un cigarrillo y lo encendió. Le gustó el sonido de este consumiéndose entre cada aspirada. A ese punto, no sabía qué sentir. Por un lado, su vagina estaba aún deseosa y por otro, no sabe si volvería a ver a Alberto. Miró hacia donde estaba el bolso, sacó el móvil e hizo el gesto de escribir un mensaje. El WhatsApp estaba repleto pero sólo estaba pensando en querer responderle algo, en decirle que sí quería estar con él.

Se detuvo. Se sintió como las mujeres de las novelas o de las historias que escuchaba en el subterráneo. Esas mujeres desesperadas por atención y no, no era lo que quería.

Echó la cabeza para atrás y miro hacia el techo. Vio una pequeña marca de moho y la invadió un terrible cansancio.

Apagó la colilla en una taza de café que aún no había limpiado y se levantó. Se quitó todo hasta sólo quedar en ropa interior. Volvió a mirar sobre su espalda y tomó el móvil. Ya no le importaba quedar en aquello en lo que tanto temía. El impulso le decía que fuera más allá. Que luego sería tarde.

-Quiero verte. Quiero estar contigo. Déjame estar contigo.

Fue lo que escribió. Se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos. Ahora sólo era cuestión de esperar.

IX

Alberto no era una persona particularmente madrugadora pero gracias al sueño profundo, pudo recuperar algunas horas que había perdido debido al trabajo. El despertador sonó y fue a apagarlo mientras tomaba una taza de café.

Tomó unos pantalones de pijama y bajó las escaleras. El día parecía brillante y menos frío. A pesar de la expresión tranquila y calma, realmente estaba emocionado. Leyó el mensaje que le había dejado Luna.

-Veámonos esta noche. ¿Te parece?

Fue a tomar una ducha con la esperanza que le dijera que sí.

El tren estaba repleto para variar. El costado de Luna estaba siendo invadido por la punta de una regla T y al frente tenía a un hombre muy alto y muy gordo que le bloqueaba la salida. Lamentó ser tan menuda. Una pequeña vena de enojo se asomó en la frente.

Escuchó el móvil pero no ignoró por completo debido a que estaba llegando a la estación a la que debía bajarse. Tras ciertas palabras de desprecio a la vida y unos cuantos empujones, pudo salir. Antes de tomar las escaleras, se alegró de encontrarse finalmente en un espacio un poco más abierto.

Se encontró en la calle y revisó los mensajes o llamadas pendientes. Siempre lo hacía justo antes de entrar en la oficina. A primera vista todo parecía igual que siempre salvo por el nombre de Alberto que estaba en la pantalla. De nuevo, la agitación y los nervios.

Apoyó el cuerpo sobre una columna, aumentó el brillo y se quitó los lentes de sol para ver mejor. Él le pedía que se vieran en la noche. No lo podía creer.

-Sí, me encantaría. Dime en dónde encontrarnos y a qué hora.

Enviado.

Las ganas de la noche anterior volvieron a ella de manera violenta. Imaginaba tener su cuerpo con el de él, juntos, fundidos en uno solo. Sin embargo, tuvo que interrumpir la fantasía al mirar el reloj, estaba muy cerca de llegar tarde.

El tiempo, de manera caprichosa, marchó con lentitud como para desesperar las ganas de Alberto y Luna. Uno no lograba encontrar la concentración adecuada para pintar y el otro, entre fotos y fotos, hacía errores típicos de un

novato. No obstante, los celebraron cuando se percataron que la noche había caído. Faltaba poco para encuentro.

-Nos vemos mañana.

-Seguro. Linda noche.

Aún quedaban algunos compañeros cuando Luna se fue del estudio. Apretó el botón del ascensor y se vio en el reflejo. Ajustó la camisa de cuadros y los jeans gastados. Volvió a lamentarse el no haberse arreglado más pero más nada qué hacer.

-Te espero en el parque, el que está cerca de Dunkin' Donuts en el que nos vimos.

Se ubicó con rapidez y apretó el paso para no hacerlo esperar como la última vez. Estaba acercándose cuando vio el gran anuncio de la cafetería. Cruzó la calle con energía y miró hacia todas partes por si lo veía. Caminó por la acera en medio de niños y perros paseando por entre los bancos y los espacios con césped. Dio una vuelta y optó por sentarse para no verse tan incómoda como ya lo suponía.

-Estoy aquí.

Escribió. Esperó.

Alberto aparcó el coche en un sitio poco concurrido e ideal para cuando necesitara salir rápido. Sabía que así sería porque estaba decidido en tomar el cuerpo de Luna y hacerla suya.

Tomó la dirección al parque y comenzó a buscarla con la vista. Ahí estaba. Parecía asustada pero se veía hermosa, como si iluminara todo el lugar. Se acercó en sigilosamente hasta que se colocó a su lado pero Luna tenía la mirada concentrada en otra dirección.

La ansiedad la carcomía hasta que percibió el delicioso perfume de Alberto. Giró y lo vio de pie. Debido al susto, dio un pequeño brinco y luego se llevó la mano al pecho.

-Vaya... Qué susto me has dado.

Él tomó esa misma mano e hizo que se levantara del asiento, la sostuvo por la cintura y la apretó. Ella gimió un poco. Alberto se acercó a sus labios y la besó con una pasión desenfrenada. Ambos parecían dos amantes que tenían

mucho tiempo sin verse.

En ese instante Luna experimentó cómo el universo entero se centró en sus labios, brazos y en el calor de su cuerpo. Había desaparecido cualquier rastro de gente y ruido. Sólo estaban los dos.

-¿Nos vamos?

-Vale.

Él la tomó de la mano y se dirigieron hacia la calle en donde estaba aparcado el coche. Al montarse, Alberto no pudo reprimir las ganas y tomó a Luna con la misma fuerza con que lo hizo en el parque al encontrarse.

-Te extrañé.

-Yo también.

Volvió besarla y acariciarla. Ella, por otro lado, no se sentía intimidada ni con miedo. Sólo dejaba que su instinto actuara. Permanecieron un rato en el coche antes de emprender el camino hacia el piso de él. Ya no habría hoteles, esta vez sería en un terreno diferente.

Al poco tiempo, Luna quedó embelesada por el lugar en donde se encontraban. Era una de las zonas bohemias y más elegantes de la ciudad. Los edificios parecían ser diseñados por arquitectos con el concepto de vanguardia a flor de piel. Estaba maravillada.

El Camaro dejó de sonar al momento de estacionarse al frente de un conjunto de edificaciones de aspecto industrial. Estaba en silencio, guardando todas aquellas imágenes.

-Creo que te gusta el lugar, ¿no?

-¿Ah?, sí, sí. Lo siento, no conocía esto. Hay construcciones con una belleza que impresionaría a cualquiera.

-Eres bienvenida cuando quieras. De seguro encontrarás muchas cosas que fotografiar. —Le respondió mientras la ayudaba a salir del coche. —Además, mejor para mí porque sé que podré verte mucho más.

Ella sonrió y le respondió con un beso.

-Ven, vamos.

Alberto abrió la puerta y Luna se encontró con un gran espacio con una

decoración minimalista y elegante.

-¿Te apetece algo de beber?

-Sí, por favor.

Sacó dos cervezas heladas, las colocó sobre la mesa y las destapó. Luna fue hacia el ventanal que tenía una gran vista de la ciudad. En ese momento, sintió la botella fría sobre el hombro y el beso cálido de Alberto en su cuello.

-Salud.

-Salud.

Brindaron y tomaron un largo sorbo de cerveza. Luna tomó un poco más porque necesitaba las fuerzas para desinhibirse un poco más. Dejó la botella en una mesa cerca y se le fue encima a Alberto. Él la recibió hambriento de ella y la besó con pasión. Sus manos las llevó a sus nalgas y las apretó con fuerza, su lengua viajaba en el interior de la boca y sus dedos estaban ansiosos de ir más lejos. Le tomó la mano y subieron las escaleras.

Ninguno hablaba porque, de hecho, en esas situaciones no hace falta hablar sino hacer. Llegaron y siguieron los besos hasta que ella se dejó caer sobre la cama. Alberto se colocó sobre ella y comenzó a desvestirla. Sus ojos no podían creerlo que veía: La piel morena, con esa textura aterciopelada.

Descubría cada parte de ella como si viera un regalo. De hecho, se sintió victorioso al quitarle la blusa que tenía para descubrir esos pechos hermosos. Suspiró y llevó y colocó su boca sobre ellos, lamiéndolos y mordiéndolos un poco. Sintió las manos de Luna sobre su cabello al mismo tiempo que gemía.

Se separó un poco e hizo el mismo ritual con el resto de las prendas que ella tenía puestas. Al final, ella se encontró desnuda sobre la cama, como una hermosa ninfa. Alberto se levantó y la vio. La piel parecía brillar y él era sólo un simple mortal que estaba a punto de probar de esa ambrosía.

Sin embargo, se acercó a ella lentamente y le preguntó.

-¿Estás segura?

-Más segura que nunca. –Respondió con una sonrisa.

Él asintió y comenzó a desvestirse. Internamente estaba preocupado pero tenía un plan para ello. Al final, se bajó los pantalones y Luna vio el gran miembro que estaba ansioso por penetrarla. Ella trató de disimular la sorpresa y antes

de reaccionar, ya tenía la lengua de Alberto entre sus piernas. De nuevo, esas sensaciones abrumadoras e intensas, tomaron el control de su cuerpo y su consciencia.

Gemía sin parar al mismo tiempo que se retorecía por la forma en la que él la poseía a través de su boca. Trataba de sostenerse de la cama, como si tratara de controlar aquella sensación de vértigo.

Alberto seguía devorándola hasta que sintió que la mandíbula estaba cediendo, por lo que se ayudó de sus dedos. Se relamía a la vez que tomaba el pulgar y el índice para estimular los labios y el clítoris.

A ese punto, ella ya no gemía, estaba privada. Privada porque eran sensaciones nuevas y difíciles de explicar. Aunque en ese momento no hay cabida para esas nimiedades. La masturbó hasta que no pudo más. Estaba desesperado. Quería hacerse paso entre la carne virginal de Luna.

Se levantó y enseguida se tocó un poco para estimularse más. Ella aún estaba en ese otro plano de excitación. Le abrió más las piernas y vio lo húmedo que estaba su coño. Dirigió la mirada hacia el rostro de ella y sonrió. Estaba preparado.

Colocó su cuerpo sobre el de ella y poco a poco introdujo su pene dentro de ella. Luna se aferró de sus brazos con fuerza, sintiendo los 22 centímetros dentro de sí.

Sentía dolor, presión, fuerza pero también un inmenso placer. Cada vez que él iba más y más hacia adentro, sentía que el mundo se le abría de par en par.

Alberto hacía todo con paciencia, con amor. La tomaba del rostro, estaba preocupado por ella. Quería que estuviera bien pero, por otro lado, el coño cerrado de Luna le provocaba una sensación increíblemente placentera. No había experimentado algo así antes y estaba haciendo uso de todo su autocontrol para no correrse dentro de ella. O al menos no tan rápido.

Finalmente, casi todo su pene quedó dentro de ella y los ojos de Luna le rogaron que la hiciera suya como se lo pidió.

Gimieron al mismo tiempo en el que él comenzó a mover la pelvis haciendo contacto sobre la de ella. Primero lento, muy lento pero luego fue cobrando más confianza y comenzó a follarla como en sus fantasías.

Le colocó una mano sobre el cuello y ajustó un poco, mordía el labio inferior,

acercaba su cara a la de ella. Parecían fundirse cada vez más.

De repente, Luna sintió que su cuerpo no podía más y que la oscuridad invadía sus ojos. Aun así, no tenía miedo, no había de qué preocuparse. Estaba con él y, además, el instinto le decía que aquello era producto de la excitación.

Se apoyó más de los brazos de Alberto, enterró sus uñas casi al sentir que se corría con el pene de él adentro. Hizo un largo alarido y se juntó más al abrazar el torso de él con sus piernas.

Alberto sintió el pecho acelerado de ella. Sus ojos estaban llorosos pero tenía una enorme sonrisa.

-Lo siento... Me he corrido.

-Ja, ja. No te disculpes. Se sintió delicioso.

Volvieron a besarse y Luna no tardó mucho tiempo en excitarse otra vez. Retomaron el sexo pero adoptaron otra posición un poco más placentera para él. La colocó en cuatro y acarició sus nalgas con suavidad. Su parte Dominante afloró al darle un par de nalgadas que inmediatamente se arrepintió de dar.

Sin embargo, los gemidos de ella le dieron a entender que estaba más que bien. Pudo haber seguido, tenía todo el tiempo del mundo, pero no fue así. Con ambas manos sostuvo sus caderas anchas y volvió a penetrarla como todo un semental.

Estuvo así hasta que llevó una de sus manos y con esta masturbó al mismo tiempo a su amante. Ella estaba que deliraba del placer.

Los gemidos lo tenían más que excitado y por eso quiso tenerla más cerca, sobre él para verle el rostro y también para que sus piernas descansaran. Sostuvo su cintura e hizo una maniobra digna de admiración. En pocos segundos, Luna estaba sentada sobre él, sintiendo dolor y placer gracias a la posición.

Ella se movía un poco incómoda porque no sabía qué hacer pero él la supo guiar. A pesar de la inseguridad y el miedo, Luna comenzó entender los movimientos y los hizo cobrando seguridad de a poco. Finalmente, se sintió lo suficientemente cómoda para desenvolverse a plenitud.

Alberto la miraba entre maravillado y extasiado. Luna parecía una diosa. La tocaba constantemente para asegurarse que aquella mujer era de verdad y no un producto de su fantasía.

Los pechos le bailaban frente de su rostro, los pezones endurecidos parecían un par de botones deliciosos. La cintura pequeña, las caderas anchas y las nalgas redondas, firmes. Sí, era una diosa, su diosa. Era lo que había querido siempre dominar y controlar, era la materialización de todos sus deseos.

Sintió una especie de fuego en el cuerpo que lo envolvía. Estaba alcanzando el clímax. Entonces, tomó el cuerpo de Luna y la colocó sobre la cama. De rodillas en la misma superficie, se masturbó con facilidad gracias a los fluidos de ella que habían empapado su pene. Al final, un ligero alarido fue suficiente para anunciar que se corría. El semen caía como lluvia sobre el abdomen de Luna, dejando patrones de gota sobre ese cuerpo glorioso.

Luego de eso, Alberto abrió los ojos y observó a la joven que mojaba sus dedos con los fluidos del orgasmo, llevándoselos a la boca. Abrió los ojos, sorprendido pero también emocionado... Sin embargo las cosas no habían terminado allá.

Como buen amante del sexo oral, se reclinó sobre ella y no esperó ni un segundo en volver a comer su coño. A unos pocos minutos, Luna gritaba al momento de entregarse al orgasmo y a la oscuridad profunda del placer.

X

Él encendió un cigarro y se lo pasó a ella como si fuera un ritual que practicaban con frecuencia. Ella estaba un poco atontada... En realidad, los dos.

-¿Estás bien?

-Sí. Más que bien.

Compartieron una sonrisa.

-Tengo que confesarte algo. –Dijo él.

Era momento de Alberto de también revelarle una información vital.

-Dime.

-Es probable que no lo entiendas pero, antes de hablar, necesito que sepas que esto es muy importante para mí. ¿Vale?

-Venga, me estás asustando.

-Bien –Se incorporó sentándose sobre la cama- Soy Dominante. Me gusta tener el control de todo durante el sexo. Y, no sólo eso, también tiene que ver con que me gusta usar ciertas cosas para infringir dolor.

-¿Cómo qué cosas?

-Látigos, cera de vela, ganchos. También depende del gusto que tenga la otra persona. Todo se llega a un acuerdo.

-Creo que sé a lo que te refieres. BDSM, ¿cierto?

Alberto pareció dar una especie de brinco de emoción al escuchar esas palabras ya que eso quería decir que Luna sabía de lo que él estaba hablando. Respiró con un poco más de comodidad porque todavía faltaba una parte importante. ¿Eso sería incómodo para ella?

-Sí. Así es.

-¿Cuánto tiempo tienes siendo Dominante?

-Uff, la verdad es que no recuerdo. Quizás unos 10 años. Por eso te digo esto, para mí es sumamente importante porque forma parte de lo que soy y es algo que no está abierto a negociación.

Esa sentencia la hizo con miedo e inseguridad. Si bien se había quitado un peso de encima, tampoco quería perder la oportunidad de estar con ella. Pero así eran las cosas, todo consistía en una especie de apuesta.

-Entiendo... Bien, entonces tendrás que explicarme todo lo que tenga que ver con eso porque mis conocimientos se limitan a la teoría que he encontrado por casualidad en Internet.

-¿Eso quiere decir...?

-Quiero que me enseñes, que me muestres tu mundo. Cuando dije que quería estar contigo y ser tuya, lo dije en serio. Lo deseo como nada en este mundo.

Se quedaron en silencio, hasta que él encontró apropiado contarle un poco más al respecto.

-Bien. Hay límites que descubrirás por ti misma y eso sucede también con las cosas que te gustan de verdad. Poco a poco sabrás qué te causa placer. De por sí te digo que todo esto forma parte de un proceso que requiere de paciencia. No todo se dará de manera sencilla y no todo arrojará buenos resultados. Luna es importante que tomes en cuenta que debes comunicar cada cosa que te moleste o te perturbe. Yo, por mi parte, iré guiándote en todo esto.

Ella mantenía la mirada concentrada en cada palabra que decía. La actitud tranquila de ella, lo hacía sentir más cómodo que nunca. Sentía que podía ser tan libre como quisiera con Luna.

-Vale. Entiendo todo eso. De hecho creo que lo leí por ahí y todo, así que no hay problema. Está bien conocer los límites y todas esas cosas porque así no tendremos problemas, ¿cierto?

-Exactamente. Entonces, ¿estás segura a pesar de todo lo que te he dicho hasta ahora?

-Más segura que nunca. ¿Cuándo podríamos empezar?

-¿Qué te parece probar con algunas cosas ahora?

Los nervios invadieron su cuerpo pero ella quería estar con él, por lo tanto, debía demostrar confianza en las decisiones que tomara.

-Tranquila... Como te dije, es un proceso que tomará tiempo, además, ten presente que cualquier incomodidad que tengas, podrás decírmela sin importa la razón.

-Está bien.

-Entonces, ven.

Luna se levantó y fue guiada hasta un punto de la habitación.

-Ponte sobre la pared, frente a ella.

Esperó allí y no volvió a escuchar la voz de Alberto ya que este se encontraba pensando qué sería lo adecuado para comenzar una mini sesión. Entonces pensó en las esposas y un látigo azotador pequeño que tenía en uno de los cajones. Lo abrió y lo tomó.

-Perfecto.

Bajó los brazos de Luna y la esposó.

-Recuerda que puede decirme cualquier cosa que te incomode, ¿vale?

-Vale.

Hasta ese punto, ella estaba más que excitada. La idea de que tuviera los movimientos limitados le hacía sentir que estaba aún más a merced de él. En ese instante, sintió la caricia suave de lo que presintió era cuero. Iban de arriba abajo, desde las piernas, muslos, nalgas hasta la nuca. Todo aquello en un movimiento suave y delicado.

Fue así hasta que sintió el primer impacto del látigo. Primero en las nalgas. Ella cerró los ojos e hizo un ligero gemido de dolor. No obstante, estaba deseosa de que Alberto continuara.

Él permanecía atento ante sus reacciones y continuó azotándola en varias partes. De hecho, se entretuvo un rato en la espalda baja hasta dejarla enrojecida. Comenzaba a adorar aquellos cambios en el color de piel.

-Abre las piernas.

Al hacerlo, él se colocó tras ella, muy cerca e introdujo su mano en el coño. Sí, estaba caliente. Sí, estaba húmedo. Sus labios besaban su cuello y hombros. Esa mujer lo excitaba como ninguna.

La masturbó entonces, pero un poco, lo suficiente como para distraerla de los azotes que le daría en la vagina. Claro, muy suaves para no lastimarla. Además, esto serviría para saber si eso le gustaba y, de ser así, lo haría con un poco más fuerza la próxima vez.

-Uy... Qué... Qué rico. –Exclamó casi en un susurro.

Él la escuchó y se encontró motivado en continuar. Un poco más duro. Un poco más salvaje. Su lado Dominante estaba aflorando y sentía que en cualquier momento iba a salir de control.

-¿Te gusta?

-Sí... Mucho.

-Dime “Señor”. Soy tu Señor. Soy tu hombre y haré contigo lo que me plazca, ¿entendido?

-Sí...

Un latigazo para hacerle recordar lo que le acababa de decir.

-Sí, Señor.

-Muy bien, Luna. Si sigues portándote bien, es posible que te dé una sorpresa. ¿Qué te parece?

-La deseo, Señor. Mi Señor.

Alberto estaba ya en un punto de no retorno, por lo que dio más latigazos y los intercaló con nalgadas. Al final, la parte detrás de su cuerpo, estaba roja y ardiendo.

Al verla así, como hipnotizado, soltó el pequeño látigo y fue hacia el coño dulce y exquisito de Luna. Se arrodilló y volvió a lamerla. Podría pasar allí todo la eternidad y, aún así, seguiría adicto a aquellas carnes.

Apretó sus nalgas con fuerza, dejando claras marcas de sus manos sobre ellas. Luna, al borde la excitación, disfrutaba la manera en cómo su hombre la hacía suya en cada especie, a cada minuto. Le excitaba la idea de pertenecerle las veces que él quisiera y cómo lo quisiera.

Dejó de devorarla porque aún quería hacerle más cosas. Se levantó lentamente y la tomó por el cuello.

-Ven.

Ella lo siguió hasta un punto en donde la hizo arrodillar.

-Chúpalo.

La memoria de Luna le recreó las pornos que veía de manera ilustrativa así

como los artículos de las revistas de mujeres con consejos para satisfacer a la pareja. Ahí debía demostrar qué tanto había aprendido del asunto.

Abrió la boca un poco temerosa y con la lengua dio la primera lamida suave al glande, con delicadeza. Luego los labios. Besaba cada parte del pene grueso y rosáceo dándose todo el tiempo para disfrutar cada parte.

Alberto la veía. Veía los ojos grandes negros concentrados en él y otras veces a su pene. Los labios, la lengua, los hilos de saliva que danzaban hasta los pechos de ella. Con una mano sostenía la cabeza para hacerla chupar con más fuerza y decisión.

La boca de ella se abría más y más, sin embargo, hubo momentos en donde tuvo dificultad en hacerlo como quería debido al grosor. Incluso, hizo unas cuantas arcadas casi violentas para que, al final, pudiera tenerlo dentro sin problemas.

Al encontrar el punto perfecto, los dos se encontraron con una mirada. Luna notó que tenía fijación oral porque en ese instante descubrió que podía chuparlo sin importar cuánto tiempo estuviera allí. Por otro lado, Alberto no podía creer lo bien que se sentían los labios de ella sobre su polla. Ese calor, esa humedad tan exquisita.

Sacó el miembro con una de sus manos y le comenzó a dar golpecitos en las mejillas y hasta en los labios. Ella parecía disfrutarlo muchísimo.

Quería correrse pero aguantó un poco más. Para evitar cualquier cambio en sus planes, sostuvo su cuello y la puso de pie. Ella hacía esfuerzo con sus pies para llegar a su altura pero era imposible. Alberto era muy alto y muy fuerte. Esas cualidades que debilitaban la resistencia de Luna.

La acostó sobre la cama y se le ocurrió la idea de probar un poco los límites de ella.

-Voy a amarrarte.

-Sí, Señor.

Sonrió y fue corriendo a buscar unas cuerdas de cáñamo que tenía en un cajón. Al verlas, se sintió feliz de poder usarlas y más con ella.

Se reunió con ella, le quitó las esposas liberando sus brazos. Esperó a que se sintiera cómoda y se moviera un poco más.

-¿Lista?

-Más que nunca.

Abrió sus piernas y los juntó con los brazos, quedando completamente abierta. Los amarres, por otro lado, trató de hacerlos con delicadeza para que no le molestara. Alberto, a medida que procedía, se fijaba en las expresiones de ella para verificar que todo marchara como debía. De hecho, notó que su coño parecía humedecerse como resultado del contacto de la cuerda sobre la piel.

-Listo.

La pierna derecha estaba enlazada con el brazo derecho y fue lo mismo con el otro lado de su cuerpo. La espalda, mientras, reposaba sobre la cama. La expresión de placer de ella, de gozo, de lujuria. Alberto se sintió seguro de haber tomado la decisión correcta. Era la sumisa hecha para él.

Una rápida lamida a su coño para luego follarla como quería. Se afincó sobre la cintura y se adentró como queriendo no salir nunca más de allí.

Iba y venía. Entraba y salía. Ya no había dolor ni resistencia, sólo placer y del más intenso que existiese. La magia que estaban sintiendo y compartiendo, era algo que nunca se imaginaron que vivirían.

Él gemía, gruñía y se hallaba infinito dentro de ella. Luna, ayudándose de las cuerdas que la ataban y que la mantenían abierta, se sostenía un poco de la consciencia porque no quería perderse las sensaciones que estaba experimentando. No podía más.

El pulgar de Alberto fue al clítoris para estimularlo al mismo tiempo que él la follaba con fuerza. Aunque uno de sus juegos favoritos era el provocar el control del orgasmo, sabía que no podía hacer eso con Luna... Al menos no todavía, por lo que siguió con su empresa hasta que ella hizo un alarido más fuerte que el de la primera vez. Sacó el pene y un gran chorro de flujo salió de su coño que terminó por mojarle parte de las manos e incluso el pecho. Había salido con fuerza.

Ella mantenía los ojos cerrados mientras trataba de recuperar la respiración, él la interrumpió con palabras casi inaudibles.

-Veme.

La mirada le hizo descubrir cómo él se masturbaba por ella, sobre su abdomen, queriendo correrse sobre su cuerpo y marcarlo. Marcar cada parte

de él.

Un gruño intenso más tarde, Alberto explotaba sobre el torso de Luna con una intensidad que casi lo hizo desplomarse al momento de terminar.

Se colocó sobre ella y sus suaves manos acariciaban el cabello y el cuello de su Dominante. El pecho de los dos, juntos, latía como si tuvieran el mismo corazón. Permanecieron en silencio hasta que compartieron un par de besos intensos y volvieron a estar en la misma posición por un rato más.

Durmieron un rato. Alberto se olvidó de la exposición y Luna de que debía hacer una ronda de fotografías para sacar material nuevo para el portafolio. Todo el mundo quedó tras ellos como un recuerdo de algo que estaba allí pero que no querían pertenecer.

-¿Cómo te sientes?

-Feliz. Quiero estar así siempre.

-Yo también.

Esa respuesta escondía la euforia de Alberto. Sí, estaba feliz, mucho en realidad. La primera sesión de Luna había salido mejor de lo que pensaba y, además, no sentía la urgencia ni la incomodidad de deshacerse de esa compañía. Más bien estaba le agradaba la idea de sentirla al lado suyo.

XI

-Los críticos están encantados con lo que has hecho. Y, para serte sincero, estoy impresionado también. Has trabajado increíblemente con los colores y las texturas. Felicidades, hombre.

-Gracias, gracias. He contado con mucha inspiración recientemente.

-¿Ah sí? Entonces quiere decir que la última conquista ha sido interesante, ¿no?

-Más que eso. A su tiempo conocerás un poco más pero soy egoísta y prefiero quedarme con ese secretito por un rato más.

-¿Ni le dirás a tu mejor amigo?

-Venga, Leo. Luego, ten paciencia.

Un crítico de arte estrechó la mano de Alberto al mismo tiempo que lo halagaba. Aunque su trabajo no tenía como objetivo el de agradar a la gente, se sintió satisfecho por las palabras de una de las personas más influyentes de la industria.

Luego de terminar la conversación, miró hacia todos lados en la galería con la esperanza de encontrarla con los ojos, de decirle que parte de lo que había logrado ese día se debió por ella. Pero no estaba, así que se guardó la ansiedad y la dejó para después. Aún tenía manos que estrechar y responder preguntas de los periodistas. La noche sería un poco más larga de lo que hubiera querido.

Ella miró el reloj con preocupación. Se le hacía tarde. Le prometió a Alberto que llegaría a tiempo pero le mintió a sabiendas de que no sería así. Aún faltaban fotos por tomar y retocar, así que estaba pensando en un plan para zafarse así fuera unos minutos y así encontrarse con él.

Casi por descuido, miró su reflejo en uno de los espejos del estudio y se vio a sí misma. Se tocó lo que tenía en el cuello y sonrió. Tenía que verlo.

-Debo irme por un momento. Tengo un compromiso que atender.

-Si quieres lo dejamos para el lunes. Estamos todos cansados y nos haría bien descansar un poco.

-Vale.

Guardó los archivos, cerró el portátil y tomó el bolso. Se despidió de todos y tomó el móvil. Comenzó a escribir pero se dio cuenta que sería más divertido si lo sorprendía en la galería, así que tomó el trozo de papel en donde anotó la dirección y fue a la estación del subterráneo más cercana para no perder más tiempo.

Cada vez que se acercaba a su destino, el frío de la emoción se manifestaba en el estómago. Ansiosa y con la alegría en los ojos, Luna veía a su Dominante porque sí, ya era oficial. Ella era su sumisa y él su Señor.

Abrieron las puertas y salió prácticamente dando pequeños saltos. La brisa suave de la primavera hizo que se quitara la chupa vaquera. Además, así sería más fácil para él verla con el collar que le había regalado como símbolo de la unión que tenían.

Al llegar, se encontró con un gran grupo de personas elegantes con copas de champaña y canapés de lujo. Hablaban en voz baja con actitud señorial para demostrar su grado intelectual o buen gusto.

-Tengo que acostumbrarme a esto. –Se dijo mientras se abría paso entre la gente.

Aunque no era amante de las multitudes, todo lo que veía era señal del éxito de Alberto y el de su trabajo. El pecho se le hinchó de orgullo y como nunca tuvo demasiadas ganas de saltar a él y abrazarlo.

Finalmente lo encontró conversando con una mujer. Parecía concentrado y hasta encantador. Permaneció en la distancia y recordó el primer encuentro que tuvieron. Sonrió para sí y esperó a que se encontrara solo o al menos no tan acompañado. Como si sus deseos tuvieran algún tipo de poder, Alberto quedó frente a un gran lienzo, admirándolo y quizás criticando un error. Porque así era él, perfeccionista.

Se acercó sigilosamente y se colocó junto a él.

-Pieza impresionante, ¿cierto?

Él dio un pequeño salto y sonrió de inmediato.

-Pensé que no vendrías.

-Ah, yo tampoco, me decidí a irme y creo que toda la gente del estudio hizo lo

mismo. Hemos estado trabajando como...

Él se acercó a ella para darle un beso intenso. Ella se aferró a él como había imaginado antes de tenerlo en sus brazos. Estaban juntos allí, demostrándose afecto y nada más importaba. Luego de verse como un par de colegiales, Alberto notó el collar de Luna.

-Eso se te ve muy bien.

-Me encanta llevarlo conmigo siempre.

El volvió a sonreír y a tomarla para sí.

-¿Qué tal si nos vamos?

-Hagámoslo.

Seguían asistiendo personas curiosas de lo que estaba pasando por lo que la galería estaba quedando repleta. Leonardo, buscaba con la mirada a su amigo para invitarlo a que se uniera a ciertas conversaciones de interés pero lo encontró escabulléndose con una chica de aspecto muy peculiar. Sonrió y lo dejó tranquilo.

Ambos lograron salir del lugar, agarrados de la mano.

-Tengo una sorpresa para ti y creo que te gustará.

Se montaron en el coche y fueron a toda velocidad por la vía, mientras, intercambiaban besos y toqueteos. Los dos ya no dejaban espacios para esconder los sentimientos y menos los deseos.

Llegaron en cuestión de minutos y Luna le agradó saber que el sitio estaba a oscuras, como si le recordara la primera vez que tuvieron intimidad.

-Ven. Es por aquí.

Ella conocía perfectamente el resto del loft pero se sorprendió cuando él la llevó a una pequeña habitación que no le pareció familiar.

Entró y se encontró con dos cuerdas colgado desde el techo. En ese momento supo de qué se trataba.

-Desnúdate.

Se colocó frente a él y comenzó a quitarse la ropa lentamente. Sus deliciosas curvas quedaron expuestas ante su Señor y él tuvo que reprimir el impulso de comérsela ahí donde estaba. La llevó al centro de la habitación y ató las

muñecas. Ella quedó, entonces, con los brazos extendidos.

-Este es un espacio para los dos, para que juguemos como queramos y seamos como queramos.

-Contigo soy como quien quiero ser.

Él tomó con fuerza el rostro para besarla con pasión.

-Bien, entonces es momento de comenzar.

Suplícame, Esclava

Romance, Erótica y BDSM con la Virgen y el Tío Duro Dominante

I

-Oye, ¿ya te vas?
-Sí.

El sonido metálico de la hebilla del cinturón se entremezclaba con el silencio de la habitación aún oscura.

-¿Por qué? Si quieres puedes quedarte aquí y pasar la noche.

-No.

La expresión extrañada e indignada.

-Oye tío, hace unas horas eras todo un encanto pero en este momento te estás comportando con un verdadero idiota.

-Muy interesante ¿Necesito alguna llave para salir?

Luís salió del piso y caminó unos pocos pasos hasta encontrarse con las puertas del elevador. Aún podía ver en su cabeza el rostro de ira que se le dibujó a la amante de esa noche. Pero no le importaba, en lo más mínimo.

La había conocido en un bar la noche anterior. Le gustó cómo se veía el vestido rojo, el cabello rubio largo, las piernas largas y torneadas, y aquel escote profundo. Lo pensó varias veces antes de acercarse y, para darse un extra de motivación, tomó un trago. Ella estaba sola pero parecía que estaba esperando a alguien. A él le dio igual, su meta era descubrir los placeres que había detrás de ese vestido tan ajustado y sexy.

Al estar cerca, no se le ocurrió una frase interesante para ligar así que se

aventuró a lo que estaba acostumbrado: buscar alguna referencia que lo ayudara en lograr lo que quería.

-¿Conoces de qué se trata la Teoría del Color? –Dijo él con seriedad.

La chica no sabía qué responder, miró hacia atrás pensando si se trataba de otra persona pero no, era ella.

-¿Perdón?

-Bueno, te cuento. La Psicología del Color habla sobre la connotación pues, de los colores. Verás, al parecer, los colores tienen un significado en sí mismos. Aunque, claro, eso también depende del contexto que tenga y la sensación que genere. Por ejemplo, estás vestida de rojo y ese color tiene muchos significados. ¿Sabes a lo que me refiero?

Ella había pasado del malhumor al genuino interés y quiso saber más de este hombre con aspecto duro e intimidante.

-Creo saber a lo que te describes. Vi en un comercial que el rojo tenía que ver con el romance o algo así.

-Exacto. ¿Te sientes romántica hoy?

Rió y comenzó a tocarse el cabello. Luís supo entonces que ya estaba por buen camino.

-Puede ser. De hecho estaba esperando a alguien y creo que me han dejado plantada.

-Es terrible, terrible. Pero creo que tienes oportunidad de cambiar esa situación si aceptas un trago. ¿Qué dices?

-No lo sé. ¿Qué sensación te genera el color de mi vestido?

-Es cuestión de cómo vaya la noche.

Los dos dejaron la barra para atrincherarse en una mesa lejos del ruido y de los cuerpos que bailaban. Luís cada vez más quedaba como el tío encantador e inteligente y la mujer inclinaba su cuerpo hacia él.

Se fueron a las horas y terminaron comiéndose mutuamente sobre la cama ancha y larga de la rubia del vestido rojo.

No obstante, a Luís no le gustaba darle largas al asunto y, luego de terminar, se encontró aburrido y ansioso de irse.

Al salir del edificio, encontró la noche particularmente agradable. Prefirió caminar un poco antes de tomar un taxi para que lo llevara a casa. Las luces de neón, el sonido de las bocinas y el olor a comida eran estímulos que le recordaban sus años de universidad. Internamente, le pareció gracioso cómo se había vuelto así de nostálgico. Se cansó finalmente y llamó un taxi. Era hora de regresar al bar en donde todo comenzó.

El coche lo dejó justo donde quería y sacó las llaves de su chaqueta de cuero. Caminó hacia la camioneta que había comprado recientemente, un Toyota Tundra del año. Aún tenía hambre pero quiso esperar a llegar a casa.

Luís vivía prácticamente aislado. Luego de finalizar la universidad, consideró que era hora de encontrar un poco de paz y fue así que compró un terreno en las afueras para comenzar la construcción de su casa. No deseaba algo extravagante pero sí cómodo y que la diera la sensación de que se encontraba en un lugar tranquilo.

Con la ayuda de unos cuantos amigos, él había logrado captar la esencia de lo que quería. El proceso tomó años pero fue algo que le causó muchísima satisfacción.

La excusa de tener una casa a las afueras también era poder contar con un lugar para hacer lo que quisiera sin que lo molestasen. Había reservado un pequeño espacio en el sótano para aquellas actividades un poco diferentes.

Luís había conocido el mundo BDSM cuando era un adolescente pero fue luego de unos años que supo realmente de qué se trataba. Su primera experiencia fue como sumiso y fue así cómo aprendió a observar las reacciones ante las torturas así como a otros estímulos relacionados al placer y el dolor

A pesar de haber disfrutado aquella faceta, se decantó por ser Dominante. Para él era importante tener el control y el poder, demostrarlo en todo momento, dejar en claro que las cosas se harían a su modo.

Desarrolló un gusto particular por las relaciones tipo primal porque encontraba excitante aquello de cazar y devorar a la presa. No obstante, también encontraba sumamente placentero el sexo anal, azotar, ahorcar y toda clase de torturas. Afortunadamente contaba con una gran imaginación así que no le faltarían escenarios ni temas al respecto.

Aunque se había sincerado con sus gustos, sabía que no todos lo

comprenderían. Es más, había optado callar y reservarse sus opiniones al respecto. Al final cada quien podía hacer lo que le placiera de puertas para adentro.

Mientras deseaba encontrar a la sumisa perfecta, se divertía satisfaciendo su apetito sexual con encuentros casuales. Para él era práctico porque evitaba someterse a dramas innecesarios y a situaciones incómodas. Iba a lo suyo y ya, como esa noche.

Manejaba y al lado estaba una bolsa caliente de papel en donde se encontraba una enorme hamburguesa y patatas fritas. Quería llegar a casa y por fin comer.

Unos cuantos kilómetros de asfalto después, Luís estacionaba la camioneta para entrar a su casa. Se bajó y el sonido de sus botas de cuero rozando la gravilla del camino de la entrada iba a la par con el de la bolsa de papel que tenía en su mano derecha.

Caminó hacia la puerta y la abrió. El olor a madera era lo primero que percibía y era gracias a las escaleras de pino que había instalado. Lo hacía sentir bienvenido de alguna manera.

Dejó la bolsa en la cocina y subió para tomar un baño. La habitación de Luís era un espacio grande, blanco que contaba con un gran ventanal a uno de los lados y cama en la pared de fondo. Al otro lado se encontraba el baño y, cerca de este, también un clóset empotrado.

La decoración era sencilla por no decir parca. Sin embargo, el verdadero lujo se encontraba en los muebles ya que él era diseñador industrial. Quizás la otra extravagancia más fácil de evidenciar era la colección de discos de vinilo.

-En vinilo suena mejor.

Solía decir a sus amistades más íntimas.

Luego de diseñar y construir en el taller que tenía en la cochera, colocaba el disco que quería y lo hacía sonar hasta el final. Era quizás el momento que más le gustaba del día.

Abrió las llaves de la ducha y esperó a que saliera el agua caliente. Se quitó la chaqueta, se desabrochó los jeans y la camisa. No tardó mucho tiempo en desvestirse ya que prefería pasar el tiempo desnudo.

Respiró profundo y se vio en el ancho espejo. Revisó las marcas en la cara.

-Tengo que rasurarme, parezco perro viejo.

Siguió estudiándose y hasta se frotó un poco la cicatriz que tenía en el entrecejo.

Luís tenía un aspecto rudo gracias a que casi siempre vestía de negro, con jeans y cuero. Los innumerables tatuajes que tenía resaltaban gracias a la palidez de su piel. Sus ojos, grandes y cafés que, según el humor del día, podían cambiar a verdes. Le gustaba hacer ejercicio por lo que había desarrollado una musculatura envidiable y que destacaba aún más su altura. Sin duda, era un hombre muy atractivo... Y también difícil.

Prefería la soledad o los pequeños grupos. El que él estuviera en el bar esa noche era casi producto de la casualidad, no tenía que ver con que fuera un gusto personal.

Dejó que el agua recorriera su cuerpo. Estaba cansado. Enjabonaba su cuerpo y, al mismo tiempo, hacía lista mental de las cosas que debía hacer al día siguiente: reunión con clientes, diseños nuevos, la presentación que debía hacer para la inauguración de la feria de decoración. Aunque quisiera, su mente no podía estar tranquila.

Salió y se secó con una toalla que tenía cerca. Salió desnudo con el entrecejo fruncido sin saber la razón y buscó en su closet algunas prendas ligeras para ponerse. Su estómago gruñía sin parar.

Bajó a la cocina en donde esperaba la bolsa de papel con la hamburguesa dentro. Antes de sentarse a comer, abrió el refrigerador para tomar una cerveza. La onomatopeya del gas saliendo de la tapa de latón le daba una felicidad indescriptible.

Comenzó a cenar y a beber en medio de la oscuridad y del silencio de la cocina...Y el de toda la casa.

Por un momento deseó no estar solo.



II

-¡Maldita, maldita ven aquí. Ven que te voy a destruir!

Los gritos en medio de la carretera, hubieran despertado a cualquiera. Pero no en ese lugar olvidado por Dios.

Elena corría con todas las fuerzas de su cuerpo, había sido descubierta robándose dos barras de pan y una botella de agua. Corría con las cosas en sus manos, con el bolso en la espalda.

La perseguía un hombre gordo, alto y con marcas de sudor en su cuello y las axilas. Sus pasos se sentían y escuchaban pesados mientras que los de ella eran ligeros y suaves, como un ciervo que huía.

Logró esconderse en una gasolinera abandonada. Trató de calmar la respiración y el dolor de sus pantorrillas. Rezó internamente para que no la descubrieran.

-VOY A ROMPERTE LA CARA, MOCOSA. VAS A VER.

Eran los minutos más aterradores que jamás había vivido. Imaginó su rostro sobre el suelo, cubierto de sangre, lágrimas y dolor. Cerró los ojos y esperó... Y esperó.

No escuchó más ruidos y las sombras amenazantes habían desaparecido, sólo había la misma oscuridad de siempre más el canto de los grillos. Respiró fuerte y salió lentamente de su escondite. Sintió las piernas débiles aunque pudo incorporarse con rapidez.

Temblaba con fuerza y trata de repetirse a sí misma.

-Venga, ya ha pasado todo.

Dio unos tantos pasos y se sintió a salvo. Ahora lo que restaba era encontrar un sitio no tan siniestro para comer el botín.

Había una pequeña pradera cerca de la estación y fue en esa dirección. No hay luces ni ruidos, sólo el cielo y las estrellas. Para Elena fue el momento más bonito del día y de lo que llevaba fuera de casa. Lloró un poco y secó las lágrimas con la ya desgastada chaqueta vaquera. Afortunadamente no sintió frío.

Dos barras de pan, una botella de agua y una manzana. Nada mal. Aunque estaba apenada por lo que había hecho, el hambre era más fuerte que la consciencia. Había pasado varios días sin comer apropiadamente y todo aquello le resultaba un banquete. Sin esperar más, tomó la barra de pan que tenía más cerca y comenzó a devorarla en un santiamén.

Al terminar, se echó sobre el césped y quedó tendida sobre este, viendo las estrellas y disfrutando de la brisa que hacía. Era libre, después de tanto, era libre.

Elena había escapado de una familia abusiva. Una madre alcohólica, un padre golpador y un par de hermanos delincuentes. Planificó su huida tantas veces que temía fallar, no había razón de regresar a esa pesadilla.

Estando así, vio el costado aún golpeado de la última vez. Le habían lanzado una plancha y cayó justamente allí, en el hueso de la cadera. Puso los dedos y sintió un poco de dolor, aunque era lejano.

La brisa fría le recordó que por más bello que se viera el cielo, debía buscar refugio para esa noche. Tomó los restos de pan y la botella de agua. Permaneció un tiempo de pie y regresó luego por el camino que había encontrado en la pradera. Su escondite de hacía unas horas se convirtió en habitación.

-¡HEY!, PÁRATE

Elena aún dormitaba cuando escuchó el grito de un hombre que pateaba al mismo tiempo, el recipiente de latón que tenía al lado.

-VENGA YA.

No le contestó, sólo se limitó a verlo con el mayor desprecio que podía demostrar. Él sólo la miró con una mezcla de burla e indiferencia.

Comenzó a caminar hacia lo que era la salida del pueblo. Tomó un mapa y calculó que llegaría a su destino, con suerte, al día siguiente. Suspiró de decepción y no le quedó de otra que racionar lo poco que tenía y hacer de tripas corazón.

El sol estaba inclemente, insoportable. Aun así no podía parar porque eso sólo la retrasaría más.

La soledad del camino la hacía pensar en lo mucho que deseaba tener un techo en donde dormir, un plato de comida caliente y una cama para reposar. No

pedía mucho, sólo eso sería suficiente para no sentirse la mujer más miserable del mundo.

De repente, en medio de sus pensamientos, surgió algo. Había recordado que ese día cumplía años.

-18 años.

Se dijo. Sintió cómo las lágrimas corrían sobre su cara.

Caminó sin parar. Vio el sol llegar a su punto más alto y luego descender lentamente. El asfalto quemaba sus ya desgastadas suelas. No llegaría según lo que había previsto pero necesitaba encontrar una especie de refugio.

Su instinto le dijo que anduviera un poco más y le hizo caso. Ya al anochecer, se topó con una caseta de vigilancia abandonada. Se detuvo por el terreno y se dio cuenta que no había peligro alguno. Se metió allí y se dejó caer sobre el suelo de cemento frío y rasposo. No le molestó y agradeció tener un lugar para descansar. Pensó en sacar el trozo de pan pero no tuvo tiempo, se quedó dormida casa inmediatamente.



III

-Jefe, este es el recibo del pago que recibimos en el último lote de muebles enviados a Japón. Ah, esto es también para que lo firme.

-¿Qué es?

-El espacio para la exhibición de la...

-¡Ah!, lo había olvidado. Vale, vale.

La mano magullada por el trabajo casi dejó una marca de aceite en la hoja que firmaba.

El asistente se retiró y en el taller en donde Luís se encontraba, había dos hombres más que le ayudaban a cubrir la demanda de muebles exclusivos. En el fin de semana, con un par de cervezas, él se sentaba sobre su mesa de diseño y elaboraba los bosquejos que parecían quedar almacenados en su mente, esperando el momento de ser tomados y puestos sobre el papel.

Tenía tantos que debía organizarlos por temporadas y aquello había llamado la atención de ricos y famosos que querían lo más exclusivo en sus casas u oficinas. A Luís le parecía que eso era una “mierda esnob” pero la paga le daba para mantener su vida. Quizás era un poco hipócrita de su parte.

Volvió a su trabajo, a lijar y pulir, a pegar, a clavar, a barnizar. Sus ayudantes tenían gran respeto por él y no lo veían como un jefe tiránico sino más bien casi como un igual. Luego de cada jornada, los cuatro se sentaban en la cochera a ver el atardecer mientras comían asado. Los placeres sencillos de la vida.

Seguía en lo suyo cuando escuchó el sonido inconfundible de unos tacones. Alzó la vista y se trataba de Sofía.

-Buenos días, chicos. Hola, Luís. Quería hablar contigo... A solas.

Ellos estaban acostumbrados a su presencia pero a él, en particular, no le gustaban las visitas sorpresas.

-¿Qué buscas?

-Ven, vamos a hablar.

Sofía era la decoradora de las estrellas. Su buen gusto la había llevado a

diseñar para actores multimillonarios y presidentes. A Luís le parecía chocante tener algo de contacto con aquellos mundos. A pesar de ello, a él le gustaba su caminar, el pelo largo y negro, las caderas anchas y los pechos grandes. Le recordaba la exuberancia de Mónica Bellucci.

Ambos se habían conocido en esas tantas conferencias de diseñadores y decoradores. Los dos intercambiaron una mirada intensa y no faltó mucho para ambos follaran sobre las cajas de cartón del almacén luego del primer apretón de manos.

Lo suyo no era formal sino ocasional. Aunque, lo mejor de todo era que a Sofía le encantaban las cadenas y los azotes. Para Luís era una pequeña vía en donde podía expresar, al menos un poco, toda esa vena Dominante que tenía dentro de su ser.

Se acercaron entonces a una esquina, fuera de la vista de indeseables.

-Mola esa camiseta mojada. Me encanta cómo se te ve.

-A ver, a ver. ¿Qué se te ofrece?

-¿Recuerdas el pedido del sofá? Lo necesito pronto, muy pronto. El cliente está ansioso de tenerlo en su sala.

-Venga, Sofía, estoy atiborrado de trabajo. No sé si podré hacértelo a tiempo.

Ella se acercó lentamente. Se quitó los lentes y meneó el cabello. Luís sintió el roce de los pechos de ella sobre su mano.

-¿Será posible algún tipo de esfuerzo extra? Puedo pagar para que se agilice el proceso.

Mordió sus labios, aquellos labios que a él tanto le gustaban.

-Puede ser –Acarició suavemente el pezón sobre la ropa.

-¿Esta noche?

-Dejaré la puerta abierta.

Ella se echó lentamente hacia atrás como para que él no olvidara el compromiso.

Luís ya tenía en su cabeza varias ideas para arrancarle gritos y gemidos de placer a aquella deliciosa mujer.

Cayó el día y la jornada había terminado. Miró orgulloso aquel mueble

pendiente y pensó que sería buena idea sacarle en cara a Sofía todo el esfuerzo que requirió para construir en pocas horas, la obra maestra que admiraban sus ojos en esos momentos.

Despidió a los chicos y palpó la camiseta negra que tenía. Estaba empapada de sudor y sonrió para sí.

Fue hacia la puerta con la intención de bañarse. Como conocía a Sofía y sus sorpresas, se apresuró para estar listo. Se metió en la ducha y al salir, notó que debía cortarse un poco el cabello. No le dio mucha importancia al respecto.

Desnudo, fue a la habitación para verificar que todo estaba bien. La cama acomodada y las cuerdas disponibles. Estaba desesperado por atarla y darle tantos azotes como su cuerpo pudiera aguantar.

Buscó un vaquero que encontró en uno de sus tantos cajones desordenados.

-Sólo esto hará falta.

Iba a bajar cuando recordó el fuate que descansaba en la pared de su closet. Fue a tomarlo y constató el estado del cuero. Le gustó la sensación en la palma de la mano y pensó que Sofía también le gustaría.

Bajó a la cocina para tomar una cerveza. La casa permanecía a oscura ya que había comenzado el juego, la cacería había empezado.

El lento chirrido de la puerta principal, detuvo a Luís de tomar otro sorbo de cerveza. Bajó lentamente la botella hasta dejarla sobre la encimera y apartarse luego a una de las paredes para observar a Sofía que estaba con un sencillo vestido negro.

Sabía que ella no tenía nada debajo y su imaginación le provocaba una erección que apenas el cierre de su pantalón podía contener.

-¿Hola?

No hubo respuesta. Ella entonces dio varios pasos hasta cerrar la puerta tras sí. Dejó caer el bolso sobre el sofá y continuó buscando a Luís.

-Sé que estás por allí. Vamos. Aparece.

De nuevo, sin respuesta.

Sofía sabía que él estaba cerca, su presencia era palpable así que quiso jugar un poco al gato y al ratón. Alzó la mirada y vio la luz que salía de la habitación principal. Interpretó esto como una invitación y decidió subir las

escaleras lentamente.

Se encontró a mitad de camino cuando sintió las manos fuertes de Luís sobre sus caderas. Se sobresaltó pero también comenzó a excitarse frenéticamente. Quedó tendida sobre varios escalones. Su vestido cedía ante las manos de él.

Quedó con las piernas abiertas y las nalgas dispuestas. Inmediatamente sintió la lengua violenta de Luís que la saboreaba desde tras. Un fuerte gemido resonó la silenciosa casa.

-Arrodíllate.

Escuchó y terminó de descansar en la escalera. Luís, por su parte, comenzó a darle sexo oral con tanta intensidad que sus piernas no paraban de temblar. La sensación era indescriptible, deliciosa.

Él tomó ambas nalgas y las abrió aún más, con fuerza, con salvajismo. Sofía no paraba de gemir y tuvo que suplicar que Luís la tomara para penetrarla, para poseerla.

-Vas a tener que esperar, ¿entendiste?

Ella comprendió que él era quien mandaba y tuvo que someterse a sus designios.

Luís encontró lo que buscaba, el ano perfecto de Sofía. Parecía un botón en flor, rosado y esperando ser penetrado. Tomó su pulgar y lo humedeció con su saliva. Comenzó a estimularlo, a acariciarlo lentamente y ella chillaba.

De repente, dejó de chupar para llevarla a sí y cargarla. Le dio unas cuantas nalgadas y la subió hasta llegar a la habitación.

Prácticamente la lanzó sobre la cama y ella quedó tendida esperando por él. Abrió las piernas y él lamió su vagina sin parar. De vez en cuando mordía su clítoris con el fin de llevarla al borde de la locura.

Faltó poco para que le rompiera el vestido. Luís estaba particularmente salvaje y eso le encantaba a Sofía.

-Ven. –Dijo él bajándose el cierre del pantalón.

Sus pechos se balanceaban hasta que se arrodilló frente a él. Le dirigió una mirada pícaro y tomó su miembro con ambas manos. El pene de Luís era grueso, venoso y con el glande rosáceo. Sofía siempre estaba ansiosa por él.

Ella besó la punta suavemente. La mano de Luís la tomaba por el cabello,

sujetándolo con firmeza. De esta manera, tenía el control de sus movimientos y del ritmo.

No paraba de lamer, de comerlo entero. Lamía sus testículos también, los introducía enteros en su boca y los hilos de saliva caían en sus pechos. En sus grandes, redondos y perfectos pechos que lo volvían loco.

Quiso parar pero estaba demasiado excitado para hacerlo. Tomó su cuello y lo apretó un poco.

-Sigue.

El ritmo de su lengua y de su boca, la forma en cómo lo miraba hacerlo, el tacto de sus manos sobre su pene, todo aquello era una mezcla de sensaciones que le encantaban. Siguió hasta que sus rugidos se hicieron más intensos y sus ojos se cerraban por el placer. Sacó el pene de la boca de Sofia y explotó en sus labios y parte del rostro. Al verla sonriendo, le dio un par de cachetadas... Y apenas estaba comenzando.

-Quédate ahí.

Ordenó y de inmediato fue al baño. Mientras buscaba una toalla húmeda para limpiarla, se vio por un momento en el espejo. Tenía las mejillas encendidas, la frente perlada y el pecho exaltado. Aun así, se miraba y se sentía terriblemente solo. No quería pensar más en eso, entonces se echó un poco de agua en la cara.

Sofia estaba aún de rodillas cuando sintió el frío de la toalla en la boca. Pacientemente, Luís la limpió. Ella lo miraba ensimismada porque ese gesto no lo había tenido antes y hasta por un momento se sintió conmovida.

Por supuesto, sólo se trataba de una especie de chispazo producto del momento. Eventualmente el regresaría a su forma de Dominante rudo.

Al terminar, fue posible percibir ese fuego intenso que se hallaba en sus ojos. Él la tomó de nuevo por el cuello y la lanzó sobre la cama.

-Ponte en cuatro –Le ordenó.

Hizo lo propio y permanecía en la expectativa de lo que él haría después. De repente, sintió una especie de calor en su ano, la presión de algo adentrándose en ella. Luís había lubricado un pequeño buttplug de metal. Al hacer contacto con su piel, las diferencias de temperaturas eran más que deliciosas.

Estuvo allí, estimulando la zona con calma y paciencia. Lo movía un poco, lo suficiente para que se acostumbrara a la sensación más rápidamente. Intercalaba el jugueteo con nalgadas suaves y rudas... A veces, hasta un beso.

Se tomó el tiempo de ir a buscar el fute que había dejado al alcance. Volvió a probarlo y lo sintió más que bien. Sofía, quien todavía gemía por el plug, sintió un fuerte ardor que hizo que se trasladara a otra dimensión.

-¿Quieres más?

-Sí, más, por favor.

Otros golpes más, los suficientes como para dejar sus nalgas rojas y con algunas marcas de sangre. Para llegar a ese punto, los dos habían pasado varias noches juntos de lujuria desenfrenada.

Él se antojó luego de su espalda y de sus muslos. Quería que ella recordara que era él el hombre que decía qué hacer con su cuerpo. Mientras estuvieran en la misma habitación, Luís era quién mandaba.

Los alaridos de dolor y placer fueron suficientes para que el pene de él se volviera duro como una roca. En ese punto, le pareció conveniente traer consigo unas cuerdas y así, tendría la excusa perfecta para estrenar el gancho metálico que había colocado en el techo. Prometía ser una sesión divertida.

Un par de palabras fuertes fueron suficientes para que ella se levantara y quedara de pie frente a él. Sus piernas temblaban, sus ojos estaban llorosos y la piel ardiendo. Era una imagen más que agradable para Luís.

Sin decir palabra, le tomó las muñecas y las ató a una velocidad sorprendente. Justo en el nudo que unía sus manos, hizo una extensión con un trozo de cuerda faltante. Se echó para atrás y sonrió satisfecho, era el resultado que esperaba. Durante todo el proceso, Sofía lo miraba minuciosamente, sin saber muy bien el motivo de los amarres tan extraños. Al final se llevaría una sorpresa.

Las manos de Luís sostuvieron la cuerda y la llevó hacia un extremo de la habitación. Ahí Sofía pudo ver que se trataba de un gancho metálico que resplandecía en medio de la oscuridad. Sonrió para sí.

La altura de Luís le permitió colgar fácilmente el cuerpo de Sofía. Ella, de puntillas, apenas podía mantener el equilibrio.

-Bien, bien. Ahora todo se pondrá interesante.

Los nervios hacían que ella riera, la sonrisa de satisfacción de Luís era difícil de ocultar así que aprovechó el momento para darle unas buenas nalgadas y para recordarle que aún tenía puesto el buttplug.

-No he terminado contigo.

Sofía pseudosuspendida, gimió de dolor y sintió que perdía el equilibrio. Era él que la volvía a devorar por detrás.

La adrenalina en ambos cuerpos corría por sus venas con frenesí. La boca de Sofía estaba abierta pero no emitía sonido alguno, estaba privada, sometida a los placeres de su amante. Luís, por otro lado, quería darse la tarea de saborear su cuerpo tanto como quisiera.

Detuvo su mano entre ambas nalgas y extrajo lentamente el buttplug. Las muecas de ella eran sumamente estimulantes así que no tardó mucho tiempo en tomarla y penetrarle el ano. Al principio fue lento, porque sabía que hacerlo por allí requería de delicadeza. Sin embargo, luego de tenerlo dentro, la pelvis de él inició un movimiento más fuerte y uniforme.

Las caderas anchas de Sofía eran perfectas para sus grandes manos. Las ocupaba como un conquistador sobre tierras vírgenes. Estaba en el éxtasis.

Al paso del tiempo, los dos se encontraron en una sintonía de gemidos y ruidos.

-Put. Eres mi puta.

-Sí... Ay, sí.

Seguían follando duro, fuerte hasta que él sintió que estaba a punto de correrse. Extrajo su pene y mojó sus nalgas con su semen caliente. Ella estaba un poco más cerca, así que él la masturbó desde esa misma posición. No podía creer lo húmeda y caliente que estaba.

Estimuló sus labios y clítoris. De vez en cuando propinaba insultos para excitarla más, era algo que a ella le gustaba demasiado. Los muslos temblaban violentamente anunciando la llegada del orgasmo. Un grito agudo desencadenó, además, el fluido producto de la intensa excitación.

Apenas sus pies podían sostener su cuerpo cansado y él tomó la cuerda para llevarla a la cama a que descansara. Sofía cerró los ojos y se quedó rendida casi de inmediato. Él permaneció de pie y pensó en que sería buena idea tomar una cerveza y fumar un cigarro.

Volvió a ponerse los jeans y la casa quedó cubierta por niebla y silencio. Tenía un poco de frío pero no le importó ya que quería disfrutar por un momento la soledad que le habría brindado el momento.

Le gustó el sexo y el cuerpo caliente y dispuesto de Sofía. Todo parecía esta igual pero había algo que no lo convencía, que parecía faltar.

Escuchó un ruido pero no le prestó atención.

-¿Luís?

No respondió. Quería que la soledad durara más tiempo.



IV

Elena se había acostumbrado a mantener un ojo abierto por las dudas. Pero esa vez fue diferente. Estaba profundamente dormida. Unas voces se acercaban a ella y la amenaza parecía inminente.

Estaba apoyada en la puerta con la intención de sentir si algo malo sucedía. El bolso sobre sus piernas así como el resto de sus cosas para poder huir con rapidez.

-Oye, tío. Parece que hay algo aquí.

Ella cayó dormida y la luz golpeó sus ojos con violencia. El dolor hizo que se despertara con malhumor hasta que vio los rostros de los extraños.

-Vaya, vaya. Miren lo que tenemos aquí. Una linda muñeca, eh.

Elena los contó, eran tres. Sintió un pánico indescriptible. Se incorporó velozmente y quedó rodeada por lo que daba pasos hacia atrás en búsqueda de alguna salida. Sin embargo, aquellos hombres la intimidaban con esas expresiones de amenaza y lascivia.

-Vale, hemos caminado mucho y merecemos una compensación. ¿Por qué no te nos unes a la celebración?

Más pasos hacia atrás pero no ella no encontraba alguna vía de escape. Trató de mantener la calma y a convencerlos que su idea era un absurdo.

-Vamos chicos, déjenme ir. Soy una tía bien aburrida, así que su fiesta sería mejor si no estoy, ¿vale?

Ellos sólo sonrieron amenazantes. En ese momento, Elena quiso poner en práctica una medida que sólo había visto funcionar en las películas, su instinto rogaba para que funcionara. Rápidamente, enterró su pie derecho para desplegar una cortina de arena para ganar algo de tiempo. Sorprendentemente, funcionó.

Los tres se taparon los ojos y ella comenzó a correr tan rápido como pudo. Sonrió a ver que el espesor del bosque. Tendría la oportunidad de esconderse entre los árboles.

-MENUDA PUTA ESTA.

Logró escuchar y, mientras huía, sus captores acortaban distancia. Eran veloces y, además, estaban cargados de ira.

Ella logró trepar uno árbol y permaneció quieta, como solía hacer cuando era una niña. De hecho, las veces que su padre llegaba del trabajo y la buscaba para golpearla, corría y se escondía en los árboles. Así aprendió a verlos como gigantes protectores y aquella percepción no cambió mucho al crecer.

Rezaba internamente, rogaba no ser vista, sólo quería que la dejaran en paz.

Pasó horas enteras entre las ramas y las picaduras de los bichos. Ahogó el dolor para que no se percataran de su presencia. Dieron rondas hasta que se dejaron vencer y se fueron. Elena estaba a salvo por los momentos.

Sacó el mapa del bolso y aún la ciudad estaba muy lejos. Sin embargo vio un camino de tierra que podría ser señal de presencia de alguien. A pesar de sus malas experiencias, pensaba que existía alguien de buen corazón dispuesto a ayudarla. Debía aferrarse a esa esperanza.

Poco a poco, y sin dejar de mirar a los lados, descendió del árbol. Vio con pánico como iba descendiendo el sol.

-Joder...

Apretó la marcha y siguió el camino que le indicaba el mapa. No tenía idea de lo que podría encontrar allí.



V

or qué no me respondiste cuando te llamé?
-¿P -Lo siento, estaba concentrado en otra cosa.

-Mmm, vale.

-El mueble lo puedes retirar mañana. Está listo.

Sofía se acercó a él de manera sensual.

-Sabía que no me fallarías. Mandaré un camión porque lo quiero íntegro y sin raspones.

-Vale.

-¿Nos veremos luego?

-Seguro.

Ella le dio un beso y salió sintiendo un poco de dolor gracias a la sesión. Luís la observó salir y sonrió por acción refleja.

Dejó el asiento de la cocina y fue a tomarse un baño. Tenía ganas de salir a la ciudad y comer afuera, sentía la necesidad de mezclarse entre la gente, de ver otros rostros, de no sentirse tan solo.

El instinto de Elena celebró ver la casa que se divisaba en el horizonte. Sus piernas apretaron la marcha a pesar de sentir que estaba a punto de desfallecer. Tenía sed, hambre y una necesidad inmensa de tomar un baño. Deseaba tener un poco de suerte.

Cada paso la hacía sentirse más impresionada. La casa le parecía grande y hermosa. También le pareció particular que se encontrara aislada pero era su día de suerte, así que no quería invocar más catástrofes.

Tocó la puerta ansiosa. El corazón le palpitaba con fuerza y cruzaba los dedos.

-Por favor, que sea un buen samaritano, por favor.

Esperó unos minutos y tocó dos veces más. No hubo respuestas y ya se disponía en retirarse cuando escuchó un pequeño “clic” de la puerta. Se sintió impactada con la imagen del hombre más atractivo que había visto.

Luís apenas se había terminado de vestir cuando escuchó la puerta. No

contestó de inmediato porque no quería lidiar con otro requerimiento de Sofía. Volvió a escuchar la puerta y salió para ver de qué se trataba.

La luz iluminaba el rostro cansado de una joven hermosa. Ojos verdes, de tez blanca y cabello negro y muy corto. Tenía los pantalones sucios y los zapatos rotos, así como el resto de su ropa. Parecía maltratada y golpeada. Los dos se quedaron en silencio por un momento hasta que Luís le preguntó.

-¿En qué puedo ayudarte?

-Señor, señor. Mire, necesito su ayuda. He querido ir a la ciudad pero he sufrido de desgracias en el camino. No he comido bien, no he tomado un baño y tampoco sé lo que es dormir. ¿Podría... usted... podría...

La voz de Elena se apagó lentamente y cayó cuando justamente Luís la tomó entre los brazos antes de tocar el suelo. Era ligera, delicada y tenía el rostro sucio, muy sucio. Por alguna razón, la llevó consigo hacia el interior.

Cargándola, se percató que el estómago rugía como un león.

-Debe estar hambrienta.

La dejó en el sofá y subió rápidamente las escaleras para revisar la habitación de huéspedes. Iluminada, blanca y sencilla, parecía estar lista para recibir a cualquiera. Aunque, la verdad, dispuso ese lugar por pura formalidad. Por suerte, le serviría de utilidad esta vez.

-El baño parece bien... Ehm, hay sábanas y toallas limpias. Estoy impresionado de mí mismo.

La joven aún estaba inconsciente cuando fue a buscarla en el sofá. La tomó y subió las escaleras hasta dejarla sobre la cama. El sol aún brillaba, descansando en el cuello de ella. Permaneció allí, intrigado, esperando a que despertara. Sin embargo, no obtuvo respuesta y cerró la puerta. Luego tendrían oportunidad para hablar.

Elena abrió los ojos con dificultad. Los párpados los sentía pesados, como si tuvieran atados un par de plomos. De repente, todo le daba vueltas y la debilidad era insoportable. En ese instante, recordó que no había comido nada y que sólo tenía en el estómago un trozo de pan y un poco de agua. Una dieta muy lejos de ser balanceada.

A duras penas pudo levantarse y lo último que vino a su mente fue caer a los pies de un hombre sumamente guapo. Rió para sí, al menos reservaba un poco

de humor.

Notó que su cuerpo no quería despegarse de la cama ya que era limpia y bastante cómoda. La habitación también le daba una sensación fresca aunque sencilla. Dio unos cuantos pasos y vio el baño. Había toallas, jabón, champú y hasta un cepillo de dientes con pasta dental. Lloró de la felicidad porque alguien finalmente la había ayudado.

Estaba dispuesta a tomar el baño cuando vio una muda de ropa sobre el inodoro. Sólo era pantalones deportivos, una franela de algodón y unas medias gruesas. Se quitó todo lo que tenía encima y abrió las llaves en la ducha. Estaba feliz.

Luís tamborileaba los dedos sin parar. Más que recordar una canción, era producto de la ansiedad. ¿Quién era la chica que había encontrado y por cuánto tiempo estaría allí? Sintió lástima por ella y por eso la dejó en la habitación. Pero también podría tratarse de una impostora o peor aún, alguna amante enfurecida en búsqueda de venganza.

Veía el piso superior, sus ojos estaban concentrados en las escaleras, estaba ansioso por saber de quién se trataba. La hipótesis de una chica enfurecida cobraba fuerza por lo que su mente estaba preparándose para todos los escenarios posibles.

Las toallas olían a limpio, incluso Elena infirió que estaban nuevas. La sensación era más que placentera. Miró su reflejo en el pequeño espejo encima del lavabo y suspiró. Ya no tenía sucio, sus ojos estaban verdes, muy brillantes, y su piel, naturalmente blanca, había adquirido un tono bronceado por el sol. Se tocó el rostro, lo sintió suave, agradable. Era increíble que todos esos detalles contaran para que una persona se sintiera realmente feliz.

Terminó de secarse y se vistió rápido. Sabía que debía agradecer a su salvador. Asomó el oído para percibir si había algún ruido cerca pero no escuchó nada, estaba sorprendida del silencio que hacía. Tragó fuerte y bajó las escaleras, de repente, olió el aroma del café recién hecho, pan tostado y, quizás, mantequilla de maní.

Pero el miedo era más grande que ella y todo aquello que olía delicioso pasó a segundo plano. Silenciosa descendió los escalones y se encontró con la espalda ancha del tío que la había ayudado. Alto, musculoso pero no demasiado y, además, estaba cantando mientras preparaba el desayuno. Elena

sintió que tendría suerte.

-Hola...

La voz salió casi a rastras de su garganta.

-Gracias por... Por esto. Lamento haberme desmayado, yo...

-Ven a comer. Debes estar famélica.

Elena escuchó su voz gruesa e imperativa. Asintió y se acercó a la encimera.

-¿Café? ¿Pan tostado?

-Sí, sí, por favor.

-¿Huevos?

Lo miró con rostro inocente.

-Vale. Toma, mantequilla de maní y jalea. Lo que prefieras.

-Gracias. De verdad.

-Mejor come.

Elena bien un plato copioso de pan tostado y huevos revueltos con jamón. La taza de café con leche aún estaba humeante. Luís le alcanzó un vaso de jugo de naranja fresco.

-No creo que pueda con todo esto.

-Sí, sí lo harás. Necesitas hacerlo. Ese desmayo es porque no te estás alimentando bien y es necesario que lo hagas. Así que a darle caña.

Ella esbozó una ligera sonrisa y lo miraba cuando él no le prestaba atención. Le gustaron sus ojos cafés así como la forma ceremoniosa en que le servía la comida. Observó sus brazos tatuados y el cabello castaño claro.

Devoró todo lo que tenía enfrente en cuestión de minutos y quedó más que satisfecha. Pensó que tenía lo suficiente para continuar con su camino aunque internamente no quería dejar el micro espacio de comodidad que había disfrutado.

-A ver. Comencemos por lo obvio. Me llamo Luís. ¿Y tú?

-Elena... Me llamo Elena.

-Bien, Elena. –Su voz seguía gruesa y distante. –Estabas buscando ayuda y

casi caes en el suelo. Supuse que estabas débil y me has confirmado la teoría, ahora bien, ¿qué hace una chica como tú deambulando por ahí?

Luís, al verla con mejor detalle, supo que no sólo era hermosa sino también muy joven. Quizás unos 19 años a lo sumo. Se veía frágil pero determinada. Eso le gustaba pero, aun así, debería saber más sobre ella.

-Escapé de casa. Es una historia larga de explicar pero he llegado hasta aquí porque deseo ir a la ciudad. Necesito encontrar trabajo y estabilizarme. No tengo ni un duro en el bolsillo.

Bajó la cabeza y trató de no llorar.

-¿Por qué huiste?

-Mi padre es un golpeador y mi madre alcohólica. La situación se volvió insostenible a tal punto que sólo tomé algunas pocas cosas y me fui. Creo que, hasta el sol de hoy, ellos ni se han enterado. No les importa.

-Vale. Entonces te fuiste y has estado por ahí. A ver...

-Señor, ya ha hecho demasiado. Me iré. Déjame cambiarme de nuevo...

-No te he pedido que te vayas. Además, creo que en tu estado no llegarías muy lejos.

-¿Podría quedarme un par de días? Prometo no ser una molestia. De verdad me apena pedirle esto pero es que lo necesito demasiado.

Elena no pudo evitar ponerse a llorar. Por más que se secará las lágrimas, sus ojos no podían ocultar la tristeza ni la desesperación.

-Vale. Está bien. Lo único que te voy a pedir es que no me interrumpas cuando trabajo. Mi estudio y mi taller son sagrados. ¿Entendido? Trataré de darte algo de ropa decente. Ah, ni te molestes con eso viejo que tenías puesto, estaba a punto de desintegrarse.

Ella sonrió y dejó ver la esperanza que le provocaba esa noticia.

-Así será, prometo no molestarlo.

-Vale. Termina de comer. Ahora iré a trabajar. Ya sabes, nada de interrupciones. De resto puedes pasearte si quieres pero no hagas la imprudencia de irte por ahí.

-No sabe cuánto se lo agradezco.

-Vale.

Luís dejó de mirarla porque estaba sintiéndose un poco extraño. Elena le enterneció y esa sensación era nueva para él.

-Quizás con esto pueda lavar un poco mis pecados.

Elena quedó en la cocina saboreando los últimos trozos de pan con mantequilla de maní. Su suerte no podía ser mejor, era su marca favorita.

Sentía ganas de saltar y bailar. Tenía un poco de ropa y lo mejor de todo: un techo en donde dormir. Un techo cómodo y bonito. El entusiasmo hizo que se bajara de la silla como una niña y subiera las escaleras velozmente, tomó sus zapatos y se dispuso a salir. Quería conocer un poco más se lugar tan fascinante.

El sol brillaba a lo alto y el cielo estaba despejado. Hacía un día agradable y tranquilo. Caminó por una senda que la llevó hacia el patio. La imagen era por sí sola imponente: árboles altísimos, césped verde y una pequeña montaña de hojas amontonadas a un lado. Tuvo la tentación de echarse allí pero era mejor no hacerlo. Era mejor no abusar del buen gesto de Luís... Luís. Ese hombre que la hacía sentir intimidada pero también protegida.

-No seas tonta. Mejor disfruta esto.

Se dijo finalmente al echarse sobre el suelo y ver el cielo con una paz que no había sentido en mucho tiempo.

Un ruido que Luís pudo identificar como un camión, alertó a Luís para que viera con más detalle lo que suponía.

-Sofía...

Salió y efectivamente era ella. Tan elegante, tan refinada... Como siempre.

-Luís, querido. ¿Está listo el mueble?

-Sí, está envuelto y empaquetado para llevar. Ahí está.

Unos hombres tomaron el sillón con cuidado y lo llevaron al camión. Los dos quedaron juntos, observando la escena.

-¿De verdad esto es necesario?

-Tu trabajo es muy apreciado y cada pieza debe ser tratada con cuidado. No voy a poner en riesgo mi reputación ni la tuya.

-Vale, vale.

Sofía quería coquetear con él hasta que vio un rostro desconocido. Pensó que estaba alucinando hasta que se dio cuenta que era una chica.

-No sabía que traías tu diversión a casa.

-¿Ah?

Luís se volteó y vio cómo la pequeña cabeza de Elena se había escondido de repente detrás de la casa.

-Es una chica que ha venido en busca de ayuda. Se desmayó entre mis brazos casi al abrirle la puerta. Sí, sé que es algo difícil de creer.

-Bastante.

La voz tenía un dejo de desprecio y, tal vez, ¿celos?

-Bueno, te dejo con tu juguete. Hablamos pronto.

-No hay necesidad de decir tonterías, Sofía.

-Adiós, querido.

Los tacones marcaron la ida de ella y también el fin de la discusión. Luís estaba cansado y, además, confundido. No pensó más en el asunto porque debía diseñar un nuevo material.

Iba camino a la entrada cuando recordó el rostro inocente de Elena. Se rió solo y pensó que sería buena idea ir a verla. Cambió la dirección y fue hacia el patio el cual, por cierto, era uno de sus orgullos. Lo había diseñado con el fin de ofrecerle un espacio en donde pudiese sentirse libre y tranquilo, que sirviera como un escape en días complicados.

Elena miraba las nubes cuando sintió unos pasos, se incorporó rápidamente. De alguna manera, la luz lo hacía ver casi como un dios.

-Ho-hola. Lo siento, escuché un ruido y...

-Deja de pedir disculpas, ¿vale?

-Lo siento.

-Ja, ja, ja, ja. Lindo día, ¿verdad?

-Sí, es difícil no disfrutarlo con este patio. Es hermoso.

-Gracias, es lindo pero también necesita de mucho trabajo.

-Puedo imaginarlo. Supongo por tu cara que te preguntas de qué iba todo ese escándalo. Pues, estaban buscando un mueble que había hecho.

-¿Haces muebles?

-Algo así. Quizás en algún momento te muestre mis trabajos.

-Me encantaría.

-Bueno, mejor me retiro. Es momento de volver al trabajo. Espero que te sientas cómoda aquí.

-Gracias, Luís.

Escuchó su nombre e hizo eco dentro de él. No es que fuera algo especial pero sin duda había algo diferente en la forma en cómo lo dijo. Se fue entonces a la rutina de siempre.

Él había perdido la noción del tiempo al darse cuenta que ya era de noche.

-¡Joder!

Pensó que su estómago rumiante se debía a un error de cálculo o a una fantasía, pero no, no era así. Para colmo, supuso que Elena estaría igual. Salió corriendo de su estudio y todo se encontraba en silencio. La sensación de culpa lo tenía angustiado, hacía tiempo que no sabía cómo lidiar con aquello de los invitados.

Tocó la puerta de la habitación de huéspedes. Nada. Volvió a tocar. Nada otra vez. Giró la perilla con lentitud y preocupación.

-Ele...

Ella dormía plácidamente entre las almohadas. Imperturbable, tranquila, como en el mundo sólo existiera esa cama. Luís la miró conmovido, tenía frente a sí a una criatura tan frágil, tan vulnerable, mientras que él era todo lo opuesto. Dio unos pasos hacia adelante pero se rindió y cerró la puerta. Haría la cena.

-Algo ligero-Pensó.

Unas cuantas rebanadas de pan de centeno, jamón curado, queso, lechuga y un poquito de mostaza. Algo sencillo pero que serviría para calmar el hambre atrasada. No pasó mucho tiempo para que bajara Elena.

-Hola. Lo siento. Me quedé dormida.

-No te preocupes, debe ser el cansancio acumulado. Apuesto que has pasado

por mucho. Ten, supongo que tienes hambre.

-Gracias –Dio un primer mordisco-Me siento apenada por todas las molestias que te has tomado.

-No te preocupes. Aunque sí me gustaría saber algunas cosas de ti. Como comprenderás, creo que es necesario que desarrollemos confianza. Tanto tú como yo.

-Estoy de acuerdo.

-Bien. Mencionaste que huiste de casa y que tus padres no tienen un buen prontuario. Cuéntame un poco más de ti.

-Tengo un par de hermanos, quizás más por parte de padre. Los que conozco han estado en prisión en varias ocasiones. Ellos realmente no han tenido una presencia en mi vida así que son como unos desconocidos para mí. Yo... Pues, hace unos días cumplí 18 años. Lo había olvidado por completo.

-Vaya...

-Sí, estaba más preocupada por sobrevivir. Casi me muelen a golpes varias veces.

-¿Te hicieron algo? –Respondió él un poco alterado.

-Oh, no, no. Pude librarme de ellos pero de milagro. Supongo que tengo un poco de buena suerte en ese sentido.

Luís arrugó la cara.

-Para alguien que ha recibido maltratos casi toda su vida, el tener un día sin recibir algún golpe es casi una victoria.

-Lamento mucho que pasaras por eso.

Hubo silencio. Luís pudo notar que el cerebro de Elena reproducía los recuerdos más oscuros que pudiera tener.

-No tienes que hablar de ello si no quieres.

-Está bien. Dijiste que ayudaría a tenernos confianza y tienes razón. Mi familia es disgregada y he tenido que lidiar con ello. Por eso me gusta leer mucho aunque sólo tengo dos libros conmigo. Algún día me gustaría tener más.

-¿Qué más te gustaría?

-Tranquilidad.

Con aquella respuesta, pudo entender la vida que tuvo Elena. Asintió.

-Por otro lado, ¿podría hacerte preguntas?

-Claro. Lo de la confianza también aplica para mí.

-Excelente. –Sonrió- Dices que haces muebles, ¿te refieres a diseño industrial?

-Sí, exactamente. No sólo el bosquejo sino también la construcción. Así que supondrás que me lastimado bastante con lijas y astillas.

-¿Puedo ver tus manos?

-Eh... Sí, claro.

Esta iniciativa le pareció extraña a Luís pero se dejó convencer rápido... Quizás demasiado.

Ella entonces tomó sus manos con delicadeza y exploró las palmas. Eran grandes, fuertes, las palmas eran un poco ásperas debido al trabajo. El dorso de ellas tenían venas que servían de marco para los dedos gruesos de Luís. Elena las exploraba con cuidado, como si no las quisiera lastimar.

El tacto le produjo a Luís un ligero sobresalto. Estaba de alguna manera desconcertado por la naturalidad del gesto.

-No están tan mal. La verdad.

Luís salió de su ensimismamiento y le sonrió.

-Voy a tomarlo como un cumplido.

Elena quiso decir una frase inteligente, algo que la hiciera ver como alguien con cerebro pero no pudo. Aquellos ojos cafés, grandes y penetrantes, estaban fijos en ella. No pudo echarse para atrás así que trató de sostener esa misma intensidad con la que se encontró.

-Mejor me voy. Tengo mucho por hacer.

Él quiso dar la vuelta pero sus pies se lo impidieron. Ella seguía mirándolo hasta que carraspeó un poco.

-Vale.

-Por cierto. Si quieres leer un poco, por allá hay una biblioteca. No hay

muchos libros pero creo que encontrarás algo de tu interés.

-Gracias. Has sido muy amable.

-No te preocupes.

Trató de revestirse con indiferencia pero se le hacía difícil. Marchó hacia su estudio y ella quedó de nuevo en la cocina. Tenía la expresión de duda y dio un largo suspiro. Consideró que sería buena idea escabullirse y leer un poco.

La silla se movió lentamente para que cayera el cuerpo cansado de Luís. Estaba cansado por el trabajo, por el juego inútil de Sofía y porque, además, ya no sentía resistencia hacia Elena, más bien todo lo contrario. Una sensación de protección crecía dentro de sí.

Pensó en el momento en que ella tomó sus manos. Las suyas eran suaves y delicadas. Iban acorde a su delgada textura. Sus ojos verdes de forma avellanada, le resultaban dulces, muy dulces. Por otro lado, pensaba que era muy joven pero era un detalle que no le resultaba tan molesto.

Centró la mirada a la pantalla táctil para seguir diseñando. Encendió el reproductor de música y comenzó a sonar Ten de Pearl Jam.

El estruendo se sintió hasta en las paredes de la sala en donde se encontraba Elena. Supuso que él estaría escuchando música. Ahí estaba, solo en ese lugar que no podía entrar. Tan lejos y tan cerca al mismo tiempo.

Elena decidió que sería sincera consigo misma. Estaba cada vez más atraída hacia él pero era obvio que Luís imponía un muro. Quizás era mejor de esa manera. Se colocó de puntillas y tomó un libro de diseño industrial sueco. Estaba en inglés y, aunque no comprendiera el idioma, le dio igual. Necesitaba distraerse.

Iba a la habitación cuando se encontró en la oscuridad de la casa. Pero los ventanales de la sala permitían la entrada de la luz de la luna. Se quedó ahí, como si deseara detener el tiempo... Pero no podía ya que de alguna manera debía encontrar su propio rumbo. Entonces subió las escaleras y se encerró.

El dolor en de la muñeca estaba molestándolo, así que un pequeño hilo de ira parecía subir desde sus entrañas hasta la cabeza. Odiaba ese momento porque sabía que debía parar a tomar un descanso.

Un bocado sonaba a la perfecta excusa para bajar a la cocina y quizás estirar las piernas... Y, y... Bueno, dar una ojeada a la visita para cerciorarse

que todo estuviera bien.

La tentación se volvió real cuando salió del estudio. Una vocecita insistía en que se acercara a la puerta alta que tenía cerca, muy cerca.

-Sólo quiero saber que está bien.

Mandó todo al demonio luego de unos segundos de indecisión. Acortó la distancia drásticamente y tomó el pomo de la puerta, la giró lentamente con la intención de no molestarla por si estaba dormida.

Y efectivamente así era. Un libro abierto por la mitad, descansaba sobre el torso de Elena. Gracias a su respiración, se encontraba en un movimiento ascendente y descendente. Sonrió como un tonto y se dio cuenta de ello casi inmediatamente.

-Qué diablos...

Pero no se movió, siguió mirándola en silencio. Observó las largas piernas, el cabello corto, estilo pixie. Le llamó la atención porque generalmente las chicas jóvenes los solían usar largo.

-“Las chicas jóvenes”.

Se sintió terriblemente viejo.

Iba a cerrar la puerta cuando sintió su instinto animal despertar dentro de sí. Era una locura, lo sabía pero aquella fragilidad de la que era testigo también le resultaba atractiva, seductora. Sacudió la cabeza con fuerza y se fue de allí. En ese momento, Elena abrió los ojos porque sintió que alguien la miraba.

-Ojalá que no haya sido producto de mi imaginación.



VI

El siguiente día parecía que las cosas iban a estar tranquilas, o al menos así pensó Luís al momento que sonó el despertador a las 7:00 a.m. Hizo un gruñido producto del mal humor pero aun así tomó el impulso de levantarse y tomar una ducha fría. La necesitaba. ¿La razón?, había soñado toda la noche con Elena.

Apenas su cabeza rozó la almohada, pensó en ella. No quiso combatir con aquello así que decidió seguir el rumbo que impusiera su mente. Al principio sólo imaginaba que la besaba, que tocaba su pequeña cintura, acariciándola. Pero luego, todo se volvió más intenso.

Su rostro estaba muy junto al de ella así que recreaba la escena de tomarla por el cuello para ahorcarla un poco. Pero sólo un poco, Elena era frágil y eso le causaba mucho morbo.

Luego él le arrancaría la ropa, violentamente. No existían las mediaciones, sólo el deseo que tomaba el cuerpo de Luís. Quedó desnuda frente así y observó aquellos pequeños pechos que le parecieron blancos y dulces como un par de duraznos maduros. La suavidad de la piel y cómo esta se volvía de gallina por el tacto de sus manos. Estaba excitándose.

Sentía su pene erecto y en ese punto no estaba seguro si estaba en un sueño o en la realidad. Pero, ¿importaba? ¿Por qué no mejor disfrutar del momento y ya?

En medio de la nebulosa de fantasía, él también se quitó la ropa. Se mostró desnudo ante ella. Desnudo y hambriento por saborear su cuerpo.

Se sentó, tomó su pene y lo sostuvo para que ella se colocara sobre él. Ella se acercaba, suave, como una diosa virgen para caer y fundirse con él. El calor de la vulva de Elena, la humedad, esa deliciosa humedad lo hizo gemir y a ella también al momento que sus carnes cedían ante su virilidad.

Las manos de ella se aferraron a él y él hizo lo propio pero en la cintura de la ninfa. Luego de estar acoplados perfectamente, las caderas de Elena comenzaron hacer ese movimiento de vaivén que hacía que las sensaciones fueran aumentando cada vez más.

No había palabras porque no había nada qué decir. Sólo había magia y deseo.

Sus pieles parecían confundirse al igual que sus voces que gemían al mismo tiempo. Ella se veía deliciosa, brillante como la luna de esa noche.

-Mi señor...

-Un poco más, vamos.

Alcanzó él a decir apenas, su excitación sólo lo dejaba concentrarse en ese calor que lo abrasaba. Finalmente se corrieron al mismo tiempo, como si estuvieran sincronizados. Luís, la tomó en brazos y la volvió a besar pero con la diferencia que, en ese beso, deseaba demostrarle que sería su Dominante y protector.

Se despertó sudado y mojado por su esperma. Se sintió como adolescente.

-Joder, no soy un chaval.

Luego de limpiarse, llenó sus palmas con agua fría y se la echó en el rostro. Miró su rostro húmedo y enrojecido por aquel sueño tan vívido. Pensó que se calmaría pero no, pasó todo lo contrario. De hecho, el pensamiento de abrir la puerta inesperadamente, tomarla y hacerla suya, cruzó por su mente.

-Estoy loco. Es imposible.

Apagó la luz y volvió a echarse sobre la cama. Tenía tanto que hacer que distraerse no era una opción.

Así fue cómo se levantó en la mañana. De mal genio, para variar pero con el recuerdo del sueño. Cepillaba sus dientes y, sólo el ápice, de las sensaciones que había tenido, le produjo otra violenta erección.

-Maldita sea.

El baño de agua fría pudo calmar un poco la situación y también la llamada del cliente urgido que necesitaba el mueble para una muestra que involucraba muchos millones. El deber llamaba.

Elena se estaba acostumbrando a despertar con el manso calor del sol. Extendía su mano izquierda y jugaba con la idea de poder atrapar algún rayo. Se permitía sentirse como una niña, aunque fuera por un momento.

Saltó de la cama casi cantando y entró a la ducha. Agua caliente y jabón de leche. Estaba en el cielo.

También se sentía empujada la presencia de Luís pero no era una sensación que la molestara, más bien quería ir un poco más allá. Esa idea, por

cierto, no había dejado su cabeza desde el primer momento en que lo vio.

Sintió el calor del agua y se imaginó que se trataban de los dedos de Luís recorriendo todo su cuerpo. La sensación hizo que cerrara los ojos y sonriera. Elena estaba explorando la excitación pero no lo tenía muy claro. El momento en que sintió que su vagina palpitaba, se sintió preocupada y se espabiló rápidamente. No estaba bien, fantasear así con ese hombre no estaba bien... ¿O sí?

Daba igual, nadie estaba viéndola, así que continuó en donde se había quedado. El palpito volvió entre sus piernas. Instintivamente, acarició su clítoris y una especie de calor recorrió la planta de sus pies y la hizo estremecer. Se sostuvo de la pared y continuó acariciándose al mismo tiempo cuando su cuerpo ansiaba ser conquistado por Luís. Luís... Repetía su nombre en voz baja como invocándolo. Quería conectarse con su mente y que él supiera que ella deseaba estar con él desesperadamente.

Pellizcaba un poco sus pezones, un poco de dolor, un poco más. Lo hacía más intensamente. La humedad de su vulva se confundía con el agua que caía acariciándola. Se tapó la boca, sus piernas temblaban, la mano acariciaba con violencia su clítoris y así, en cuestión de fugaces minutos, había tenido su primer orgasmo.

Abrió los ojos lentamente y cerró las llaves de agua. Tomó una toalla y quiso esconderse aunque no sabía muy bien de quién. Probablemente de ella misma.

Miró su reflejo en el espejo y notó que estaba sonrojada y con la expresión de niña apenada. Se rió y pensó en lo mucho que le gustaría besarlo. ¿A qué sabrían sus labios? ¿Qué forma tomarían sus manos al acariciarla?

Mejor pensar en otra cosa, mejor concentrarse en el libro en inglés que no entendía bien y así olvidarse del asunto por muy difícil que fuera.

Se acercó al pequeño mueble de madera, notó que había ropa nueva y tomó una muda sencilla y cómoda. Mientras lo hacía, se sorprendió que todo le quedara bien. El ojo de Luís era muy bueno con los detalles, era innegable.

Quedó en silencio y se percató que todo era nuevo. El olor y las etiquetas eran claras señales que era así.

Sin embargo, ya llevaba unos cinco días allí y era mejor pensar en el próximo paso. La ciudad estaba a unos cuantos kilómetros y tenía el dinero suficiente para comprar un pasaje de autobús. No más. Ni para un pedazo de pan viejo.

Como no era la primera vez que se encontraba en una disyuntiva, tomó unos momentos para pensar y tomar fuerzas. Vio su bolso, sucio y gastado, así que se distraería un poco al limpiarlo y organizarlo. Esa sería la primera tarea del día.

Salió de la habitación y el aroma inconfundible del café recién hecho la había puesto de buen humor. Los pensamientos fatalistas cederían al menos por un momento.

-Buenos días.

-Hola, buenos días. Aquí tienes. No te acompañaré porque tengo mucho que hacer hoy.

-Vale, gracias por el desayuno.

-Tienes a disposición la comida que tienes aquí. Así que, si tienes hambre, no dudes en servirte algo.

-Gracias. Quería preguntarte en dónde podía limpiar esto. –Le dijo enseñándole el bolso.

Él hizo un gesto de desagrado y luego sacudió la cabeza.

-No, no. En la habitación dejé uno un poco más grande y nuevo. Ese te va a dejar mal parada en cualquier momento.

-Pe-pero, Luís. No es necesario, de verdad. Puedo usar este.

-Elena, hazme caso.

-No quiero ser una molestia...

-No lo eres, así que quédate tranquila. Sé qué se siente estar perdido y necesitando ayuda. Bueno, ahora sí, me voy. Estaré en la cochera cualquier cosa que necesites.

Se fue como una ráfaga y ella quedó mirándolo desde la distancia. La ligera ropa le hizo concluir que pronto pondría manos a la obra sobre la madera. Ella, entonces, subió para volver al libro de diseño. Quizás así se distraería.

Luís caminaba hacia la cochera con expresión de concentración. El cielo estaba despejado y hacía un poco de calor, por lo que se justificaba el uso de vaqueros rotos, sobre todo cuando le tocaba hacer un oficio tan físico.

Los pensamientos, sin embargo, iban en dirección a Elena. Se felicitó a sí

mismo por el haber dado con la talla correcta de ella.

-No le queda mal nada.

Sonrió y recordó los jeans gastados y la camiseta de mangas largas de color negro. Aunque no tenía el diseño de moda, era ropa. Nada que ver con los jirones de tela que tenía puesto en día que la vio.

... El día que la vio. No pudo negar que estaba extrañado pero también conmovido. Quiso protegerla y cuidarla desde ese instante. Pero también sabía que ese gesto podía ser objeto de recelo así que trató de mantener distancia.

Después de dejarla en cama, fue rápidamente al pueblo más cercano y compró algo de ropa y víveres. Recordó la veces que pasó hambre y frío cuando era más joven. Así que el verla así le tocaba una fibra sensible.

Aún dormía cuando regresó a casa. Se veía tan delicada y fuerte al mismo tiempo, la dualidad le conmovía a la vez que le resultaba nuevo, extraño.

Cinco días. Habían pasado cinco días y la presencia de Elena estaba en cada esquina así ella no tocara todo. Sentía el olor de su cuerpo, la sonrisa que hacía cuando comía mantequilla de maní, la forma que enfocaba sus ojos verdes cuando leía y el tic de acariciarse las manos cuando sentía frío.

Paró en seco. De alguna manera, su mente había almacenado aquella información y se reproducía sin parar. Llevó sus manos en la cabeza, ¿en qué se estaba metiendo? Prefirió espabilarse y seguir, tenía un largo día por delante.

Ella se echó en el césped en ese día que parecía verano. Miró al cielo como la primera vez que se encontró allí y pensó en él. En los gestos que tenía con ella. Antes de estar allí, revisó el closet de la habitación y efectivamente ahí estaba el bolso que le había mencionado Luís. Estaba impresionada.

-Quizás lo hace porque le dio lástima.

Sí, era probable, pero también quería fantasear con la idea de que él estaba sintiendo algo y algún día se aventuraría a decirle.

-¿Y si lo hago yo?

No, no, no. Muchos problemas, todo aquello serían problemas.

Retomó la atención hacia el libro que tenía en el regazo.



VII

El cuchillo de sierra hacía un corte limpio sobre el sándwich que había preparado Elena. Una mitad para ella y la otra para Luís. Era lo mínimo que podía hacer. Tomó un plato y lo dejó cerca de la cocina para que él pudiera verlo sin problemas.

Al subir a su habitación recordó cuando se masturbó por él. Había leído al respecto, claro. Se había informado sobre la anatomía femenina y la masculina. Encontró métodos para generar placer en la pareja y estudió sobre las zonas erógenas. Había visto pornografía y libros eróticos clásicos. El Internet había sido su arma más poderosa para conocer todos los pormenores pero, claro, siempre falta la práctica.

Acostada en la cama, pensaba que deseaba tener las manos de Luís sobre ella, tocándola sin parar, demostrándole que la deseaba tanto como ella a él. Cerraba los ojos y suplicaba que la fantasía se hiciera realidad.

Permaneció largo rato cavilando hasta que la respuesta llegó más rápido de lo esperado. Ella debía tomar el toro por los cuernos.

El día había sido largo. Los brazos le dolían y sentía que la espalda se iba a desintegrar en cualquier momento. Aun así, estaba contento porque la lista de pendientes estaba reduciéndose drásticamente, lo que indicaba que tenía un buen ritmo de trabajo.

Salió de la ducha caliente y se secó. Entretanto, se miró al espejo como solía hacer pero con Elena en la cabeza.

Esas piernas largas, el cuello como cisne, la cintura diminuta y los ojos verdes que parecían atravesar cualquier cosa. Trataba de alejarla de sus pensamientos pero no podía, deseaba ir más allá.

-No, no. Basta, joder.

No había palabra alguna que detuviera el deseo que sentía por Elena. Lo admitió pero también supo que eso fungía como recordatorio de que ella debía irse para evitarse problemas. Entonces, tomó fuerzas, se vistió y bajó a la cocina para comer algo.

Iba decidido hasta que vio un pequeño plato. Había un sándwich. Todo

impulso o intención para decirle que se fuera, fue directo a la basura. Luego de quedarse allí, mirándolo, hizo algo que cambiaría completamente la dinámica entre Elena y Luís.

Ella estaba en la habitación revisando el bolso y la ropa que se llevaría cuando le tocase irse. No se percató que él estaba allí, en el umbral de la puerta, observándola.

-¡Dios! Hola, Luís. Casi me matas del susto, eh.

-Lo siento. –Dijo con sequedad.

-Pues, estoy arreglando mis cosas. Sé que ya he pasado muchos días aquí y que tengo que irme. Así que quería preguntarte si era posible llevarme algo de la ropa que me diste. No será toda, claro.

Luís seguía el silencio, en la misma postura.

-Vale, entonces no me llevo si es problema. ¿Estás bien?

-Sí. Y no te preocupes. Esa ropa es tuya. Puedes hacer con ella lo que quiera pero, para serte sincero, no quisiera que te fueras.

Elena estaba impactada, a lo mejor había escuchado mal.

-No, no quiero que te vayas.

Se encontraron con la mirada. La tensión que sentían era más que obvia. Elena sentía el pecho como si tuviera una locomotora dentro y Luís estaba ansioso. Ella dio unos pasos hacia él. Quedó frente a él hasta que se lanzó a sus brazos, aferrándose a ellos con fuerza.

Luís tomó su mentón y le dio un beso. Suave, delicado. Ella le correspondió de la mejor manera ya que no quería demostrar su falta de experiencia.

-Tranquila –Le dijo él con suavidad. Déjate llevar.

Asintió y se relajó tanto como pudo. Los besos se volvieron más intensos, más fuertes. Las manos se aferraban más a la carne y la excitación de Elena iba más allá de lo que había experimentado la vez que se tocó por él.

Un suave gemido salió de la boca de ella y Luís la apretó más hacia su cuerpo. Le encantaba ese olor, esa suavidad. Cada vez más sentía la urgente necesidad de romper su ropa y devorarla toda la noche.

Ella, no obstante, tuvo que desprenderse de su excitación y mirarlo a la cara.

-¿Estás bien?

-Debo decirte algo.

Era posible que él se echara para atrás pero una información así no podía pasar por debajo de la mesa.

-Soy virgen, Luís.

Ella bajó la cabeza y sintió el calor de la vergüenza subiéndole por las orejas.

-¿Eso es todo?

-¿Ah? Sí, sí.

-¿Estás segura de esto?

-Sí, completamente. Quiero ser tuya. Hazme tuya, por favor.

Le tomó el rostro y le dio un beso profundo, fuerte. Su lengua, ambas lenguas se entregaban con desesperación. Luís entonces la alzó en brazos. No hubo problemas gracias a la figura delicada y ligera de Elena.

Dio varios pasos hasta llevarla a su habitación. Seguían besándose y fundiéndose en un solo abrazo. Ella quedó sobre la cama y él se quitó la franela. Era todo un espectáculo aquellos abdominales marcados, los tatuajes que resaltaban su piel pálida y los músculos. Tan divinos y fuertes.

El cuerpo de Elena, sobre la suave cama, era más deliciosa que el sueño que había tenido Luís. Se veía tan dispuesta que temía hacerle daño. No quería hacerle daño.

Se acercó hacia ella como una pantera, quitó la ropa y lo que había debajo de ella con delicadeza. Cada roce de sus dedos se sentía como algo eléctrico, poderoso. La piel se volvía de gallina y se estremecía. Aquella reacción le causaba una gran excitación, no había forma de describirlo.

Los labios de él acariciaban el cuello, los labios y los pezones erectos. Su lengua exploraba también la piel tersa de Elena. Ella, mientras, tomaba el denso cabello de Luís y gemía sin parar. El calor de ese hombre hacía que se mojase cada vez más.

Abrió las piernas y sintió los dedos de él que la acariciaban suavemente. Desde sus labios carnosos y rosados hasta su clítoris en forma de botón de rosa, cada parte de su vulva era conquistada por él.

Pegaba su cuerpo sobre la cama, como deseando sostenerse de allí tanto como fuera posible. Temía que todo se tratase de una fantasía pero no era así, aquellas sensaciones eran reales y eran exquisitas.

Luego de sentirla tan húmeda como quería, dejó de masturbarla y la vio fijamente para que observara cómo se lamía el flujo que había quedado en ellos. Elena abrió los ojos como platos, estaba sorprendida y excitada. Sonrió. Sonrieron juntos.

Las piernas de ella se abrieron aún más y Luís aprovechó la oportunidad. Vio su vulva, tan joven, tan virginal. Tuvo miedo por un momento pero vio la expresión de desespero y deseo. Él también quería tenerla para sí, no quería aguantar más.

Dio un beso suave sobre el clítoris y luego su lengua se paseaba por las texturas de aquel hermoso regalo que ella estaba por darle. Si sintió afortunado y pensó en darle el mayor placer que podría darle a alguna mujer.

Elena nunca pensó que sentiría algo así en su vida. Para ella era difícil de definir exactamente lo que era porque no había libros ni posts que hablaran al respecto. Sentía que el espíritu iba a abandonar su cuerpo en cualquier momento pero que a la vez se sostenía de la lengua de Luís por milímetros. Había como un fuego dentro de ella y sus gemidos no expresaban suficiente placer. Era demasiado, era increíble.

Luís iba de suave a rápido, lento, dulce y agresivo. No escatimaba porque él también estaba desesperado por aquella mujer.

Sus manos se sostenían de los muslos, a pesar de verse delgados, eran firmes. Esto era suficiente para que él fuera tan profundo como le era posible.

A ese punto, se sentía fascinado por el sabor y la textura de la piel de ella. Adoraba sentir la desesperación de Elena manifestada en gritos, gemidos y los puños que formaban sus manos. Estaba en el cielo y lo sabía.

Lamía, chupaba, comía desesperado, la estimulaba también con sus dedos. Cada acción desataba un desenfreno que lo hacía sentir muy al borde del salvajismo. Se detuvo, respiró un poco y vio a su musa sobre la cama, deseándolo y sonriéndolo.

Entonces, quedó de pie y su gran pene quedó a mejor vista para Elena. Ella no pudo evitar mirarlo con sorpresa. Estaba embelesada aun cuando la voz de Luís la interrumpió.

-Ven.

Le extendió la mano y ella siguió la orden. Se movía con gracia, con dulzura, como si sus articulaciones fueran de seda.

-Arrodíllate.

Esta parte la había visto en las películas y en varios artículos en Wikipedia. Había leído que debía lamer con suavidad y tener cuidado en no morder... Al menos no demasiado fuerte. Debía ser sincera con ella misma, estaba nerviosa. No había cabida para improvisaciones, así que debía recordar aquellas lecciones que había visto en Internet.

-Ven. Lo harás bien. –Dijo él con los ojos entrecerrados y mordiéndose los labios.

Tímidamente, Elena dio la primera lamida en el glande de Luís. Lo hizo suave y continuó luego con el resto del pene. Lo besaba, lo mojaba con su saliva para prepararse a proceder a metérselo todo en la boca. Así lo hizo y llegó hasta donde garganta se lo permitió.

Luís la veía y no podía creer que la deseara aún más. Le acariciaba el rostro, le tocaba el cabello y cuando pensaba que no podía más, ella lo hacía con lentitud. Elena cobraba confianza ya que se notaba con la intensidad de sus movimientos.

-Mírame.

Aquellos grandes ojos verdes que lo miraban, el rostro que exudaba inocencia. Él sacó su pene de su boca para pasar su pene sobre los labios de ella. Un poco gruesos y dispuestos a satisfacerlo cuando él quisiera.

Estaba tan excitado que, de repente, la tomó por el cuello y le dio una cachetada. Elena quedó desconcertada.

-Mierda, qué hice. –Se decía sin parar.

Se arrodilló alarmado para saber la condición de ella. Vio cómo la marca de su palma y dedos iba haciéndose más evidente.

-Disculpa, yo...

Elena lo miró y lo besó.

-Me gustó.

La timidez de ella lo enterneció pero también volvió a excitarlo salvajemente. Volviéndose de pie, la hizo retomar lo que hacía con más fuerza y lujuria. Elena, por su parte, disfrutó mucho aquella reacción producto del descontrol. Además, la sensación de ardor en el rostro le pareció más que placentera.

Llegó el momento entonces en donde los dos se dieron cuenta que debían entregarse mutuamente. Luís tomó a Elena en brazos y la depositó sobre la cama. Ella estaba nerviosa pero también confiaba en él, algo le decía que Luís la cuidaría y mucho.

-Te espero.

Él entonces fue a su regazo y suavemente introdujo su pene dentro de ella. Muy lento, con paciencia. Elena se estremecía, pero disfrutaba la forma en cómo su estrechez aumentaban las sensaciones de los dos. Luís, sobre ella, hacía caras y rugía debido a la excitación.

El dolor mezclado con el placer, hacía que los dos parecieran fundirse en uno solo. Finalmente, Luís se adentró en ella como si calzaran perfectamente. Ahí empezó a aumentar el ritmo: de suave a rudo pero sólo lo necesario.

El vaivén de la pelvis de Luís era deliciosa. Elena no había conocida nada igual en toda su vida y sentía que podía hacerse adicta al cuerpo de él. No cabía duda.

Cambiaron de posición. Ella quedaría en cuatro y él la follaría por detrás, no sin antes darle unas cuantas nalgadas. Fuertes, violentas, para que la piel recordase a quién le pertenecía. Volvió a penetrarla y Elena gimió como nunca.

La tomó por las caderas con fuerza, quería ir más adentro. Así pues continuó con un poco más de fuerza hasta que sintió que ella se estremecía.

-Así es... Así es.

Continuó hasta que se plegó sobre ella y tomó los dedos de su mano derecha para estimular el clítoris. Los ojos de Elena estaban cerrados con fuerza ya que la concentración que tenía le permitía disfrutar de cada estímulo. Sin embargo, no pudo aguantar más. Se corrió en la mano de Luís.

Él sonrió y le dio varios besos en la espalda para luego extraer su pene y masturbarse sobre la blanca y perfecta espalda de Elena. El semen cayó sobre la espina y hasta parte de la nuca. También había temblado y ella lo sentía así

aunque no lo viera.

Más tarde, cuando pudo recobrar el aliento, se levantó y tomó algo para limpiarla. Lo hacía con delicadeza y así lo quería porque sentía que había establecido un lazo, aunque fuera muy pronto.

-¿Estás bien?

-Sí...

Le acarició el cabello y los ojos. Elena fue directo a su regazo y lo abrazó. Los dos se abrazaron. Al estar en esa posición, sentían cómo sus corazones parecían latir al mismo tiempo. Era una sensación nueva para Luís. El tío autosuficiente y frío se encontraba plácido como nunca lo había estado.

-¿Segura?

-Segura. De hecho, pensé que me rechazarías por ello y la verdad es que no te iba a culpar.

-Pero no pasó así. Más bien estaba preocupado por... Bueno.

-Pues, me gustó mucho. Fue increíble.

Ella se sonrojó y pareció esconderse en uno de los enormes brazos de él.

-Me gusta estar así.

-A mí también. Creo que nunca me había sentido así con alguien.

-¿Cómo?

-Protegida.

-Lo estás. Conmigo estarás bien. Lo prometo.

El Luís de meses atrás nunca se hubiera imaginado que llegaría a ese punto. De hecho, desechó cualquier posibilidad. Es gracioso cómo la vida toma un rumbo diferente.

Los dos permanecieron acostados. Elena no tardó mucho tiempo en quedarse dormida y eso le dio tiempo a Luís para pensar un poco más al respecto. Ya no valía la pena demostrar más resistencia pero eso también traía un hecho contundente: confesar tarde o temprano que era Dominante. Cavilaba sobre cómo lo tomaría ella. De seguro se ofendería o sentiría repulsión, pero, ¿qué pasaría si se da lo contrario?



VIII

Durmió como nunca en su vida. El último pensamiento fue Elena y en lo bien que lo hacía sentir. Allí cerró los ojos y se dejó vencer por el cansancio.

El canto de los pájaros en la mañana lo despertaron. Lo primero que sintió fue ansiedad.

-Joder, hay mucho por hacer.

Pero supuso que sería un poco tarde, así que luego se las arreglaría con el mismo. Se levantó de la cama, tomó una ducha rápida y bajó sólo con los jeans. Estaba ansioso por verla y también por decirle la verdad.

La encontró con un par de pantalones de gimnasio, una camiseta ancha y la mirada fija a un par de hotcakes que estaban cocinándose. No había música pero su sola presencia era mejor que la música.

Ella giró rápidamente apenas sintió su presencia.

-¡Hola!

Una gran sonrisa le hizo sentir como si fuera la única persona en todo el mundo.

-Estoy preparando hotcakes. Espero que disculpes el hecho de estar gastando tu comida.

Él no le respondió, más bien se acercó a ella, le tomó por la cintura y le dio un beso suave y tierno.

-Deja de disculparte, vale.

Elena, aún atontada, asintió levemente con la cabeza.

No se hablaron mucho pues lo único que querían hacer era mirarse. Reían como siendo cómplices de algo y luego cada quien se concentraba en estudiar al otro con detenimiento.

Ella sirvió la comida como si fuera un ritual más que importante. Un vaso de vidrio con algunas flores silvestres, jugo de naranja natural y los platos con abundante comida.

-Esto se ve increíble.

-Espero que sepa igual. Hace mucho que no cocino.

El primer bocado era delicioso, esponjoso. Luís sintió que viajaba hacia una infancia feliz. Sonrió.

-Está estupendo.

Ella volvió a tener esa expresión de alegría plena y completa.

Luego de comer, él se dispuso a lavar los platos. Elena tarareaba alguna canción irreconocible. La veía contenta pero estaba alargado lo inevitable. Era momento de hablar.

-Hay algo de lo que te quiero hablar y creo que es sumamente importante.

-Dime.

-Bien, ¿recuerdas la bofetada que te di ayer? Pues, hay una razón detrás que podría explicar todo aquello. Primero lo primero, ¿sabes qué es el BDSM?

La mirada extrañada de ella fue suficiente respuesta.

-Vale, digamos que son un conjunto de prácticas que no son convencionales. Sus siglas significan: Bondage, Disciplina, Masoquismo y Sumisión. También abarca otras cosas como el sadismo y la dominación. Por supuesto eso no es del gusto de todo el mundo, más bien tiene detractores porque piensan que las personas que nos gusta esto tenemos algún tipo de problema psicológico. Lo cierto es que no es así. Sólo son gustos diferentes y nada más.

-Siento que no me has dicho completamente a qué te refieres.

-Sí, tienes razón. En conclusión, soy Dominante, lo que quiere decir que me gusta el control y ejercerlo sobre mi sumisa. Ella tendrá que hacer todo lo que le pida. Todo. Obviamente, antes de llegar a ese punto, hemos ya hablado al respecto. Sobre gustos y límites. Lo de los límites es esencial. Cualquier violación a lo que acordado, es suficiente para terminar la relación.

-¿Qué sabes hacer cómo Dominante?

-Pues, me gustan algunas cosas. Desde amarrar, hasta azotar, también me gusta ahorcar y jugar un poco con la electricidad. Claro, y como ya he dicho, eso depende en gran parte por los gustos que también tenga la otra persona. Eso se conversa.

-¿Hay algún protocolo para ser sumisa?

-Básicamente deben estar compenetrados para que la relación prospere. En algunos casos, hay Dominantes que son ortodoxos y hasta hacen una ceremonia en donde entregan el collar a la sumisa. Este accesorio indica la unión entre ambas personas, como sellaras un pacto.

-¿A ti qué te gusta?

-Las ceremonias no son lo mío, soy más práctico en ese sentido. Pero sin duda, sí me gusta entregar algo que represente que existe algo.

-Vale...

-Te digo todo esto porque siento que es necesario que tengamos todo claro. No me gusta ocultar lo que soy ya que esto forma parte de mi personalidad. Además, creo que estoy un poco viejo para no hacer lo que me gusta.

-Entiendo. Pues, sólo tengo algo que decirte.

El momento cumbre había llegado y la respiración de Luís se había acelerado casi de manera alarmante.

-Quiero que me enseñes. Quiero que me digas qué hacer. Esto es todo lo que necesito.

-Elena, ¿estás consciente que todo esto representa casi una entrega total?

-Lo sé, lo sé. Eso es lo que quiero. Desde que te vi, eso es lo que más he querido.

Luís estaba sorprendido. Aquellas palabras de ella las guardaría por siempre. Ahora, tendrían que sentarse para hablar sobre cómo sería la dinámica. Él, a pesar de ser un controlador empedernido, le gustaba que su sumisa tuviese libertad de acción y pensamiento... Siempre y cuando no se le olvidara quién mandaba.

Luego de desayunar y de la larga conversación en la cocina. Él la llevó de nuevo a su habitación pero, esta vez, para mostrarle un poco más del mundo BDSM. Para Elena, la situación más bien le resultaba como una exploración. Estaba acostumbrada a los cambios y este, en particular, lo abrazaba con entusiasmo. No podía creer que podría convertirse en la potencial sumisa del hombre de sus sueños. ¿Qué más podía pedir?

Ella, desde atrás, podía verle los músculos tallados de la espalda. Y así fue

como recordó el calor de su cuerpo sobre el de ella. Quería tomarlo y darle un beso, quería entregarse a él cuando quisiera.

-¿Ves esto?

-Sí... Creo que lo vi en una tienda erótica o algo así.

-Bien, esto es un buttplug. Sirve para estimular el ano y para prepararlo. Por supuesto, para llegar a ese punto debes tener cierto tiempo trabajando en ello. A la primera nunca lo lograrás.

-¿Por qué?

-Digamos que tiene que ver con el proceso natural del cuerpo. Eso sí, es una zona erógena repleta de nervios así que hay muy altas probabilidades de que experimentes placeres inimaginables.

-Vaya...

-Por otro lado, ven a ver esto. Es mi colección de fuetes y látigos. Mientras más gastado el cuero, mejor será la sensación en la piel. Créeme.

-Me encantaría proba. –Dijo ella al sostener el fute favorito de Luís.

-Ya lo harás.

Luego de los látigos y cañas, también hubo una muestra de mordazas de bola, aquellas hechas de cuero y metal, un par de trajes de látex para ocasiones especiales. Elena estaba caminando por un rumbo que cada vez se le volvía más y más familiar.

-Y bien, ¿qué te ha parecido?

-Me han gustado muchas cosas. Aunque creo que no me entusiasma mucho la idea de los trajes de látex.

-Ja, ja, ja. Eso lo sabía. Pero está bien. Fíjate que, sin darte cuenta, ya diste a entender tu primer límite, nada mal, ¿eh?

Ella se sintió un poco apenada. Él la alentó a continuar con los límites.

Así pues la conversación se transformó y fue cobrando un tinte un poco más interesante. Ambos habían pasado la mayor parte del día hablando pero era momento de devorarse para no perder la costumbre.

Luís le quitó la ropa a Elena antes de que ella se diera cuenta y, casi a la velocidad de un chasquido, estaba sobre su cama, siendo objeto de sus besos y

caricias.

La fuerza de sus manos, el calor de sus partes, el olor del cabello, los ojos cafés que parecía atravesarla y desnudar el alma por completo. Cada fragmento de él se adhería a su cuerpo. Era así cómo ella se sentía de Luís aunque no se diera cuenta de ello.

Tomó sus muñecas con ambas manos y las extendió sobre la cama, con fuerza. Su pene se adentró en ella y la hizo gemir con desesperación. Aquella pelvis se movía con lujuria y descontrol. Podía quedarse así siempre o al menos las veces que él lo deseara.

Luego de correrse al mismo tiempo. Quedaron abrazados y en silencio. Luís se quedó dormido casi al instante pero ella no, más bien pensativa. Ya no se sentía una prófuga ni una molestia, pero había una pequeña voz que le insistía que era momento de dar un paso al frente y también dar muestras de un poco de independencia. No estaba segura sobre la opinión que tendría Luís. Tenía que tomar el riesgo.

El canto de los pájaros despertó a Luís cosa que precisamente no lo ponía de buen humor. A regañadientes se levantó aunque tocó el otro lado de la cama para asegurarse que Elena estuviera con él. No. No había nadie.

El espacio todavía permanecía tibio así que supuso que no estaría muy lejos. Tomó un par de jeans gastados, una franela de Megadeth y bajó las escaleras para encontrarse con ella. Bebía una taza de café cuando la vi. Estaba vestida como si fuera a salir.

-Hola. Te he dejado un poco de café.

-Hola. Ya he visto.

-Tengo que decirte algo.

-Venga.

Estaba acostumbrado a las malas noticias de todo tipo así que estaba pensando en el próximo golpe que recibiría.

-Debo ir a la ciudad.

-¿Por qué?

-Necesito un empleo.

-Puedo mantenerte.

-Lo sé –Respondió con un suspiro- Pero necesito tener algo por mi cuenta. Además, siento que es más sano para ti y para mí. ¿No crees?

-Puede ser, pero como te dije, no es necesario. El dinero no es problema.

-Luís, es importante para mí. Entiéndelo.

-Hago el intento.

Había cobrado una expresión de exasperación. Elena sabía que eso iba a suceder así que se acercó a él con suavidad.

-Es una manera de tener mis cosas y para que entiendas que no te busco por el dinero. ¿Comprendes? He pasado casi toda mi vida tratando de hacer las cosas por mi cuenta y esta ocasión no es diferente. Sólo te pido que me entiendas.

Luís no parecía convencido ni mucho menos pero comprendió que si insistía demasiado iba a obtener el mismo resultado, así que no le quedaba de otra que aceptarlo.

-Vale. Para ir a la ciudad necesitas tomar este autobús. Por suerte, la parada está a sólo unos 200 metros así que no caminarás mucho. ¿Sabes cómo moverte allí?

-Sí, me la pasaba mucho de adolescente allá así que tengo idea de cómo estarán las cosas... Gracias. De verdad.

-Mejor ve, antes de que te extrañe demasiado.

Ella corrió hacia él para darle un beso y salió con una gran sonrisa. En ese momento se dio cuenta que debía dejarla libre y que tomara sus propias decisiones. Era lo mejor que podría hacer por ella.

Un poco de trabajo acumulado y llamadas pendientes podían atenderse después, o al menos así lo pensaba Luís. De hecho, así sería porque prepararía una sorpresa para Elena.

Su habitación era bastante amplia por lo que sentía que desperdiciaba el espacio. A pesar del gran televisor que había recién instalado, la cama y el clóset de madera con estilo moderno, sabía que faltaba algo para volverlo más personal. Así que se le ocurrió la idea de instalar dos ganchos para jugar como quería hacerlo.

Por suerte, aprovecharía la ausencia de Elena y tomaría el tiempo para

hacerlo. No era gran cosa ya que en ocasiones anteriores había emprendido proyectos de gran envergadura y los había completo casi que en tiempo record.

Prácticamente al otro lado, Elena se bajaba del autobús para encontrarse con una vida completamente diferente. La ciudad era como un órgano lleno de vida por donde se mirase, era impresionante.

Sabía adónde debía dirigirse así que no se sentía tan desubicada. Sin embargo, se dio cuenta que extrañaba el estilo de vida agitado y ruidoso de un lugar así. Internamente se libraba una batalla particular ahora que estaba tranquila y sin los problemas de antes.

Ya no quería pensar más en el asunto así que se aventuró por las calles a ver qué podía encontrar. Avisos de meseras, ayudantes de cocina y hasta solicitando niñeras, se encontraban por todas partes. La hizo sentir optimista pues quizás podría empezar algo de medio tiempo y, quién sabe, dar luego con un mejor trabajo. Uno que le diera la posibilidad de rentas y luego... Bueno, hay que aprender a gatear antes de correr.

Pasó gran parte del día caminando de un lado para el otro hasta que sus pies no dieron más. Era momento de regresar.

Estaba casi todo listo. Se echó para atrás y estuvo conforme con el resultado final. Le gustaba porque, a primera vista, no interrumpía la estética minimalista que se había esforzado en tener y, por otro lado, también era un lindo accesorio que resaltaría el cuerpo desnudo de Elena. Parecía que lo estrenaría más rápido de lo que pensaba.

Limpió todo para luego darse una ducha. Al salir, se vistió y fue a servirse una cerveza cuando escuchó la puerta. Se sintió como niño emocionado cuando se percató que se trataba de Elena quien abría la puerta.

-¡Hola!

Él fue hacia ella y se besaron por un largo rato.

-Te extrañé a horrores. ¿Cómo te fue?

-Pues, mejor de lo que imaginé. Me postulé para varios trabajos así que será cuestión de esperar. ¿Y tú? ¿Qué tal tu día?

-Mmm, tranquilo, haciendo algunas cosas por aquí y por allá. Nada del otro mundo. ¿Tienes hambre?

-No, comí una tontería cuando me regresaba. Más bien quiero tomar un baño.

-Vale, entonces te espero.

Parecía que Luís estaba de suerte así que no iba a desaprovechar la oportunidad del escenario que se le estaba presentando.

Apenas escuchó las gotas de agua de la ducha cuando fue hacia la habitación. Siendo sigiloso, extrajo las cuerdas, el fute (para que quedara a la vista) y una mordaza de bola que había guardado especialmente para ella. Preparó todo y se sentó mientras caía el día. Guardó silencio con gran paciencia. De nuevo, jugaba a ser el depredador.

Elena salía del baño con el cuerpo relajado, tanto que parecía que caería dormida en cualquier momento. Se impresionó que ya era casi de noche cuando salió y más cuando no encontraba a Luís. Estaba ansiosa de darle más detalles de su viaje de exploración pero no lo encontraba en ninguna parte. ¿Se habría ido? Imposible, al menos le hubiese avisado.

Presentía que algo sucedería pero no tenía idea de qué. Así que se vistió con ropas ligeras y fue hacia su habitación, el último lugar que le restaba por buscar.

La recibió una oscuridad abrumadora pero ella ya estaba acostumbrada, por lo que no sentía temor considerable. Sin embargo, sintió que algo se movía tras ella y era él. Parecía emerger de la nada a salir a su encuentro.

Por un momento, se echó para atrás debido al miedo pero luego sintió las manos de él, cargadas de deseo y calor. Primero por la cintura, luego por el cuello y finalmente en los labios. Siempre con un gesto dulce, delicado.

-He estado esperándote por tanto tiempo.

-Lo siento, no quise...

-No quiero lamentaciones. Quiero que me obedezcas. ¿Entendido?

-Entendido.

Volvió a situar las manos en el cuello, aquella parte frágil y delicada que consideraba una obra de arte de la anatomía humana. Elena en sí lo era.

Sólo el susurro de Luís la hacía volar, la hacía sentir que era el único ser de la Tierra, que era magia pura. Su ropa caía en el suelo y la boca de él iba en todas direcciones, no quería dejar nada sin explorar ni saborear.

-Tengo algo preparado para ti. Ven.

Para Elena, era normal sentirse atontada por los besos y las caricias de Luís, pero cuando le dijo aquellas palabras, la curiosidad pudo más. Se preguntaba de qué se trataría todo aquello. Iba caminando despacio, cuando vio un par de cuerdas que colgaban desde dos ganchos de metal que se encontraban en el techo.

Siguió extrañada hasta que vio él tomó sus muñecas y las ató a ambos extremos.

-¿Estás preocupada?

-No, confío en ti. Siempre lo he hecho.

-Bien. Así es.

Seguía atándola. Lo hacía con fuerza y con determinación. Sus brazos quedaron separados de su cuerpo y sus talones también pero a través de una barra de metal. Así pues, las extremidades de Elena habían quedado extendidas y dispuestas a los diseños de Luís. Algo que ya había aceptado con entusiasmo.

-Bien. Creo que estamos listos para empezar. Por favor, recuerda de lo que hablamos.

-Entendido.

Acarició su cuerpo con lentitud. Ella sabía que sólo se trataba de una forma para prepararla así que esperó ansiosamente por lo que sería el próximo paso. Cerró los ojos y fue cuando sintió el calor del cuero sobre su piel. El ardor divino. El dolor que le quemaba la piel. Mordió sus labios tantas veces para reprimir los gritos hasta que, de nuevo, la presencia de Luís se hizo notar con una pequeña diferencia: la mordaza de bola.

-Con esto podrás hacer todos los ruidos que desees. Abre bien la boca.

La bola de goma se ajustó a sus dientes y labios mientras que esta se encontraba sujeta por unas cuerdas de cuero.

Apretó más fuerte en cada impacto que le propinaba Luís. Al hacerlo, además, comenzó a desprender hilos de saliva. De hecho, algunas gotas caían sobre sus pechos y otras eran contenidas por la mordaza.

A Luís le parecía un verdadero espectáculo ver cómo la tortura que le

propinaba a Elena estaba surtiendo efecto. Las piernas le temblaban con fuerza y la piel la veía más y más enrojecida. En ese punto, quiso ir un poco más lejos y probar con algo que sabía que la llevaría al borde de la locura.

Dejó de azotarla por dos razones: Una para dejarla descansar y la otra para buscar un pequeño aparato, un estimulador de clítoris. Este estaba sujeto a un par de cuerdas ajustables con la finalidad de sostenerse y así quedar justo en el punto deseado.

Trajo consigo lo que estaba buscando mientras que Elena se encontraba ignorante de lo que estaba sucediendo, hasta que sintió una especie de cintas elásticas sobre sus muslos. Abrió los ojos y no entendió qué sucedía hasta que escuchó un pequeño “clic”.

El estimulador comenzó a funcionar y el clítoris pareció embeberse de fuego y calor intenso. Gritó, gritó tanto como pudo pero ningún ruido era comprensible. Todo era censurado casi de manera cruel.

Los ojos de Elena se tornaron blancos y las mejillas estaban encendidas. A ese punto, Luís decidió frenar y quitar el estimulador para no llevarla a un límite desagradable. Quizás hizo demasiado para ser la primera vez. Apagó el aparato y lo removió de su entrepierna. Asimismo, quitó la mordaza y verificó que estuviera bien. Ella respiraba agitadamente y lo miraba sonriendo con los ojos llorosos.

-Qué hermosa eres, ¿lo sabías?

Le dio un beso intenso y la retuvo en su regazo.

-Creo que has tenido suficiente de cuerdas y torturas por hoy.

-No, hazme tuya. Por favor. Te lo ruego.

-Elena...

-Te lo ruego. Es lo único que quiero en la vida. Ser tuya siempre, siempre.

A pesar del cansancio y del dolor, de las lágrimas y la sangre en las heridas, Elena insistía de una manera que Luís nunca había conocido. Estaba extrañado pero también complacido de poder estar con alguien que fuera capaz de entregarse de una forma total como ella era capaz.

-Así será.

La desató y la dejó en la cama. Limpió un poco la piel enrojecida y la llenó de

besos. Quiso consentirla tanto como le fuera posible.

Entonces, al verla desnuda y frágil, se colocó sobre ella y ella lo recibió ansiosa. Estaba ya húmeda así que los dos quedaron juntos, unidos por el calor de sus miembros como si hubieran nacido para ello.

El vaivén de Luís y los gemidos de Elena iban a la par, sincronizados. Ella se aferraba a sus hombros y él a la cama, como queriendo tomar impulso cada vez que se adentraba en sus carnes. Había dolor y desesperación, gritos, gemidos, gruñidos, ansiedad de más. Había tiempo de sobra pero para los dos se sentía diferente ya que este iba a toda marcha.

-Podría quedarme así siempre.

-Yo también, Elena. Mi Elena.

-Siempre tuya.

Sus palabras salieron a rastras de su boca porque sentía estaba a punto de correrse dentro de él.

-Venga, dámelo, dámelo.

El último gemido fue para él y, con él, el orgasmo más intenso que había tenido hasta el momento. Se sentía como en las nubes.

Al terminar todo, volvieron a quedarse muy juntos el uno con el otro, mirando hacia la noche mientras se encontraban envueltos en una manta caliente y cómoda. Elena se durmió y Luís estaba muy cerca cuando recibió un mensaje de Sofía.

“Tenemos que hablar”.

Por supuesto que no tenía nada de qué hablar. Ese tono de urgencia siempre lo daba cuando ella no lograba la atención que quería y de seguro se trataba de alguna estupidez. Dejó el móvil y las discusiones para después. Ahora se concentraría en lo que tenía en ese momento. En la tranquilidad que ella le daba y en la seguridad a pesar que ella fuera tan frágil y delicada.



IX

Aunque había dejado para después la conversación odiosa pendiente, era inevitable aquello de un encuentro casual y más al tratarse de la convención de diseñadores que suele celebrarse en la ciudad. Luís y Elena irían juntos pero cada quien con objetivos diferentes. Ella por cuestiones de trabajo y él a la presentación que hacía meses había pautado.

La convención prometía ser el evento del año. Sólo lo mejor de lo mejor se congregaba allí con el fin de dar a conocer el trabajo y las nuevas tendencias del momento. Así que era un momento en donde el ingenio y la estética podían convivir plenamente.

Luís, por tratarse de uno de los invitados de mayor prestigio, le correspondía un área lo suficientemente grande como para simular áreas de uso común y hasta un stand para recibir a futuros clientes. Lo curioso es que, a pesar de ser una persona que suele huir de toda interacción social, esto lo tomaba tan en serio que atendía él mismo las preguntas y solicitudes, sin importar cuántas veces le tocara repetir todo aquello.

Se había puesto un traje azul marino, una camisa blanca y unos zapatos de vestir. Había cortado su cabello para pulir el aspecto de hombre de negocios e hizo lo mismo con la barba. Así pues, parecía un hombre casi irreconocible.

-Bien, he de confesar que esto es estupendo. Gracias.

-No se preocupe, jefe. Aún faltan algunos detalles pero con seguridad le podemos decir que este es el vistazo final. Debo retirarme, señor, quedan cosas por hacer.

-Vale, vale. Estaré contactándote por teléfono.

Se echó para atrás y un sentimiento de orgullo invadió su pecho. El fruto del trabajo arduo, de los trasnochos y de las peleas, de los conflictos y frustraciones, al fin lo había visto. Ese año era diferente y así lo sentía.

Mientras esbozaba una sonrisa, sintió la presencia de alguien que lo observaba. Era Sofía que parecía espiarlo desde el otro lado del gran salón.

-Vaya que esto si te ha quedado majísimo.

-Hola. Y no, a mí no. Ha sido uno de mis ayudantes. Si no fuera por ellos,

seguramente esto más bien luciría como un desastre.

-Qué lindo. Pareces casi un jefe benevolente.

-A ver, Sofía. ¿Qué pasa? Cortemos con esto y si no, mejor regresa de donde viniste.

-Te escribí pidiéndote hablar y me ignoraste. ¿Qué se supone que deba decirte?

-Quizás ir al grano, ¿no crees?

Sofía no podía esconder la indignación al escuchar esas palabras. Sabía que él podía ser un tío bastante rudo pero por alguna razón, pensó que ella era intocable y que no le correspondería ni un gramo de esa conducta. Estaba equivocada.

-Te has comportado de una manera extraña y chocante, y la verdad es que no te entiendo. ¿Por qué has cambiado tanto?

-Sofía, estamos muy grandes para pedirnos explicaciones como estas. Lo de nosotros nunca fue algo serio y tú misma te encargaste de hacérmelo entender. Así que, no insistamos en algo que no tiene sentido ya.

Ella se mantuvo de pie pero sintió que algo le atravesaba el alma, algo que la había empujado hacia un abismo, dejándola en el suelo sin poder respirar.

-Está bien.

Se alejó y, aunque él se sintió aliviado de que aquel incómodo encuentro se terminara, tenía el presentimiento que Sofía haría la última estocada para que quedaran en una especie de empate. La idea se esfumó cuando vio uno de sus sillones a punto de caer en una de las escaleras.

Luego de entregar resúmenes curriculares a todo lugar que pudo ver, Elena saltó de alegría al darse cuenta que le habían llamado de un café para que cubriera el medio tiempo de jueves a lunes. Nunca había servido mesas pero gracias a su espíritu jovial y optimista, estaba dispuesta a aprender rápido.

Ya llevaba varios días así y estaba contenta. Aunque era nueva, demostró que se aclimataba con éxito. Sus supervisores le animaban a tomar más responsabilidades y hasta pensaban que sería buen plan tratar de que asumiera un rol más importante. Pero, al final, todo era cuestión de tiempo.

Ella estaba sirviendo durante el almuerzo cuando vio a una mujer que entraba

con un aire sensual. Alta, de cabello negro largo y con curvas pronunciadas. Era obvia la atención que recibía de parte de hombres y mujeres. Sin embargo, aquella fémica parecía restarle importancia ya que sólo buscaba un lugar para sentarse. La expresión de pocos amigos era evidente a kilómetros a la redonda.

El local estaba repleto y la mujer se sentó en una mesa para una sola persona, justo en la zona de Elena.

-Parece que está un poco de mal humor. Buena suerte.

-Ja, ja, ja. Vale.

Salió con la misma actitud positiva de siempre.

-¡Hola! Bienvenida. Aquí tiene el menú. Espero que encuentre algo de su agrado. Me llamo Elena y estaré cerca para atenderle todo lo que necesita.

-Gracias, querida.

Sofía no le prestó mucha atención, ni siquiera la miró mientras hablaba la misma bienvenida que se escuchaba como una oración sin final. Miró el menú y se decantó por un café negro y un vaso de agua. La verdad es que se sentía enojada y triste porque la conversación con Luís se tradujo en arena entre los dedos.

Seguía pensando en ello cuando alzó la vista para pedir la orden. Buscaba a la joven cuando vio a una chica que le resultó familiar. Quizás eran ideas suyas, quizás estaba equivocada, quizás todo era producto de la misma ira y frustración. Hizo la seña y vio como una figura delgada que se aproximaba a ella. La distancia le despejaba la duda de a poco.

-Es ella... -Se dijo para sí.

Elena sostenía una pequeña libreta y un bolígrafo para anotar los pedidos. Estaba esperando para cuando Sofía le dio otro tipo de información.

El día había transcurrido con éxito y eso se notó gracias a las ventas que hizo en el stand. La gente que pasaba por allí estaba simplemente encantada y él no podía ocultar la gran alegría que sentía al respecto.

Miró el reloj y se fijó que debía irse pronto para buscar a Elena al trabajo.

-Chicos, debo irme. Por favor, que todo quede recogido y limpio. El camión no tardará en llegar para buscar las cosas.

-Vale, jefe.

-Excelente trabajo el de hoy. Los felicito. Mañana tómense el día libre.

Salió sonriendo. Tuvo un buen evento e iba a salir al encuentro de su amor. Nada podría fallar, ¿cierto? Subió al coche y recordó la dirección que ella le había dicho con el fin no tardarse demasiado, así que parecía que iba como alma que lleva el diablo.

Aparcó el coche y el restaurante parecía más vivo que nunca pero no veía a Elena por ninguna parte.

Estaba de mal humor porque sabía que aceptar lo del trabajo no era buena idea y que todo aquello era una pérdida de tiempo. Los celos lo consumían y parecía sentirse como un niño con el que tenía que pelear por la atención que creía merecer tener. Permaneció en el estacionamiento hasta que se bajó, habló con el gerente y con el resto de sus compañeros.

-No, ella se fue hace rato, la verdad.

Aunque tendría razones para sentirse molesto no lo estaba, de hecho, tenía el presentimiento de que algo no iba bien así que emprendió el regreso a casa con miedo e incertidumbre.

Elena cayó sobre la cama tan pesadamente como un yunque. Tenía la mirada perdida, los labios apretados y las lágrimas al borde de las cuencas. Estaba en problemas porque ese ardor en el corazón era señal de que estaba enamorándose de él.

Se levantó a lavarse la cara. Su cuerpo había abandonado todo espíritu positivo y alegre para dejarla con una tristeza profunda y oscura. Pero la respuesta era más que obvia, tenía que enfrentar a Luís y preguntarle si lo de lo de los dos era de verdad o producto de una ilusión que ella misma construyó.

Esperó ansiosamente hasta que escuchó los neumáticos sobre la gravilla. Era él. Bajó a la cocina, buscó una butaca y se sentó cerca de la encimera. Estaba pensativa. A los minutos, entró él y la encontró inexpresiva, vacía. No le dio oportunidad de hablar aunque tuviera un mar de palabras en la punta de la lengua.

-Te he esperado en el restaurante.

-Siéntate. Tenemos que hablar.

-¿Qué ha pasado?



X

Los dos hablaron de Sofía y de la relación que tenía con Luís. Para él estaba terminado pero para Elena fue diferente, sobre todo, por cómo se apareció en el restaurante para confesarle que se acostaba con ese tío tan espectacular y viril por lo que le hizo entender que muy probablemente ella también formaba parte de una larga lista de conquistas.

Las palabras y la cizaña que utilizó Sofía sobre Elena, fue la perfecta descarga de veneno que esperaba ser desparramado en la mínima oportunidad.

-Nunca oculté que tuviéramos algo.

-Pero tampoco lo mencionaste.

-Elena, tú y yo ni siquiera estábamos juntos y, cuando todo esto empezó, ya no hablaba con ella. ¿Qué tiene de importante eso ahora?

-Me dijo que todavía hablaban.

-Claro que sí. Es uno de los contactos más importantes que tengo con los clientes. Hablar con ella es como hablar con cualquiera de mis ayudantes, Elena. Es alguien que, lamentablemente, tiene presencia en mi vida y será así hasta que eso cambie.

Ella bajó la cabeza aunque sentía el calor de la furia que consumía su rostro poco a poco. Estaba indignada como nunca.

-No voy a dejar de hablar con la gente sólo porque creas que no sea conveniente o no te guste. Puedes comenzar a desechar esa idea tan rápido como sea posible.

Elena no dijo más, pensó que tenía suficiente y que no gastaría saliva al respecto. Dejaría que él hablara todo lo que quisiera hasta que se cansara y allí, en ese punto, tomaría sus cosas y se largaría.

-Sé que eso no estuvo bien de su parte y ya hablaré con ella. Me sorprende cuán lejos es capaz de llegar sólo para molestarme pero eso no debe preocuparte. Me encargaré que te deje y que nos deje en paz. Ehm... ¿Por qué no dices nada? ¿Estás bien?

Dejó la butaca y subió las escaleras en un movimiento casi mecánico. La voz de Luís hacía eco el resto de la casa sin obtener alguna respuesta.

Elena tomó la mochila, la cual ya tenía algo de ropa y de artículos de higiene, y se la echó al hombro. Él entró a la habitación y notó que ella estaba a punto de hacer algo que nunca esperó que haría, aun así le hizo la pregunta obvia.

-¿Qué harás?

-Me voy.

-Pe...

-Dije que estaría por poco tiempo y así es. En el restaurante me ofrecieron una habitación cerca y la voy a tomar. Así me ahorro tiempo en venir aquí.

-¿Cuándo ibas a consultármelo?

-Después de la conversación que tuvimos no pensé que fuera necesario. De todas maneras, es mejor así.

-Elena, ¿pero qué ha pasado, joder?

-Déjame en paz.

Lo dijo con un tono de voz suave pero un aspecto tan definitivo que Luís no le quedó alternativa que aceptar lo que estaba pasando. Se apartó de ella y la dejó salir. Quedó entonces en la soledad del pasillo, mirándola caminar hacia el futuro incierto.



XI

Los días se parecen tanto uno del otro que para Luís era difícil saber con exactitud en qué punto del año se encontraba. La única referencia clara era el calendario sucio de grasa y de astillas de madera que se encontraba en el taller. Ese trozo de papel le daba pistas sobre el momento en el que se encontraba el mundo, aunque le daba igual.

No había sabido de Elena y estaba, francamente, desesperado. Sin embargo, era un hombre orgulloso y hacía todo lo posible por ocultarlo. Así que iba a trabajar todos los días con estricto orden y con el mismo aspecto mal humorado que tenía.

Pero ese vacío seguía allí, esa ausencia dolía más de lo que su mente pudo haber previsto y eso sí que lo tomó desprevenido. De hecho, había días en los que sentía que el dolor era insoportable y que debía apartarse de todo aquello para poder mantener un poco de sanidad.

¿Qué sería de su vida?, ¿tendría todavía el cabello corto?, ¿estaría feliz sin él o en algún momento lo extrañaría como él a ella?

A la hora de dormir, recordaba amargamente la discusión que tuvieron y el abuso de las palabras prepotentes que hubo en cada frase. Se castigó día y noche pero no tenía sentido, ella no estaba allí y de seguro no regresaría.

Trató de mantener el espíritu tanto como pudo pero era un camino cuesta arriba. Era una situación extraña y se sentía interminable.

-Jefe, hemos terminado por hoy. Aquí le dejo el itinerario para la semana que viene.

-Vale.

Cada vez que podía respondía con monosílabos así no se molestaba en gastar más energía de la necesaria.

Finalmente solo tuvo oportunidad de concentrarse mejor en lo que haría en el próximo paso y en ese instante tuvo una especie de epifanía. ¿Por qué ella iba a regresar si él podía ir hacia ella? La idea cobró más y más fuerza hasta que por fin fue hacia la casa para prepararse e ir a por Elena. Aunque tuviera que mover cielo y tierra, haría lo posible para encontrarla y decirle todo lo que en

su pecho tuvo que contener.

Mientras iba en camino, pensaba en la emoción que Elena le hacía sentir. Era como un niño de nuevo, aunque ni siquiera era seguro el resultado de aquella empresa. Pero daba igual, sabía lo que era perder y no temía en tomar el riesgo de nuevo aunque eso implicara dejarlo completamente vulnerable.

El perfil de la ciudad iba dibujándose lentamente hasta que se encontró atascado en un tráfico terrible. Por supuesto, no pensó en ello, eso era el menor de sus preocupaciones, más bien estaba concentrado en encontrarse con Elena, en darle el beso más dulce y profundo del mundo y refugiarse entre sus brazos. La fantasía lo mantenía vivo, activo y libre del miedo ante un escenario terrible.

-Carlos, dos huevos benedictinos, pan brioche y unos gofres con miel en cinco, por favor.

Los gritos de los pedidos iban y venían. Los platos parecían volar por los aires y el alboroto de los comensales se volvía intenso. Era un viernes activo, emocionante y que de seguro prometía ser agotador para cualquiera.

Elena estaba dando vueltas con pasos ligeros y no se había percatado que Luís la miraba desde el umbral de la puerta.

Sí, aún tenía el cabello corto, cortísimo y la sonrisa cordial de siempre. Incluso hasta la encontró más alta. Al final, se veía tan bella como recordaba. Se sentó en una mesa y esperó ansiosamente que ella lo viera. No tenía muchas esperanzas al respecto por lo que no le molestó su butaca como espectador.

Escuchaba las órdenes de la cocina y de vez en cuando la voz de Elena resaltaba entre las demás. Se quedó allí hasta que le pasó por al lado y la tomó por el brazo.

-Hola.

Elena dio un sobresalto y los ojos bien abiertos demostraban una genuina sorpresa.

-¿Qué haces aquí?

-Vine a hablar contigo.

-No tenemos nada de qué hablar.

-Claro que sí.

Sabía que Luís no daría marcha atrás así que no le quedaba de otra que convencerlo de un plan que no le interrumpiera su rutina de trabajo.

-Entonces espérame media hora. Falta poco para salir de mi turno.

-Vale.

Se quedó afuera y el corazón le dio un brinco cuando la vio salir. Tenía un par de jeans negros, un suéter del mismo color y botas de combate. Había adquirido un aspecto más rudo en cuestión de meses. Estaba sorprendido.

-¿Qué quieres?

-¿No prefieres tomar algo caliente? Conozco un lugar agradable.

-Vale.

Elena, aunque no pareciera, estaba feliz de verlo pero también muy dolida. Estaba dolida porque había pasado tiempo y aún no sabía si eso jugaría a favor. Pero no importaba, él parecía extrañarla y eso la reconfortaba un poco.

Encontraron un pequeño café que lucía tranquilo y agradable. Pidieron grandes tazas de chocolate caliente y se miraron por un largo rato.

-He sido un gilipollas.

-Sin duda.

-No sé por qué te traté así. Lo siento mucho. No tienes idea...

-No, no tengo idea. Y sí, fuiste un idiota. Cada palabra, Luís, cada una de ellas me dolieron y me duelen hasta ahora. Es increíble el nivel de indiferencia que tuvieron tus palabras. De principio a fin fue una completa injusticia.

Él quería enterrar la cabeza en lo más profundo pero sabía que no podía, había que enfrentar todo aquello.

-Lo siento. Sé que no tendré suficiente oportunidad para enmendar mi error así que te pido, por favor, que me perdones, por favor.

Ella no tenía nada que decir porque sabía que en cualquier momento su alma quedaría desnuda ante él y eso era lo que no quería.

-Me he sentido perdido, solo y saber qué rumbo tener. Era la única persona que me hacía sentir como si perteneciera a algún lugar y ahora que no estás, simplemente no sé... No lo sé. Elena, cada mañana para mí representa un esfuerzo enorme para levantarme y tratar de enfrentar al día lo mejor que

puedo pero no.

>>Todo es una mentira y lo sé cuando voy a la habitación y no te encuentro allí. No, no hay palabras, no hay significados que puedan describir esta sensación de vacío. Lo único seguro es esta sensación de desnudez que siento porque una parte importante de mí mismo me ha dejado y temo que sea para siempre.

Elena había decidido que se mantendría firme ante él pero no podía. Esas palabras que denotaban el dolor propio de un desgarró, ese mismo que sentía ella. El impacto había sido tal que comenzó a llorar.

-Empecemos de nuevo, Elena. Por favor.

Él también tenía lágrimas en los ojos.



XII

Elena había encontrado un instituto en las noches para estudiar Diseño Gráfico. Luego de pensarlo con detenimiento, pensó que sería lo suyo. Además le habían otorgado más días en el restaurante lo que le había permitido rentar un minúsculo piso. Las paredes estaban sucias y hacía falta cambiar algunas baldosas, pero ese lugar era sólo para ella.

Luís estaba experimentando un crecimiento agigantado de su negocio. Tanto así que había mudado su taller a la ciudad para contar con los recursos más cerca y así ahorrar gastos. Los clientes parecían reproducirse por lo que se sentía obligado a abrir una tienda para ofrecer servicios un poco más variados.

En medio de sus vidas ajetreadas, ambos habían acordado continuar la relación pero cuidando los espacios. De alguna manera, Elena sería tan independiente como quisiera y Luís aprendería a ceder un poco el control... Pero sólo un poco.

-¿Hola?

-¿Lo tienes puesto?

-Sí...

-¿Cómo lo sientes?

-Me gusta... Me gusta mucho.

-Vale. Entonces lo tendrás así hasta que vengas para aquí. ¿Entendido?

-Entendido.

Luís colgó la llamada y se introdujo en la ducha. Pensaba en el cuerpo de Elena y el buttplug que tenía en su ano. Añoraba con tocarlo y lamerlo con ganas y con placer. Deseaba tener sus nalgas en la cara, manosearlas, morderlas, apretarlas con aquella fuerza animal.

Esperó ansioso en la silla hasta que escuchó la puerta principal abriéndose. Siguió escondiéndose en la oscuridad. Los pasos de Elena se hacían más fuertes hasta que vio su silueta marcada por la luz de la noche. Estaba desnuda.

-Déjeme ser suya, por favor.

-Ruégalo.

-Se lo ruego, mi Señor. Déjeme ser suya. Quiero ser suya siempre.

Se levantó de la silla con lentitud y llevaba consigo una pequeña cinta. Elena, sintió que por fin había llegado el momento en el que ambos formalizarían la relación de Dominante y sumisa.

-Sé mía, Elena. Sé mi sumisa.

-Lo deseo como a nada de este mundo mi señor.

-Arrodíllate.

Ella no podía dejar de sonreír. Sintió la cinta de cuero sobre su cuello y quiso cerciorarse que era así al tocarla con sus dedos.

-Estoy tan feliz de que haya llegado este día.

-Te lo mereces. Te has portado como toda una niña buena.

Él la tomó por el rostro y la besó con fuerza, le mordió la boca y luego la ahorcó un poco.

-Es hora de jugar, ¿no?



Bella hecha Bestia

Fantasía Oscura y Romance con el Príncipe Dominante

I

El viento del invierno se abrió paso en medio del comedor. Era gélido y cualquiera pudiera sentir que se calaba en sus huesos. Pero, para mí, era una tontería. El frío me daba igual.

-Por favor, cierren las puertas que estamos en medio de un consejo.

Mi padre es el rey de uno de los reinos más poderosos que se han visto jamás. Como buen conquistador, tenía bajo su mando centenares de tierras. Cada una de ellas, eran prósperas y fértiles. Él era el dueño del mundo.

La verdad es que me hacía sentir como un hombre afortunado. Tenía la sangre de un líder quien, además, imponía su presencia sin emitir palabra.

-¿Qué dices, Henric? ¿Estás de acuerdo con los planes?

-Sí, padre. Haremos lo que sea necesario.

-Bien. Mi hijo aprueba la decisión así que confío en él plenamente. Si no hay más nada que decidir, pueden retirarse.

Los consejeros se retiraron ceremoniosamente y nos dejaron solos. El resplandor del fuego de la chimenea iluminaba su barba blanca y aquella expresión de preocupación que sólo se veía cuando nos encontrábamos así, a solas.

-Las guerras han mermado el tesoro y me temo que tendremos que pedir concesiones a los mercaderes. Tendremos que darles algo a cambio.

-Algún tipo de beneficio o protección. Quizás algo que suene rimbombante para que piensen que es algo de valor.

-¿Crees que funcionará?

-Por supuesto. ¿Qué sucede? ¿A qué se debe esta inseguridad?

-Temo por ti.

-Todo saldrá bien.

Se levantó de su silla de roble y se acercó al otro lado de la mesa, en donde me encontraba. Quedó a mi lado y dejó caer su mano sobre mi hombro.

-Cada ida tuya, me preocupa.

-Regresaré. –Me levanté de la mesa y lo miré- Debo irme, hay que partir al alba.

-Lo sé.

Se alejó de mí y salió por una puerta. Quedé solo.

Fui a mi habitación y, a medida que iba avanzando, me daba cuenta que era tan necesario el que fuera a estas guerras porque de alguna manera, esta fuerza interior tan desconocida como violenta que habita dentro de mí, encontraría un poco de alivio.

La verdad es que esto tiene una razón de ser. De hecho, en el reino se me conoce como la “Bestia”.

En general soy bastante agresivo y temperamental aunque he mejorado ese aspecto y se debe en parte a que dreno toda esta fuerza en el campo de batalla. Mi padre, al notar este rasgo en mi carácter, pensó que sería buena idea aprovecharlo de la mejor manera posible. Así que, con el tiempo, me convertí en el comandante general de los ejércitos.

No obstante, esto apenas sería una especie de alivio en mi vida. Todo parecería controlado hasta que llegué a cierta edad en donde comencé a experimentar un apetito sexual insaciable.

Las mujeres pasaron a ser una especie de adicción y las relaciones sexuales era uno de esos momentos en donde aquella “bestia” salía a relucir. Me volví dominante, controlador, como si un fuego viviera dentro de mí todo el tiempo.

Este apodo se volvió popular a pesar de que traté de guardar las apariencias. Tras lucha absurdamente con ello, preferí adoptarlo y utilizarlo a mí favor. ¿Por qué no?

Entré a mi habitación y la luz tenue de la chimenea iluminaba los tapices y las cornamentas que estaban en las paredes. Las dejaba allí porque eran mis trofeos y me enorgullecía de ser un gran cazador.

Tomé mi espada y la desenvainé. Comencé a afilarla con paciencia, como si se tratara de algo delicado.

Luego de considerar que ya estaba en perfectas condiciones, la dejé a un extremo de la cama y comencé a desvestirme. Mi cuerpo estaba marcado por las heridas de guerra pero no me molestaba. Más bien sentía orgullo al respecto.

Me dejé caer y traté de convencerme a mí mismo que debía dormir prontamente. El camino que tomaríamos al día siguiente sería largo y tortuoso.

II

Despuntó el alba y ya estaba de pie, esperando a que anunciaran que los caballos estaban listos así como la guardia que me acompañaría hasta reunirme con el resto que ya estaban cerca de la línea de combate.

-Su majestad, los caballos están preparados.

-Iré de inmediato.

Me coloqué un gran abrigo de piel de oso negro y salí. De nuevo, como la noche anterior, un viento gélido casi me hace retroceder pero continué, debía hacerlo.

Acaricé mi caballo, de un aspecto tan fuerte y pesado como yo. Era, además, el más peligroso e imposible de montar salvo por mí. Logré hacerlo y desde ese día, ambos desarrollamos una relación estrecha.

-Debemos estar en el campamento antes del anochecer. Al día siguiente, iremos más hacia al norte para romper las filas enemigas. ¡Vamos!

Comenzamos a galopar y, de alguna manera, sentí que mi padre me observaba con ojos de preocupación.

Como había ordenado, llegamos al campamento en el momento justo. Al bajarme del caballo, pude ver a todos con ojo clínico. Lucían fuertes, decididos y valientes. Des hacía años habíamos instaurado un régimen duro de entrenamiento para los nuevos miembros con la finalidad de hacerlo más aguerridos. Estaba orgulloso de ellos.

Pasamos la noche planificando y haciendo nuevas estrategias de combate. El objetivo era alejar a los llamados bárbaros de nuestras fronteras y, de paso, tomar la mayor cantidad de esclavos.

Antes que saliera el sol, estaba ya sobre mi fiel amigo esperando a que el enemigo saliera de su guarida para finalmente enfrentarlo. Estaba ansioso y ya la bestia que habitaba en mí, estaba preparada para descargar toda la ira contenida.

Preparados, listos, mis 700 mil hombres estaban ya en la tierra helada bajo el cielo gris. Sus rostros estaban serios y sus ojos inyectados de sangre. Con un solo gesto, descenderían por la colina en donde nos encontrábamos para

comenzar la batalla.

Levanté mi espada frente a ellos.

-¡POR MI TIERRA, POR TU TIERRA, POR NUESTRA TIERRA!

Un gran grito gutural emergió de sus gargantas roncadas y luego se escuchó la marcha cónsona hacia la guerra.

La tierra bajo mis pies vibraba gracias por el trote de miles de hombres que iban hacia un mismo objetivo. Frente a nosotros, se iba descubriendo un gran manto negro. Era el enemigo que venía hacia nosotros con la misma furia en los ojos.

Iba adelante. Mi cabello parecía una estela negra debido a la velocidad del galope. El frío, tan crudo y cruel, golpeaba mi rostro pero no sentía dolor. Sentía una ira que iba elevándose cada vez más.

Desenvainé la espada y la sostuve con mi mano derecha, con fuerza y determinación. En mi mente había visualizado la cabeza de uno de esos salvajes. Detecté el blanco y lo ejecuté. Un chorro de sangre bañó el brillo plateado de mi arma pero no había tiempo para detenerse en ello. Había que continuar.

Había una especie de energía, de electricidad que recorría mi cuerpo. Eso era lo que me mantenía vivo, no había duda de ello.

Aquel campo abierto y blanco se había teñido de negro por el barro y de rojo. El cielo se volvió más oscuro y todo era silencio salvo por los gritos de los combatientes que estaban dispuestos a dar sus vidas.

Perdí la noción de tiempo pero siento que fueron años enteros allí. El olor a muerte era insoportable pero eso también quería decir que todo había terminado. Habíamos ganado.

-Señor, hemos contabilizado las pérdidas.

-No quiero leer. ¿Cuánto?

-250 mil.

-Joder.

-Por suerte los heridos podrán recuperarse satisfactoriamente.

-Este es el costo de la victoria, ¿no?

-¿Señor?

-Retírese.

La tienda, armada con cuidado, estaba rodeada de vinos y comidas de todo tipo. Parecía como si nada hubiera pasado.

Estaba allí, cansado y pensativo. Esa sensación me pareció familiar y comencé a perturbarme. Ya no bastaba pelear, debía hacer algo más para calmar esta especie de hambre interminable.

Me levanté de la silla y di un par de pasos, tomé la botella de vino, la abrí y tomé el contenido sin servirlo en una copa. No le veía el sentido de querer jugar al príncipe cuando acaba de salir de una situación como esa.

Miré el reflejo de una gran bandeja de plata apoyada en uno de los soportes de madera de la tienda. Ví el cuerpo grande y cubierto de ropas pesadas. Me quité la piel de oso y las demás capas hasta quedar medio desnudo.

El pecho estaba cubierto de vellos gruesos y de cicatrices. Pude ver una que me hice cuando era un niño. Era la que más destacaba. Mi aspecto iba tan bien con el sobrenombre que me dio risa recordarlo. Di un suspiro y me eché en la cama porque era necesario descansar para volver a partir al castillo. Sin embargo, algo muy dentro de mí me decía que no sería tan sencillo.

III

Los días se hicieron largos. La nieve casi hizo que perdiera parte de los carruajes de y los caballos. El frío era intenso y parecía no perdonar.

No obstante, seguíamos adelante tanto como podíamos a pesar que las reservas presentaban números rojos. También nos moríamos de hambre.

Suspiré de alivio cuando, en el horizonte, pude ver que se asomaba poco a poco el castillo. Pronto estaríamos en casa y nada más importaría.

Las grandes puertas de madera pesada se abrieron para nosotros y el sonido de trompetas más el destello de banderas doradas que se descolgaban a nuestro paso, nos daban la bienvenida.

Los aplausos de la gente, la mirada de admiración de los niños y las sonrisas de las mujeres y de los hombres. Éramos los victoriosos y aun así sentía que algo me faltaba.

Antes de adentrarme a estos extraños sentimientos, vi a mi padre en la gran escalinata antes de entrar al castillo. Era la primera vez que hacía algo así y me tomó por sorpresa.

Parte de la corte estaba con él pero su figura, la cual heredé, resaltaba entre los demás.

-Hijo mío –Dijo con voz casi ahogada.

-Padre, hemos tenido una campaña victoriosa.

-Vamos, entremos.

La música seguía sonando al igual que los gritos de alegría. Ya dentro del castillo, una gran mesa repleta de vino, frutas, panes, queso, manjares dulces y en el medio de esta, un cerdo asado.

Seguía caminando a paso cansado y había una especie de pequeño comité que me recibió al mismo tiempo que los generales.

-Señores, sean bienvenidos. Este festín es para su disfrute. La larga batalla ha terminado y queremos que disfruten de los más grandes placeres.

Al haber dicho esto, de una cortina, salieron las mujeres más hermosas y voluptuosas que cualquiera pudiera imaginar. La música comenzó a sonar y el

ambiente de fiesta no se hizo esperar.

Francamente, a ese punto estaba cansado y sin ganas de nada. A pesar que una parte de mí quería azotar y romper la piel de alguna de estas féminas, mi malhumor fue más fuerte y evidente.

-Padre, pido permiso para retirarme. El viaje ha sido largo.

-Amado, hijo. ¿No ves todo lo que estoy ofreciendo? Es una celebración en tu honor y en tu victoria. Es sólo el principio ya que prometo dar una mejor muestra de mi orgullo. No obstante, quiero que disfrutes de estos manjares luego de haber visto tanta miseria.

No me quedó remedio que retroceder mis intenciones y tomé una copa repleta de vino. La tomé de un solo trago y la sonrisa de padre conforme no se hizo esperar.

Una morena de senos grandes y prominentes caderas, se acercó hacia mí mientras estaba en el trono.

-Su majestad...

La miré con cuidado. Hermosa, exótica pero nada. No había nada. Parecía que todo dentro de mí estaba dormido. Volví a tomar de la copa y giré mi cabeza hacia el baila insulso que tenía al frente.

La mujer permaneció allí, de pie, esperando que cambiara de opinión pero no hubo respuesta. Finalmente, bajó la cabeza en forma de reverencia y se fue. Mientras yo, llamaba por más vino. Quería emborracharme.

La celebración se extendió y aproveché para levantarme para irme a mis aposentos. Escapaba y los asistentes parecían felices, realizados ante aquel bacanal. Por mi parte, sólo estaba ansioso por dormir y dejar todo el festejo atrás.

A pesar de lo casi aislada de mi habitación, aún se podía escuchar los sonidos de las liras y laúdes que parecían que no iban a descansar. Sin embargo, volví a desnudarme y a echarme. Era demasiado cansancio.

IV

La mañana de invierno era clara y resplandeciente. El color de la nieve reflejaba los rayos del sol. Al parecer, el frío cedería en cualquier momento.

Estaba despierto cuando recibí la noticia de los preparativos de una fiesta por parte de mi padre. No entendía la insistencia al respecto y ya en ese punto lo encontraba más que molesto.

Fui a una sección aparte de la habitación. En la misma, había una tina llena de agua caliente y me dejé caer en ella. Tomé una pastilla ovalada que los italianos usaban a la hora del baño. La sumergí y se generó un poco de espuma. Limpié mi cuerpo, el mismo que había acumulado sangre y sudor.

Permanecí allí un buen rato, pensando.

-Mi padre está haciendo esto para encontrarme esposa.

Era lo más seguro. De hecho, mi padre tiene ya varios años insistiendo en el tema y yo huyendo de eso inútilmente.

-Tienes que preservar el apellido y el reino. Tienes que entenderlo.

-Lo sé, pero no es fácil.

-No tienes que enamorarte para encontrar esposa, esas son tonterías de las mujeres. Sólo basta encontrar a alguien de buena familia y de semblante sano.

-No tengo ánimos de hablar al respecto.

-En algún momento tienes que enfrentar esto. Debes comprometerte.

“Debes”. Esa palabra siempre me había causado una especie de rara incomodidad, especialmente cuando provenía de él. Comandaba al ejército y combatía en las guerras, quedaba en medio del barro y la miseria sólo para darle reinos, todos lo que quisiera... Sólo para decirme al final que debía comprometerme.

La verdad es que siempre lo he estado. He amado este lugar desde que recuerdo. Cada piedra, cada planta, hasta los días como estos, en donde el frío rompe la tranquilidad, el amor no se esfumaba en ningún momento.

Y es que el problema no es ese, es algo diferente. Soy un hombre diferente.

Antes de ser “La Bestia”, es un niño inseguro a pesar de mi tamaño. Tímido,

inseguro y poco capaz de entablar una conversación fluida. Todos aquellos males en un cuerpo robusto de 1.80.

Lo único que no me hacía sentir fuera de lugar, era ir a las prácticas de tiro al arco, equitación y combate. Incluso estaba interesado en la herrería. Podía pasar horas viendo a los maestros con sus rostros frente al fuego y moldear el acero a su placer. Era el mejor momento del día.

Sin embargo, había algo dentro de mí, una especie de sensación que no parecía desaparecer tan fácilmente. Todo empeoró un día, cuando estaba en plena práctica de equitación. Mi instructor me indicó que debía regresar al castillo sin ningún tipo de mapa o guía. Luego de marcharse, traté de poner a mi mente a trabajar... Pero fue imposible.

Sólo recordaba el cuerpo escultural de una de las cocineras del castillo. Era alta, morena, de piel tostada en las mejillas, labios gruesos y pestañas largas. Su andar era suave, seductor y sus pechos dejaban sensuales marcas de sudor en la delgada tela que los cubría.

La primera vez que la vi quedé impresionado. Ella, por supuesto, se sorprendió e hizo una tosca referencia para no verse como una súbdita grosera.

La levanté del suelo y seguía mirándola, como si estuviera adentrándome en un hoyo profundo pero agradable. Fueron segundos hasta que nos interrumpió el grito de la cocinera que la llamaba desde los fogones. Nunca olvidaré aquel rostro sonrojado y dulce.

Estando allí, a solas, comencé a imaginarla. Mi pene inmediatamente se volvió rígido, casi como una piedra. Siendo tan joven e ignorante, pensé que algo estaba mal conmigo, así que traté de olvidarlo, de dejarlo pasar pero no fue así.

Mientras más esfuerzo hacía por olvidarla, por espantarla de mi mente, más mi miembro me desafiaba con toda su fuerza. Tuve que bajarme del caballo porque ya estaba contagiándolo con mi propia tensión.

Lo amarré a un árbol y comencé a caminar para tratar de tranquilizarme. Mis manos, sin embargo, se dirigieron hacia el bulto y seguí mi instinto de tocarlo. Inmediatamente me sentí plácido y motivado a continuar.

Sólo imaginaba sus pechos grandes, redondos y firmes sobre mis manos y mi rostro. Estaba tan concentrado que casi podía sentir que realmente estaba con

ella. Haciéndolo todo lo que quería.

Quizás ese fue el momento en donde descubrí este lado animal. En medio de mi fantasía, hubo un chispazo.

Mi mano sostenía su largo cabello y lo halaba con fuerza, le quitaba la ropa y la hacía mía sin importar los ruidos de dolor y placer que hiciera. Era mía en cada embestida. Allí, justo allí, mi pene se volvió más erecto y un chorro de un líquido de aspecto lechoso se desprendió de mi cuerpo.

Unos segundos más tarde, me desplomé en el suelo tratando de recuperar el aliento. Miré rápidamente alrededor y mi caballo parecía medio dormido. Como el frío se encrudecía, decidí que era mejor darme a la tarea de regresar.

Al poco tiempo, estaba de vuelta y en las puertas del castillo, mi instructor conversaba acaloradamente con uno de los guardias.

-¡Le he dicho que se regrese solo porque necesita conocer los caminos! Es un muchacho listo, por Dios.

Los reclamos iban y venían hasta que notaron mi presencia.

-Su majestad, estábamos a punto de enviar una comisión para buscarlo.

-Qué exagerados. Sólo me tomé un poco de tiempo. Quise explorar un poco y me distraje, no tienen que hacer tanto jaleo.

Mi instructor me vio orgulloso y eso bastó para terminar con la discusión. Regresé a los establos para dejar a mi caballo y a decidirme en tomar un paso importante.

Entré con fuerza, como queriendo hacer notar mi presencia. Las puertas aún resonaban cuando pude ver el rostro de sorpresa de todos los que se encontraban allí.

-Su majestad, este no es lugar para una persona como usted. Nos apena que tenga que ver todo este desorden –Dijo la cocinera principal, tratándose de secar el sudor a duras penas.

-No es problema.

Mis ojos la buscaban desesperadamente hasta que finalmente, de entre las sombras, emergió su bello rostro para encontrarse con el mío.

Sus labios se despegaron un poco, como queriendo decir algo pero ese mismo impulso se lo impedía.

-Ven –le dije con voz autoritaria.

Ella dejó sobre la mesa la cesta que tenía repleta de pan horneado. Los demás la miraban con rostros de sorpresa y hasta temor. Imagino que mi expresión, de paso, no era la más agradable.

Salimos y el resplandor hizo que diera un paso atrás.

-¿Estás bien?

-Sí, Su majestad. Sólo que tenía varios días sin salir.

-Entiendo.

-Señor, ¿he hecho algo malo?

-No...No... ¿Te asusté?

-Sólo me preocupa que haya hecho algo malo y no sepa exactamente de qué se trata.

-No es eso... Ven, sigamos caminando.

El día estaba despejado y fresco. Mientras andábamos, pude ver el entusiasmo que sentía al ver las flores y el pasto verde. Al tiempo, ella rozó sus dedos con los míos y me miró con aire inocente, casi angelical.

Escondió su cabeza y fue allí cuando no pude más. Fui hacia ella y traté de hablarle pero no pude... De alguna manera, ella sabía lo que sucedería.

Mis manos fueron directamente hacia su cintura. Tan pequeña y firme. Mis labios se acercaron a los de ella. Nuestros rostros estaban muy juntos. Al estar así, me fijé que tenía diminutas pecas y que sus ojos, además, tenían manchas verdes muy oscuras.

No hubo palabras, no fueron necesarias. Sólo eran dos cuerpos que estaban juntos, explorándose.

Desaté lentamente las cintas que sostenían el corsé de su vestido y sus suaves pechos cedieron para caer en mis manos. Los tomé con fuerza y ella gimió. Con una sonrisa, tomó mis manos y las llevó hacia sus firmes glúteos.

Me sentí como todo un conquistador. Iba tomando cada parte de su cuerpo con decisión y resuelto a descubrir mucho más. Ella, mientras, se dejaba dominarse poco a poco. Ya no había rostros de temor ni de duda, más bien había entrega y deseo.

Finalmente la desnudé y pude ver que sentía un poco de temor en que la viera de esa manera. Yo sólo la admiraba, era como ver una obra de arte. Era simplemente perfecta.

-Ven...

Ella se acercó a mí lentamente hasta que nos encontramos. Me despojé de mis ropas y quedé desnudo ante ella.

Me veía, me tocaba dulcemente y mi cuerpo demostraba las reacciones que ella lograba. Mi pene, que hacía poco tiempo estaba entre mis manos ahora estaba en las suyas y más duro que nunca.

Nos besamos intensamente y ella se alejó lentamente de mí. Se tendió sobre el musgo que había cerca de un árbol. Extendió su mano, invitándome hacia sus delicias. Mi fantasía se volvió realidad y el mundo como lo había conocido antes, ahora era diferente e increíble.

Me coloqué sobre ella e instintivamente mi pene fue directo a su vulva. Encontré, al principio un poco de resistencia que se evidenció con el gemido suave de dolor que emitió.

Fui lento, poco a poco aunque había algo dentro de mí que quería insistir, ser más fuerte y contundente. Conforme pasaron los años me di cuenta que se trataba de aquella bestia que por fin había encontrado una fisura para manifestarse... Un poco.

Lentamente fui incrementando el ritmo de las embestidas y la fuerza que imprimía en ellas. Mis manos la acariciaban o me servían de apoyo cuando quería ir más adentro. Las piernas de ella, tenían la parte inferior de mi cuerpo muy junto a su cuerpo. Sentía sus labios junto a mis oídos, diciéndome que fuera un poco más lejos.

Llegó un punto en que dejé mi ser y me permití convertirme en ese animal que había despertado. Así que repliqué un poco mi fantasía.

La tomé del cabello y lo halé con fuerza. Con la otra, llegué hacia su cuello y lo apreté un poco, lo suficiente como para contarle la respiración pero sin causarle daño. Al hacer esto, me sentía fuera de mí mismo y más consumido por una especie de ente extraño que tomaba el control.

La giré y su espalda arqueada servía de marco para sus hermosas y blancas nalgas fueran sólo mías. Lamí a mi placer, las apreté, las nalgueé. Suave.

Fuerte. Rápido. Lento.

Los gritos no me preocupaban en absoluto. Todo ruido era consumido por el espesor de los árboles y la inmensidad del cielo.

Introduje mi pene y esta vez la penetré sin contemplaciones. Fue tan rudo como quise y no pensé en nada más. Permanecimos así por lo que me pareció un largo rato. Ella, tan dócil, comenzó a gemir con fuerza. La carne de su vulva estaba cálida y húmeda, como si estuviera a punto de explotar.

Sus piernas se tambaleaban con tal fuerza hasta que se dejó caer. Al final, aquel cuerpo blanco y perfecto, se desvaneció sobre el césped y yo, aún dentro de ella. Saqué mi pene y exploté sobre su espalda torneada.

El cansancio nos consumió casi de inmediato, así que, al final, nos echamos y quedamos abrazados. Ese día había sido perfecto.

-Está anocheciendo. Creo que es mejor irnos, Su majestad.

-Sí, tienes razón.

Comenzamos a vestirnos y, de vez en cuando, nos mirábamos como en complicidad. Se veía hermosa, espléndida y sentía que con ella podía hacer hasta lo imposible.

Ya habíamos regresado. Ella se escabulló a la cocina y yo a mis aposentos. Me acosté y dejé que la felicidad del momento hasta quedarme dormido.

A la mañana siguiente, estaba dispuesto a volver a verla. No me importaba si volvíamos hacerlo o no, sólo deseaba estar junto a ella. Entré a la cocina y el ambiente que se respiraba era pesado, triste.

No quise preguntar, preferí insistir hasta que me había rendido. Esperé casi hasta el anochecer.

-No, Su majestad. Ella ya no está aquí. Sus padres la buscaron y no sabemos a dónde se ha ido.

La cocinera se secó las lágrimas y decidió retirarse silenciosamente. Allí había llegado todo los sueños que pensé que se cumplirían.

Desde ese día, opté por mantener la distancia con cualquier persona y a concentrarme más a explorar mis apetitos carnales. Mujer que me gustaba, mujer que era dominada por mi bestia.

Cada cuerpo, cada sexo, me acercaba hacia una oscuridad que había ignorado

dentro de mí. Me volví tosco, agresivo y más callado que nunca. No me importaba nada ni nada, sólo mi propia libertad y cómo esta se manifestaba.

Por supuesto, esto lo hacía desde la imprudencia y me detuve el día en que mis actos estaban afectando la trayectoria impecable de mi padre.

Los años pasaron y aversión hacia las relaciones, se profundizó además. Incluso llegó el punto que cualquier conversación que tratara sobre matrimonio y afines, me causaba una profunda molestia. No estaba interesado.

Compensé esta conducta con el impulso de entrenar para las guerras. Desarrollé el instinto de estrategia y así traté de llenarme los bolsillos con victorias para el reino. Fue suficiente por un tiempo... Sólo por un tiempo.

-Hijo mío, ¿disfrutaste de la celebración?

-Sí, padre. Así fue, sólo que estaba cansado y deseaba dormir.

-Bien, entiendo. Sin embargo, estamos preparando el festejo que mereces y tengo pensado invitar a monarcas y herederas.

-Padre, creo que habíamos hablado de esto.

-Sí y es por ello que he decidido insistir.

-Estoy cansándome de esto...

-Pues tendrás que lidiar con ello. Además, hay otra cosa que no te he contado, dentro de unos días se estará celebrando una gran boda en uno de los reinos cercanos. No nos podemos negar.

Mi enojo estaba saliéndose de control. Sentía que no podía contenerme por más esfuerzo que hiciera al respecto.

-Así que es mejor que te vayas preparando porque es un evento muy importante y debemos quedar bien.

Me retiré sin decirle nada, no pude. Odiaba los eventos sociales y sabía que negarme era echar más leña al fuego.

V

El día finalmente había llegado. Por dentro estaba hecho un cúmulo de ira pero debía tratar de tranquilizarme. Había que quedar tan bien como era posible. Sobre todo porque se trataba de reinos hermanos.

Los carruajes y caballos estaban revestidos de las más finas decoraciones. Ambos, mi padre y yo, encargamos ropas acordes a la ocasión.

Durante el viaje, no nos dirigimos la palabra. Nos mantuvimos en silencio hasta que llegamos a las pocas horas. La entrada se veía espléndida. Puertas blancas, con detalles de piedras preciosas e incrustaciones de madera de la mejor calidad.

El camino estaba decorado con pétalos de flores blancas y una alfombra del mismo color, indicaba el camino para quienes llegaban al lugar.

La ceremonia en sí había sido sencilla. Lo cual fue una especie de suerte porque todos aquellos rituales me resultaban tediosos.

Mi padre y el rey, se encontraron en un abrazo fraterno. Mantuvieron una larga conversación y aproveché la oportunidad para escabullirme por un rato. Caminé por los jardines y algo atrajo mi atención. No pude identificarlo con claridad la primera vez pero parecía un ángel.

Volví a mirar, intrigado, fascinado y era la mujer más delicada y hermosa que había visto. Parecía una imagen sublime. Quería acercarme pero esa aparición se desvaneció en cuestión de segundos. ¿Habría sido mi imaginación?

-Vamos, Henric, debemos dirigirnos hacia el gran salón.

Mi padre me tomó del brazo mientras que aún hablaba con el rey. Estaba sintiéndome ansioso por regresar y dejarme de tonterías.

El salón tenía un techo abovedado enorme, embellecido con vitrales de todo tipo. Como hacía un día brillante, los colores se reflejaban en las paredes. Todo tenía un aspecto delicado.

La pareja estaba en medio con rostro sonriente y los demás que estaban allí, también. Por mi parte, mi mente estaba encegueda todavía con el resplandor que había visto antes de estar allí. Así que traté de encontrarla desesperadamente.

Estuve un par de minutos hasta que di con ella. Me sentí eufórico. No se trataba de una ilusión, era la más increíble realidad.

Estaba a pocos metros de mí y podía deleitarme observándola tanto como quisiera. Era alta, delgada aunque su vestido delicado insinuaba las curvas de su cuerpo. El cabello, rubio casi blanco, estaba trenzado y la piel clara como la leche fresca. Cada minuto que estaba allí, tenía la oportunidad de detallar cada parte y guardarla en mi mente.

De repente, giró y pude ver su amplia sonrisa, los ojos grandes y verdes de color esmeralda. Parecía una diosa encarnada y yo el pobre mortal que debía rendirse ante su belleza.

Ella permaneció ignorar mi presencia hasta que nuestras miradas se encontraron. Sentí que no había nadie más allí y, de cierta manera, así era.

Pareció asustarse pero seguía en el mismo sitio, intrigada y quizás preguntándose cómo un hombre con el aspecto como el mío, tenía la atención tan centrada en ella.

Ese instante de gloria se desvaneció cuando alguien la alejó más del lugar de donde se encontraba. El impulso de mis pies hizo que fuera hacia adelante, desesperado, queriendo seguir embebiéndome de esa imagen.

Salí del salón y continué mi búsqueda. La vi de nuevo, con un grupo de gente que la tenía distraída de mi propia desesperación. Aliviado pero resuelto, me decidí presentarme.

A pesar de la cantidad de gente, me abrí paso y por fin pude verla con más detenimiento. Sí, era hermosa, tanto que parecía doler.

-Su majestad, déjeme presentarme. Soy el príncipe Henric de la casa Real Mayor.

-El placer es mío, Su majestad. Mi nombre es Helena, princesa de Conde y Luz.

Le tomé la mano y se sintió tan suave como una caricia.

Me miró fijamente a los ojos y el mundo se detuvo por completo. El sonio de las aves, el ruido de las conversaciones, las risas, todo había quedado atrás para darle paso al fuego que vivía en su mirada. La intensidad me hacía sentir más vivo y más deseoso de estar con ella.

-Su majestad, debemos retirarnos ya que la celebración está por comenzar.

-Gracias. Caballero, lamento separarme de usted pero debo retirarme.

-¿Qué le parece, si Su majestad lo concede, compartir luego una pieza de baile? Estaría más que honrado de estar junto a usted,

Generalmente estaría menos impulsivo pero algo dentro de mí lo impedía. Helena, su nombre seguía haciendo eco en mi tosca cabeza.

Ella asintió dulcemente antes de que la tomaran y la alejaran de mí. Cada paso que daba lejos me hacía sentir que deseaba estar más con ella. Casi con desesperación.

Me quedé solo, en medio de mis pensamientos y dudas, hasta que vi a mi padre que solicitaba mi presencia. Me reuní con él y me llevó al gran salón para el momento del brindis.

-Estas fiestas me parecen tan aburridas, ¿no crees?

-Eh... Sí.

Le respondí entre distraído y molesto. No podía verla entre tanta gente.

-¿Estás bien?

-Sí, sí. Sólo que he estado buscando algo...

-Vale, es mejor que te concentres porque aquí conoceremos a importantes aliados y es necesario prestar atención. Siempre es importante mantener la fortaleza del reino.

A ese punto, estaba ya obsesionado con la idea de estar con Helena. Imaginaba tener sus largos cabellos entre mis manos, halándolos con fuerza y haciéndola mía sin parar. Sin embargo, no era sencillo. Estaba rodeada de gente que la custodiaba permanentemente, por mi parte, entonces, debía pensar qué excusa utilizaría para estar con ella.

-Padre, debo retirarme por un momento.

-Henr...

No pude oír más, de hecho, la voz de mi padre quedó ahogada de repente entre la celebración y mi concentración hacia Helena. Por un rato y a punto de estar al borde de la desesperación, la vi como si fuera una estrella en medio de la noche.

Estaba sola, increíblemente, así que tomé valor y me acerqué lentamente. Al hacerlo, parte de mi ser animal la veía como una preciosa presa. Casi podía imaginarla entre mis carnes.

Giró su cabeza y nos volvimos a mirar. Tan bella, tan hermosa, parecía una diosa de las leyendas.

-Su majestad, siento que me ha rescatado. Mis sirvientes me han dejado sola y me encuentro un poco perdida.

-Placer será, mi señora, que tome mi brazo y disfrutemos de la velada de hoy.

Ella sonrió suavemente y sus pequeñas manos se posaron sobre mi brazo. Estuvimos en el mismo sitio durante un tiempo pero ya después mi impulso pudo más y comenzamos a caminar alrededor.

Nunca me caractericé por ser galante, más bien tomaba lo que quería cuando lo deseaba, sin pedirlo. Pero, ahora, me encontraba en una situación inusual, tratando de seducir a una mujer por medio de las más dulces palabras.

-Usted es un caballero agradable. Apuesto que se lo han dicho con frecuencia.

-No realmente, mi señora. Más bien parece que mi aspecto es suficiente para hacer pensar que soy un hombre sin alma ni corazón. Algo totalmente falso.

-Lo apuesto. Ciertamente tiene un aspecto intimidante, si me permite decirlo. Pero he aprendido que lo peor que se puede hacer, es juzgar sin conocer.

-Es una respuesta que demuestra la calidad de ser humano que posee.

-No se apresure mucho en halagarme, mi buen señor. También soy susceptible a los errores aunque trato de evitarlos.

-Usted trata de presentarse como una persona común y corriente pero le diré que no es así. Sus palabras sólo la hacen ver sublime y dulce. Un carácter fácil y eso es una cualidad extraordinaria.

Ella se sonrojó de inmediato y sentí que ya era mía. Sólo debía estar atento a dar la última estocada y así adentrarla en mi mundo oscuro.

Sus dedos se aferraron más hacia mí y justo en ese momento, comenzó a escucharse la música. La pareja debía hacerlo primero, mientras aprovechaba el momento para observarla más detenidamente.

Sus ojos brillaban al ver la celebración del amor. Personalmente me parecían tonterías pero había que entender por qué maravillaba tanto. Ambos, los dos

príncipes de reinos lejanos, se habían prometido amor eterno y ese sentimiento flotaba entre los dos.

Luego de su danza, se sentaron en el trono y el resto de nos invitados nos dispusimos a tomar nuestras posiciones para bailar.

-Lamento confesar ahora, ya que no puedo escapar, que no sé mucho de esto. Si mi madre me escucha, seguro sentiría enorme decepción.

-Usted sólo déjese guiar por mí.

Se formaron dos filas, una de hombres y otra de mujeres. Nos miramos de frente y los pasos nos tardaron en manifestarse. Para mí sólo existían las curvas de Helena, tan peligrosas y tan tentadoras.

La tomé por la cintura para elevarla y dejarla caer suavemente en el suelo. Su figura era delicada, suave. Sus mejillas blancas estaban encendidas gracias a mi tacto firme, así que quise seguir tentándola con mis manos.

No le quitaba los ojos de encima y casi estuve tentado de tomarla entre mis brazos y llevarla conmigo. La Bestia estaba allí y era capaz de hacer lo que quisiera.

El baile había terminado pero yo no con ella.

-Creo que hace un poco de calor... –Dijo Helena, un poco exaltada.

-Mi señor, ¿le apetece un paseo?

-Sí, tomemos aire fresco.

Nos escabullimos y un viento fresco nos hizo sentir mejor.

-¿Está bien, señora?

-Sí, perfectamente. Lo siento, es que tuve una sensación... Un poco difícil de explicar.

Se detuvo de repente y nos volvimos a ver a los ojos. La seguridad que proyectaba la primera vez, seguía allí pero estaba mezclada con temor y curiosidad. Una combinación que haría duda al más prudente.

Eso fue suficiente señal para continuar. Debía ser cuidadoso y no dejar que la presa escapara... Al menos no tan fácilmente.

Salimos de nuevo al jardín pero ya habían salido las estrellas. Parecía un gran manto brillante y dulce. Ella parecía embelesada con lo que veía y yo

permanecí en silencio para no molestarla... Sin embargo, no pude más y tuve que dirigirme a ella.

-Mi señora, disculpe si he sido un poco tosco con usted. Mi intención era compartir una pieza de baile pero es probable que me haya excedido.

-Señor, no se culpe. Debo decirle que quedé impresionada con la habilidad que tienes usted para la danza. No había estado con alguien con esos talentos.

-Podría impresionarla, Su majestad.

Al decirle estas palabras sabía que estaba asumiendo un riesgo muy alto pero no debía dejarlo pasar y, sobre todo, porque por fin estábamos juntos.

Ella, entonces se quedó callada y bajó la cabeza. Con suavidad, le tomé la barbilla con delicadeza e hice que me mirara a los ojos. Deseaba enfrentarla al deseo que se manifestaba dentro de mí.

-Su majestad...

-Sé que esto es muy atrevido de mi parte. Sé que esto puede ser visto como un acto invasivo y poco caballeroso pero no puedo alejarme de usted... Desde que la vi, sentí como si me partiera un rayo en mil pedazos.

Hice una pausa, esperando ver la reacción de Helena. Sus grandes ojos estaban fijos en los míos. Aún sentía cómo la duda la invadía y fue así como me acerqué aún más. Por supuesto, un hombre y una mujer al estar a una distancia tan corta como nosotros en ese momento, era visto un acto íntimo. Podría ser peor si nos vieran pero si soy franco, me daba igual las habladurías ya que podría tolerar lo que fuera. Mi objetivo estaba fijo y nadie me haría cambiar de opinión.

Me alejé un poco para terminar de tentarla a venir hacia mí.

-Mi señor, no está bien lo que hacemos ahora pero mi corazón dice que debo continuar sin importar las consecuencias. Sé que podría ser un problema para ambos... Pero... Pero no me importa.

Ella vino hacia mi regazo y, a pesar de ser un poco más alta que el promedio, se puso de puntillas y fue el momento para tomarla entre mis brazos y besarla. Mi Bestia interior me pedía que lo hiciera con fuerza, que no hiciera reparos en dominarla desde un primer momento pero tuve un momento de lucidez y decidí reservar un poco los bríos.

Todo se dio de manera dulce, delicada. Los labios de Helena se sentían como la ambrosía, como algo divino, fuera de lo conocido. Sus brazos delgados y suaves rodeaban mi cuello y sentía las caricias de sus dedos en mi nuca. Lento, como si no quisiera romperme.

Yo, mientras, estaba desesperado. Sabía que apenas sería una probada que me llevaría a ir a por más.

Helena, la sublime, gemía a medida que continuaba el beso. Nos aferrábamos más, como deseando que el tiempo se detuviera y se quedara entre los dos. Sin embargo, debíamos separarnos.

-Creo que debemos irnos. Seguramente preguntarán por usted y heme aquí, secuestrada entre mis brazos.

-No se me ocurre mejor lugar para estar, señor. No debe lugar más cómodo y hermoso que este.

-No exagere, mi señora.

-No, señor. No lo hago. Por favor, béseme que es lo único que ansío ahora.

-Si lo hago, señora, temo que no podré soportar las ganas de hacerla mía...

Helena quedó fría y era una reacción que esperaba. Sin embargo, permanecí en el mismo sitio. El mensaje era claro y no le daría espacio para que escapara.

Sentí su mano sobre mi rostro y cerró los ojos. Parecía memorizar cada cicatriz y relieve que encontrara. Luego de una pausa que ya me tenía al borde de la desesperanza, ella abrió los ojos con un brillo casi engeguecedor.

-Pero, mi señor, si desde el momento en que usted tocó sus labios con los míos, me hizo suya.

La Bestia que había permanecido casi controlada, tomó las riendas de la situación. La tomé de nuevo con fuerza y la volví a besar con intensidad. Sus labios respondían con la misma intención y yo sólo iba hacia adelante. Quería consumirme en ella y que ella hiciera lo mismo conmigo.

-Me tienes hechizado. Has hecho magia en mí y es lo que siento cada vez que estás así cerca. ¿Sientes lo mismo?

-Sí, sí, mi señor.

Seguimos juntos hasta que me di cuenta que, si quería estar más con ella, debía ser inteligente. Hay que esperar... Y la verdad es que no tenía problema en

ello ya que ese beso que nos habíamos dado, selló algo muy importante: Helena me pertenecía. Era mía.

-Venga, señora, pues es momento de que se reúna con los suyos.

-Mi señor, antes de separarme de usted, déjeme decirle el lugar de mi castillo. Quiero verle y temo que el tiempo en el que tengamos que separarnos será demasiado para tolerarlo.

Susurró suavemente las palabras y luego volvió hacia mí. Nos vimos como si nos despidiéramos y entramos al evento fina por separado. En ese instante, vi cómo sus damas y acompañantes tenían rostros de reproche mientras que Helena no podía esconder el color de sus mejillas y un par de miradas hacia mí que estaba a cierta distancia.

La vi disculparse y tratando de acomodarse el cabello. Tan dulce e inocente, como un hada del bosque. Desde mi perspectiva, podía verla y no negaré que estaba impresionado con su imagen. Cualquier artista se inspiraría con sólo admirarla un segundo. Sólo ese tiempo bastaría para hacer las obras más espectaculares del mundo.

-Hijo, estuve buscándote por largo tiempo, ¿en dónde te encontrabas?

Como si me despertara de un sueño placentero, mi padre me tomó por el hombro y me recordó que aún debía responder a mis responsabilidades de heredero al trono. Traté de aclararme la garganta y de tener la expresión de neutra de siempre. Aunque sabía que eso no resultaría mucho.

-¿Estás bien? Te veo un poco... Extraño.

-Sí, me encuentro bien. Sólo que este tipo de situaciones me parecen inmensamente aburridas, eso es todo.

-Bien, debemos irnos. Me encuentro cansado. Ya mi juventud me ha dejado para este tipo de cosas.

Hice el ademán de tomar la dirección hacia la puerta. Antes de irme, quise buscar a Helena y la vi en el medio del salón, con la luz de las velas iluminando su rostro. Parecía que ese momento ella existía sólo para mí.

Salimos entonces y ya los carruajes estaban listos. Al entrar, mi padre comenzó a hablar y mi mente trató de prestarle atención pero era imposible. Sólo añoraba tener los labios de Helena sobre los míos.

El camino al castillo pareció más rápido que de costumbre. Así que celebré que estaría más tiempo a solas pensando en ella y quizás tramando lo que sería mi próximo paso.

-Te vi conversando con alguien. Fue por un momento corto pero es una mujer hermosa.

-Sí, es una princesa de un reino cercano. Una persona agradable.

-Eso es decir demasiado incluso para una persona como tú.

-Podría ser. Ah, por cierto, es recomendable no hacer conjeturas.

No había terminado de decir estas palabras cuando sentí la mano de mi padre sobre mi hombro. A pesar de haber cubierto mi rastro, no pude evitar sentirme como un niño que ha sido atrapado en medio de una travesura.

Luego de ese momento incómodo, subí por las largas escaleras en medio de la oscuridad. Mi mente, para variar, estaba desbocada.

La confesión de Helena me ponía en una situación interesante. De alguna manera había logrado lo que quería pero también quería decir que era posible llegar al punto en el que ambos tendríamos que unirnos en matrimonio. No se trataba de una mujer cualquiera, sino de una princesa y debía ser tratada como tal.

Me eché sobre la cama y vi el techo como solía hacer. Estaba concentrado en mis próximos planes. Continué de esa manera hasta que por fin quedé dormido con el último pensamiento en Helena.

VI

Los días transcurrieron y las ocupaciones que tenía me habían quitado la oportunidad de ir a hurtadillas a ver a Helena. Lo cierto es que estaba sorprendido conmigo mismo de lo que estaba pasando. Por lo general, perdía el interés rápidamente con las mujeres ya que, en algún momento, me parecían aburridas. Pero ahora era diferente, estaba interesado en Helena y en conocerla más.

-Me iré a las Tierras Altas. Espero regresar pronto. Mientras, espero, hijo mío, que cuides de este lugar como lo haría un buen monarca. La corte está al tanto de mi ausencia y estará para ayudarte en todo lo que pueda.

-Perfecto, padre. Espero que tengas un viaje próspero y provechoso.

-Así será, hijo.

Los caballos despuntaron y una nube de polvo envolvió las puertas de roble y pino de la entrada al castillo. A la distancia, se veían banderines y papelillos en honor al rey que se iría a tierras desconocidas para muchos.

Su ausencia, además, también representaba una oportunidad más que valiosa. Podría ver a Helena lo más pronto posible.

Esperé, sin embargo, un par de días antes de verla. A pesar de las ganas que tenía La Bestia de manifestarse, había que comportarse con cabeza fría. No valía la pena dar pasos en falso y menos cuando ambos teníamos mucho que perder.

Una noche fría y sin estrellas, ensillé mi caballo y salí en dirección hacia el castillo en donde residía Helena. Ya había pasado un par de semanas desde nuestro último encuentro, así que estaba más que entusiasmado.

La emoción hizo que casi forzara mi fiel amigo hasta el cansancio. Cuando estaba ya a punto de dejarme en el camino, pude visualizar las torres que estaban frente a mí. Mi destino estaba cerca.

-Vamos, amigo. No me falles ahora.

Obstinado como yo, hizo un resoplido antes de apretar el paso. Ya en minutos estaba en la puerta y crucé sin que los guardias pudieran notar mi presencia. Dejé el caballo cerca de un pequeño pozo. Como supuse, dio grandes sorbos

de agua y lo dejé tranquilo para que descansara.

Caminé unos pasos más hacia adelante para estudiar la zona. Era una hermosa estructura, rodeada de arbustos pequeños y flores. De día debía ser todo un paraíso.

Exploré cuanto pude y traté de buscar alguna entrada disponible. Ya ese punto, cualquier pensamiento lógico era inexistente, lo único que me movía era el impulso de verla, así fuera por unos segundos.

Por fin encontré lo que deseaba. Se abrió prácticamente en mi cara, una puerta que daba a lo que supuse era la cocina. Con paso ligero, entré sin hacer ruido y me escondí detrás de un puertecilla. Esperé que la persona que había salido, se reincorporara para quedar solo y a oscuras.

Respiré profundo y salí de mi escondite. Todo estaba solo y comencé a buscar algún indicio de Helena. De repente, escuché algunas voces risueñas y el instinto me dijo que debía seguir esa dirección.

Subí unas escaleras cortas y reconocí a una de las doncellas de Helena, quien hablaba con otra animosamente.

-Bien, debe estar sola.

Pensé y continué por un camino sin saber exactamente a dónde me llevaría. Poco a poco, sin dejar que se apoderara la desesperación ni el brío.

Un pequeño resplandor de vela iluminaba una fracción del suelo frío y me acerqué para saber de qué se trataba. Lentamente, me asomé y en efecto era Helena, quien había dejado la puerta entreabierta, como si estuviera esperando algo.

Me introduje rápidamente dentro la habitación y cerré la puerta con suavidad. Con un dedo, hice el gesto a Helena que no dijera nada y ella, sentada, estaba con el rostro impresionado. Tanto, que parecía que veía a un fantasma.

-Mi señora...

Ella se levantó lentamente y con su blanca y perfecta mano, acarició mi rostro.

-Mi señor... Ha pasado tiempo, tanto tiempo que pensé que todo lo que había sucedido se había tratado de un dulce sueño. Y, ahora que lo veo, el corazón me salta porque la realidad es más hermosa que la fantasía.

La tomé de la cintura y la besé con fuerza. La verdad, había olvidado que me

encontraba en una posición vulnerable pero qué más podía hacer. Había pasado tanto tiempo sin ver a Helena que pensaba que estaba en un martirio.

Ella sonrió y me alejó dulcemente, como para no hacerme daño.

-Debemos tener cuidado, cualquier pudiera entrar y vernos. Déjame cerrar.

Con lentitud, empujó la puerta pesada de madera.

-Creo que así podemos hablar tranquilamente.

-Mi señora, he esperado tanto por verla. He añorado este momento. ¿Y usted?

-Siempre, desde el momento en el que nos separamos. Ha sido amargo pero ya no quiero pensar en ello.

Nos abrazamos y me sentí como el hombre más afortunado del mundo. Sin embargo, La Bestia parecía que iba a emerger en cualquier momento.

-Mi señora, es momento de arreglarla para la hora de dormir.

El rostro de Helena se transformó por completo. Estaba al borde de un ataque de pánico.

-Tranquila... ¿Por casualidad esa es una puerta?

Señalé detrás de la cama.

-Sí. ¡Oh, sí! Mi señor, da a un pasadizo que termina en las caballerías. Debe tener cuidado puesto que siempre está vigilado.

-Está bien. No te preocupes. El sólo verte me han dado las fuerzas suficientes para continuar con energía.

Ella corrió hacia a mí con lágrimas en los ojos.

-Tengo miedo de no volverlo a ver.

-Volveremos a vernos, señora. No dude de ello.

Nos dimos un beso de despedida y salí por la puerta que me había indicado para escapar de un destino fatídico.

Caminé lo suficiente como para sentirme preocupado por si me encontraría bien al terminar de llegar a mi destino. Aliviado, escuché el relinchar de un caballo y supe que debía medir mis pasos para no ser descubierto.

Uno, dos, tres guardias con espadas largas y brillantes por el filo, me hicieron respirar preocupado hasta que los perdí de vista. Con todo el cuidado posible,

y a gachas, recorrí toda el área hasta llegar al espesor de un bosque tupido. Seguí caminando con un poco de confianza hasta que vi las grandes puertas principales abiertas. Respiré profundo y salí corriendo con todas las fuerzas posibles hasta que, por fin, vi el brillo del pelaje negro de la crin de mi caballo.

Estaba tranquilo, tanto que parecía a punto de quedarse dormido. Lo acaricié con cuidado para no asustarlo y respondió con entusiasmo.

-Ya estás mejor, ¿no?

Movió alegremente la cabeza. Seguidamente, deshice el nudo de la tira de cuero con el que lo había atado y, un par de pasos después, lo monté y comencé a galopar con una velocidad no intensa.

Me encontraba a las puertas del castillo un par de horas después. Los guardias parecían imperturbables. Al entrar, encontré todo tranquilo y a oscuras. Me sentí aliviado de no tener que pensar demasiado en responder solicitudes o demandas a última hora.

Entré a la habitación, me quité la ropa y quedé completamente desnudo a pesar del frío. La imagen de Helena, la estrechez de su cintura, la suavidad de su piel, los ojos verdes. Cada parte de ella se dibujaba en mi mente y el sentido de lujuria comenzó a ganar terreno en mí. No habría lamentaciones ya que estaba solo y podía dejar que La Bestia saliera.

Sentía que la respiración se agitaba cada vez más. No sentía el frío y la oscuridad no me resultaba abrumadora. Mis ojos recreaban la luz que emanaba la belleza de Helena. Tan completa y entera. Tan única.

A la par, mi miembro se endurecía al insistir en el pensamiento. Ella invadía cada parte de mí y quería que lo hiciera con toda la libertad posible.

Tomé mi miembro entre mis manos y rugí a la par que me masturbaba con fuerza. Sólo imaginaba que la poseía de todas las maneras posibles.

Llegué al punto, inclusive, de imaginarla en una especie de mazmorra. Sólo ella y yo. Mis manos paseaban su cuerpo delicado, haciéndola suspirar y delirar al ritmo que quisiera. En mi visión, la tenía amarrada, sometida a mí, a todos los deseos, a todas las fantasías que mi mente quisiera.

Continué hasta que mis propias ganas desembocaron en una eyaculación tan fuerte que casi hizo que cayera de rodillas al suelo.

Luego de respirar varias veces, noté que sobre la cama e incluso en el felpudo, había gotas de aquel líquido de placer. Sonreí un poco, limpié tanto como pude y así, en la misma desnudez, caí sobre la cama y seguía sin desprenderme del pensamiento de Helena. Hice el esfuerzo sin embargo, ya que sabía que debía tomar una importante decisión al respecto.

VII

El día pasaba sin contratiempos. Recorría las caballerías, los centros y hablaba con miembros de la corte. A pesar de la concentración, Helena volvió a aparecer en mi mente y eso me preocupaba de alguna manera. Los dos no podíamos continuar con aquellos encuentros clandestinos y menos cuando teníamos un rango importante.

Continuaba ensimismado en mis pensamientos hasta que recibí el informe de un caballero procedente de Tierras Altas.

-Su majestad, graves noticias de su padre. Es urgente que venga conmigo.

La expresión de pánico de ese pobre hombre sólo me hizo suponer que no debía hacer preguntas y que debía seguirlo tal y como me lo había pedido.

La distancia a Tierras Altas era considerable pero ambos, el caballero y yo, les exigíamos el máximo a nuestras bestias. Internamente, quería además, detener el tiempo.

Finalmente, después de una travesía que parecía no terminar, el horizonte dibujaba la silueta de Tierras Altas. El caballo se detuvo bruscamente y giró para decirme.

-Majestad, vayamos a esta dirección. Llegaremos más rápido y sin contratiempos.

Apretamos el paso hacia una larga fila de árboles que bordeaban un camino desconocido para quienes no eran lugareños. A medida que avanzábamos, encontramos un par de guardias que nos esperaban. La noche comenzaba a manifestarse con la aparición de unas estrellas.

-Su majestad...

-¿EN DÓNDE ESTÁ?

No dijeron nada y sólo me guiaron tan rápido como pudieron. Entramos a una pequeña torre. El interior engañaba a cualquiera que entrara. El lugar era más amplio de lo que pensaba.

-Señor... Se encuentra en la habitación.

Agradecí a mi acompañante y entré. A pesar del brillo de la luna, encontré la habitación como con un ambiente mortecino y oscuro. Se encontraban dos

mujeres sentadas en un extremo, atentas a él.

-Su majestad...

-Necesito que me den razón de él. ¿Qué ha pasado?

Ambas bajaron sus cabezas y un señor de aspecto duro pero sabio se me acercó con cuidado.

-Su majestad, soy el médico de este reino y lamento decirle que su padre ha caído en una extraña enfermedad de la cual desconocemos su origen. Ha permanecido allí desde hace un par de días.

Sentí cómo el rubor iba subiendo violentamente y me acerqué hacia ese hombre como para cortarle el espacio.

-¿CÓMO ES POSIBLE QUE NO SE ME HAYA NOTIFICADO ANTES?

-Le pedimos que no se altere, Su majestad. Pensamos que se trataba de un ligero malestar debido a las alturas pero, al final, resultó que se trataba de algo mucho peor. Lo que sabemos, sin embargo, es que no es contagioso.

Lo fuera o no, no hubiese importado. Fui a la cama en donde descansaba y quedé de rodillas a suelo. Su mano se sentía fría, gélida y su rostro había envejecido de repente. Estaba de frente a una imagen que por muchos años me había causado temor.

Tras unos segundos, sus pesados párpados abrieron para que pudiéramos encontrarnos con la mirada. Pese a la aflicción, sonrió como solía hacer cuando se encontraba de buen humor.

-Hijo mío, no he querido preocuparte. El culpable de esto soy yo porque he sido imprudente e insistí en no decirte nada.

Hizo una pausa y un sentimiento de culpa me embargó.

-No diga eso. La culpa es mía por haber acusado a esta noble gente el haberle cuidado con tanta paciencia y atención hasta el hoy.

-Hijo, no tengo tiempo. No, no pongas esa cara, es algo que sé y que siento, por lo tanto tengo que decirte unas cosas importantes.

-Amables señores, ¿nos dejarían solos unos momentos, por favor?

La habitación se vació y quedamos los dos, tal como él había requerido.

-Bien, ahora podemos hablar cómodamente. Ay, hijo. Me duele en el corazón

que los dos nos encontremos en estas circunstancias tan penosas pero el tiempo apremia. Antes de que te avisaran, la corte sabía de mi condición para que prepararan todo lo necesario. Cuando regreses, entonces, contarás con la ayuda que necesitas para reinar como debe ser. Confío plenamente que lo harás bien.

-Padre...

No pude evitar llorar. Las lágrimas caían lentamente sobre su mano y sobre la manta que lo cubría.

-Siempre has sido buen hijo. Siempre. Pero debo pedirte algo que creo que necesitarás.

Sabía a lo que se refería.

-Tienes que encontrar esposa. Sé que este tema te es incómodo pero es importante. Dentro de ti, hijo, habita un ser que puede ser oscuro y creo firmemente en tu nobleza y entereza pero como padre te conozco y deseo que ese lado no te consuma. Eres más que eso.

Fue duro escuchar eso de él, sobre todo cuando pensaba que esto sólo era de conocimiento personal pero esa noche descubrí que la verdad es clara y que habla por sí sola.

-Eso es todo, hijo mío. Gobernarás bien y serás feliz si te lo propones. Ahora, déjame descansar un rato.

Me levanté con cuidado y vi cómo sus pesados párpados caían lentamente. Sabía que sería la última vez que lo vería con vida.

Luego de unas horas tortuosas, mi padre, el rey, había muerto en Tierras Altas.

VIII

Al tratarse de un rey, los funerales fueron todo un acontecimiento. Es decir, todo lo que no quería. Sólo deseaba estar solo pero no podía. Ahora era el monarca y debía portarme como tal.

Luego de una semana entera de ceremonias, saludos y mensajes por parte de todos los reinos cercanos. Por fin me encontraba en la soledad de mis pensamientos y en la amargura del sentimiento. En algún momento debía enfrentarme a ello.

De repente, Helena apareció y sentí una especie de alivio que embargó mi alma e, inmediatamente, pensé en mi pare y su último consejo. Sus palabras hacían eco por más que no quisiera.

Mientras me encontraba sentado en el trono, los pensamientos de La Bestia se manifestaron como un rayo. La solución del matrimonio sería gracias a Helena. Ella se convertiría en mi esposa. De esta manera la trataría con el honor que merece.

La idea, por supuesto, me pareció descabellada en un principio, pero luego fue cobrando más y más sentido. Ella era la solución a mis problemas. Me levanté y tomé la capa de un gesto.

-Su majestad...

-Debo irme. Regresaré tan rápido como pueda.

Tomé el caballo y fui hacia el castillo de Helena. Ese mismo día había tomado la decisión de comprometernos.

El día estaba completamente frío y nublado. No quería tomar aquello como un augurio de una unión turbulenta. Mi mente y corazón en aquellos momentos estaban sincronía. Helena sería toda mía.

Se anunció mi llegada y me recibieron con solemnidad. En un primer instante, me sentí abrumado pero luego recordé mi nuevo estatus. Así que debía guardar el comportamiento acorde a lo que sucedía.

Los guardias anunciaron mi llegada al rey y se pudo sentir un aura de suspenso.

-Su majestad lo espera en el gran salón en conjunto con varios miembros de la

corte, mi señor.

Asentí y vi cómo se mostraban poco a poco las personas a medida que me permitían la entrada. Algunos de los asistentes tenían rostros de sorpresa y hasta de duda. Por mi parte, decidí entrar con paso firme y decidido. Era como estar a punto de enfrentar a un batallón de hombres armados y listos para luchar hasta las últimas consecuencias.

Me acerqué tanto como se me permitió. Tampoco quise verme invasivo pero quería dejar en claro que también era un monarca que tenía poder.

-Mi amable señor, hemos recibido la noticia de que estaba por nuestras tierras y nos resulta grato recibirlo. ¿Podría decirme el motivo de su visita?

Tragué con fuerza y tomé valor. Necesitaba tener a Helena conmigo.

-Su majestad, he venido no como un rey sino con el brío de un hombre enamorado. Deseo pedirle la mano de su hija en matrimonio.

Se escuchó una especie de grito ahogado. Lo que antes parecía un lugar tranquilo, ahora se había convertido en un escenario tenso. Los presentes que se encontraban allí estaban en la expectativa de lo que iba a suceder. Por mi parte, estaba asustado pero también determinado.

El padre de Helena se echó para atrás y quedó cubierto por las sombras. No pude ver lo que su rostro escondía así que permanecí en la duda por unos largos minutos.

La corte, a su vez, estaba a la espera de la respuesta ante tal atrevida propuesta. La tensión terminó cuando se le volvió a ver el rostro impassible del rey.

-Nos honras con tu propuesta puesto que la belleza de Helena no escapa de los ojos de quien la admira. Sin embargo, debo confesar que desconozco cómo surgió esa historia de amor y, como comprenderás, debo proteger a mi más preciado tesoro.

-Su majestad, en el matrimonio de los monarcas del sur. Antes de eso, desconocíamos de nuestra existencia. Eso cambió en el momento en el que a vi. Le juro, Su majestad, que fue ver lo más hermoso y sublime que han contemplado mis ojos. Me sentí incapaz de apreciar tal belleza pero afortunado de que fuera real.

-Hablas de mi hija con tal pasión que me conmueve. Hasta ahora, no había

contemplado a ningún pretendiente como digno de Helena pero he cambiado de opinión. Primero porque conocí a su padre, un hombre honorable y segundo porque he escuchado que usted es un caballero aguerrido y valiente. Son cualidades que necesita un reino próspero y justo.

No podía emitir palabra y en ese momento estuve consciente de la importancia de aquellas palabras.

-Por favor, solicito la presencia de mi querida hija.

Se escuchó el ruido de un murmullo hasta que apareció Helena. Lentamente se acercó hacia su padre y parecía que el sol resplandecía sobre ella como para hacerla lucir más que hermosa. Lucía un vestido azul con detalles brillantes y el cabello atado con trenzas, las cuales le despejaban el rostro. Sus ojos verdes estaban muy abiertos y parecían atentos ante lo que estaba pasando.

Al encontrarnos con la mirada, supe que estaba un poco asustada, sin embargo mantuvo la serenidad en todo momento.

Él tomó la mano de ella y a estrechó con cuidado.

-Este caballero ha venido hasta aquí para pedir tu mano y a pesar de que no lo conozco bien, siento que se trata de un buen hombre. Le confío lo más importante que tengo pero, antes de eso, debo hacerte una pregunta: ¿Estás conforme con su propuesta?

Ella me miró y todo se iluminó de repente.

-Padre, esta es la noticia más conmovedora que he recibido. Estoy tan feliz que no lo puedo creer.

-Créelo entonces, hija.

El rey se levantó del trono aún con tomando a Helena para unirlos con la mía. Los dos quedamos unidos y nos miramos entre las celebraciones que por fin se habían manifestado en el salón.

Mientras veía a Helena, por dentro La Bestia había triunfado.

IX

Ese mismo día se había establecido una fecha para el matrimonio y fui de regreso tan rápido como pude para comenzar con los preparativos.

Luego de ese día tan ajetreado, me di cuenta que estaba a punto de dar un paso que cambiaría mi vida por completo pero ya no había vuelta atrás.

-Su majestad, estas son las ropas que hemos confeccionado para hoy. Fueron realizadas con las más finas telas. ¿Qué le parece?

-Me hace ver importante, ¿no cree?

-Le hace ver como el rey que es, mi señor.

Los sastres dejaron la habitación para dejarme solo con mis pensamientos y dudas. Me vi en el reflejo de la placa de metal y la imagen borrosa y brillante, me hizo sentir más dispuesto a tomar a Helena.

Salí hacia a catedral y, en el camino, pude ver pétalos de rosas blancas que eran lanzadas por los habitantes del reino. Todos parecían sonreír y celebrar. Yo, por mi parte, tenía una expresión de seriedad.

Permanecí de pie al lado del altar para esperarla. Todo se encontraba repleto de invitados de todo tipo. La decoración fue por parte de la familia de Helena, así como otros aspectos de la ceremonia. Para ser franco, todo eso me parecía una tontería aunque se tratara de mi propia boda.

De repente, las puertas se abrieron y pude ver el brillo del día que irrumpía en la oscura catedral. Helena, vestía de un blanco prístino y, cada paso que daba, parecía que flotaba sobre el aire.

Se acercaba con lentitud junto a su padre. Estando de cerca, pude ver el detalle de su tiara repleta de brillantes y piedras preciosas, así como las flores que tenía en las manos. Todas ellas de colores suaves y tenues.

Su padre me la entregó y le tomé ambas manos. Estaba nerviosa y delicadamente le pasé los dedos sobre su mentón, quería que se sintiera segura y tranquila.

Sólo unos minutos después y ya nuestra unión se hizo oficial. Al salir de la catedral, recibimos ánimos, flores y gritos de alegría por parte de ambas familias, invitados y demás personajes que lograron colarse en la ceremonia.

Los dos, tomados de la mano, entramos a un carruaje que había encargado hacer sólo para estar con ella antes de celebrar.

-Amado mío, mi dulce señor, este ha sido el día más feliz de mi vida. Me siento afortunada de ser su esposa ahora y para siempre.

Le tomé la mano, la besé y la miré fijamente. Por fin Helena era mía.

Los caballos avanzaron hacia adelante y el movimiento parecía mecer el carruaje. Todo parecía como cuento de hadas. Como si fuera perfecto. Pero dentro de mí, sólo recreaba las maneras en las que ella sería mía.

Llegamos al castillo y nos preparamos para bajar. Me aseguré que todo fuera perfecto para ella. Una alfombra blanca y brillante sólo para sus pies, los adornos de cristal y las flores más delicadas que existiesen. Sólo para ella.

-Amor mío, esto es para ti. Quiero que desde este día veas este castillo como tu hogar.

-Mi señor, mi hogar es el lugar en donde usted se encuentre.

La ayudé a bajar y ambos, tomados de la mano, caminamos hacia la puerta que nos conducía hacia el castillo.

X

Luego de la algarabía de la boda, finalmente Helena y yo habíamos quedado solos. Entramos a la habitación principal la cual había pedido que se viera más iluminada y clara ya que el resto del castillo se veía demasiado oscuro.

Ella entró con paso lento, observando todo con detalle. Acariciaba la sábana con cuidado, tocaba los muebles y luego se acercó hacia la ventana. Quedé atrás observándola, hasta que me animé en quitarme a capa que tenía puesta y la dejé sobre un sillón de roble.

Helena escuchó el ruido y permaneció allí aunque parecía temblar. Me acerqué a ella lentamente y la tomé por la cintura. Apoyó su cabeza sobre mi pecho mientras aún observaba el exterior.

-Todo esto es tuyo, Helena. Todo y más. Más de lo que tus ojos puedan observar.

-Lo único que me interesa tener, señor, es su corazón. Lo demás no me importa.

Giró hacia a mí y nos miramos. La tomé con fuerza y ella se sostuvo de mí en mis hombros. Aferrándose.

Comenzamos a besarnos con dulzura aunque mi interior pedía que fuera más intenso con ella, por supuesto, no podía ser tosco con ella... Al menos no desde un principio. Seguimos hasta que no pude más, mis manos fueron hasta las cintas que unían su vestido y poco a poco los desaté. Iba con cuidado hasta que por fin pude ver su cuerpo. Tan blanco, tan brillante, como una estrella en el cielo.

Temblaba. Estaba agitada. Su piel parecía de gallina a medida que mis dedos recorrían su piel. No hacía falta hablar. Era el momento de los dos.

-No tengas miedo...

Suspiró y la acerqué más hacia mi cuerpo. Al quedar abrazados, pude sentir cómo su corazón latía con fuerza. Sus ojos, mientras tanto, estaban muy abiertos, atentos a lo que sucedía en cada momento.

Quedó completamente desnuda y ella comenzó a quitar las ropas que tenía sobre mi cuerpo. La guiaba y cada vez ganaba más confianza en sí misma.

Adoraba ver cómo exploraba su deseo con total libertad.

Expuesto ante ella, la tomé de nuevo y la alcé entre hasta que quedó suspendida. Sus piernas instintivamente rodearon mi torso. Era ligera, suave, increíblemente suave. Seguíamos besándonos hasta que la coloqué sobre la cama.

El cabello largo y dorado, caía como una cascada y su cuerpo lucía como un retrato de Venus. Al verla, me sentí incapaz de hacerle daño, de corromperla. Mi momento de duda se vio interrumpido por la mano extendida de Helena.

-Mi señor...

Entre jadeos y suspiros. Aquellos ruidos provocaron que La Bestia volviera a despertar en mí y sacaran toda aquella fuerza que estaba a punto de desbordarse.

Fui a reunirme con ella y mi cuerpo quedó sobre el de ella. Su calor y el mío empezaban a fusionarse. Abrió las piernas lentamente y mi miembro fue hacia su vulva. Poco a poco fui abriéndome paso dentro de ella. Un poco de resistencia, un poco de dolor. Sus dedos se aferraban a mi espalda en cada embestida. El calor de sus carnes y la desesperación de mi intención de hacerla mía, iba creciendo.

Tomaba sus piernas, como hambriento de ella e iba más y más rápido. Helena, sobre la cama como una diosa, gemía, jadeaba y sus sonidos hacían que sólo me convirtiera en un animal.

En un momento, la tomé por el cuello en medio de mi trance y lo apreté sólo lo necesario como para que no se interrumpiera la respiración. La mira de Helena pasó de placer al miedo. Un extremo que preocupada.

Por supuesto, La Bestia estaba adueñándose de mí de una manera inexplicable. En un momento, abrí los ojos y ella aún tenía el rostro preocupado. Sabía que estuve muy cerca de perder el control, por ende, le tomé el rostro y comencé a besarla tan intensamente como pude, tanto como para hacerla sentir cómoda de nuevo.

Pareció relajarse y volvimos a lo nuestro. Se sentía deliciosa, tanto que supuse que en el algún punto me volvería adicto a ella.

Quería que Helena experimentara otro tipo de placer a lo que ella se esperaba. Entonces, dejé de penetrarla para tocar su vulva con mis manos y luego me

dispuse a jugar con ella a través de mi lengua.

-Mi señor qué...

No terminó de hacer la frase cuando la punta de lengua acarició su clítoris con lentitud. Continué haciéndolo hasta que sentí que sus piernas se cerraban en mi cara y los temblores aumentaban. No quería parar y sabía que ella no quería que lo hiciera.

Lamía con más fuerza y hasta de vez en cuando mordía para jugar con sus sensaciones. La dulce Helena parecía desfallecer sobre la cama.

Sus manos sostenían la sábana con fuerza hasta que finalmente un último temblor desembocó en un orgasmo intenso, fuerte que se manifestó en un alarido de placer que hizo eco en toda la habitación.

Después de haberla hecho satisfecho, tomé mi pene y me masturbé con violencia. Todo mi semen fue a parar a su perfecto torso el cual parecía un lienzo en blanco.

Ambos, cansados, nos quedamos admirando el techo pintado de la habitación. Helena tomó mi mano y fue hacia mi pecho, yo le besé la frente que aún estaba empapada de sudor.

Así fue nuestra primera noche y en ese momento pensé que todo sería simplemente idílico. Pero no fue así...

El brillo, el vestido, el pastel, los bailes, las risas, las flores. Todo y cada uno de esos detalles formaban parte de un recuerdo. Uno que se sentía lejano. Ahora la realidad era diferente.

La Bestia había tomado control de mi ser. No sólo respecto a las relaciones carnales, sino también debido a la intensidad de mis palabras y acciones. Yo, que había luchado con tanta insistencia en dominar aquel monstruo dentro de mí, ahora estaba libre y por sus anchas.

Los primeros conflictos con Helena surgieron poco después de nuestra noche de bodas. Había hecho el intento de evitarlo pero fue inútil. Esa oscuridad que mi padre había advertido, se hizo realidad y más palpable que nunca.

Las semanas pasaban e inmediatamente sentíamos la presión de tener un hijo.

-Pronto vendrá el heredero, Su majestad.

-Hay que darle tiempo a esas cosas, mi señor, a veces no es tan sencillo como

se dice.

Eran las palabras de consuelo que recibíamos día tras día. Para ser franco, estaba harto de ello. Mi humor iba empeorando cada vez más.

-Sería más recomendable que dieran consejos con más sentido en vez de sus palabras lastimeras.

Era mi respuesta más común.

Me había dado cuenta que, tiempo después de la muerte de mi padre, mi imagen de heredero al trono cambió drásticamente. Era un tirano de primera y no me sentía mal al respecto.

A pesar de los rumores, me esforcé en fortalecer el ejército y me aseguré de que la población fuera abastecida de los mejores alimentos disponibles. Cada día estudiaba la posibilidad de construir más edificaciones dedicadas al estudio de las nuevas ciencias así como las oportunidades de hacer crecer la economía. Tenía pensamientos más prácticos que quería ejecutar y mi mente se llenaba de proyectos sinfín.

Helena, por su parte, también se mantenía ocupada. Había ganado el título de “La Reina Blanca” por su bondad y acciones a favor de los más desprotegidos. De hecho, tenía la costumbre de pasear por el reino con ropas viejas para así tratar de conocer la realidad de las calles. La gente la admiraba y mucho.

Debido a este impulso, habíamos presentado problemas que no lográbamos aliviar. Descubrí que tenía un carácter como el mío. Desafiante y apasionado.

Supongo que en este punto se preguntarán, ¿qué ha pasado con los sentimientos? Pues, se han avivado en mí. Cada día que pasaba, me enamoraba más de ella. De sus ideas, de su ímpetu, hasta de sus mejillas cuando discutís conmigo, sus defectos y su obstinación al equivocarse, sus ganas de ayudar a otros. Helena era más allá de perfecta.

Todo eso sería suficiente para que fuéramos felices pero no era así, de alguna manera resultaba difícil y más por lo que me había convertido. Había dejado crecer aún más mi cabello y la barba así que había ganado un aspecto más tenebroso. Mis ojos parecían inyectados de sangre por lo que daba la impresión de que estaba a punto de explotar. No sé cuándo perdí el rumbo.

Condené toda mi buena suerte hasta que un día, al encontrarme solo por los

jardines, vi a Helena sentada en una fuente cercana.

-Disculpe, mi señora, la dejaré sola...

-No, mi señor. Venga conmigo. Aprovechemos juntos que el día está fresco y dulce.

Me senté junto a ella y el sol iluminaba su rostro. Mis manos recordaron la suavidad de su piel así que, de un impulso, tomé su mano. La sostuve un rato y ella se acercó hacia mí.

-Extrañaba tenerlo así.

-Y yo también. No te imaginas cuánto.

-Entonces, ¿por qué no lo hacemos más seguido?

-Hay algo en mí, Helena...

-Señor, soy su esposa y esta lejanía me hiere profundamente. Tenerlo tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. No lo quiero.

-Es difícil para mí.

Se giró hacia mí, tomó mi rostro entre sus delicadas manos y me miró fijamente.

-¿Qué es lo difícil?

Quise decirle pero algo en mí me frenó de repente. Su mirada dulce y suplicante no fueron suficientes, La Bestia me hizo retroceder.

-No puedo, Helena. No ahora.

Decepcionada, bajó la mirada y volvió a concentrarse en la superficie de la fuente. Entendí esto como el momento en el que debía irme. Construí un muro y ahora yo debía derribarla.

XI

El tiempo siguió transcurriendo y sentía que la distancia entre Helena y yo se hacía más grande. De vez en cuando, veía su intención de tomar la iniciativa de hablar pero parecía esconderse, evadirme. Era una especie de herida que se hacía cada vez más profunda.

Una noche me recliné en mi antigua habitación y tomé el tiempo para sincerarme. Debía existir una manera en que estas dos entidades vivieran y convivieran sin que representara la pérdida de la única persona en el mundo que me importaba. Debía encontrar la manera de que funcionara.

Pasé la noche pensando y analizando. Al final me di cuenta que no debía negar lo que estaba dentro de mí ya que era eso lo que provocaba el conflicto. Era momento de asumir que era Dominante y que eso debía complementarse con todo lo demás.

Salí de allí envuelto en la oscuridad más abrumadora. Todo el castillo, además, permanecía en silencio así que no me preocupé con encontrarme con algo que me quitara la concentración.

Entré a la habitación y encontré a Helena de pie, cerca de la ventana. Me acerqué a ella y dio una especie de brinco cuando me sintió cerca.

-Mi señor, me ha tomado por sorpresa.

-Lo siento... No quise asustarte.

-Mi señor, estaba distraída. Sólo eso.

-¿En qué pensabas?

-Si le soy honesta, en aquella vez que me encontraba aquí, pensando en lo afortunada que era de estar con usted.

-¿Sigues pensando igual?

-Sí, siempre. A pesar de la distancia que hay entre los dos, le amo, mi señor.

La tomé entre mis brazos y volvió a acariciarme el rostro con aquella ternura de que era capaz.

-Helena, debo decirte algo. Algo vive dentro de mí, una especie de oscuridad que a veces toma el control. Después de mucho tiempo, de varios intentos,

tuve que admitir que forma parte de mí. Creo que es la única manera en la que puedo ser yo mismo siendo libre. Lamento, lamento mucho el no habértelo dicho antes y sé que debes estar indignada, pero...

-Amor mío, lo supe, siempre lo supe, sólo esperaba que lo hablaras conmigo. Siempre. Tus ojos nunca me mintieron.

-Entonces, ¿no te dio miedo?

-Mi amor puede mucho más, Henric. Así como mi esperanza de que todo funcionara. Pero, por otro lado, fue casi imposible acercarme a ti. Había un muro que resultó un obstáculo muy grande para mí. Sentí que me alejabas sin ni siquiera darme la oportunidad de cambiar lo que estábamos viviendo.

-Me cuesta explicar lo que me sucede pero es algo que ha existido en mí desde que recuerdo. Lo cierto es que ya no hay marcha atrás. No puedo seguir negándolo por más que quiera ya que, como viste, sólo se traduce en aquel que viste. Perdido y absorto en el horror de su propia oscuridad.

-Mi señor, aun siento que hay algo más que no me ha explicado bien. ¿Qué te hace hacer esa oscuridad?

Había dado muchas vueltas al respecto pero ya no podía hacerlo. Helena había dado con la pregunta que tanto evadí pero que al mismo tiempo quería llegáramos a ella.

-Siento que debo tomar el control de todo. No importa el momento, es una necesidad que crece dentro de mí como una avalancha y nunca me ha dejado en paz. De hecho, me enlisté en el ejército para comprender mejor esto. Gracias a ese comportamiento, logré los máximos honores como comandante en jefe. Encabecé todas las campañas que puedas imaginar y sí, dio resultado hasta que llegó un momento en el que quería más.

-¿A qué se refiere?

-No sólo bastaba el campo de batalla, también quería tener el control en la cama, Helena.

Se sonrojó y apartó sus bellos ojos de mí, como si sintiera que la había traicionado. Pero, a pesar de verla así, continué.

-Al hacer esto, me di cuenta que era lo que realmente necesitaba, era aquello que me daba calma y tranquilidad.

-¿Ha querido hacer esas cosas conmigo, mi señor?

-No puedo negártelo, Helena. Sí. Sí he querido pero no me atrevo hacerte daño. Es imposible, no podría.

-¿Por qué?

-Eres tan bella, tan pura. No podría, simplemente no podría...

Ella tomó mi mano con fuerza entre las suyas. Permanecimos así, en silencio hasta que volvió a mirarme.

-Desde el primer momento, desde el primer instante, los dos quedamos unidos por una fuerza que no se puede explicar. Es algo que tenemos y que quiero cuidar sin importar qué. Me hubiese gustado que dijeras eso. Siento que no confiaste lo suficiente en mí y eso me hiere un poco.

-Lo siento, de verdad. Mi intención era tratar de mantenerte a salvo de mis torpezas. Eres lo único que me queda... No quiero perderte.

Helena volvió hacia mi regazo y me dio un beso dulce. Extrañaba el contacto de sus labios, la cercanía de sus ojos, el calor de su cuerpo junto al mío. Todo resultó tan familiar, tan cómodo.

Continuamos besándonos y de repente se levantó, dejándome con los ojos abiertos, preguntándome qué había sucedido. Fue entonces cuando la vi cómo sus manos iban en dirección a su vestido.

Seguía observándola extrañado pero con el presentimiento de que me diría algo importante y decisivo.

-¿Tomarías el control?

No podía creer lo que me estaba diciendo e imagino que esa interrogante también se manifestó en mi expresión porque volvió a hacer la pregunta con una sonrisa en la cara.

-Mi señor, enséñeme, guíeme, haga lo que su corazón le pida.

-¿Es... Estás segura? Yo no sé...

Desataba lentamente las cintas de su corsé, sus pechos iban soltándose lentamente y veía como se asomaban cada vez más sobre la ligera tela. Blanco, tiernos, suaves. Sus pezones rosados estaban duros y sentía como mi corazón latía con fuerza, deseaba tanto tenerlos en mi boca. Lucían como el manjar más delicioso que pudiera existir.

Mis manos fueron hacia ellos y los apreté con cierta fuerza. Ella llevó su cabeza hacia atrás y se acercó más hacia mí. Mordía sus labios a medida que los tomaba con más decisión.

No pude retenerme por más tiempo y me levanté de un salto. Helena estaba casi desnuda cuando decidí quitarle todo lo que me estorbaba. De nuevo, su piel blanca parecía relucir en la oscuridad. Sentí tal emoción en mi cuerpo que fue como renacer.

La tomé y comenzamos a besarnos con intensidad, con salvajismo. A la par, me quitaba las ropas para quedar completamente desnudo y quedar a merced del placer y a las emociones que avivaba La Bestia dentro de mí.

Quedamos pues, piel a piel, el contacto más puro que nos permitimos después de tanto tiempo. Las semanas, los meses los cuales nos mantuvimos alejados, nuestros cuerpos se extrañaron como nunca. Ahora, teníamos un magnetismo tan grande que era imposible que existiera fuerza alguna capaz de separarnos.

Ella estaba en mis brazos, gemía a medida que nos besábamos, mis labios, inquietos además, mordían sus pechos redondos y deliciosos, su cuello largo y todo lo que pudiera encontrar en mi camino.

Cada vez más descendía. Rozaba sus perfectos muslos y parte de su vulva que latía con fuerza. Mi lengua dio un pequeño roce, lo suficiente como para hacerla temblar un poco. Seguía hasta que la tomé por las caderas, la giré y apoyé parte de su torso sobre la cama. Sus nalgas, entonces, quedaban expuestas y podía ver cómo sus labios estaban se asomaban, luciendo húmedos, listos para ser devorados.

-Separa las piernas.

-Mi señor...

Con voz suave, accedió y permitió que mis dedos jugaran dentro de ella. A ese punto, me sentía más valiente y determinado de hacerle sentir todas las emociones posibles.

Quise lamerla pero pensé que sería una mejor idea tratar de colocarla en una posición completamente nueva e inesperada.

-Mantén tu cabeza sobre la cama y permanece allí hasta que te diga lo contrario.

Me detuve un momento y lamí lentamente su entrepierna hasta que vi cómo

gemía desde las entrañas. Logré incorporarme y soportar la tentación de verla en aquella posición. Entonces, busqué en la habitación algo que resultara útil para amarrarle las muñecas y, quizás con un poco de suerte, el cubrirle los ojos.

Encontré un par de cintas de textura suave, las cuales me parecieron ideales para atarla. Fui al otro extremo de la cama para atarle las muñecas. Al hacerlo, noté un pequeño sobre salto pero le hice saber que, de encontrarse incómoda, podíamos detenernos cuando ella quisiera.

-Está bien, mi señor... Confío en usted plenamente.

Cada vez que me decía “mi señor”, la piel se me erizaba, sentía que podía perder el control en cualquier momento y más cuando nos encontrábamos en un contexto como este.

Ya con las muñecas atadas, Helena seguía con el rostro sobre la cama y yo, desde mi posición, me sentía más poderoso que nunca.

Así estaba ella, desnuda, con las manos atadas, con parte del cuerpo sobre la cama y con sus nalgas expuestas para mis deseos. Cuando pensé que todo estaba dispuesto, me encontré con otra cinta pero más gruesa. Era como si hallara preciosos tesoros a medida que deseaba cumplir con mis deseos.

La tomé con rapidez y me acerqué a ella lentamente.

-Te pondré esto porque quiero que sólo te concentres en las sensaciones que tendrás. Confía en mí.

-Siempre, mi señor. Siempre.

Respiré profundo y finalmente le tapé los ojos, dejando, eso sí, un poco de espacio para que se sintiera cómoda. No quería asustarla, más bien deseaba que, con una sola probada de eso, quisiera ir conmigo cada vez más lejos.

Me aparté entonces para ver aquel panorama. Helena, tan bella y dócil, estaba sobre las telas blancas que parecían fundirse con su cuerpo. Era la obra de arte que cualquiera artista hubiera querido siquiera imaginar.

Con paso lento, me ubiqué detrás de ella. Dejé que mis manos se pasearan por toda su parte inferior. Espalda, caderas, nalgas, muslos y la parte interna de ellos. Cada tanto, y sólo para tentarla, rozaba alguno de mis dedos entre los labios de su vulva húmeda. Suave, muy suave. Quería volverla loca como yo ya lo estaba.

Me hallé satisfecho y entonces, tomé mi pene y comencé a penetrarla desde esa posición. Atada, ella apenas podía tomar un poco de la tela que estaba debajo. Por mi parte, me adentraba con decisión.

-Oh, señor... Mi señor...

Su gemido quedó ahogado cuando hice una embestida que la dejó jadeando. Allí, justo en ese momento, el movimiento de mi pelvis fue de la extrema lentitud hasta la rapidez que La Bestia, mi bestia, pedía a gritos internamente.

-Eres mía, Helena.

La última letra de su armonioso nombre lo acompañé con mis manos ajustadas a sus caderas. Las sostenía con toda la fuerza que mi cuerpo albergaba. La intención era que ella sintiera quién tenía el completo control.

La espalda arqueada de Helena, hacía una forma sublime y delicada. Sus gemidos a veces eran ahogados por la cama, y otras se manifestaban con un vigor que producían un efecto más excitante en mí. Era una especie de empuje a dejar mi piel y mi carne, mi pasión y mi amor por ella.

Llegó el punto en que quería verle el rostro, así que la tomé por la cintura y la giré. Permanecía con los ojos tapados, con las mejillas enrojecidas y sudada. Las gotas lucían como pequeños destellos de luz.

Su torso así como su pecho, se movían con violencia. Jadeaba como buscando un poco de aire, pero no le daría mucho tiempo para descansar. Aún había mucho por hacerle. Por hacernos.

Tomé sus piernas y la tomé por los muslos para embestirla. Estando ya dentro de ella, tomé uno de mis dedos y le acaricié el clítoris con suavidad para conocer cómo reaccionaba. Al verlo, sabía que no me equivocaba. Parecía que perdía el autocontrol.

-Así como eres mía yo también te pertenezco, Helena. Recuérdalo.

Mis palabras hacia ella salían a rastras de mi boca. En ese momento noté que también jadeaba, casi al mismo ritmo que ella. Los dos habíamos logrado una perfecta sincronización.

Seguía penetrándola y recordé que la primera vez había tomado su cuello con cierta ligereza. En aquel momento, no vi que se asustara o preocupara así que me aventuré a hacerlo de nuevo.

Helena, sobre la cama, con los ojos tapados y las muñecas atadas, gemía y exclamaba mi nombre una y otra vez. Justo cuando sentía que estaba a punto del clímax, le advertí.

-Espera...

Respiró profundo y justo allí, tomé su cuello. Mi mano abarcaba el tamaño justo de su nueva, como si calzara perfecto.

Ajusté un poco más que el aquel primer intento. Helena pareció sorprendida pero no estaba disgustada. Estaba atento ante todas las reacciones que ella hiciera.

-Señor...

Se mordía los labios y esto fue suficiente para mí. Le gustaba así que le embestia con más fuerza, con más intensidad. Su sensual cuerpo, curvilíneo, divino, se retorció de placer... En este punto no sabía si continuar o explotar.

Al adentrarme más y más, sus piernas comenzaron a temblar. Ya había aprendido que aquello era signo inequívoco que estaba muy cerca del orgasmo... Pero esta vez tendría que control y quería que ella sintiera algo antes de que experimentara dicha sensación.

Le quité la venda y lentamente abrió los ojos. Al verme, sonrió hasta mostrar sus dientes blancos. Lucía hermosa, como una Venus.

Seguí con fuerza hasta que sentí que iba a explotar. A duras penas, le pude ordenar.

-Arrodíllate.

Ella hizo caso y exploté sobre su rostro sonrojado. No pensé cómo lo tomaría pero me llevé una gran sorpresa. Sonría y relamía su rostro. Aún sorprendido pero consciente de que debía darle un último premio.

-Cómo te has portado bien, entonces será tu turno.

Vi un poco de desconcierto en su expresión hasta que hice que se acostara de nuevo. Estaba en la expectativa hasta que sintió mi lengua dentro de ella. Estaba decidido que delirara de placer.

Iba suave, lento hasta que cambiaba drásticamente de ritmo. Helena no paraba de gemir ni de gritar. Continué como si estuviera hambriento de ella y, finalmente, ella encerró mi rostro entre sus piernas y sentí como un líquido

perfumado salía de su vulva. No podía creer que fuera aún más exquisita de lo que ya era.

Ella, al final, se dejó vencer y vi cómo su cuerpo descansaba sobre la cama. Aún respiraba agitadamente. Tomé un respiro y fui hacia el otro lado de la habitación para buscar un poco de agua fresca. Frente a mí estaba una placa de metal brillante que me permitía ver un poco mi propio reflejo. Tenía el cabello enmarañado, sudoroso y con una sonrisa. Mis dos seres parecían que por fin se habían acoplado a la perfección.

Tomé una tela suave, la mojé un poco y fui hacia Helena quien aún estaba reposando. Desaté las cintas de sus muñecas para acariciarle el rostro y limpiarla con delicadeza. Sus ojos, bien abiertos, me observan. Sonreía y se mostraba también impresionada por cómo la trataba.

-Mi señor, puedo hacer esto sola, si lo desea...

-No, esta es una manera de cuidarte... ¿Cómo te sientes?

-Feliz, mi señor. Más feliz que nunca.

-¿Te hice daño?

-No, señor. Confié en usted y no me falló en ningún momento. Nunca lo haría.

Le tomé el rostro y nos besamos por un largo rato. Luego, nos acostamos juntos. Ella sobre mí y yo acariciándola. Era el momento más perfecto en el que había estado.

XII

A pesar de encontrarnos juntos y felices, tuve que separarme de ella. Había llegado la información de uno de los generales quien demandaba mi presencia con urgencia.

-Vaya, mi señor. Esperaré por usted.

Me vestí apresuradamente, lavé mi cara y bajé los grandes escalones con rapidez. Tenía un mal presentimiento.

Entré al salón de reuniones y dos de mis hombres de confianza estaban allí, más el asesor del ejército. Los tres tenían expresiones que no pude descifrar en el momento pero sabía que era para preocuparse.

-Su majestad, lamentamos interrumpir...

-Olvídenlo. Al grano.

Los tres tragaron ruidosamente por largo rato mientras estaba impaciente por lo que tenían que decir.

-Señor, las fronteras del norte están bajo ataque desde la madrugada.

-Hemos verificado la información, Su majestad. Es posible que se trate de una estrategia de los bárbaros que consideraron la zona lo suficientemente vulnerable para llevar a cabo el plan.

-¿Qué pasó con la villa cercana?

-Destruída. Por completo. Hemos solicitado más informes pero no han regresado los hombres que hemos enviado.

-Entonces, ¿cómo saben que la villa ha sido destruida?

-Señor, llegó a nosotros un caballo con la cabeza degollada de un lugareño sobre su lomo. Además, también nos enviaron esta nota.

Me extendieron el trozo de pergamino y pude darme cuenta de las palabras que prometían muerte y destrucción. Sentí un dolor punzante en medio de la frente, producto de la ira que crecía dentro de mí como una ola.

Mis acompañantes estaban en la expectativa de mi respuesta así que no tardé mucho en accionar. No había tiempo que perder.

-Ensillen a mi caballo, preparen mi espada y que alguno de ustedes avisen a los cuerpos de infantería y caballería que deben prepararse en cuanto antes. Hagan un inventario de hombres disponibles así como de las armas. Haremos un campamento a 20 kilómetros de las fronteras del norte. Espacio suficiente para que planifiquemos los próximos movimientos.

Luego de un respiro de alivio, uno de ellos respondió.

-Enseguida, Su majestad.

Iba a salir cuando recordé a Helena. En ese punto mi preocupación fue mayor, no sólo debía garantizar la paz de mi pueblo sino también la de ella.

-General, envíele una notificación a la reina. Resguárdela en el mejor fuerte que exista.

-Sí, Su majestad.

Ahora, confiando en ellos y en sus capacidades, salí impulsado por el brío de La Bestia, la angustia y las ganas de darlo todo en batalla.

Los preparativos estaban casi listos cuando me dirigí hacia la frontera. Galopé tan rápido que me sentía como un rayo que rompía la tranquilidad del cielo. Estaba tan agitado que no me percaté que había comenzado a llover. La fuerza de la lluvia fue tal que tuvimos que detenernos en una caballeriza abandonada en el medio de la nada.

Estaba tan ansioso que mis acompañantes me decían constantemente que no debía apresurarme a salir así. Y, aunque odiaba reconocerlo, ellos tenían razón. Luego de un par de horas que parecieron eternas, salimos de nuevo hacia el campamento para reunirnos apropiadamente.

Metros de barro, aguanieve, maleza y miedo fue lo que encontramos apenas llegamos. Los rostros de desconcierto y la amenaza que sentía respirándome en la nuca, estaban contando como elementos que estaban desquiciándome. ¿La razón? Siempre estuve acostumbrado a la fuerza, el éxito, el logro, no había otra alternativa fuera de ello. Era eso o nada.

-Su majestad, en este mapa podrá apreciar cómo está avanzando el ejército de los bárbaros.

-Parece que han tomado otra fracción de la frontera...

Estaba pensativo, la ira estaba nublando el juicio y no era la mejor solución.

Menos para esta situación.

-¿Cuáles son los flancos más débiles?

-Sin duda, la caballería. A pesar que han perfeccionado sus armas, sus caballos son débiles y hasta flojos. Por los momentos, sólo se valen de carreras establecidas y ordenadas.

Seguía en silencio. Escuchando y tratando de canalizar la misión que tenía en frente. El murmullo había terminado, así que lo interpreté como el momento en el que debía dar la voz de mando.

-No podemos esperar más tiempo. Lo mejor que podemos hacer ahora es dar el ataque más contundente que podamos dar. ¿Estado de las catapultas?

-Listas para usarlas, señor. Recibimos más gracias al reino cercano. Con ellas, además, también más soldados.

-Bien, entonces no podemos esperar más.

-¿Cuándo deberíamos atacar, Su majestad?

-Antes de salir en sol. En plena oscuridad. Así como su debilidad es la falta de caballería, también lo es su precisión en la noche. Lo confirmamos las últimas veces que tuvimos que lidiar con ellos. Sin embargo, tendremos que rodearlos para que, al final, se encuentren de frente con las catapultas y ballestas.

-Entendido, Su majestad. Será como ordene.

Dispersado el grupo, cada quien se dedicó a hacer la tarea que le correspondía. Por mi parte, quedé solo en la tienda principal, vistiéndome para la guerra.

Poco a poco descendía el sol y en mi mente se dibujó la silueta de mi Helena. Me impresionó recordar que en sólo cuestión de horas habíamos quedado separados luego de una reconciliación que nos aseguró la cercanía. La ironía me producía risa y repulsión al mismo tiempo.

-Señor, hemos revisado todo y nos encontramos listos para la señal.

-Bien.

Solo de nuevo, con el escudo de cuero y la cota de malla, las botas, la espada y la capa de piel negra. Antes estaba sediento de sangre, de muerte y ahora me encontraba en al borde de miedo. La idea de perder a Helena era amarga.

La única solución era sobrevivir a lo que viniera así que era momento de actuar. Me espabilé y salí de la tienda. Todos los hombres, en fila, estaban esperando por las palabras que llamaran a la acción.

Me monté en el caballo y me paseé entre todos. El aura de miedo se había disipado y en su lugar quedó un sentimiento creciente de venganza y pelea.

-ESTA VEZ NO LES VAMOS A PERDONAR EL HABERSE METIDO EN NUESTRO TERRITORIO. ELLOS PENSARON MAL Y AHORA LES HAREMOS PAGAR. ESTA ES LA HORA.

El rugido hizo temblar la tierra, el grito rompió el silencio de la noche. Todos juntos éramos un mismo animal que rugía y pedía la llegada del momento.

Estaba al frente hasta que llegamos al punto que habíamos acordado. Vimos el campamento de salvajes en el valle y nos dividimos por campañas. Caeríamos sobre ellos como la peor de las pestes.

Desenvainé la espada y la elevé por los aires. El silencio era ensordecedor. La bajé con fuerza, como si cortara algo que estuviera allí. Fue entonces cuando el mar de almas descendió por la tierra para sorprender al enemigo.

XIII

Las tinieblas se vieron interrumpidas por la luz del fuego, el sonido de las flechas por los aires y los gritos de los que se enfrentaban a muerte.

Después de varias horas, mi cuerpo comenzó a resentir la lucha, no había calculado la intensidad ni la duración. Y, si estaba desgastándome, no quería pensar lo que le sucedían a los demás.

Entonces, sentí como una descarga de energía al ver al líder de los bárbaros. Un mar de hombres se abrió delante de mí y fui hacia él. Su rostro sucio, retorcido y amorfo sólo me hacía recordar el desafío de la nota y la cabeza degollada. El descaro me hacía enfurecer a pesar que también se trataba de una provocación.

Mi proximidad le advirtió de mi presencia y bastó para que tomara a uno de los arqueros para que justo en ese momento, le cortó el cuello. De nuevo, se burlaba de mí.

Preparé la espada y mi caballo fue hasta quedar cerca. El primer golpe lo evadió pero me dio tiempo suficiente para saltar del animal y enfrentar una batalla cuerpo a cuerpo. Estaba determinado a darle fin a su existencia, aunque eso comprometiera la mía.

Seguíamos luchando hasta que sentí el frío del metal sobre mi pecho. A pesar de ello, no me detuve y lancé una última estocada en su corazón. Lo último que supe, fueron los alaridos de su patética humanidad.

Abrí los ojos y me vi la lona de la tienda principal. Quise moverme pero el dolor en el costado era agudo, punzante.

-Su majestad, es mejor que repose, ha resultado herido y casi muere en el campo de batalla.

Reconocí a duras penas al médico real que se encontraba muy cerca de mí.

-Necesito... Necesito saber...

Sus hombres dieron una actuación impresionante, Su majestad. Ganaron la ardua guerra pese a las pérdidas. Usted casi estuvo en dicha situación pero afortunadamente fue encontrado por uno de los generales.

-¿Desde hace cuánto estoy aquí?

-Un par de semanas. Debo insistir, Su majestad, que debe descansar. Y no, no puede moverse de donde está. Sólo se traducirá en que la herida se abra y será más difícil que se recupere de ella.

-Bien, necesito que le envíen un mensaje a la reina. Y urgente.

Estaba desesperado por verla pero la advertencia del médico y las palabras de los generales, fueron suficientes como para convencerme de que debía permanecer allí por el tiempo que fuera necesario.

Finalmente el día había llegado y, aunque sentía un poco de dolor, estaba listo para regresar... Sin embargo, necesitaba hacer una última cosa.

Me levanté desde temprano y busqué la misma placa de metal brillante. Con la hoja del metal más fino y un poco de agua jabonosa, procedí a quitarme la barba y a cortarme el cabello.

El resultado final fue impresionante hasta para mí. Al salir de la tienda después de tanto de haber estado allí, los rostros de sorpresa de los hombres que aún estaban allí, causaba gracia.

-Su majestad, no lo veía así desde que era adolescente.

-Esto me da a entender, amigo mío, que nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Cabalgué a pesar de las restricciones. A ese punto, ya no me importaba, la alegría de regresar era lo que me mantenía con vigor.

XIV

Los gritos de emoción, las trompetas, los banderines, las filas de mujeres, hombres y niños a las puertas del castillo, eran el anuncio de que ya había llegado a casa. A pesar que ya había pasado por esto, por alguna razón, me sentía más feliz que nunca.

Buscaba con desespero el rostro de Helena. Al estar al frente pensé que la vería más rápido pero no. De repente la alegría perdió color. Sin ella todo perdía significado.

Entonces, ya sintiéndome abatido, vi su sonrisa blanca al final. Estaba vestida de blanco reluciente, como en el día de nuestra boda. Estaba a las puertas del castillo y vi que una de sus damas de compañía, le alcanzaba un pequeño pañuelo.

-Mi dulce, Helena.

Galopé con más fuerza hasta que me bajé del caballo y corrí hacia ella. Helena, por su parte, bajó las escaleras con rapidez y nos encontramos con un abrazo.

-Amor mío.

-Mi señora.

Los aplausos y la sonrisa de la gente fue el toque final. No se había visto un amor así.

Los dos, luego de ignorar el protocolo y el asombro, entramos juntos tomados de la mano. Había perdido la cuenta de las veces que había imaginado este momento. Hubo noches en donde la fiebre y el dolor me arrastraban hacia la incertidumbre de que si volvería a verla. Pero la fuerza dentro de mí pudo mucho más.

Nos sentamos uno junto al otro mientras se celebraba un festín por la victoria reciente. Ella sonreía y el mundo se iluminaba.

-Mi señor, mi corazón es incapaz de contener tanta alegría. Apenas se había marchado, me sentí desolada pero sabía que también debía ser fuerte para usted.

-Así lo hiciste, Helena. Esa fuerza que tuviste fue la que me permitió seguir

con vida. Estoy seguro de ello. Ahora estamos aquí.

La alegría la sentía como una especie de cosquilleo por todo el cuerpo. Quería celebrar pero de una manera diferente.

-He pasado muchas lunas lejos de ti y quiero enmendar ese error lo antes posible.

-¿Qué quiere decir, mi señor?

-Que no quiero estar aquí y que merezco estar solo contigo.

-Han preparado esto para usted con mucha dedicación.

-... Y no lo dudo, sólo que creo que otros podrán disfrutar de esto debidamente. Yo no puedo ni quiero.

Ella sonrió y, segundos después, se levantó con la delicadeza que le caracterizaba. La vi alejarse de mí no sin antes dedicarme una sonrisa mínima pero lo suficientemente notable para que entendiera su significado.

Esperé un rato, entre copas de vino y anécdotas para retirarme.

-¿Se siente bien, Su majestad?

-Sí, perfectamente. Sólo estoy un poco cansado. Me retiraré a mis aposentos.

-Descanse, Su majestad.

Sonreí por cortesía y me escabullí entre el ruido. Subí las escaleras y entré a la habitación. La imagen que me esperaba fue tan impactante que se quedó en mi mente como marcada a fuego.

Helena estaba desnuda, con el pelo trenzado y una muy delgada tira de cuero negra sobre su cuello. Cerré entonces la puerta con asombro aún y ella se acercó a mí. Tocó mi rostro, ahora despejado, y tanteó el cabello corto.

-¿Te gusta?

-Mucho, mi señor. Puede verle los ojos y su guapo rostro.

-Está lleno de cicatrices y heridas...

-Es el rostro que me hace feliz ver, mi señor.

-Helena...

Terminé estas palabras y la tomé entre mis brazos. Nuestros labios se encontraron y se fundieron en la desesperación debido a la lejanía. Se sentía

cálida, dispuesta, dócil y deliciosa.

Me ayudó a quitarme la ropa con cuidado ya que parecida la sensación molesta gracias a la herida.

-¿Le incomoda, señor?

-Un poco pero se me olvida cuando estás así, junto a mí.

Volví a besarla con violencia y ella me respondió con la misma fuerza. Estábamos decididos a devorarnos.

Ya desnudo, mi intención era acostarla para penetrarla, no obstante. Ella me sorprendió una vez más. Bajó lentamente hasta que su cabeza quedó a la altura de mi pelvis. Su boca y mi pene estaban a milímetros hasta que su lengua lamió la punta con un arte impresionante.

Mirándome a los ojos, arrodillada, fue lamiendo, besando cada parte de mi miembro. Suave, lento, rápido, fuerte. Las sensaciones y el placer que me daba la boca y la lengua de Helena, eran inexplicables.

Llevé mi mano hasta su cabeza para tener el control del ritmo. Ella continuaba mirándome a los ojos y eso, por supuesto, me excitaba aún más. De hecho, sentía cómo mi miembro se endurecía a niveles que nunca imaginé.

Entonces, tomé su nuca e hice que fuera un poco más lejos, quería que mi pene llegara más profundamente dentro de su boca. Hubo un punto en que hizo una arcada y hasta pareció que no podía respirar. No obstante, continuó complaciéndome.

Luego de haber quedado satisfecho y queriendo evitar explotar antes de lo deseado, la tomé por el cuello y la levanté. Me acerqué pero, antes de besarla, la observé con cuidado. Estaba sonrojada y eufórica, así que apreté un poco hasta que quedó de puntillas y la lancé a la cama con fuerza.

Las curvas de su cuerpo me tenían preparado para embestirla. En un punto, un pequeño dolor en el costado de manifestó y ella reaccionó rápidamente.

-Acuéstese, mi señor. Yo haré todo el trabajo.

No entendí bien lo que decía hasta que vi cómo se montaba sobre mí. Seguía mirándome hasta que se introdujo mi pene en su vulva. El calor de sus carnes deliciosas era tan intenso que me hizo gruñir apenas la pude sentir.

Estando así, desató sus trenzas y el cabello largo y rubio, cayó sobre su cuerpo

haciéndola ver como toda una diosa. La tomé de la cintura y la apreté. Ella, por su parte, comenzó a moverse de una manera sensual y lenta.

Sus pechos rebotaban suavemente, se mordía los labios, me miraba de reojo con picardía, así, como una niña traviesa. Poco a poco aumentó la velocidad y la tomé por los pechos con firmeza. Ella gemía, cerraba los ojos, se concentraba en las sensaciones.

Quise que estuviera a punto de enloquecer y decidí tocarle la vagina al mismo tiempo. Una expresión de profunda excitación no se hizo esperar. Helena, tan excitada, me rogó sin parar.

-Señor... Por favor, mi señor... Permítame...

-Aún no, Helena. Lo harás cuando yo diga.

No sentía dolor, ni malestar. Mi cuerpo era conductor de un calor que no se sabía su origen pero que se avivaba con ella. Quería más, quería darle más así que continuaría hasta que los dos acabáramos en cenizas.

Tomé ambas muñecas de ella y las llevé hacia atrás. Quedó un poco limitada pero aún seguía moviéndose como toda una amazona.

-Señor... Por favor...

Ambos estábamos a punto de llegar así que volvía a tomarla de la cintura e hice que fuera más rápido. Los dos volvimos a juntar nuestras armonías y explotamos al mismo tiempo.

-Señor... Mi dulce señor.

Helena cayó sobre mi pecho bañada en sudor y yo la recibí con mis brazos y la sonrisa en la cara.

-Mi amada, Helena.

XV

La recuperación fue lenta y a ratos dolorosa. El peso de mi espada se volvió casi insoportable para mi brazo y ni hablar de la puntería con el arco. Me sentía un inútil a pesar de haber mermado la amenaza.

-Su majestad, debe tener paciencia. Además, usted ha demostrado un gran sentido de valentía y tenacidad a favor de su pueblo. Merece descansar y tranquilizarse.

-No entiendes. Esto es importante para mí.

-Lo entendemos, Su majestad. Pero no debe interrumpir el proceso natural de su recuperación.

El médico insistía en que no debía forzarme a hacer actividades que comprometieran mi salud... Salvo por una cosa.

Después de la práctica y de un par de minutos de enojo, recapitulé el momento en el que Helena se había entregado a mí plenamente. Vino a mi mente la cinta de cuero negro sobre su cuello. Me llamó la atención. Ya llegaría el momento de preguntarle con más detalle.

-Su majestad, la mesa está servida.

-¿Ha llegado la reina?

-Aún no, Su majestad.

-Comeré cuando esté aquí.

Tiempo después, Helena había llegado y me tomó de la mano.

-Mi dulce, señor. Disculpe la tardanza. Las labores se alargaron inesperadamente.

-Mi señora, estaba preocupado por su bienestar.

-Mi señor, recuerde algo: Siempre regresaré con usted. Siempre.

Fuimos a la mesa y conversamos por largo rato. Estaba emocionado por cómo nuestra relación había cambiado tanto. Ella me contaba sus aventuras y yo las mías. Como los mejores amigos del mundo.

Luego de que los sirvientes se fueran y nos dejaran con sólo la luz de las

velas, aproveché la oportunidad para saber un poco más sobre aquel recuerdo que tenía pendiente en mi mente.

-Señora mía, he querido hacerte esta pregunta desde hace algún tiempo pero no habíamos tenido la oportunidad de estar cómodamente solos.

Ella parecía a la expectativa. Tomé un trago de vino y la miré fijamente.

-¿Qué significa la cinta de cuero sobre tu cuello?

Helena me miró con dulzura y permaneció callada por unos segundos. Parecía que estaba tomando un poco de confianza.

-Mi señor, pensé que no lo había notado y me alegra que estemos hablando de esto. Cuando era niña, vi a mi madre usando una prenda similar que siempre cargaba consigo, esta vez, en su muñeca. No entendía la razón hasta que finalmente le pregunté cuando tuve la madurez suficiente para ello. Me dijo que significaba que estaba unida a su amor, a mi padre, y la cinta era una manera de recordar y recordárselo a él. Así fue hasta su último momento de vida.

-¿Entonces eso quiere decir...?

-... Que es una manera de decirle sin palabras que le pertenezco y que siempre perteneceré.

Con sus dedos, apartó un poco el cuello alto de tul que tenía y ahí estaba, la cinta delgada negra.

Estaba asombrado de verla. Me levanté para tomarla entre mis brazos y besarla como si no hubiera mañana.

-Yo también tengo algo para ti.

Ella sonrió como cómplice y se levantó, tomó mi mano y nos dirigimos hacia una puerta que conducía a un pasadizo.

-No conocía esto, mi señor.

-No, todo forma parte de una sorpresa que he querido darte pero aún no estaba lista. Esto será sólo para ti y para mí.

Seguimos caminando por un estrecho corredor. Helena tomaba mi mano con fuerza.

-Amor mío, no te preocupes, estás conmigo y no te pasará nada.

Ella sonrió y caminó con un poco más de ánimo. Finalmente llegamos a nuestro destino. Me aparté un poco para encender una pequeña antorcha y se iluminó la gran habitación en donde nos encontrábamos.

Las paredes de piedra contrastaban con las suaves telas blancas que caían desde el techo. A pesar de encontrarnos en un lugar particularmente frío y oscuro, no se sentía así. Más bien era como si escapáramos de todo lo demás.

Había una gran cama, un par de muebles de madera con formas sencillas, y una mesa redonda con pensado candelabro. Tomé una vela, la encendí con la pequeña antorcha que dejé afuera y el cuarto tomó un poco más de color y luz.

Todo era simple pero estaba limpio y dispuesto para los dos. Helena se adelantó y comenzó a explorar todo lo que había alrededor. Tocó las telas de las cortinas, las sábanas y hasta la superficie de la madera. Siguió explorando y se encontró con cuerdas que yo había pedido expresamente del Oriente. Hechas de materiales finos con la finalidad de no hacerle daño si entraban en contacto con su piel.

Las tomó con ambas manos y sonrió para sí misma.

-¿Son para mí, cierto?

-Sí... Así es.

-Se sienten suaves.

-La idea es que no te lastimen.

-¿Y si quiero que me lastime?

-¿Estás segura? Tienes que tener cuidado con lo que pides. Puede que se haga realidad.

-Estoy segura de lo que pido. Nada lo dejo al azar.

-Mi señora... ¿Está lista?

-Siempre, amado mío. Para usted siempre.

Nos quedamos de pie en medio de la habitación. Ella apoyó su cabeza sobre mi pecho y yo la abrazaba con delicadeza.

Tomé mis manos y comencé a desnudarla con prisa y con desesperación. Vi de nuevo la cinta sobre su cuello a la par que le deshacía las trenzas.

-Su rostro, mi señor... -Decía ella mientras acariciaba mis mejillas.

-Todo esto es para ti y para mí... Ahora, acuéstate.

Se alejó lentamente y accedió como se lo había pedido, mientras que yo me quedé de pie, desvistiéndome. La Bestia comenzaba a aparecer y le estaba dando rienda suelta a mis deseos.

Fui al mismo lugar en donde ella había tomado las cuerdas y tomé un par de ellas. Helena, a pesar de haber detallado la habitación, no se percató que en dos extremos de la cama había un par de postes de maderas casi de la misma altura de la cama. Procedí a atarle las muñecas hasta dejar sus brazos extendidos.

Hice lo mismo con sus tobillos. Al final, su cuerpo estaba a mi entera disposición, sin embargo, al verla así, quería aumentar un poco la emoción, así que le coloqué una mordaza de cuero.

Ella accedió sin problemas y yo me sentía que estaba listo para hacerla desfallecer. Tomé mis dedos y me aventuré hacia su vulva que parecía ya estar húmeda pero yo quería que se hiciera fuego.

Comenzó a moverse un poco pero eso no me detendría, entonces introduje dos dedos y luego tres. Helena echaba su cabeza para atrás y combiné el movimiento con mi lengua en su clítoris. Parecía un pequeño y delicioso botón de rosa acariciado por el rocío.

Seguía lamiéndola hasta que vi cómo sus manos se sostenían de los amarres con fuerza, como deseaba que su espíritu no la abandonara. Extraje los dedos y mi lengua se encargó de lo demás. La penetraba con ella, lento, suave y salvaje también.

Al sostenerme de sus muslos para devorarla con más fuerza, le veía el rostro. El cuero de la mordaza se humedecía debido a su saliva. Sus ojos llorosos, además, parecían suplicar por más... Entonces vino a mí una gran idea.

Dejé de darle placer a pesar de su cara suplicante, fui hasta uno de los muebles que estaban cerca de la cama y abrí el primer cajón. Saqué un pequeño látigo de varias cintas de cuero gastado.

La tomé con ambas manos y por un momento pensé que sería demasiado para ella. Pero claro, esto sólo fue por unos minutos, luego dejé que La Bestia tomara el control de la situación.

Entonces me giré para ir hacia ella. Tendida, esperándome hasta que me vio

con lo que tenía en una de mis manos.

-Prometo que te gustará.

Asintió y alcé el látigo pero con poca altura. No quería romperle la piel... Al menos no tan rápidamente.

Entonces di el primer impacto sobre aquellos preciosos muslos. El ardor le produjo un sonido de queja que apenas pude percibir ya que mi excitación era demasiado para ser contenida.

Una vez, otra vez. La piel de Helena, siempre blanca y brillante, ya había adquirido un color rojo intenso. De hecho, en algunas partes hasta se veían pequeños hilos de sangre. Decidí parar para cerciorarme de que todo estaba bajo control y que no me había excedido.

Examiné su rostro y sólo pude interpretar que sentía un profundo placer. El trance que teníamos los dos era impresionante, el ambiente que se sentía en el esa habitación era denso pero ligero al mismo tiempo. Algo difícil de explicar.

Un par de latigazos más fueron suficiente prelude para que deseara penetrarla con fuerza. Le desaté los amarres de los tobillos y acaricié sus piernas para que la circulación se normalizara. Las tomé pero con la intención de alzarlas y así fue que las coloqué sobre mis hombros. Llevé mi pene entonces hacia dentro de su vulva para penetrarla.

Al adentrarme con fuerza y un gemido intenso salió de sus labios. Un sonido perceptible a pesar de la mordaza.

La ahorqué y sentí cómo su corazón latía como si estuviera a punto de salirse del pecho. Iba con más violencia y ella gemía con más intensidad a medida que lo hacía.

Mi sentido de Dominante estaba al máximo y quise aprovecharlo al tomar una de las velas que estaban sobre la mesa redonda. Observé el dulce torso de Helena y esparcí unas cuantas gotas de cera sobre ella. Una por una, poco a poco, el dolor que le producía a ella se confundía con el placer que me hacía sentir el verla así. Su cuerpo se había convertido en mi lienzo favorito.

Luego de haber hecho esto, me di cuenta que quería sentir su cuerpo por entero, así que extrae mi pene, la desaté y le quité la mordaza.

-¿Estás bien?

Tomó mi rostro y, entre jadeos, me respondió que sí. Le tomé la cabeza y la besé con suavidad.

-Mi todo, mi mundo entero.

Siguió besándome, seguíamos en una comunión que sólo dos habíamos alcanzado. La abracé y ella hizo lo mismo. Era casi como querer fundirse en un solo sin temores ni preguntas.

El beso fue cambiando hasta ganar más fuerza e intensidad. La excitación no se perdió pero se transformó en algo más sublime, hasta más delicado.

Ya no sentía la necesidad de romperle la piel o de hacerla gritar, más bien deseaba que su cuerpo me sirviera de albergue.

Quedé sobre ella, como en nuestra primera noche, y nos miramos por un largo rato. Entre besos, caricias y un par de risas, celebrábamos el hecho de que simplemente estábamos juntos.

Apoyé mis brazos en la cama, a los lados de su cabeza por lo que sus labios quedaron a la altura de mi oído derecho. Volví a penetrarla y el sonido de sus gemidos los escuchaba tan cerca que me mantenía vivo, como si tuviera la energía de mil caballos.

Fui de lento a rápido pero sin perder la devoción del placer y el amor que ella me hacía sentir. Sus manos acariciaban mi cabello con suavidad.

-Mi señor... Sólo mío.

-Sólo tuyo, amada mía.

Continuamos hasta que nos consumió el orgasmo que alcanzamos al mismo tiempo. Permanecí dentro de ella por un rato y Helena seguía acariciándome.

La Bestia, al final, había entendido la naturaleza de su oscuridad sin rechazarla nunca más.

Animal Salvaje

Jefe Indomable, Dominante y Adicto a Ella

I

-Sí, mamá. Sí. Sé que tengo que encontrar un trabajo pronto.

Alice miraba constantemente la pila de ropa sucia.

-Sí. Yo también. Sí.

Repetía la misma respuesta casi de manera automática. No era muy fanática de hablar con su madre.

-Está bien. Yo también te amo. Estamos hablando.

Colgó el móvil con actitud cancina.

Prefería estar en la oscuridad porque, extrañamente, se sentía segura. El rugido violento del estómago la hizo pararse del suelo para ir a la cocina a prepararse algo. Abrió la alacena y se encontró con una caja de cereal vencida. Hizo lo mismo con el refrigerador y le pareció extraño encontrarse con un par de vasitos con sopa instantánea. Tomó uno con esperando que estuviera con moho pero no. Afortunadamente resolvió el problemita de la cena.

Agua caliente y listo. Sopló un poco el vapor de la preparación para volver a sentarse en el suelo a pesar de tener unos cuantos muebles cómodos. Comenzó a beber el caldillo algo desabrido y un sentimiento de derrota la invadió de repente. Terminó el contenido y comenzó a llorar. No pudo evitarlo.

Alice tenía un par de días que había sido despedida. ¿La razón? Ella aún no lo entendía. Se encontraba acomodando unos zapatos y salió de su concentración gracias al sonido de un portazo. Sobresaltada, giró la cabeza y encontró aquel hombre sombrío y malhumorado que le dirigió unas secas palabras.

-Recoge tus cosas. Ya no trabajas aquí.

Su mente no procesó inmediatamente el mensaje, muy al contrario de su cuerpo. Dejó lo que hacía, tomó su bolso, así como la chupa vaquera, y salió con paso firme. Permaneció un rato en la calle tratando de calcular los daños que tendría... Como los de ese día.

En medio del minúsculo piso, lamentó no haber terminado la universidad ni los infinitos cursos que inició en diferentes periodos. Pensó que la juventud sería para siempre hasta que se encontró sola, en un minúsculo espacio, a punto de cumplir 30 años.

Se levantó porque quiso lavarse la cara. Fue al baño de la habitación y se miró por un momento en el espejo. Tenía unas grandes bolsas debajo de los ojos, la piel opaca porque no estaba comiendo bien y un tic en el ojo que la estaba molestando desde hacía días.

Reunió un poco de agua y se la echó en el rostro. El frío calmó el ardor de la emoción e inmediatamente, sonrió. Tenía esa costumbre porque creía firmemente que la ayudaba a sentirse mejor consigo misma... Y esta no fue la excepción.

A pesar de los ojos rojos, la sonrisa grande y amplia, la hizo sentirse mejor. Miró la ducha y pensó que sería bueno tomar un baño. Así despejaría el cuerpo de las malas vibras, como ella solía decir.

Al poco rato salió y estaba vistiéndose para salir a repartir resúmenes curriculares. Por suerte, había desarrollado una amplia carrera haciendo de todo. Empezó limpiando cocinas, luego hizo de niñera y de paseadora de perros. Repartió volantes vestida de salchicha de goma espuma y también fue mesera. Esa era la experiencia que tenía o que al menos recordaba. Todo aquello, además, era producto de su propio impulso de ser independiente a toda costa.

Su familia, por otro lado, formaba parte del consorcio más poderoso del país. Tenían empresas de todo tipo por lo que cualquiera pensaría que Alice tenía al alcance cualquier cosa que soñara y de cierta manera era así.

Sin embargo, un día quiso cambiar su vida y se propuso mantenerse sola. Pasó por muchos malos ratos pero siguió siendo una pequeña princesa. Aquello ya formaba parte de su vida.

Se puso un vestido de flores muy pequeñas, medias negras y unos Converse blancos. Peinó el cabello corto que siempre lo lucía por el cuello y que le

daba un aire de los años 20, pintó sus labios de rojo y se echó para atrás. Volvió a sonreír.

-Todo va a salir bien.

Alice, en todas las vueltas de su vida, entendió que el encanto podía lograr más que una actitud hostil. Eso, su personalidad dulce y amable, más su alta y delgada figura, la hacían una mujer increíblemente hermosa.

Pasó, entonces, de estar en el suelo sintiéndose más que miserable y al poco tiempo parecía la representación gráfica de la alegría.

Tomó la chupa vaquera y salió del piso casi dando brincos. Alice, a pesar de la tormenta, permanecía estoica.

El ruido de los coches y del claxon los acalló con el iPod ya viejo que le había regalado su hermano mayor. Buscó algo que la relajara y se encontró con el soundtrack de Amelie.

Era un poco más de las seis pero era el mejor horario porque la ciudad seguía tan viva como en la mañana. El tráfico era infernal y los peatones inundaban las aceras. Alice, por otro lado, iba a paso lento mientras se concentraba en los anuncios de los restaurantes. No le fue mal cuando era mesera así que ¿por qué no intentar de nuevo?

La carpeta fue quedándose sin papeles. Caminó tanto que sentía que sus pies no podían más, así que se sentó en un parque mientras tomaba un poco de agua. A ese punto, se estaba quedando sin opciones hasta que sintió el ruido de algo que le hizo concluir que se trataba de música. Tomó un poco más y se levantó, abrió la carpeta y se percató que sólo quedaba una hoja por entregar.

-Bien, esta es la de la suerte.

Caminó o, más bien, deambuló por un largo rato, guiada por aquel sonido que no lograba identificar. Sin embargo, cada paso que daba lograba reconocer el estímulo que recibían sus oídos.

-Cassius... -Dijo en voz baja. Se refería al nuevo single de la agrupación que había escuchado tantas veces en la radio.

Siguió caminando sin darse cuenta que había cambiado de distrito y que se encontraba en una zona elegante.

Frenó en seco frente a un lugar con un diseño sobrio y elegante. Se miró a sí

misma y pensó que no tendría oportunidad. Pero ya estaba allí, así que había que darse una oportunidad.

Dio la vuelta tratando de encontrar alguna puerta trasera. Al llegar, sonrió victoriosa al ver el pequeño cartel de “Se busca personal”. Tocó un par de veces y esperó ansiosa.

-Será mi día de suerte.

Abrió la puerta un tío muy alto y corpulento, de cabeza afeitada y mirada indiferente.

-H-hola, vengo a...

-Entra.

Dudó un momento pero algo en ella hizo que entrara. Al hacerlo, se encontró en la cocina. Respiró tranquila al sentir que no había nada de qué preocuparse. Le indicaron que se sentara en un pequeño banco y esperó otra vez.

No fue por mucho rato ya que apareció una chica hermosa con un vestido bastante revelador.

-¿Vienes por el anuncio?

-Sí. Quiero dejar mi...

-A ver, párate un momento.

La mujer permaneció callada y observó a Alice en silencio, como si estuviera analizándola. Miró las piernas largas, la cintura pequeña y, en general, la figura delicada.

-Vale, entonces déjame tu resumen y te estaremos llamando. –Dijo finalmente tras unos agonizantes minutos.

Alice le extendió la hoja y recibió una sonrisa de despedida. Al salir se sintió un poco incómoda pero con el presentimiento que ese lugar cambiaría su vida para siempre.

II

El ruido hacía casi imposible que la gente hablara, aunque era una nimiedad en comparación con las cosas que pasaban en ese lugar.

Alice tenía razón, en el lugar estaban reproduciendo un set de Cassius el cual incluía el sencillo del momento. El ambiente era festivo, alegre y repleto de hombres adinerados de trajes elegantes. Con ellos, además, se encontraban mujeres de figuras exquisitas y de rostros de ensueño.

-Hemos recibido un montón el día de hoy. Es una sorpresa. –Mencionó la misma chica que había tomado el resumen de Alice hacía minutos atrás.

-¿Viste algo que te llamó la atención? –Dijo una voz grave, profunda, desde el otro extremo de la oficina.

-Sí. De hecho la última chica que vino. Es muy bonita, alta y tiene ese aspecto retro que daría un buen toque al negocio.

-Mm, déjame ver.

Desde el sillón, el hombre extendió la mano y tomó la hoja. Obvió las palabras ya que para él todo aquello era innecesario, más bien se enfocó en la foto. Piel blanca, ojos grandes y verdes, cabello negro, listo y corto hasta el cuello, de sonrisa dulce. Todo en conjunto hacían un rostro hermoso, precioso.

-Es guapa, eh.

-Bastante.

-¿Te gustó?

-Mucho. Se ve amable y respetuosa. Creo que llamaría a muchos clientes.

-Tiene cierto aire de inocencia. Quizás es mejor pensar en un puesto, eh, pues, menos activo. Al menos para empezar.

-Estoy de acuerdo.

-¿Algo más?

-No, Sr. Jones.

-Bien, entonces hablaremos luego sobre las opciones, Flor.

-Seguro. Permiso, señor.

El clic que hizo la puerta al cerrar, hizo que la voz grave tuviera rostro. James Jones buscó un cigarro entre unos tantos que se encontraban en una caja pulida de madera. Tomó el encendedor que siempre tenía en el bolsillo y encendió uno. Aspiró lentamente y luego exhaló el humo.

Volvió a concentrarse en el rostro de la joven.

-Más que guapa.

La sonrisa le pareció dulce, casi infantil. En cualquier ocasión le hubiera resultado fastidioso pero, extrañamente, no en este caso. Volvió a mirar y luego se concentró en lo que estaba pasando debajo de sus pies.

Detrás de su silla, se encontraba un ventanal que daba vista al local. Todo marchaba bien como de costumbre. Las chicas ofreciendo el servicio como debía ser y los hombres gastando el dinero compulsivamente.

-Nada mal.

James Jones, el nombre y el hombre detrás del club más respetado de alto standing de toda la ciudad. No se sabe muy bien ni cómo ni cuándo empezó todo. Había una especie de aura misteriosa alrededor de él que casi lo convertía en una figura imaginaria.

No le gustaba el ruido ni las compañías prolongadas, no obstante, había logrado dar con un negocio exitoso que le había dado grandes cantidades de dinero y, claro, éxito.

Pero no era como cualquier dueño. Era inteligente, frío y calculador, actitudes que había aprendido a lo largo de su vida. Por si fuera poco, también era un hombre increíblemente atractivo: casi dos metros de altura, músculos de hierro, moreno de tono bronceado, ojos grandes y negros y cabello liso del mismo color. Siempre vestía de traje por el ambiente en donde se encontraba, aunque él lo disfrutara porque alimentaba su instinto dominante.... Porque, claro, él era Dominante.

Le gustaba tener todo bajo control, tanto en el club como en la cama. No era un tío de medias tintas ni de rodeos, le gustaban las cosas claras y cuando quisiera. Eso sí, el trabajo es el trabajo y el placer queda para otro momento.

Gracias a su imperio, era de esperarse que llamara la atención de todas las mujeres de la alta sociedad, incluso aquellas que formaban parte del círculo de la farándula y el Show Business.

De hecho, su última relación fue una afamada cantante que estuvo loca por él por mucho tiempo. Ambos parecían la pareja imbatible hasta que James la dejó porque ya estaba aburrido. En los peores momentos sacaba a relucir ese temperamento frío y desinteresado capaz de destruir hasta el alma más vivaz.

Luego de dejar la hoja sobre el escritorio, concentró la mirada en una elegante mujer que acababa de pedir un Martini. Debido a la cantidad de gente y a las luces un poco tenues, no pudo encontrar más detalles sobre ella, así que hizo una última calada y apagó el cigarro en el cenicero que compró en Tiffany's días atrás.

Arregló el traje y echó un último vistazo al espejo que tenía sobre el lavabo del baño privado. Vi unas cuantas canas, incluso en la barba que le estaba creciendo. Sintió una leve preocupación porque odiaba la idea de envejecer y no hacer las cosas que quería.

-Hoy no pensaré en eso.

Salió con paso firme. Bajó por las escaleras oscuras y se encontró con el resplandor de las luces y la música alta. Dio un vistazo estilo panorámica y confirmó que efectivamente todo estaba mejor que bien. Los clientes sonreían y las mujeres lucían más hermosas que nunca.

Al terminar, buscó a la rubia para entablar una conversación. Estaba sintiéndose animado así que presentía que todo le saldría bien.

Finalmente la encontró. De reojo, se percató de la mirada ausente. Lo único que parecía animarla un poco era el trago que tenía en la mano.

-Otro, por favor. –Le indicó al camarero.

James estudió los movimientos en silencio mientras se encontraba en la oscuridad. Los ojos grandes, negros e intimidantes, parecían transformarse. Él instinto de cazador tomaba cada vez más el control de su cuerpo.

Acortó la distancia con la mujer y se sentó junto a ella. Lo que más le llamó la atención, sin embargo, es que no se había percatado de su presencia. Pero eso cambiaría muy pronto.

-Buenas noches.

Ella pensó que se trataba de algún borracho, así que giró un poco la cabeza y lo miró. En ese instante, sintió una especie de flechazo, de rayo.

-H-hola...

Reacomodó la postura y trató de disimular el cambio de humor. James le pareció gracioso y sonrió. Ella, en su silla, se sintió seducida por el gesto.

-¿Cómo la estás pasando?

-Pues, si te soy sincera estoy un poco aburrida. Estaba esperando a alguien y me ha dejado plantada.

-Eso es lamentable. Pero creo me parece que estoy de suerte.

-¿Cómo es eso? –Dijo sinceramente extrañada.

-Te seré sincero. He estado observándote desde allá. Sí. Allá. Esa es mi oficina. Te estuve mirando un rato y tuve unos minutos de indecisión. Es lógico que una mujer bella esté acompañada pero, ¿sabes? Me dije que lo intentaría. No tendría nada que perder salvo, claro, un poco de orgullo. Pero es una herida de la que se puede recuperar.

La mujer escuchaba atenta, con la expresión de sorpresa y halago. Tomó lentamente un poco del Martini que le quedaba. Todo esto sin perderlo de vista.

-Vaya. Creo que eso compensará de alguna manera el que me hayan dejado plantada.

-¿Qué tal si lo confirmas con otro trago? Esta va por mí.

Los dos comenzaron a hablar como si ignoraran todo lo que pasaba alrededor. James determinó que Lucía ciertamente era una mujer atractiva, de piel resplandeciente y suave. De labios carnosos, ojos azules y cabello rubio y espeso, el cual tocaba sin cada vez que él le hacía algún halago. Estas cualidades eran suficientes para llevársela a la cama y ya. De resto, le parecía vanidosa, aburrida e incapaz de establecer una conversación fluida. Por supuesto, ese no era su interés, más bien tenía claro el objetivo.

Pero así era James. El atractivo y el poder de palabra que había desarrollado, le permitió rodearse siempre de mujeres despampanantes y para todos los gustos. Tenía la costumbre, no obstante, de no involucrarse demasiado aunque hubo excepciones a la regla. Hoy no.

-Preparan el mejor Martini de la ciudad.

-Lo sé. Contratamos al experto en bebidas y tragos. Sé diferenciar lo bueno de

lo mejor, por lo que mis estándares de calidad siempre son altos.

-¿Lo aplicas a todo en tu vida?

-Sí. Así es.

Ella se inclinó hacia él. Él hizo lo mismo.

Se miraron por unos segundos hasta que James la tomó por el cuello, lentamente, y la besó con el mismo ritmo. Sí, le gustó su sabor.

-¿Quieres que vayamos a un sitio más cómodo?

-Me encantaría.

La sostuvo por el brazo y sortearon a la gente, el humo y las luces hasta que dieron con la entrada. James hizo una rápida llamada con instrucciones precisas y en cuestión de minutos, un valet estacionaba el coche frente a ellos.

Lucía quedó impresionada con el carruaje que la esperaba. Una máquina con aspecto súper lujoso y, claro, costoso. Los neumáticos relucientes así como los detalles cromados en los rines. Parecía que brillara con luz propia.

James sonrió orgulloso de su más reciente adquisición de 8 millones de dólares. El Maybach Exelero negro mate lo vio en un catálogo de diseño y lo pidió luego de quedar convencido que ese coche debía ser sólo para él. Tras una rápida transacción, se había convertido en el multimillonario capaz de exhibir aquella belleza.

Sonrió internamente al ver la expresión de asombro a Lucía. No había nada que mejor que demostrar el poder que tenía.

-Vaya. Nunca había visto algo así.

-Y probablemente no lo veas.

Camino hacia el puesto de copiloto, tamborileando los dedos con las llaves. El andar de aquel hombre era seductor, al menos así lo pensaba ella, quien quedó atrás como queriendo preservar el momento.

-¿Vienes?

Asintió e hizo pasos veloces para entrar.

Lucía estaba acostumbrada a la galantería y a las insinuaciones de todo tipo, pero esto era diferente. A pesar de conocer a los millonarios dueños de negocios exitosos, James era diferente. Tenía algo que lo hacía muy diferente

al resto y no sabía exactamente qué era.

Él entró y puso de inmediato las manos sobre el volante. El roce denotaba la suavidad del cuero. Esa textura tan perfecta que enmarcaba la elegancia y el buen gusto de James por los detalles.

No le dijo a dónde irían pero estaba seguro que no sería su casa. La cuestión era que ese lugar era su santuario y trataba de mantenerlo alejado de visitas que no durarían mucho tiempo. Era una cuestión de mantener la distancia tanto como pudiera.

Tomó un camino un poco alejado del centro y se adentró en una calle repleta de luces pero tan o más elegante que el lugar en donde se encontraban. A medida que avanzaban, se encontraron con la entrada espectacular del President Wilson Hotel. La franquicia se había extendido a la ciudad, así que James pensó que sería buen lugar para el encuentro que quería tener.

Un valet se paró frente al coche apenas este se había detenido. Tomó las llaves con rapidez y se llevó el sensual Maybach al estacionamiento subterráneo. Lucía y James se miraron cómplices y se dirigieron hacia las grandes puertas automáticas del hotel.

Las columnas de mármol blanco, la extensa alfombra color camel, los muebles negros de cuero, las luces con diferentes intensidades y el brillo de la madera de la mesa de la recepción, denotaban esa exclusividad que ambos disfrutaban.

James tomó la delantera y decidió hablar con la recepcionista unos ciertos detalles de la habitación. Lucía, mientras, acomodaba el vestido y el escote, tenía que resguardar la apariencia seductora que le había funcionado para atrapar a ese hombre que no escatimaba en cuestiones de dinero.

-Habitación 6002, señor.

-Muchas gracias.

Fueron a los elevadores y llegaron al piso con un poco de prisa. James tenía la urgente necesidad de sentir el calor de esos pechos y de las piernas que se asomaban por la raja del vestido.

Deslizó la tarjeta y un leve sonido anunció que podían entrar. Se encontraron, para variar, con una hermosa habitación color crema. De alguna manera, las luces tenues ayudaban a que el ambiente se viera acogedor.

-Esto es hermoso.

-Lo es. ¿Te apetece un poco de vino?

-Por favor.

Descorchó la botella y vertió un poco del líquido en un par de copas que estaban sobre una mesa con líneas minimalistas. Brindaron y bebieron un poco.

-Creo que si sigo así, estaré pero que mareada.

Él se acercó a ella y la tomó por la cintura. Bebió otro poco de vino y luego la besó en los labios.

-Si tienes caerte, yo te puedo sostener.

Ella no ofreció demasiada resistencia así que dejó la copa sobre la mesa y se lanzó a sus brazos, rozando sus pechos sobre el suyo, sintiendo el calor que desprendían sus cuerpos.

Se besaban, se abrazaban con fuerza, hasta que las manos de James parecían buscar desesperadamente el cierre del vestido. Ella se rió un poco y lo guió. Entonces, escuchó el sonido de este bajando lentamente desde el cuello hasta la espalda baja.

Lo único que tenía puesto eran aquellas sexys bragas negras de encaje. Los pechos, completamente descubiertos, parecían tener esa textura aterciopelada de los duraznos.

Hambriento por probarla, James se abalanzó sobre ella mordiéndole los labios y apretándole la cintura con fuerza. Estaba desesperado porque el preámbulo se prolongó y ya no quería gastar la energía en palabras. La acción debía manifestarse.

Los gemidos se hicieron cada vez más fuertes así como los deseos de ella.

-Poco a poco- Pensó él. –Aún no.

Siguió junto a ella hasta que la alzó como si pesara como una pluma. Lucía aferró sus piernas sobre el torso para tener un poco más estabilidad. Esta posición, además, le permitía a James acariciar las piernas y las nalgas de Lucía. Su cuerpo, todo ese cuerpo, era tan exquisito.

La dejó en la cama entre jadeos y gemidos. Él comenzó a desvestirse de a poco. Cada capa de ropa que caía al suelo, dejaba ver los brazos firmes, como

de hierro, el torso repleto de abdominales, los muslos y piernas formadas, y un miembro grueso y venoso. Sí, James era todo un dios griego.

Apoyó sus rodillas y manos sobre la cama para quedar sobre ella. Besó sus labios y el cuello. Se echó un poco para atrás y miró ese par de pechos redondos y deliciosos. Tomó uno con la mano izquierda y saboreó el pezón del otro con sus labios. Ella gritó un poco al sentir los dientes de él mordiéndola un poco. Sólo lo necesario para que le gustara la sensación.

Así pues que bajó hacia el torso y las caderas hasta llegar a la entrepierna. Tomó un par de dedos y rozó con cuidado los labios y el clítoris. Lucía gimió con tanta fuerza que tuvo que agarrar una almohada para ahogar un poco los ruidos.

-Bien, muy bien. –Dijo él.

Comenzó a lamerla lentamente pero con la intención de aumentar la velocidad y el ritmo. Su lengua la penetraba y la hacía sentir que en cualquier momento iba a correrse en la boca de James.

Ese sabor, esas texturas, esas carnes tan exquisitas, James estaba complacido porque su instinto, nuevamente, no le había fallado. Siguió chupándola e intercambiando mordiscos para incrementar la excitación. A ese punto, estaba tan húmeda, tan lista.

Su pene parecía estar desesperado por adentrarse en ella así que no permaneció mucho más tiempo en esa posición. Se levantó y rozó su miembro sobre el coño de Lucía.

-Por favor...

-¿Lo quieres?

-Sí... Demasiado.

-Ruégalo.

-Te lo suplico. Te lo ruego. Por favor, fóllame...

Después de esa última sílaba, James penetró con fuerza a Lucía. Ella sintió un poco de dolor pero luego se entremezcló con un placer indescriptible.

Él siguió empujando con más intensidad mientras sostenía las muñecas de ella con una de sus manos. La otra quedaba libre para acariciar, apretar y estimular.

Los ojos de Lucía estaban cerrados aunque de vez en cuando los abría para verlo. Él se veía más hermoso que nunca, como esculpido por una fuerza divina que colocó especial esmero en él.

Cambiaron de posición, esta vez ella en cuatro, elevando sus hermosas nalgas hacia él. Casi de inmediato sintió un par de nalgadas y apretones. Volvió a sentir el pene exquisito de James. El orgasmo parecía acercarse cada vez más y más.

Cada embestida, cada impacto, cada contacto la llevaba a un punto en el que quería dejarse llevar pero no quería que ese momento terminara tan pronto. Quería que se prolongara tanto como pudiera.

Él, por otra parte, a sabiendas de lo que estaba por suceder, dejó de penetrarla y la colocó sobre la cama como al principio.

-Abre las piernas.

Ella lo hizo casi de inmediato.

James estaba decidido en darle un último regalo así que comenzó a estimularle el clítoris con fuerza. Lucía cerró los ojos de inmediato, concentrada en las sensaciones que estaba experimentando.

Siguió tocándola, acariciándola, masturbándola como había fantaseado antes de llegar al hotel.

-Quieta. Acabarás cuando diga.

-Pero... Por favor.

Era obvio que ella no podía más, que sentía que estaba a punto de caer en el abismo. James quiso alargar un poco el asunto pero no pudo. Así que le susurró las palabras que deseaba escuchar.

-Vamos. Hazlo.

Se aferró de las sábanas blancas con fuerza, tanta que las venas de sus manos estaban brotadas. Los gemidos fueron ascendiendo hasta que finalmente se había corrido entre los dedos de ese amante nocturno.

-Buena chica- Respondió él, al mismo tiempo que le daba unas pequeñas palmaditas sobre el coño de Lucía.

Ella mantuvo los ojos cerrados, temblando e incapaz de pronunciar palabra alguna. James lamió sus dedos y se levantó para limpiarse y darle también un

poco de espacio de un momento tan intenso.

Entró al baño y encendió la luz. Se sorprendió por un momento por el tamaño del lugar. Fácilmente podría organizar una fiesta allí y todos estarían cómodos. Despejó la mente y la aceleración del cuerpo con un poco de agua fría que se había echado en el rostro. Se sintió bien consigo mismo ya que no era alguien quien necesariamente tuviera problemas para ligar y tener sexo. Sin embargo, después de toda la emoción quedaba la peor parte: despachar a la acompañante.

Asomó la cabeza hacia la habitación y se percató que Lucía parecía dormir, así que esa era la oportunidad que podía aprovechar para escabullarse e irse. Luego encargaría algún chófer para que la buscara y la llevara a cualquier lugar que quisiera.

Salió con paso lento y buscó la ropa para vestirse. Ella, sin embargo, despertó del letargo y pasó de estar extrañada a molesta en cuestión de segundos.

-Lo siento, debo irme. Cuestiones de trabajo.

Por supuesto que era una mentira. Había hecho lo que quería hacer y estaba ansioso por irse.

-¿En serio? ¿Esa es la mejor excusa que se te ocurre?

La respuesta le sorprendió pero estaba acostumbrado a las situaciones inesperadas, así que supo reaccionar con rapidez.

-Administro un club y uno muy bueno, si no el mejor. Y, de hecho, muchas de las cosas que surgen allí, es mejor que las solucione de primera mano.

Ella pareció quedar algo convencida pero no lo suficiente.

-Ten. Este es el número de mi chófer personal. Vendrá a buscarte cuando quieras y te llevará a donde necesites.

Él siguió vistiéndose con rapidez y Lucía se sintió incómoda. Entonces tomó la sábana, la enrolló en su cuerpo y fue al baño. Aunque sabía de las rápidas despedidas, esto era un nuevo nivel. Escuchó la puerta cerrarse. Al menos se quedaría con el recuerdo de haber tenido el mejor orgasmo que había tenido en su vida.

III

Alice estaba en el sofá comiendo el otro envase de ramen instantáneo que quedaba en la nevera. A su lado, estaba el móvil y lo miraba sin parar. Trataba de comer pero no podía, el estómago se había reducido drásticamente como por arte de magia.

Rezaba, además, en su interior. Cruzaba los dedos. Rogaba por una oportunidad. Los ahorros, para peor, estaban agotándose y estaba renuente a pedir ayuda a su familia.

-No, bajo ningún concepto –Pensó.

Aunque, muy dentro de ella sabía que ese era una especie de plan z por si todo fallaba.

De repente escuchó el timbre del móvil. Era una llamada entrante. No supo cómo reaccionar así que respiró profundo y notó que era un número desconocido. A lo mejor se trataba de alguien que se había enamorado de su resumen curricular y la llamaba para decirle que era la persona indicada para el puesto.

-¿Sí, bueno?

-¿Hablo con Alice?

-Sí, ¿con quién tengo el gusto?

-¡Hola, Alice! Me llamo Flor Domínguez, la chica que recibió tu resumen curricular hace unos días. ¿Me recuerdas?

-Sí, sí. Perfectamente. ¿Cómo estás?

-Estupendamente. Te llamo porque queremos que empieces a trabajar con nosotros como mesera. Tengo entendido que tienes experiencia en ello, ¿cierto?

-Sí. Es correcto. Pues, encantada, ¿cuándo empezaría?

-El viernes. Ven vestida de negro, preferiblemente con falda o vestido. No es necesario que uses tacos porque sería demasiado. Aquí te daremos la cena y la paga es diaria. ¡Ah! Recuerda venir un poco más temprano para enseñarte la distribución de las mesas y cómo se maneja el servicio de tragos, ¿vale?

-Vale. Entonces nos veremos el viernes.

Colgó la llamada, gritó de la emoción y dio varias vueltas en el piso porque la energía era demasiada. Se alegró porque ciertamente su instinto no le falló.

-¿Aló, mamá? Tengo una gran noticia que contarte.

Los días parecieron eternos pero finalmente había llegado el viernes. Luego de tomar un baño, Alice abrió el clóset para ver si tenía la prenda requerida para empezar a trabajar con todos los hierros.

Encontró un vestido negro bastante práctico así como unos Oxford de charol que irían perfectos. Se puso todo junto y se sorprendió de lo bien que se veía. Sonrió y preparó el bolso con otra muda de ropa, un poco de agua y una galletita que pudo comprar con el poco dinero que le restaba.

Como el camino era un poco largo, tomó el subterráneo que la dejaría muy cerca del local. Cada vez que estaba más cerca, el corazón quería salirse del pecho. Estaba nerviosa.

Una caminata corta fue suficiente para que llegara a tiempo. Entró por el mismo callejón que conducía a esa puerta misteriosa y tocó un par de veces. Esperó un rato y el mismo tío musculoso, le dirigió unas cuantas palabras inaudibles.

Alice, entonces, entró en la cocina y se sentó en el banquillo, ya lista para empezar.

-¡Hola! Agradezco que hayas llegado un poco más temprano. Ven, te muestro el lugar rápidamente. Antes, deja tus cosas en ese casillero. El tuyo es este. Aquí podrás dejar todas tus cosas sin preocuparte. Ahora vamos que tenemos un poco de jaleo.

-Vale.

Dio unos pasos veloces y el lugar estaba cobrando la atmósfera de club nocturno. Estaba oscuro salvo por unas luces de neón. El selector de la noche estaba preparando los equipos y los camareros limpiaban algunas copas. Todo estaba cobrando forma de a poco.

-Estas son las mesas que deberás atender. Como verás, no son muchas y están un poco alejadas de la barra, pero, para ti, será sencillo atenderlas. A ver... Esto que está por aquí son espacios privados para que los clientes hablen con las chicas. En general, siempre vino, champaña o cualquier otro licor, según

solicite la acompañante. Así que por eso no te preocupes. Sin embargo, si es necesario algún tipo de ayuda, te lo haremos saber.

Alice tardó un tiempo en darse cuenta que se trataba de un lugar de damas de compañía. Por un momento se preocupó un poco pero luego pensó que no podía dejar de lado esa gran oportunidad. Quizá debía más bien agradecer la oportunidad que tenía.

-Por cierto, viniste muy bien. Te ves estupenda. ¡Ah! Antes de que se me olvide. Aquí todos somos puntuales así que debes serlo también. Nuestro jefe es un poco delicado con esas cosas.

-Cuéntame, ¿qué tal es él?

-Se preocupa mucho por la puntualidad y por el orden. Y puede aparecerse en cualquier momento. Creo que es una técnica que tiene para intimidar a la gente. Ja, ja, ja. Es un poco gracioso.

La expresión de Alice dio a entender a Flor que eso no fue un buen comentario.

-Vale pero no te preocupes. Aquí estamos para apoyarnos mutuamente por si tienes alguna duda.

-Vale.

-Ahora ven. Las puertas se abren en un rato. Recuerda, comunícate con los chicos de la barra, ellos saben qué hacer. De resto, mucho éxito.

-Gracias, Flor.

Las puertas se abrieron un rato después. El show estaba por comenzar.

Como todos los viernes, la gran cantidad de gente resultó un poco abrumadora para Alice. Por suerte, sólo le correspondía atender una pequeña porción del local seguramente para poner a prueba sus habilidades.

Ella tomó un respiro y, con bandeja en mano, comenzó a moverse con la rapidez de flecha entre mesas y clientes.

Al principio fue un poco chocante porque había pasado algún tiempo desde la última vez que trabajó como mesera. A la hora, los tobillos le estaban molestando pero luego se sintió más y más confiada.

Los chicos de la barra la ayudaban cuando ella no entendía una orden o había algún pedido especial.

-Eso suele pasar así que tranquila. Estamos preparados para asumir lo que venga.

Dijo uno luego de guiñarle el ojo.

La noche seguía avanzando y Alice estaba más ocupada que nunca. Sabía que más tarde caería como un bloque pero no importaba. Se sentía útil y productiva, las cosas iban a cambiar.

-Buenas noches, jefe. Estas son las estadísticas del mes que me pidió. Aquí tiene las solicitudes de los proveedores... A ver, y ¡ah! Ya empezó la chica que le había mencionado. Hoy le tocó una noche dura pero lo está haciendo bastante bien.

Las últimas palabras retumbaron en los oídos de James. Miró a su asistente como señal para que ella le diera más detalles.

-Bien, la ubiqué en la zona de allá, cerca de la VIP. Le di el código de vestimenta. Los chicos de la barra me dijeron que es muy amable y dulce así que los clientes se sienten bien con ella. ¿Le hablo del sueldo?

Permaneció en silencio y la buscó con la mirada. Recordó que, según la foto del resumen curricular, tenía el cabello corto, así que pensó que no sería muy difícil de encontrar. Estuvo así un rato hasta que dio con ella. Parecía dar saltos entre las mesas.

-Ehm, sí. Hazlo. Háblale de todos los detalles. Después se hará un contrato para formalizar el ingreso. ¿Te parece?

-Perfecto, señor.

Flor volvió a desaparecer y él tomó el camino hacia la oficina. Pensó para sí que ella se veía tan linda dando vueltas con energía. Igualmente se sintió impresionado de lo hermosa que era. La foto no le hacía ninguna justicia.

Se encontró solo en esa inmensa habitación vacía pero con la vista fija en el local. Todo se veía igual como siempre con la única variante de que había más personas de lo esperado. Nada mal a decir verdad.

Seguía observando y volvió a toparse con la joven que acaba de empezar. Sonreía ampliamente lo que le llamó la atención.

Tomó la silla y se sentó. Miró sus largas piernas que se movían con armonía. El vestido que tenía puesto marcaba la cintura pequeña así como sus nalgas

firmes. Le gustaba cómo caminaba y cómo equilibraba la velocidad del paso con la bandeja. Giró y quedó de frente en el escritorio. Tenía mucho que hacer. Alice comenzó a sentir que los pies iban a reventar los zapatos. Se sentó un momento sin que nadie la viera para tomar un respiro.

-Eh, toma, te hace falta.

Le acercaron un vaso con agua.

-Oh, vale. Muchas gracias.

-Es mejor que te levantes pronto. A veces el jefe se pasea por aquí y no le gusta ver estamos sin hacer nada.

-Vale, vale. Gracias.

Bebió lo último que quedaba del contenido y se puso de pie. No había nadie en las mesas así que pensó darse un paseo por si alguien necesitaba ayuda. El momento de calma le ofreció a Alice la oportunidad de percatarse lo que realmente era ese lugar. Banqueros, inversionistas, millonarios y turistas con dinero se congregaban ahí para disfrutar de la compañía de damas hermosas. Algunos, además, pagaban por servicios un poco más exclusivos.

Ella fingió que todo le parecía natural cuando en realidad aún estaba impactada por las cosas que veía. Asimismo imaginó cuánto dinero sería capaz de ganar si se proponía hacer lo mismo. Podría mudarse e incluso invertir en educación. Cualquiera opción era viable. Pero, lo cierto, era que sentía mucho miedo al respecto ya que no sabía los riesgos a los que debía enfrentarse.

Siguió caminando pero notó que todos estaban muy concentrados en lo suyo, dio la vuelta para ir hacia donde la habían asignado hasta que se topó con una sombra intimidante.

¿Se trataba de un sueño? ¿Era una fantasía? La duda se le despejó cuando un rostro se descubría poco a poco entre las luces y el humo de puros y cigarros. Era un hombre muy alto y muy guapo. Se veía fuerte, elegante. Ella no supo cómo reaccionar ya que hacía un rato se había sentado para tomar un descanso. ¿Sería el jefe? ¿Estaba despedida?

-Hola, ¿cómo estás? Me llamo James Jones. Me ha dicho Flor que eres el nuevo ingreso.

Alice pestañeó un par de veces para reaccionar.

-Ah, sí, sí. Hola. Me llamo Alice. Bien, sí. Empecé hoy.

-Excelente. Bienvenida. –Dijo sonriendo. -¿Cómo te has sentido aquí?

-Pues, nada mal. Me han ayudado mucho y eso lo agradezco inmensamente.

-Me di cuenta que hoy el ritmo estuvo bastante intenso, pero veo que tienes buen ritmo. Cualquiera cosa, tómate un descanso. Poco a poco te sentirás un poco más segura y con más energía.

-Gracias, valoro los consejos. Tengo tiempo sin trabajar en esto y trataré de darle todo lo mejor de mí.

-No tengo duda al respecto.

Se acercó un poco más y ella echó un ligero paso hacia atrás.

-Gra-gracias, señor.

Alice trató de mantener la mirada pero sintió como un fuego que la abrasaba. Ese tío desprendía una actitud impresionante. Él se retiró lentamente y ella se quedó con la bandeja en el regazo tratando de asumir todo lo que había pasado.

Luego de un repunte de clientes, tragos y champaña, Alice recibió el llamado de Flor desde el otro lado del local.

-Lo has hecho muy bien. Sé que cuesta un poco adaptarse al ritmo pero poco a poco. Aquí tienes tu paga. Vendrás cinco días a la semana así que tendrás tiempo suficiente para descansar. ¿Estás de acuerdo?

-Sí, sí. –Respondió con una sonrisa al darse cuenta del dinero que había recibido.

-A ver. Aquí están también las propinas. Esto es tuyo, siempre, ¿vale?

-Perfecto.

-Bien. Te espero mañana. Si surge algo, te llamaré. Cuídate mucho, Alice. Y gracias.

-Gracias a ti.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no ponerse a saltar o cantar por la cocina. Abrió el locker, buscó el bolso y fue a cambiarse de ropa, todo eso,

pensando en la suerte que tenía de comerse una gran hamburguesa para celebrar.

Un par de jeans, unos New Balance ya gastados y una camisa de mangas largas, la hizo sentir inmediatamente cómoda. Salió y fue a buscar un MacDonald's.

-Sabía que aquí tendría suerte.

Luego de una larga conversación, James se sentó en la silla de cuero con actitud cansado. Buscó la caja y encendió un cigarro. Necesitaba relajarse. Mientras trataba de calmarse, se le vino a la mente el rostro asustadizo de Alice. Se veía tan dulce, tan tierna, como una pequeña figura de porcelana.

Fue entonces cuando comenzó a sonreír de a poco. De alguna manera, se sentía más positivo, más tranquilo. Recordó, además, la forma en cómo se movía con pies veloces. Dudó si ese carácter dulce y afable iría bien con una dama de compañía.

Dio una calada, bebió un poco de bourbon. Es mejor que se encuentre en el lugar en donde está. Mientras, disfrutaría de la vista.

IV

Alice cumplió con la promesa. Había mejorado notablemente en cuestión de semanas. Flor, como gerente de personal y asistente, estaba satisfecha de su progreso.

-Va tan bien que ya tiene un par de clientes por su cuenta. Cada vez que vienen, sólo quieren que ella los atienda.

-Así que nada mal, ¿eh?

-Total. Es increíble.

Flor seguía hablándole de negocios pero James tenía la mente ocupada en otra cosa. Pensó que sería buena idea hacer que Alice formara parte de un evento importante para estudiarla con un poco más de libertad.

-¿Qué tal si la llevamos al evento que tenemos para el fin de mes?

-¿Está seguro?

-Sí. Creo que será interesante ver cómo interactúa con los clientes.

-¿Cómo en plan de mesera?

-Sí pero con la posibilidad de otros servicios.

La expresión de su asistente le decía que esa decisión quizás no era la más adecuada. Pero, claro, había un plan detrás de ello. James no dejaría que Alice fuera dama de compañía, más bien aquello contribuiría a propiciar un juego del que estaba seguro que iba a disfrutar.

El fin de mes llegó con velocidad. Alice estaba más ansiosa que nunca ya que recibió la notificación que atendería mesas pero con la posibilidad de hacer algo más. Esto, sin duda, le causó un poco de conflicto pero inmediatamente imaginó la paga que recibiría.

-Un poco de sacrificio valdrá la pena.

Respiró hondo hasta que se encontró con una vista increíble. Parecía el paraíso hecho en la tierra. Se trataba de una playa privada la cual estaba tenía una decoración sencilla pero impresionante. Flores frescas y telas livianas, luces un poco tenues ya que era el atardecer.

Las chicas ya estaban en el lugar esperando a los clientes. El resto del personal, bajaba de una van de la empresa. Como siempre, se respetaba el código de vestir de negro incluso Alice, quien parecía no salir de su ensimismamiento.

-Alice. Como te mencioné, estarás en las mesas que ves por allá. Si algún cliente quiere hablar contigo a solas, tendrás que hacerlo.

Flor seguía desconfiada.

-Tranquila, Alice. Todo saldrá bien. Estaré por ahí, dando vueltas por si necesitas ayuda, ¿vale?

-Vale. Gracias, de verdad.

Volvió a desaparecer. Alice quedó de pie sobre la arena sintiéndose perdida y un poco renuente a lo que estaba a punto de hacer.

Los preparativos y la logística demostraron la eficiencia que tenía el negocio que encabezaba James desde hacía años.

El Maybach aparcó cerca de una lujosa tienda privada. Él bajó del coche con un atuendo menos formal pero igual de elegante. Observó todo y asintió aprobando lo que veía. Estaba satisfecho. Mientras caminaba se percató de una solitaria Alice que estaba preparándose antes de la llegada de todos.

Se le veía hermosa, insegura, vulnerable. Por un momento pensó en desistir de la idea y dejar que sólo sirviera tragos como solía hacerlo, sin embargo, su plan no resultaría como quería. Volvió a concentrarse en la entrada de su tienda privada.

James era un hombre que le gustaban los juegos. Pensaba que servía para darle un poco de sabor a las cosas. Lo cierto es que había pasado un tiempo obsesionándose con la idea de dominar a Alice. La imaginaba acostada o sobre una cruz de San Andrés, siendo objeto de latigazos y torturas de todo tipo.

Por un momento trató de desechar la idea pero se volvió tan presente como una picazón que se volvía insoportable. Finalmente, se rindió y decidió lanzarse ante la aventura pero con un toque divertido.

Los invitados llegaron luciendo los mejores trajes que el dinero pudiera pagar. El DJ del momento, los canapés más exquisitos y la decoración más sublime.

Alice experimentó un acelerón en el pecho pero hizo de tripas corazón.

-Venga ya.

Todos comenzaron a colocarse en las sillas mientras que sol caía en el horizonte. El mar tranquilo, reflejaban los naranjas y rojos de atardecer. Un espectáculo que propiciaba la atmósfera perfecta.

Los pedidos no se hicieron esperar y la mente de Alice cambió como si tuviera una especie de interruptor a la modalidad que ponía en práctica cuando estaba en el club. Por pocos minutos, recordaba la otra misión pero luego volvía a lo suyo.

Avanzada un poco la velada, James salió para dedicar unas palabras a los asistentes ya que el evento estaba dedicado a la fidelidad de estos.

A medida que se acercaba al pequeño escenario, saludaba y estrechaba manos. Alice lo llegó a ver y pensó que ciertamente era el hombre más atractivo que jamás había visto. Además, imaginó que el estar entre esos brazos de hierro sería una gloria que pocos podrían experimentar. Pero, claro, soñar no cuesta nada.

-Buenas noches, amigos. Estoy más que contento de tenerlos aquí porque quiere decir que hemos crecido juntos durante todo este tiempo...

La voz grave, profunda, parecía hipnotizar a quien lo escuchara.

-Por eso, brindemos. Que el futuro sea mejor que el presente. ¡Salud!

Todos alzaron sus copas con ánimo y bebieron. La música, poco después, comenzó a sonar y el ambiente de fiesta no tardó en aparecer.

James bajó los escalones y fue directo a una mesa desocupada, justo en la zona en donde atendía Alice. Ella no lo vio así que esperó ansiosamente. Mientras esperaba, se percató de lo nerviosa que estaba. De seguro no había olvidado lo que tenía que hacer.

Terminó entonces de despachar a unos clientes cuando se encontró con la mirada y ella perdió la movilidad, como si hubiera convertido en una estatua.

-A ver, ¿no piensas atenderme?

-Por-por supuesto, señor Jones. Dígame, ¿qué le apetece beber esta noche?

-Pues, probemos con una cerveza. Estoy de ánimo de algo más bien refrescante.

-Vale, sale enseguida.

Corrió hacia la barra, pidió la botella y la retiró con rapidez para que el jefe no esperara más tiempo.

-Aquí tiene. Si desea acompañar su bebida, también tenemos disponible una serie de entradas que...

-No te preocupes. Sé perfectamente qué es lo que está disponible. Ven, siéntate.

Alice no entendía lo que estaba pasando pero había recibido una instrucción así que no podía dudar al respecto.

-¿Cómo te has sentido desde que entraste?

-Pues, estupenda. Cada vez gano un poco más de confianza y los chicos me han ayudado un montón. Desde el primer día ha sido así.

-Me alegra. ¿Qué te ha parecido lo que hemos organizado hoy?

-Hermoso. Nunca había visto una playa tan bonita como esta. –Sonrió y miró hacia el horizonte.

James la observaba y cada vez estaba más y más convencido de hacer lo que tenía planeado.

-Bien. Creo que Flor te dijo que debías estar atenta por la solicitud de cualquier cliente ante algún servicio especial, ¿cierto? Entonces, ¿ves esa tienda que está cerca de esas palmeras? Ve allá en 10 minutos. Allí te encontrarás con la tarea especial. Recuerda, una sonrisa siempre y buena disposición.

-Vale, así será.

Tomó todo el contenido de la botella de un solo sorbo y se levantó sin mayor ceremonia. Ella se quedó allí con el corazón apretujado y con la duda en la comisura de los labios.

-Vamos. A hacerlo bien.

Atendió un par de mesas más y se fijó que el tiempo había pasado. Dejó la bandeja, se retiró el delantal y fue hacia donde le habían indicado. En cada paso, hacía un recuento de toda la información que había recibido. Con ambas manos, alisó un poco el cabello que se hizo frizz por el salitre y retocó un poco el labial rojo para avivar el color.

De frente a la tienda, pensó en todo el dinero que podría hacer, en los planes que llevaría a cabo. Con la mano, abrió delicadamente la abertura y se adentró a un espacio bastante amplio pero un poco oscuro.

La iluminación era gracias a unas velas distribuidas a lo largo de la tienda. Tardó un poco para que sus ojos se acostumbraran pero, al lograrlo, se dio cuenta que la decoración era exquisita. Había una alfombra de color bordó que contrastaba con sillones de tonos más claros. También se encontraban plantas, flores y un delicioso olor que Alice no pudo reconocer inmediatamente.

Siguió caminando hasta que volvió con toparse con la mirada intensa de James, quien la esperaba en un extremo de la tienda.

-¿Señor?

-Hola, Alice.

Ella no entendía nada de lo que estaba pasando.

-Lamento no habértelo dicho antes pero resulta que yo soy el cliente del que te estaba hablando.

La confusión era más que evidente.

-Ven, siéntate. Creo que tenemos de qué hablar.

Dio unos pocos pasos hasta encontrarse con una cómoda silla. Al frente tenía una pequeña copa con un licor de color rojizo.

-Bébelo. Estoy seguro que necesitas algo ahora.

Ella no lo dudó y se tomó el contenido de un trago. Tosió un poco porque tenía demasiado tiempo sin saborear una gota de alcohol.

Él había previsto esa reacción por lo que le causó gracia. Esperó a que las mejillas de ella volvieran a retomar el color así que cruzó las piernas y siguió observándola.

-Disculpe pero es que no entiendo.

-Entonces no iré con rodeos. Desde que te vi me gustaste mucho, demasiado, así que te observé lo suficiente para estudiar tus movimientos. Digamos que soy bastante observador y eso es algo que he aprendido con el paso de los años. Mi asistente me dio reportes de tus avances y hasta cierto punto contemplamos la idea de que te convirtieras en dama de compañía. Sin

embargo, tuve la sensación de que eso iba a causarte algún tipo de conflicto. Llámalo instinto, si quieres. Entonces pensé en tramar algo que sería interesante para los dos y pondría a prueba tu disposición al trabajo. No quise adelantarte nada porque me interesaba evaluar tu primera reacción.

-¿Supuso que me pondría así?

-Claro que sí. Es completamente normal pero, por otro lado, eso me causa aún más interés en que aceptes la propuesta. Alice, quiero que seas sólo para mí cuando y donde lo desee.

Ella no podía darle crédito a lo que escuchaba. ¿Toda esta situación era real? Por otro lado, sintió una emoción creciente dentro de sí. Estaría con un hombre guapísimo, un tío que le atraía y la parecía envolver con las palabras. Las fantasías de estar en sus brazos eran más posibles ahora que encaraba la situación.

-Claro, recibirás una nueva paga y dejarás de ser mesera, incluso no tendrás que ir al club. Sólo nos encontraremos cuando te lo indique. Así que, ¿cuál es tu respuesta?

Alice deseó tener otro trago frente así para poder impulsar las palabras que tenía dentro de su boca. Pero no era el caso, así que miró a James y sólo pudo asentir lentamente.

Él emitió respuesta. Más bien se levantó de la silla y tomó a Alice por los brazos con delicadeza pero haciéndola ponerse de pie. Ella estaba absorta entre esos ojos negros y la fuerza de su musculatura. Así pues que lentamente se acercaron y se besaron.

Los labios de James eran suaves, decididos. Su lengua se hizo presente al poco tiempo así que ella hizo un sobresalto en respuesta a la emoción que comenzaba a envolver su cuerpo.

Ella perdió el temor y se apoyó más en él. James la recibió complacido así que la apretó más junto a su pecho.

-No tienes idea de lo mucho que he esperado este momento.

El beso y al abrazo parecieron durara una eternidad y Alice quiso quedarse allí por más tiempo. Aunque sabía que esa fantasía se rompería como pompa de jabón.

-Debo irme. Si te soy sincero, esto de las fiestas me aburre terriblemente –

Sonrió muy cerca de los labios carnosos de ella. –Considera este tu último día como mesera. Pronto me comunicaré contigo, así que atenta, ¿vale?

Le acarició el cabello y la volvió a besar. Alice estaba aferrada a él como nunca se lo había imaginado. Olía delicioso, tocaba delicioso. Era un hombre en todo el sentido de la palabra. La soltó lentamente y se fue. Ella quedó aún con esa exquisita sensación en los labios.

Al término del evento, todos cansados entraron a la van con los párpados a punto de caer. Algunos apoyaron sus cabezas sobre el vidrio de la ventana para descansar un poco antes de llegar a destino. Todos soñaban con una cama cómoda y caliente. Todos menos Alice. Ella más bien se imaginaba rodeada del calor de James de todas las formas posibles. En ese momento, su universo estaba dedicado sólo a él.

El camino se hizo corto y se alegró al hallarse finalmente en su piso tras un intenso día de trabajo. Había hecho una suma interesante de propinas así que apartó un poco de dinero para comprar algo para cenar y el resto lo reservaría para pagar la renta. Fue a la habitación y se quitó la ropa con velocidad. Fue al baño a lavarse la cara y pensar si le apetecía más comida china o una buena pizza. Aunque el estómago le rugía con fuerza, recordó ese momento en el que James la tomaba con firmeza, ese instante en donde los dos parecían fundirse en cada caricia y beso.

Su cerebro parecía recrear la escena con precisión y fue allí cuando sintió de nuevo ese calor que experimentó la primera vez que lo vio. Recorrió la planta de sus pies, las piernas, la espalda hasta que se concentró en su entrepierna. Su coño comenzó a latir lentamente hasta aumentar el ritmo. Era algo que no podía ni quería detener.

Aún desnuda, se echó sobre la cama y sus manos acariciaron sus pechos. Apretaba los pezones con fuerza. Su boca emitía gemidos, su vulva se sentía húmeda y no se resistió más.

Los dedos de su mano derecha fueron a parar sobre el clítoris. Este parecía esperar ansiosamente por ello por lo que se sintió más excitada todavía. Deseaba sentir la lengua de James lamiéndola, devorándola con desespero. En ese punto, abrió las piernas para tocarse con más comodidad.

La imagen cambió a algo un poco más intenso. Ya James no la lamía, más bien había tomado con fuerza sus muslos, separándolos aún más para que ella

recibiera su delicioso pene. Él se adentró en esas carnes y la folló con la fuerza de un animal salvaje.

Alice se aferraba a esa fantasía que la sentía vívida. Él le decía palabras obscenas a su oído mientras la penetraba. Ella, por su parte, le tomaba por la espalda ancha, abrazaba su torso con sus largas piernas como queriendo que él nunca saliera de allí.

Gemía, gritaba. El roce de sus dedos la hacía sentir que estaba lista y que en cualquier momento su espíritu se separaría de su cuerpo. Todo, de repente, quedó negro y ella se dejó vencer entre sus sábanas mientras la madrugada consumía los restos de un orgasmo intenso.

Después de un rato, Alice pudo abrir los ojos. Se percató que el escenario que había recreado con James. Trató de espabilarse un poco y se levantó con algo de dificultad. Estaba cansada, le dolían los pies pero tenía una sensación de felicidad plena. Pensó, además, que tenía demasiada suerte: había encontrado un empleo con buena paga y se topó con un tío que va más allá de lo sensual. No podía sacarse de la mente que tenía buena estrella, finalmente.

Volvió a acostarse e inmediatamente recordó las manos de él sobre ella. No tardó demasiado en excitarse de nuevo.

V

Según las instrucciones que recibió, Alice no regresó al club. Por lo tanto, comenzó a racionar los ahorros tanto como podía para no sucumbir al pánico en momentos de crisis.

Aunque tomó las medidas necesarias, nadie la preparó para lo peor: esperar la respuesta de él, esa misma que le prometió después de ese beso de la última vez. Perdió la cuenta de las veces que se tocó por él así como lo mucho que lo extrañaba.

Un día, mientras revisaba los anuncios clasificados para buscar un empleo de medio tiempo, escuchó el móvil. No atendió enseguida ya que mantuvo la mirada fija a la pantalla de la laptop. Se encontró con un montón de opciones por lo que estaba muy cerca de postularse a unas cuantas propuestas.

Silencio... Hasta que volvió a escuchar el aparato.

A regañadientes lo tomó y miró el número. No le resultó familiar así que dudó un poco más en atender la llamada. El instinto le dijo que lo hiciera.

-¿Aló?

-¡Hola! ¿Estás ocupada? He llamado varias veces y no me atendiste.

Se trató de esa voz grave, sensual. Era James.

-Lo-lo siento. Es que estaba concentrada en algo y de verdad que perdí la noción del tiempo.

-Más bien las disculpas las tengo que decir yo. Te prometí que te contactaría pronto pero no pude. A veces los negocios me consumen de una manera que ni te imaginas.

-Vale, lo entiendo.

-De todas maneras, tengo algo planificado para ti. Esta noche iremos a cenar a uno de mis restaurantes favoritos. Creo que tenemos que ponernos al día con algunas cosas.

-Estoy de acuerdo. ¿En dónde nos encontraremos?

-Mi chófer pasará por ti a las 9. ¿Te parece?

-Pues, estupendo.

-Nos vemos esta noche.

Las últimas palabras aderezadas con un poco de galantería, la hicieron sentir entusiasmada por la salida. Miró el reloj que tenía sobre la cómoda y pensó que era buen momento para comenzar a arreglarse.

Entró a la ducha, esperó un poco a que la bañera se llenara de agua y lanzó una bomba de baño que dejaría su piel con un perfume irresistible a jazmín. Se sentó desnuda sobre la fría pieza y esperó a que se deshiciera todo. Introdujo un pie, luego el otro hasta que se hundió por completo, hasta la cabeza.

Al emerger, la calidez envolvió su cuerpo y se sintió relajada como nunca en mucho tiempo. Comenzó a jugar con el agua coloreada por la bomba y silbó alguna canción de Prince. Una que la hacía sentir atractiva y contenta consigo misma. Quizás el momento estaría perfecto con él.

Salió luego de darse cuenta que ya era hora porque si no, tardaría más de lo necesario. Después de secarse, se dirigió a la habitación para tratar de hallar algo que fuera apropiado para la cita con James.

A pesar de tener un estilo más bien práctico y quizás un poco infantil, Alice contaba con prendas que hacían girar la cabeza de los hombres. Quería encontrar algo que fuera sensual pero también elegante. Pasó unos minutos hasta que encontró un vestido rojo oscuro ajustado hasta la cintura con falda en "A", no tenía mangas y el cuello era redondo pero con sorpresa de que atrás era escotado. Sonrió para sí porque sabía que se vería irresistible.

Luego de peinarse un poco y de verificar que se veía perfecta, se puso el vestido. Miró por la ventana y se dio cuenta que ya era de noche.

-Joder.

Se sentó en el pequeño taburete que tenía frente a un espejo y se maquilló con rapidez. Ya tendría la oportunidad de lucir sus habilidades con bronchas y polvos faciales. Unas sandalias sencillas de color negro y listo. Ya estaba preparada para salir.

Miró el reloj y con una sincronización impresionante, recibió la notificación de James a los pocos minutos.

-Pedro ya está cerca. Te escribiré de nuevo para avisarte que está esperándote.

Ella corrió rápidamente de nuevo hacia el clóset para tomar un abrigo. Aunque era primavera, el clima de la ciudad era traicionero. Encontró una chaqueta larga de color neutro y se dispuso a apagar todas las luces. La emoción no cabía en su cuerpo.

Luego del segundo mensaje, Alice salió a la calle dejando a más de uno con la quijada sobre el suelo. Sin embargo, sólo pensaba en lo que diría James y si le gustaría. A pocos metros de donde estaba, aparcó cerca un coche negro y brillante, casi como si fuera de agencia.

Salió un hombre casi tan alto como James, moreno, de pelo corto negro y la mirada más inexpresiva que había visto. Hizo un micro gesto como saludándola y le abrió la puerta para que subiera. Ella sólo pudo responder con un tímido “gracias”.

Se sentó y enseguida percibió el aroma a cuero nuevo en los asientos. El interior se sentía agradable porque era cálido. Casi se podía quedar dormida y el tío nunca se daría cuenta... Pero no, no era momento de dormir. Más bien sintió las piernas temblorosas por las expectativas que tenía por el encuentro. ¿Cómo se vería? ¿Cómo la recibiría?

Sus pensamientos fueron suficientes para distraerla del camino. Eso y las luces de los póster y coches que se reflejaban en el vidrio de la ventana. Apoyó la cabeza sobre el asiento y descansó un rato. Era verdad que el cuerpo pareció pasarle factura por el cansancio.

-Señorita, hemos llegado.

La voz del hombre la regresó a la realidad y tardó un poco en reaccionar. Volvió a escuchar la misma respuesta con cierto dejo cansino y salió un poco sobresaltada. Se encontró de frente a un pequeño restaurante pero con una fachada espectacular. El nombre estaba escrito con letras doradas en cursiva en un fondo negro brillante. Ese mismo tono metalizado, resaltaba los detalles de los marcos de los vidrios y de la puerta. Se podía ver el interior del lugar gracias a la pulcritud de la superficie de los ventanales los cuales, además, permitían ver el interior del local. Todo se veía tan hermoso que parecía un sueño.

Alice hizo un par de tímidos pasos y, antes de entrar, se encontró con la imponente altura de James que la recibió en la puerta. Él sonrió y ella lo imitó apenas lo vio. Quiso decir algo pero sus labios parecían pegados y sus

cuerdas vocales perdieron el ímpeto de la palabra.

-Estás preciosa.

-Gracias... -Alcanzó a decir apenas.

-Me gusta mucho cómo te queda ese color. Bueno, cualquier cosa debe quedarte bien.

-Tú no te quedas atrás.

Y así era. Tenía un traje negro y una camisa que hacía juego. No tenía corbata pero no le hacía falta. Se veía tan bien como siempre. Ese momento también le sirvió a ella para darse cuenta que lucía una barba de tres días que asomaba unas cuantas canas. Aquellos detalles le encantaban.

-Ven. Estaba esperándote.

Le tomó la mano y la llevó al interior. Alice no se había equivocado. Realmente era todo hermoso.

Las mesas eran oscuras y los manteles no eran completamente blancos, más bien tenían cierto resplandor en la tela. Había velas en todas partes, salvo en la cocina y algunas secciones para los fumadores. Las sillas estaban tapizadas con telas de estampados barrocos y el suelo parecía ser del mismo material que el de las mesas, así que el ambiente resultaba acogedor. Ella pudo percibir un poco la terraza y se lamentó del frío. La vista que ofrecía el lugar era impresionante.

Tomaron el lugar más alejado del lugar. Él la invitó a sentarse para que los dos por fin se vieran con calma, en la luz tenue de la vela que tenía en frente.

-Este lugar te quita el aliento. Nunca había visto algo así en la ciudad.

-Lindo, ¿no? Pues es un local no muy comercial, como podrás ver. Es más bien clandestino y los que venimos aquí somos clientes asiduos. Siempre vengo cada vez que tengo oportunidad... Ahora tengo la excusa perfecta para venir más seguido.

Ella se sonrojó violentamente.

-Bien. La carta es muy sencilla. Aunque, te advierto, el plato principal suele ser bastante copioso así que te recomiendo que lo tomes con calma.

Abrió el menú una serie de platillos e ingredientes deliciosos aparecieron como un desfile sólo para ella: Langosta, jamón ibérico, trufas negras y

blancas, peras en almíbar, pasta rellena con espinacas cultivadas en casa, ricota fresca. Cada propuesta hacía que la boca se le hiciera agua.

-No tengo idea de qué pedir. Creo que prefiero dejarme llevar por tus recomendaciones, ¿qué dices?

-Pues, estupendo. Así tendré la oportunidad de lucirme como un tío culto y de buenos gustos.

Alice rió pero sabía que James no tenía que hacer cosas extravagantes para impresionarla, ni siquiera el estar en ese restaurante. Con su presencia era más que suficiente.

El mesero se presentó apenas él dejó el menú sobre la mesa.

-Buenas noches y bienvenidos. ¿Están listos para ordenar?

-Sí, la entrada de rúcula con aderezo de frambuesa y langosta. El principal, la carne y el postre, pues, será sorpresa.

-Excelente, señor. ¿Para tomar? El mejor vino que tengas. Estamos de celebración.

Para Alice todo le resultaba fascinante porque nunca tuvo una experiencia remotamente cercana. Sus salidas más bien eran informales en donde solía tomar cerveza y comer hot dogs. Por un lado no estaba mal pero por otro siempre soñó con algo diferente, algo que la hiciera sentir especial y esto, en definitiva, era más de lo que había fantaseado.

Esperaron entonces a que viniera la comida y los dos quedaron de nuevo envueltos en el silencio de la emoción.

-Estoy muy contento de que estemos aquí. Pasé mucho tiempo pensando en cómo sería todo así que estoy un poco nervioso porque quiero que todo sea perfecto.

¿Él nervioso? Sí. No podía creer que esas palabras salieran de su boca pero era así.

-Así que te traje a uno de mis lugares favoritos para dejar una buena impresión.

-Gracias por traerme.

Se sonrieron como si fueran un par de chavales. Pero casi inmediatamente, James transformó la expresión por una más seria. Tanto que pareció

consumirse en la sombra.

-Hay un detalle importante del que debemos hablar. No lo mencioné antes porque no sabía cómo ibas a responder a mi propuesta. Pero, por suerte, dijiste que sí y es ahora cuando viene lo complicado.

Claro, un hombre como él tendría sus secretos. Posiblemente estaba casado y con hijos o quizás estaba involucrado con el narcotráfico. Todas las posibilidades comenzaron a desfilarse por la mente de Alice como un rollo de película.

-Verás, soy Dominante. Es algo que trato de compaginar con mi vida profesional y personal. Me gusta el control y que las cosas se hagan como digo. Por supuesto, no siempre fue así. De hecho es algo que me gané conforme al tiempo. Pero es algo que no estoy dispuesto a negociar porque forma parte importante de mi vida.

Él trató de explicarse mejor pero no encontraba las palabras correctas. A veces decir algo tan personal cuesta demasiado. Sin embargo, ella sabía perfectamente a lo que se refería sólo que dejó que hablara sin rodeos. Al final, James se rindió y le preguntó:

-¿Sabes a lo que me refiero?

-Sí. Claro que sí.

-¿De verdad?

Los ojos de James se abrieron de par en par, mientras Alice tenía el rostro tranquilo.

-Fui sumisa hace mucho tiempo. Fue una experiencia interesante de la cual aprendí mucho. Pero sí, entiendo todo lo que dices.

-Pe...

-Permiso. Aquí les traigo la comida.

Los platos de ensalada y las copas de vino se posicionaron frente a ellos. La mente de James iba a mil por hora. Quizás se había ganado la lotería.

Comenzaron a probar la comida como si no hubiera pasado nada. Pero la duda estaba allí, la pregunta al borde de los labios. ¿Cómo una chica tan dulce como ella sabía de un mundo que podía volverse tan sombrío como el BDSM? ¿Qué tanto sabía al respecto?

Él tomó un sorbo de vino y tragó con un poco de dificultad hasta que por fin le dijo:

-Cuéntame un poco más de eso.

-A eso iba. Tuve un novio en la universidad que le gustaba el BDSM. Pero, viéndolo ahora, creo que era más bien un concepto de algo que habrá escuchado por ahí. Sin embargo fue interesante aquello de depositar mi entera confianza para que el otro decidiera lo que quisiera. No fue fácil porque, como sabrás, siempre hay temor pero él fue un buen guía.

-¿Qué cosas hiciste?

-Básicamente cosas para complacerlo. Los dos éramos muy jóvenes e inexpertos. Bueno, yo más. –Rió un poco.

-Ya veo. ¿Te gustó?

-Sí. Sé que es un mundo más complejo y para serte sincera quise ir un poco más allá pero es algo que a no todos les gusta. Además, tienes que andar con cuidado porque es posible encontrarte con personas que puedan hacerte daño.

Estaba sorprendido. Mientras saboreada la carne perfumada con el aceite de trufas, se sintió con más confianza. Por un lado, podía expresarse libremente y por otro, tenía más de la mitad del camino recorrido.

-Bien. Entonces, ¿te gustaría retomar lo que habías vivido pero conmigo?

La mirada aguda fue directa hacia los ojos de Alice. Se sintió desnuda otra vez. Por dentro, esperaba que él le hiciera esa pregunta.

-Me encantaría. Sólo estoy un poco oxidada.

-No te preocupes. Estoy yo para ayudarte en eso.

Tomaron un poco más de vino el cual ya estaba haciendo efecto en el cuerpo de Alice. Poco a poco estaba sintiéndose aventurera y un poco más valiente.

La cena transcurrió como una velada soñada. Ambos conversaron sobre temas que ella nunca esperó con un tío como él. Al final, se dio cuenta que era sumamente accesible.

El postre fue un sabayón con frutos rojos. Por supuesto, cada bocado era como tocar el cielo. Por si fuera poco, el clima de la noche ya no era tan frío como de costumbre, más bien había bajado la temperatura ¿o era el vino?

-¿Qué te ha parecido todo?

-Me ha encantado. La comida es exquisita.

-¿Qué tal si vamos a mi piso para que hablemos mejor?

Ella no respondió enseguida. Olvidó por un instante que había aceptado unas nuevas condiciones de trabajo y no sabía muy bien si debía aceptar o no. Él seguía mirándola así que dijo que sí con un poco de reserva.

-No te haré nada... Aún.

El fuego que sintió cuando se tocó por él, volvió a quedarse pegado a su cuerpo.

Luego de pagar, ambos se levantaron y se dirigieron a la puerta. Pedro estaba fuera del coche, esperándolos. James se acercó a ella y le susurró:

-Él es quizás mi único amigo. Es de mi entera confianza.

Pedro abrió la puerta pero luego conversó un poco con James. Se estrecharon la mano y él luego se unió a ella. Ahora el olor a cuero se mezclaba con el del tónico que se desprendía de su cuello.

El coche comenzó a andar.

-Te gustará en donde vivo.

Alice no lo dudaba en absoluto ya que casi inmediatamente se percató del cambio de zona. Se alejaban del bullicio de la ciudad y se adentraban en un lugar más tranquilo. Las calles lucían limpias, las casas tenían enormes arbustos con flores y los edificios tenían una arquitectura moderna y cómoda. Todo lucía tan diferente a lo que ella estaba acostumbrada. De repente se sintió muy lejana.

Dejó de pensar cuando él le tomó la mano.

-Estamos por llegar.

Pedro aparcó frente al edificio más alto de la cuadra. La entrada, incluso, se parecía mucho a la de un hotel cinco estrellas.

-Nos vemos, Pedro.

-Ujúm.

Salieron y Alice no pareció sorprenderse de la seca respuesta. Ya estaba

acostumbrándose.

El lobby era impresionante. Suelo de mármol blanco, paredes blancas y un gran mueble de madera fina para recibir a los visitantes. Las luces tenues daban una sensación agradable. Fueron a los elevadores y James marcó en botón de PH. Las puertas se cerraron suavemente.

Al quedar solos, él fue directo a ella sin medias tintas. La tomó por la cintura con una mano y con la otra, el cuello. Le dio un beso tan intenso, tan profundo, que Alice sintió que el suelo se movía debajo de sus pies.

Aquella lengua, imponente y sensual, se movía dentro de su boca. Incluso por momentos sentía que se quedaba sin respiración. Aunque la verdad daba igual, estaba dispuesta a morir de esa manera.

Es escuchó un leve sonido y las puertas se abrieron pero esta vez en el piso de James. No había pasillos, no había intermedios. Nada de eso. El dinero era capaz de pagar la comodidad. Lo primero que vio fue una inmensa sala que hasta incluía una pequeña chimenea. Él la guió hacia el interior y se sorprendió aún más con lo que veía.

Había dos pisos y, al alzar la mirada, se veía un gran tragaluz. Enormes ventanales, una biblioteca y comedor ampliaba con estilo sueco moderno, sofás adquiridos en las tiendas diseño y hogar más exclusivos. La lista seguía y seguía. Alice perdió la cuenta de todos los detalles que veía.

-Bienvenida. –Dijo él, de repente.

-Gracias. Tenías razón, eh.

-Lo sé. Me ayudó una diseñadora danesa. Ellos saben sin duda cómo hacer bien las cosas.

Llegó un punto en donde ella no entendía nada de lo que él le decía. Eso era porque ella no estaba acostumbrada a estar en un mundo como ese.

-¿Se te apetece un poco de brandy? El día está frío y creo que es mejor entrar un poco en calor.

-Vale, perfecto.

Él desapareció en la cocina y ella quedó en medio de la impresionante sala. Los muebles, el suelo, las mesas, cada superficie se veía impecable. De hecho, no quería sentarse en ninguna parte por temor a ensuciar o dañar algo.

El sonido de los pasos de James, la hicieron girar para encontrarlo. Tenía dos grandes copas en cada mano, en un movimiento lento y envolvente.

-Lo calenté un poco para percibir mejor los aromas y sabores.

Él le extendió una, brindaron y bebieron un poco. A Alice le pareció el broche de oro para una cena extraordinaria.

-Este sería mi momento favorito del día. Más cuando hace frío.

-Es increíble... Ja, ja, ja. Debe ser la palabra que más he dicho esta noche.

-Me gusta que todo te haya gustado. Mi intención era esa.

Volvieron a beber pero mirándose a los ojos. Ella comenzó a sentirse nerviosa. El estómago lo sentía frío y el corazón a punto de salirse de la boca. James, por otro lado, seguía observándola hasta que dejó la copa en una mesa cerca y fue hacia ella.

Alice deseaba estar con él pero había pasado algo de tiempo desde la última vez que tuvo relaciones. Además, la situación era un poco más compleja porque James sabía lo que quería y en ese momento la quería a ella, sí o sí.

Sostuvo su cintura y la miró por un rato. Era pequeña, delicada. Se acercó un poco y pudo percibir el suave perfume de su cuello. Apretó un poco y la atrajo hacia su cuerpo. Podía sentir lo nerviosa que estaba y eso le produjo un poco de risa.

Acarició la espalda, el cuello y el mentón. James se percató de la hermosa figura de Alice y de algunos detalles que le encantaban, como las pecas casi imperceptibles cerca de la nariz.

No quiso esperar más así que la besó con fuerza. Sus manos se apoyaban en la espalda de ella, haciendo que no pudiera escapar de él. Esa cercanía lo hacía sentir poderoso como le gustaba.

Sus dedos buscaron el cierre del vestido y lo bajó con cierto suspenso. Le agradaba la idea de jugar un poco con las emociones de su acompañante.

A pesar que iba lento, demasiado para su gusto, lo hacía porque deseaba darle tiempo para que se adaptara aunque, de repente, comenzó a tocarla con más intensidad. De hecho, llevó sus manos a su culo para apretarlo hasta alzarla.

Aunque el miedo la consumía, decidió que se dejaría llevar por él. Las cosas serían más fáciles y así fue. El momento en el que él la alzó, ella estaba sobre

sus anchos hombros. Al final, se besaban entre el calor del deseo y del licor.

Él separó los labios y se concentró en el cuello. Mientras lo hacía, fue hacia las escaleras que se encontraban al fondo de la sala. Irían a la habitación. Alice gemía al sentir la lujuria de ese hombre. No había sentido algo tan fuerte como lo de ese instante.

Llegaron a la otra planta del penthouse. Por supuesto, tan elegante como la planta baja. Estaba un poco más iluminado pero con el mismo ambiente elegante. El respaldo de la cama, por ejemplo, era una pared de madera oscura y esta era de gran tamaño. A los lados se encontraban un par de mesas de noches con diseño industrial. Un poco más alejado, un diván color marrón oscuro y en el otro extremo, una mesa con dos sillas. Lo espectacular, sin embargo, era los ventanales que rodeaban la habitación. Ofrecían una vista de ensueño de la ciudad y de un parque cercano. Cualquiera se sentiría el rey del mundo en un lugar como ese.

Entre los abrazos y los jadeos, James dejó a Alice sobre el suelo cálido de la habitación. Se alejó un momento para hacer la pregunta definitiva:

-¿Quieres probar hoy?

-Sí, sí quiero.

Sonrió malévolamente y desapareció por un momento. Ella fue hacia una de las ventanas cuando todo se volvió oscuro. Estaba dudosa y dio algunos pasos tímidos por ese lugar desconocido. Temió preguntar por él o si era mejor quedarse callada. A lo mejor todo se trataba de un juego... Y así fue.

James tenía la debilidad por lo primal pero no tenía oportunidad de darle rienda suelta a esto, básicamente porque las oportunidades eran escasas. Pero, como esa noche era especial, tomó la decisión que haría algo divertido.

Al desprenderse del cuerpo embriagante de Alice, James apagó todas las luces del penthouse con un control que permite el manejo de la iluminación según se desee. Desde un punto de la habitación, podía ver el desconcierto de Alice a tal punto que estaba muy cerca de caer en la desesperación. Así que le habló desde la oscuridad para calmarla un poco:

-Relájate que estoy aquí. Vamos a hacer esto más interesante, ¿vale?

-Sí... -Se escuchó desde el otro lado.

Las cosas ahora ya no serían complicadas y los dos ya podían concentrarse en

recrear la atmósfera necesaria para el momento.

James salió de su escondite y comenzó a dar vueltas con paso ligero, muy ligero. Tanto que cualquiera pensaría que no estaba allí. Alice, por su parte, trataba de sostenerse de algún mueble para no perder el equilibrio. Sin embargo, sintió un soplo lento cerca de la nuca. Dio un salto y escuchó una risa que se desvaneció de a poco.

Ese estímulo la había excitado un poco así que se sintió en confianza para interpretar el rol de presa. Sus sentidos se agudizaban al indicarle que él estaba cerca. Cada tanto, recibía alguna caricia e incluso el roce de los labios en alguna parte de su cuerpo.

La humedad de Alice la hacía sentirse lista para rendirse ante los pies de James. Fue entonces cuando se quitó el vestido y los zapatos para quedar finalmente desnuda y expuesta ante él. De alguna manera, él sabría que la ropa que tendría ella sería su piel y el deseo.

Unas manos la guiaron hasta la cama con sutileza. Aquella superficie suave y fresca, sirvió como el marco perfecto de ese cuerpo blanco y dulce.

-Cierra los ojos.

Lo hizo y sintió casi inmediatamente los labios que iniciaban el paseo desde sus piernas hasta los pechos. Al llegar allí, él apretó ambos senos, mordió un poco los pezones y lamió. Todo esto mientras se daba el tiempo para disfrutarlo y para saborear cada centímetro de piel. Ella sólo podía acariciar el cabello y el rostro cuando se lo permitía.

Seguía probándola hasta que ese puso de pie. Las prendas caían al suelo poco a poco hasta que quedó desnudo. Lo que Alice vio fue algo que iba más allá de lo que había fantaseado. El cuerpo de James era pura fibra. El abdomen, los muslos, los glúteos, los brazos los cuales, además, estaban repletos de venas. Ese espectáculo era completado con el pene grueso e imponente. Él lo tomó con ambas manos y comenzó a masturbarse. Luego, le dijo:

-Tócate.

Aquella orden no resultaría difícil. Ni remotamente cerca. Ella estaba ya lista para hacerlo como nunca. El recorrido de sus manos hacia su entrepierna fue corto porque no quería aguantar más. El roce de uno de sus dedos sobre el clítoris fue casi como volar hacia el cielo como un cohete. Abrió bien las piernas y gimió enseguida.

La vista de James lo excitaba increíblemente. Los labios vaginales del coño de Alice eran rosáceos así como el clítoris. Ese punto perfecto que parecía resaltar la belleza de sus partes.

Todo se veía brillante gracias a los flujos que parecían emanar sin control. Además, sólo se escuchaban los gemidos de ambos que se entremezclaban en una sola sinfonía.

Los dedos largos de Alice entraban y salían. Uno. Dos. Hasta tres. Ella se mordía la boca con picardía mientras tenía los ojos cerrados. La idea de que él la viera, le excitaba aún más.

-Mírame.

Con un poco de dificultad abrió los ojos y lo vio. Se veía un poco sonrojado así como sudado. Repentinamente, paró y los dos se encontraron con la mirada. James fue hacia ella para besarla y penetrarla.

Tomó los muslos con ambas manos y los separó un poco más. Rozó un poco el glande con el clítoris y ella gimió un poco más fuerte. Entonces, en ese momento, introdujo su pene con decisión dentro de ella. La primera sensación que experimentó fue la humedad para más tarde sentir un calor abrasador.

Lento y después rápido. Entrar y salir, en un movimiento armónico y sensual. Alice no paraba de gemir ni de gritar por más que lo intentara. James la sujetaba desde las muñecas con firmeza. Ella hacía lo mismo porque cada vez sentía que iba a caer en un abismo.

Fue entonces cuando cambiaron de posición. Él se colocó al borde de la cama y la montó a ella sobre su pene. Poco a poco, veía como entraba su carne dentro de ella haciéndola sentir más desesperada en cada sube y baja.

La tomaba del pelo, le mordía los hombros, apretaba la cintura o daba fuertes agarrones a sus pechos. Era muy duro pero intenso.

James estaba a punto de correrse pero la tomó de nuevo para que se arrodillara frente a él.

-Chúpalo. –Dijo con autoridad.

Ella, aún aturdida, comenzó a lamer la base con movimientos suaves, incluso lo hizo con sus testículos. El roce de su lengua se sentía como una suave caricia sobre el tronco. Ella subió poco a poco hasta llegar al glande. Se detuvo y lo miró para luego concentrarse en lo que estaba haciendo.

James halaba de vez en cuando el cabello mientras disfrutaba el placer que ella le estaba proporcionando. Era exquisito. Delicioso. Así que el plan para frenar la excitación fue casi inútil porque esa urgencia de llenarla de semen volvió a invadirle la cabeza.

-Acuéstate.

Lo hizo y, mientras él procedía a levantarse, la excitación casi lo hizo perder el equilibrio. Tomó fuerzas y se acomodó para darle sexo oral a Alice. El primer contacto de la lengua de él y de su clítoris, el espíritu y el cuerpo de ella se convirtieron en una especie de ente fuera de este mundo. James sentía que el flujo de su coño era como saborear la ambrosía, no podía parar.

Chupaba y mordía como un hombre desesperado, hambriento por esa mujer. En cada probada, además, se obsesionó con la idea de hacerle llegar a su boca, así que continuó hasta que escuchó las súplicas de ella.

-Por... Por favor.

Siguió como ignorándola. Deseaba saber cuán lejos podía llegar el que soportara los estímulos así que tomó uno de sus dedos y la masturbó al mismo tiempo que su lengua penetraba su coño. No importaban los gemidos, los quejidos ni las súplicas. Así que siguió haciéndolo hasta que le antojó verla correrse.

-Hazlo, nena, hazlo para mí.

-Sí, sí... Oh...

No pudo decir más porque quedó privada por las sensaciones. Lo único que pudo alcanzar fue hacer un largo alarido que hizo que sus líquidos salieron de ella violentamente. Por un momento, Alice trató de retenerlo porque nunca experimentó algo similar en el pasado. Sin embargo, sintió la caricia suave y comprensiva de James:

-Tranquila... Esto es normal y, además, es exquisito. No te preocupes.

El tono con que se lo dijo efectivamente la tranquilizó.

Él, por su parte, no dejaba de lamerla. De hecho, llegó al punto en dejarla casi completamente seca.

Esto le había dado tiempo suficiente para tomarse un respiro y tranquilizarse un poco. Así que hizo que ella le volviera a hacer sexo oral pero esta vez con

más fuerza. Ella se colocó en el suelo aún con la agitación del orgasmo que acaba de tener. Pero así eran las cosas, debía complacerlo.

Con esfuerzo, pudo contener todo su pene dentro de la boca. Al principio tuvo una serie de arcadas de las cuales se desprendían pequeños hilos de saliva. Pero James le sostenía la cabeza para empujarlo más adentro. Siguió con tanta intensidad hasta que sintió que perdía la fuerza en las piernas. Sí. Estaba a punto de correrse.

En un instante todo se nubló y un fuerte grito anunció el orgasmo de James. Se corrió justo en los labios, lengua y rostro de Alice quien lo miraba con una sonrisa. Lo que más le sorprendió es que ella lamió el semen y lo saboreó complacida. Esto, sin duda, era señal de que ella estaba más que dispuesta en complacerlo y más.

-Espérame.

Pudo ponerse de pie y fue al baño que se encontraba a pocos metros de la cama. Encendió la luz y se sorprendió al ver el rubor en las mejillas y los ojos despejados. Estaba tranquilo, se sentía muy bien.

Abrió la llave de agua y se refrescó un poco la cara y buscó una toalla para limpiar un poco a Alice. Al salir, la encontró sentada muy quieta sobre el borde de la cama. Al verle, le sonrió con dulzura. Parecía una mujer muy diferente de la que era hacía unos minutos antes.

Se acercó a ella y le limpió el rostro con cuidado. Volvió a encontrar con las pecas diminutas y el fulgor de los ojos verdes.

-¿Mejor?

-Sí, gracias.

Después se acomodaron en la cama aún en la oscuridad. James tomó lo que parecía el control y poco a poco se hizo la luz. No era brillante lo que resultó un poco más cómodo. Alice sintió una pequeña molestia pero luego se adaptó al cambio.

-En un rato debo irme a trabajar.

-Vale.

-Vamos a quedarnos un rato. Así descansamos un poco de la agitación. ¿Te parece?

-Sí, sí. No hay problema.

Se quedaron en silencio pero, extrañamente, ninguno se sintió incómodo o con la necesidad de llenar el vacío con alguna oración tonta. Más bien estaban disfrutando el instante.

Sin embargo, James tomó el móvil y, antes de leer, buscó unos lentes en el cajón que tenía al lado. Se veía más hermoso aún y eso era algo que la propia Alice pensó sería imposible.

Se levantó entonces y comenzó a vestirse sin decir nada. Ella lo imitó y estuvo lista casi al mismo tiempo que él.

Él quiso dar una explicación pero pensó que no sería conveniente. ¿Por qué hacerlo? Al fin y al cabo había terminado la transacción así que no había más nada de qué hablar.

-Te llevaré a casa, ¿vale?

-Vale.

Tomaron sus cosas y ella pensó que quizás no vería más ese lugar.

El ascensor descendió hasta el sótano. Al abrirse las puertas, Alice observó todos los coches que se encontraban allí. Tuvo que reconocer que sus conocimientos respecto al tema eran casi nulos pero sí sabía que estaba viendo marcas de lujo. Sólo unos pocos podían permitírselo.

En ese proceso, quedó tras él. Al salir de su ensimismamiento, miró la forma en la que James caminaba. Tenía esa actitud de chico malo que ella encontraba tan irresistible.

-Es tu cliente. Es tu cliente –Se decía sin parar.

El sonido del desbloqueo de una alarma hizo que su atención se centrara hacia el Maybach. Estaba impresionada. Aún se sorprendía.

Se subieron y comenzó el camino hacia el piso de Alice. Al darse cuenta de que él vería en donde vivía, comenzó a tramar el plan para que no se acercara más de lo necesario porque la vergüenza sería demasiado.

El frío de la ciudad, la quietud y la compañía era una combinación agradable. Sonaba Death de White Lies y Alice comenzó a tararear la canción. James, quien era un hombre distante, se sintió atraído hacia ese gesto tan natural de ella. Él, por lo general, vivía en un ambiente en donde reinaban las

apariencias y las posesiones. El que tuviera más, era quien debía ser respetado y, de paso, venerado. Pero ahí estaba, acompañado por una mujer que le daba igual todas aquellas reglas y que se permitía disfrutar de cosas sencillas como esa canción en la radio.

Quiso preguntarle cosas pero no quiso romper la armonía del momento así que permaneció en silencio.

-Déjame por aquí. Es un poco difícil llegar a mi edificio así que aquí está bien.

-¿Segura? No tengo problema en dejarte allí, de verdad.

-No, no. Está bien. –Respondió tajantemente.

Él, entonces, no quiso insistir más y le hizo caso.

-Mañana te enviaré un correo con los pagos y después te haré la transferencia por lo de hoy.

Sí, ese era el recordatorio de que James era su cliente y que todo aquello se trató de trabajo.

-Perfecto.

-... Gracias. La pasé estupendo. Estaré comunicándome contigo.

-Vale.

Se despidió con una tímida sonrisa y salió dando una pequeña carrera hasta mezclarse entre la gente. Se quedó allí a pesar que la perdió de vista. Echó el coche hacia atrás y se fue a la carrera.

Alice se sintió aliviada porque no se imaginaba salir de allí y que todos los vecinos chismosos siquiera infirieran sobre lo que hacía. Así que quiso ser precavida y también quiso aprovechar la excusa para tomarse un momento a solas.

Por un lado estaba feliz porque sus finanzas iban a tomar un mejor rumbo pero tenía una sensación extraña de culpa. Una chica como ella, dulce y delicada, envuelta en unos negocios raros como diría su madre. No podía hacer nada, tenía que hacer lo que tenía que hacer.

Mientras caminaba por la calle, se encontró con un restaurante chino.

-No pensaré en eso hoy.

Entró con el objetivo de comer algún bocadito y beber un poco. Necesitaba una dosis de su realidad.

A unos kilómetros de allí, James seguía pensando en Alice.

-Esto es absurdo.

Estaba molesto consigo mismo porque, al parecer, las cosas estaban tomando un giro inesperado.

VI

Alice despertó con el hambre manifestándose en las tripas. Abrió los ojos y buscó el móvil para saber qué hora era. Eran pasadas las 2 de la tarde. Si su madre estuviera allí, de seguro la miraría con desaprobación pero como no era así, permaneció un rato más en la cama por pura pereza.

Luego de que el hambre se hiciera más intensa, se levantó, se colocó una bata y fue hacia la cocina. Abrió la nevera y ya no la esperaban los dos envases de sopa instantánea. Ahora tenía más para escoger.

Como no tenía ánimos de cocina, preparó un sándwich bastante rápido y luego se sentó en la cocina para revisar si había recibido algún mensaje de su madre.

Ahí mismo se percató que tenía una notificación del banco. La tranquilidad que hacía minutos, desapareció para dar rienda suelta a una angustia punzante.

“Estimado cliente. Le informamos por esta vía que usted ha recibido un pago por el monto que aparece en pantalla...”

Dejó leer al ver la cifra. Con esa cantidad de dinero, la meta de mudarse podría materializarse en muy poco tiempo.

-Fue una sola noche...

Mordió su labio al mismo tiempo que tenía la cabeza a mil por hora. No podía creer que había recibido esa cantidad. Pero buen, así fue.

Después de comer un poco, escuchó de nuevo el aparato. Era James que la invitaba a una fiesta en la playa. Pasaría por ella más tarde en la noche.

Aunque el dinero resultaba un asunto más que interesante, también pensaba en él y en lo bien que la hacía sentir. Desechó esos pensamientos y siguió revisando el móvil como de costumbre.

Luego de tomar una larga ducha, se colocó un traje de baño que tenía años sin usar pero que lucía bastante elegante. Se preocupó por el frío de la noche anterior pero el pronóstico del tiempo parecía alentador. Un enterito negro, un par de sandalias doradas y un bolso y ya está.

Ya no iría Pedro por buscar a Alice, sino lo haría el propio James. Se vistió tan formal como siempre, tomó el Maybach y fue hacia el piso de ella. Gracias

por algunas preguntas, conoció la dirección exacta en donde vivía Alice.

A medida que se acercaba al edificio, comprendió un poco la razón por la que ella no le dijo nada. Era un sitio bastante caótico en comparación al suyo. Eso, sin embargo, no era tan ajeno a él. De hecho, le resultó un poco familiar.

Le escribió para indicarle que estaba esperándola y en poco tiempo la vio salir. La expresión de sorpresa no se hizo esperar.

Tras un largo y apasionado beso, y una corta charla, los dos se encaminaron hacia una playa exclusiva. El sol cayó justamente cuando llegaron a un elegante estacionamiento. Fueron recibidos por un valet y por una chica que les ofreció un par de copas de champaña.

El motivo de la reunión era desconocido para ella así que no le importó mucho. Mientras, trataba de disfrutar de la música y el ambiente, como si fuera una especie de infiltrada.

De vez en cuando, James saludaba y conversaba cortamente con algunas personas que se encontraba en la fiesta. Los temas no tenían importancia porque ella más bien estaba concentrada observando todo a su alrededor.

-Ven.

Le tomó la mano y fueron hacia una serie de cabañas privadas. Entraron a una y James se sentó sobre una amplia colcha mullida. Hizo un gesto con las manos y ella se acercó él.

Sentada sobre sus piernas, James comenzó a acariciarla con suavidad. Primero la espalda, luego el cuello. También sostuvo sus nalgas con un poco de fuerza. Acercó su rostro al de ella, lentamente, hasta darle un beso.

Ese beso comenzó a hacerse más intenso hasta casi rayar en lo salvaje. Alice ya estaba excitada y se detuvo en seco cuando dejó escapar un gemido.

-Podrían vernos.

-No me importa.

La respuesta le indicó que tenía que hacer lo que él deseaba. Además, internamente tampoco quería que él se detuviera.

Se acomodó entonces sobre su regazo, abriendo bien las piernas por lo que era fácil rozar sus partes entre sí. James la tomaba de la cintura o de las caderas, eso dependía del deseo de sus manos en ese momento.

La apartó un poco para bajar el cierre de su pantalón. Eso también ayudó a que ella se pusiera de pie, se quitara el enterito que tenía para sólo quedar en traje de baño.

-Dios... Qué hermosa te ves.

Ella sonrió con un poco de pena. Sólo pudo responder:

-Tómame.

Así lo hizo. Ella volvió a sentarse sobre él y la penetró con fuerza. Alice tuvo que hacer un gran esfuerzo por no gritar. Mientras, James la follaba más y más duro. Los saltos que daba el cuerpo de ella sobre él eran violentos. Cada tanto, incluso, él le tomaba por el cuello para apretarlo. El cortar un poco con la respiración, le producía en ella una sensación tal que la excitaba aún más.

Mientras subía y bajaba, James le mordía los pezones. Ella trataba de tomar la cabeza de su dueño aunque sentía que iba a desfallecer.

Luego de estar un rato así, él se colocó de pie e hizo que ella también lo hiciera. La acostó sobre la colcha.

-Abre las piernas.

Alice, un poco temblorosa, lo hizo y ahí mismo vio cómo él tomó sus dedos índice y medio, los humedeció con su saliva para llevarlos hacia su coño palpitante.

-Quédate quieta y ni se te ocurra tocarme. ¿Entendido?

-Entendido...

Comenzó a masturbarla. Al principio lo hizo con lentitud y luego lo hizo con fuerza. No era necesario mojar más porque ella estaba tan excitada. James, al ver tal humedad, sintió que la boca se le hacía agua. Peor no, no le comería el coño. Quizás en otro momento.

-Sé que te gusta así... ¿Verdad?

Ella jadeaba sin parar. Gemía. Se exaltaba. En instantes pensaba que se quedaría sin aire pero continuaba consciente porque era adicta a las sensaciones que él le hacía sentir. Cerró los ojos como intentando atrapar ese instante.

-No te correrás hasta que me plazca, Alice. ¿Entendido?

Las palabras, la voz de James que iba en susurros hacia su oído. Era la música que más le gustaba escuchar.

Él también comenzó a agitarse. Incluso, de a ratos parecía que iba a descontrolarse en cualquier momento pero de alguna manera volvía a tomar control de sí mismo.

-Por favor... Mi Señor... Por favor.

Ese “Señor” que ella llegó a expresar fue producto del momento y porque su inconsciente afloró de repente. Su cuerpo y mente respondió a ese estímulo y reaccionó como solía cuando era sumisa.

Ese desliz, si se quiere, le resultó muy excitante a James. Entonces, siguió masturbándola, torturándola con la orden de que no expresara ninguna emoción y que menos dejara libre su orgasmo a menos que recibiera la orden de él.

El roce continuó hasta que vio que las mejillas de Alice parecían que en cualquier momento iban a encenderse.

-Sé una niña buena y dámelo. Dámelo.

Las últimas palabras se arrastraron hacia el cerebro de Alice quien no tardó en procesar la orden. Los muslos temblaron violentamente y llevó ambas manos a su boca para ahogar el grito. Siguió sacudiéndose, siguió hasta que perdió el control de sus extremidades y se dejó vencer sobre esa superficie suave.

Mantuvo los ojos cerrados y, a medida que recuperaba la normalidad de los latidos, sintió que el coño soltaba el líquido tan preciado por James quien, además, no pudo resistirse y se arrodilló con rapidez para beberlo. Como él había dicho, ella permaneció quieta. Muy quieta hasta que terminó.

Abrió los ojos finalmente y trató de incorporarse. Él la ayudó y calmarse y a vestirse.

-Creo que estoy un poco acalorada. ¿Se nota?

-Ja, j aja. Bastante. Ven.

Volvió a sentarla sobre sus piernas. Le acarició el cabello y le preguntó:

-¿Estás bien?

-Muy bien.

Le besó el cuello y se quedaron allí un tiempo.

-Voy a salir a saludar un poco más. Luego nos iremos.

-Vale.

Alice pensó que todo el mundo sabría lo que hicieron pero, al salir, se dio cuenta que cada quien estaba en su mundo. La vista transcurría con normalidad entre música, comida y tragos. Aunque era absurdo no pensar que fueron los únicos en hacerlo allí.

Como había dicho, James se acercó a unas cuantas mesas, saludó muy diplomáticamente y se entretuvo con conversaciones banales. Ella, mientras, caminó por la playa, pensando en que quería un poco más de él.

Se encontraron en un bar cerca del agua y se encaminaron hacia el coche.

-¿Te gustaría ir a mi piso?

-Sí, por supuesto.

Para cualquier persona, esto sería una gran oportunidad de hacer más dinero. Pero eso no estaba en la mente de ella. Más bien deseaba traspasar sus propios límites al probar cosas nuevas. Estaba lista para asumir algunos desafíos.

Lo cierto, es que el camino se hizo corto, así que llegaron al lugar en cuestión de tiempo. Los ojos de ella se pasearon por las mismas texturas que había visto por primera vez. Sí, todo le era más familiar.

Las puertas se abrieron y luego de pasar, él le ofreció algo de tomar. Esta vez no hacía frío por lo que necesitaban algo para refrescarse un poco.

Brindaron con un par de cervezas heladas. Entre tanto, se miraban como ansiosos por terminar de consumir lo que tenían entre las manos para luego lanzarse entre sí y retomar lo que había dejado en la fiesta.

-Tengo una sorpresa.

Ella miró hacia las escaleras pero él le tomó la mano.

-Hoy no será allí.

Aunque pareció estar un poco confundida, decidió que confiaría en él. Así que lo siguió. Pasaron la cocina y dieron a una pequeña habitación. Él encendió las luces y ella reconoció rápidamente lo que tenía en frente. Se trataba de una

cruz de San Andrés.

Todos los extremos tenían cintas de cuero. Infirió entonces que eso sería para sostener los tobillos y las muñecas. Trató de ampliar la mirada hacia otros espacios del lugar pero no pudo, inmediatamente sintió los brazos de él, rodeándola por completo.

-Ansío verte atada allí. Quiero verte toda expuesta a mí. ¿Estarías dispuesta?

-Sí, mi Señor.

Ya no hubo marcha atrás. La respuesta de Alice le confirmó a James que ella estaba lista para ir más allá. Estando aún detrás de ella, comenzó a quitarle el enterito y, luego, el traje de baño. Al final, bajó lentamente para despojarla de sus zapatos.

Al quedar completamente desnuda, lo miró esperando alguna orden. Lo primero que recibió fue un beso y luego una suave bofetada.

-Nos vamos a divertir.

Ella pensó que estaría de espaldas pero no, hizo que se colocara de frente. Él la ató con paciencia, en parte para acariciarla y también para asegurarse que no le haría daño.

Al terminar, se echó para atrás y observó su obra. Ciertamente se veía increíble, así que no tardó demasiado tiempo en volver a excitarse. La sola idea de someterla a sus deseos, le ponía la polla como una roca.

Sus dedos se pasearon por su cuerpo lentamente. Rozaba sus largas y espectaculares piernas, el torso y pechos. Acariciaba los pezones que ya estaban rígidos. Los besó, los mordió y sintió cómo se estremecía en cada estímulo.

Se quitó el saco y lo dejó en una silla cerca. Luego, se perdió de la vista de ella para tomar algo que desde hacía tiempo había querido usar: el látigo.

La piel de Alice era blanca, suave y tersa. Se imaginaba haciéndole marcas de todo tipo. Marcas que le recordarían a ella quién era su dueño.

El látigo que tomó era uno de tamaño mediano y de cuero marrón un poco gastado. Con este, también la acarició hasta que le dio el primer impacto directo a los muslos.

-Esta vez sí podrás gritar.

Ella se sintió un poco más liberada al respecto.

Al recibir el latigazo, gimió un poco. Le gustó esa sensación de ardor. Hizo lo mismo con los siguientes impactos los cuales fueron aumentando según las reacciones que ella tenía.

Gracias a las experiencias pasadas, Alice se sentía más cómoda en su piel. Recordó lo mucho que le gustaba someterse a alguien, aunque sabía que con James las cosas irían un poco más lejos. Daba igual.

Él siguió azotándola. Cada tanto, incluso, se echaba para atrás y así ver el cuerpo enrojecido de ella. Los muslos, el torso, los antebrazos y brazos, hasta los pies estaban enrojecidos.

Luego de hallarse satisfecho, se acercó hacia el rostro de Alice. Vio cómo una lágrima recorría la mejilla. La lamio para después darle un beso muy suave. Acarició un poco el mentón y cuello.

-Creo que es hora de soltarte, eh.

Deshizo los amarres de los tobillos y luego de las muñecas. Pudo ver la marca del cuero sobre ellas así que, al dejarla sentada en el borde de la cama, comenzó a masajear lentamente esas partes. Esto, además, ayudó a que Alice se sintiera un poco más relajada al mismo tiempo que tomaba fuerzas para continuar con la sesión.

Unos minutos más tardes, James colocó en el medio de la habitación una especie de potro. La estructura era de madera y estaba forrada por una tela suave al tacto. Alice se preguntó qué harían con él.

-Acuéstate boca abajo. Dejando que sus piernas y brazos cuelguen.

Al hacerlo, sintió casi inmediatamente una venda que tapó sus ojos. Sin embargo, sus manos estaban libres. Así que no tenía idea de lo que pasaría.

Sintió las manos de James sobre su espalda por un rato. Se sentía tan bien, tan agradable. Ella estaba acostumbrándose a las caricias hasta que escuchó el sonido del cuero sobre su piel. De nuevo el dolor, de nuevo el ardor.

-Me faltaba esta parte...

Ella se sumió en un trance de excitación. Por un momento se preocupó por mojar el potro pero luego lo olvidaba. Cuando podía salir de ese estado mental y físico, lograba escuchar los gemidos y rugidos de James.

Pararon los azotes así que ella volvió a sentir la incertidumbre de lo que pasaría después. Fue allí cuando lo escuchó:

-Abre la boca.

Recibió el pene de James casi por entero. Él lo introdujo de a poco hasta que sintió un poco de resistencia. En ese punto, la tomó del cabello y comenzó a follarle la boca. Cada cierto tiempo escuchaba cómo se ahogaba y él más bien iba un poco más adentro. Le encantaba sentir el calor dentro de sus labios así como la humedad. Las veces que la miraba hacerlo, se excitaba aún más al ver los hilos de saliva envolviendo su carne. Sentía que la polla estaba a punto de explotar.

... Y lo hizo.

Sostuvo con más fuerza y se corrió en los labios y en parte de la cara. Gracias a la intensidad del orgasmo, su semen también cayó en la superficie del potro.

Luego de tomar un poco de aliento, le ordenó:

-Lámelo.

Así que ella limpió tanto como pudo. La falta de visión le impidió hacer más pero eso fue suficiente para él quien no había terminado.

Fue hacia el otro extremo para abrir más las nalgas y ver el coño. Todo se veía tan húmedo, tan delicioso, que se encontró en una disyuntiva. No sabía por dónde comenzar.

Antes saboreó su vagina así que decidió comer el culo. Una primera lamida, suave, lenta, estremeció el cuerpo de Alice. Nunca sintió algo parecido.

Entonces él siguió haciéndolo pero luego se volvió más salvaje y rudo. Algo que a Alice le gustaba en particular.

Mordió y también nalgueó. Intercaló intensidades y hasta contrastó el calor con un trozo de hielo. Esa diferencia de texturas y temperaturas la hicieron chillar de una manera que nunca lo había hecho.

Introdujo el pulgar con suavidad mientras seguía lamiendo. Estando adentro, comenzó a moverlo un poco, no quiso hacer nada muy agresivo. Lo sacaba y lo metía, lubricaba un poco con su saliva y seguía estimulándola. De repente, James se dio cuenta que los muslos de ella comenzaron a temblar. Ya había aprendido que aquello era señal inequívoca de que estaba cerca del orgasmo.

-Te correrás cuando te diga.

Como le gustaba llevarla al límite, estimuló el ano y el coño al mismo tiempo. Su lengua, de vez en cuando, se abría paso cuando se le antojaba.

-Así... Así. Permanece quieta.

A Alice se le estaba haciendo particularmente difícil el aguantar y menos con la forma en la que él la tocaba. Parecía que conocía cada punto como buen estratega.

Apartó los dedos y abrió ambas nalgas con fuerza para separarlas bien, enterró la cabeza en ellas como si no pudiera resistirse más ante ese hermoso panorama. Hizo que se levantara para follarla. Estando allí ya estaba excitado.

Hizo que se echara un poco hacia atrás. La tomó por las caderas y se lo metió con una intensidad. Esta vez había dejado de lado la sutileza con la que la había tocado o lamido antes. Estaba desesperado por abrirse paso dentro de ella. Una sensación que tomaba el control de sí.

Cada vez más fuerte, cada vez más duro. Finalmente sintió como una especie de electricidad que nació en las plantas de sus pies y que fue en sentido ascendente hasta la nuca. Siguió dentro de ella hasta que explotó de nuevo en la espalda. No pudo creer que fuera tan fuerte como el primero. Tanto que cayó al suelo de rodillas debido a la pérdida de control.

Alice, mientras tanto, también se corrió al mismo tiempo que él. El flujo de su coño también mojó el potro y el pene de su amante.

Lo único que quedó fue el sonido de los gemidos y de las respiraciones violentas de los dos. Estaban tratando de recuperar el aliento luego de un momento tan intenso.

James, al levantarse, hizo que Alice se levantara. Los dos quedaron de frente y se miraron con expresión cansada pero también alegre. Se besaron y se echaron en un mueble cerca.

-¿Debes irte al trabajo?

-No. Me quiero quedar aquí.

VII

-Sí. Me mudé hace un mes. Lo sé. Sé que tenía que avisarte pero es que no pude. Se hizo imposible. Lo siento, mamá.

Alice hablaba por teléfono sentada frente a la ventana que daba hacia el centro. A diferencia de aquella conversación en la que trataba de esconder el temor de perder el piso, ahora se encontraba en una situación opuesta.

-Sí. Entiendo. No te preocupes. Vale. Hablamos después.

Por primera vez no recibió respuestas desaprobatorias de su madre ni de consejos obsoletos. Ella escuchó impresionada que su hija encontró un buen empleo en donde hacía lo que le gustaba y que, de paso, había encontrado un piso más cómodo y en un lugar más tranquilo.

Colgó la llamada y concentró la mirada en las amplias calles y el verdor de la plaza que tenía frente a ella. Tomó un trago del café que se había preparado minutos antes y respiró contenta.

Gracias a los encuentros con James, la economía de Alice comenzó a tener un repunte. Logró mudarse del lugar de donde estaba y hasta se inscribió en unas clases de inglés y alemán. Decidió que saber varios idiomas, la llevaría más lejos. Lo mejor de todo es que sus encuentros con él no chocaban con sus otras actividades.

Por otro lado, luego de varios encuentros y sesiones. James le pidió que fuera su sumisa y sólo de él.

La noche en que se lo dijo, los dos celebraban tres meses de haberse conocido y fueron a cenar en el mismo restaurante elegante de la primera vez. Ella ya no estaba tan nerviosa así que le resultó gracioso cómo las cosas habían cambiado.

Luego de una botella de un exquisito vino, los dos hablaron de planes, máscaras, látex y de ciertas actividades que querían experimentar en las próximas sesiones. De repente, el rostro de James se enserió. La miró fijamente aunque le tomó algo de tiempo decirle lo que tenía pensado. La verdad es que era algo que no se le hacía fácil particularmente con ella.

-¿Estás bien?

-Sí... Sí. Sucede que no me pasaba esto desde hacía mucho tiempo.

-No entiendo.

Y de verdad era así. Alice se acostumbró a que él fuera al grano siempre por lo que le resultaba extraño que no encontrara las palabras en ese momento.

-Verás, lo que quiero decir es que... Joder... Quiero que seas mi sumisa. Pero sólo mía. Sé que te dije que esto sería una especie de entrenamiento para que trabajaras con otros clientes pero realmente fue una excusa. Quiero que me pertenezcas.

Alice no supo qué decir, así que él continuó.

-Te he traído esto. Toma... Es una forma de oficializar lo que tenemos.

Ella tomó una especie de caja la cual contenía un collar muy fino y delicado de color plateado.

-Creo que irá bastante bien con tu estilo. Traté de escoger algo que fuera para ti. Así que... ¿Qué dices?

Las palabras parecían salir atropelladas de su boca.

Sacó el collar con delicadeza y se lo colocó sobre el cuello. James, inmediatamente se levantó de la silla para ayudarlo a abrocharlo. Acarició su cuello y le dio un beso en la mejilla.

-Se te ve muy bien.

-Gracias.

Desde ese día, los dos concretaron la unión como Dominante y sumisa.

Ella seguía mirando por la ventana hasta que escuchó el móvil. Pensó que sería su madre con algún mensaje que se le había olvidado decir. Pero no. No era ella.

-Veámonos más tarde. Recuerda lo última tarea que te encomendé.

-Sí, mi Señor.

Le sonrió a la pantalla, esperó un momento y se levantó. Fue al amplio baño para tomar una ducha y relajarse un poco.

Había pasado tiempo desde la última vez que se vieron. Ella estaba ansiosa, deseaba verlo con urgencia. Recordó las últimas palabras que le había dicho

así que buscó entre sus cosas un pequeño buttplug de metal.

Él se lo regaló el día que Alice le manifestó las ganas que tenía de tener sexo anal.

-Primero tienes que entrenar bien.

Esas palabras no las entendió al principio pero luego todo recobró sentido al momento de ver el objeto. Cada día, lubricaba el buttplug con un poco de gel y lo introducía. No hace falta decir que aquello la excitaba enormemente.

Luego de tomar el baño, hizo todo el ritual que solía hacer y luego tomó el objeto con cuidado. Respiró profundo, se inclinó un poco y comenzó a introducirse con cuidado. Ya a ese punto estaba acostumbrada la presión, así que todo fue más que sencillo.

Se sintió satisfecha, buscó la ropa para vestirse y prepararse para el encuentro que tendría con él. Al terminar, se miró en el espejo, percatándose de que había cambiado demasiado en los últimos meses.

-Estoy cerca.

Tomó un pequeño bolso y un abrigo ligero.

James aparcó cerca del parque. Le puso de malhumor el no poder encontrar un lugar un poco accesible. Se bajó del coche y fue hacia la entrada del edificio. Sonrió al darse cuenta de que se trataba de un lugar más bonito y tranquilo.

Se sentó en unos muebles que se encontraban en el lobby. La ansiedad se le notaba en la forma en cómo movía la pierna de manera incesante.

Escuchó al poco tiempo el sonido de unos pasos y ciertamente se trató de Alice quien fue a su encuentro como una chiquilla emocionada. Corrió hacia él y James no evitó verla con una amplia sonrisa.

La tomó por la cintura y la abrazó por largo rato.

-Siento que no te he visto en una eternidad.

-Me pasó lo mismo.

Se besaron, se acariciaron. Obviamente no les importó que hubiera gente viéndolos. En realidad sólo importaba en que estuvieran juntos.

-¿Nos vamos?

-Nos vamos.

Se tomaron de la mano y salieron a comerse con furia.

VIII

Alice se había puesto el vestido más ceñido que tenía. Deseaba mostrarle esas curvas que tanto le gustaban a James. Y no se había equivocado. No le quitó los ojos de encima en ningún instante.

Llegaron al piso y no tardaron en devorarse a besos. Él estaba particularmente ansioso. Ella, por supuesto, disfrutaba de esa atención tan efusiva.

Bajó el cierre mientras le acariciaba la espalda. Bajó las manos hasta llegar a los glúteos y uno de sus dedos rozó levemente la superficie del buttplug.

-Niña buena. Recordaste lo que tenías que hacer.

-Claro que sí, Señor.

Luego la guió hasta una de las paredes para que se recostara la espalda.

-Extiende las piernas.

Ella las separó un poco y cerró los ojos. Los dedos de James fueron hacia su coño para tocar el clítoris que ya estaba enrojecido. Con movimientos suaves y lentos, de manera circular o de arriba hacia abajo. De cualquier forma, ella gemía y él la besaba.

-Muy bien. Muy bien. Vamos, gime para mí.

Lo hacía con rapidez y con furia. Ella sintió un poco de dolor pero no importó porque le gustaba cómo se entremezclaba con el placer.

-No te correrás hasta que lo diga.

Alice no podía más, no podía por más que se concentrara en ello. La piel se desprendía de la carne y sucedía lo mismo con los huesos. Su cuerpo se desintegraba pero al mismo tiempo se mantenía unido por alguna fuerza cósmica. A veces recordaba que estaba allí sólo cuando la voz de él hacía eco en sus oídos.

El dolor y el placer cesaron cuando dejó de masturbarla por unos minutos. Tímidamente abrió los ojos para ver si estaba cerca pero no. Desapareció.

Aún quieta, dirigió la mirada a todos los rincones de la habitación. Nada. Salvo por la sombra de algo que no pudo ver bien. Parecía una especie de ¿caja? En medio del proceso mental, James emergió entre las luces tenues y

acercó lo que Alice supuso: una caja de madera no muy alta.

-Ven.

Ella se movió y fue hacia a él.

-Trata de acostarte aquí. Ajá. Bien. Ahora, apoya bien las piernas en el suelo.

Alice seguía sin entender bien lo que estaba pasando pero siguió las instrucciones al pie de la letra. James pareció satisfecho así que sacó sus bolsillos unas cuerdas. Tomó, entonces, las muñecas de ella y las ató, dejándolas sobre el torso.

Él mojó sus dedos y los rozó sobre su coño, bajó el cierre de su pantalón y la penetró con fuerza. Para tener más apoyo, hizo que ella alzara las piernas. Esta posición, además, le daba la oportunidad de que su pene fuera más profundo.

El calor de ambos, los conducían en una sinfonía de gemidos y gritos. Ella, atada y sometida por él, y James tomándola con una fuerza característica de sus inclinaciones Dominantes. Podía ser plenamente como quería con ella.

Luego de estar así por un rato, recordó el pequeño buttplug.

-¿Estás lista?

-Para ti, siempre.

Fueron hacia la cama y la colocó en cuatro. Ese culo tan redondo, rosado y delicioso, lo hacían sentir hambriento. Dio un par de nalgadas por pura diversión y con sus dedos, procedió quitar delicadamente el plug. Fue con cuidado y, cuando finalmente lo tuvo en su mano, fue ese delicioso ano esperando por él.

Tomó el pulgar y lo lubricó con su saliva. Rozó un poco sobre el ano hasta que las ganas pudieron más. Se alzó y se masturbó un poco antes de meterlo. Primero introdujo el glande poco a poco, luego fue adentrándose hasta que, para su sorpresa, tuvo todo su pene dentro de ella.

Alice trató de aferrarse sobre las sábanas al momento de sentir cómo él entraba y salía. Esas sensaciones eran indescriptibles. Aumentó el ritmo así como la intensidad. Tomó la cintura y, de vez en cuando, también el cabello. Ella no paraba de gemir ni de gritar.

-Eres mía. Toda mía.

-Sí... Dios... Sí.

Los muslos de ella comenzaron a agitarse y los de él también. Estaban a punto de alcanzar el orgasmo hasta que por fin ambos unieron la voz en un solo gemido. Las manos de James se aferraron a la pequeña cintura de Alice, mientras que ella hizo el intento de encontrar la mirada de él. Luego, cerró los ojos y la oscuridad la consumió por un instante. Cayeron sobre la cama agitados, sin poder decir palabra alguna.

Alice despertó sobresaltada. Se quedó dormida y de repente se sintió como una novata.

-Joder.

Sin embargo, se impresionó aún más cuando notó que él dormía a su lado. Era la primera vez que sucedía algo así.

Con lentitud, se acercó hacia él y le causó gracia los ligeros ronquidos debido a la respiración. Tenía, además, una expresión tan cándida, tan tranquila. Esto le confirmó a ella esos sentimientos que tuvo la primera vez que lo vio. Volvió a acostarse y cerró los ojos tranquila.

A la mañana siguiente, el olor a pan tostado y a bacon frito la despertó. Por un instante pensó que se trataba de un sueño pero no, no era así. Cuando quiso salir de la cama, observó una gran camiseta y una nota.

-Para ti. Ven a desayunar.

Sonrió y tomó la prenda. Era cómoda y hasta cálida.

La luz del día entraba por los ventanales lo que le provocó una sensación de bienestar. Todo se veía tan iluminado, tan brillante.

Bajó las escaleras y lo encontró con unos pantalones de pijama de cuadros. Tarareaba una canción mientras cocinaba. Sobre la encimera, un plato humeante de comida y una taza de café. James sintió la presencia de Alice y volteó a verla con una sonrisa amplia y dulce.

-Buenos días, guapa.

-Hola, buenos días. Esto se ve exquisito.

-Lo mío son los desayunos. Ya tendrás tiempo para que lo confirmes. –
Respondió haciéndole un guiño.

Ella comenzó a comer y luego él se le unió. Los dos estaban en silencio pero mirándose de manera juguetona. Conversaron un rato y rieron también.

Para Alice, esto era una aventura que apenas estaba comenzando.

“*Bonus Track*”

— *Preview de “[La Mujer Trofeo](#)”* —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)